

EL SÉPTIMO CÍRCULO

**¡OH
ENVOLTURA
DE LA
MUERTE!**

POR
NICHOLAS BLAKE



Lectulandia

Nigel Strangeways, el ingenioso detective de La Bestia debe morir, visita al casi legendario Fergus O'Brien, as de la aviación en la guerra mundial, inventor de máquinas de combate y lector de Shakespeare. O'Brien ha recibido una serie de cartas anónimas, que lo amenazan de muerte. Dice no tomarlas en serio, pero una noche, en una cabaña rodeada de nieve ocurre un misterioso asesinato.

Lectulandia

Nicholas Blake

¡Oh, envoltura de la muerte!

El séptimo círculo - 35

ePub r1.0

Titivillus 05.12.17

Título original: *Thou shell of death*

Nicholas Blake, 1947

Traducción: Elvira Martín

Ilustraciones: José Bonomi

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo Primero

LA HISTORIA DEL AYUDANTE DEL COMISARIO

ES UNA tarde de invierno en Londres. El crepúsculo desciende con la rápida y silenciosa eficacia de los ascensores en cientos de hoteles, almacenes y oficinas. Anuncios luminosos, cambiantes, escandalosos, haciendo guiños, desenrollándose, bramando y centelleando, anuncian las diversas bendiciones de la civilización del siglo xx y proclaman la divinidad de este aporro o de aquella actriz. Algunas estrellas, que habían tenido la osadía de asomarse, parecían haberse retirado rápidamente de la competencia, refugiándose en lo más alto del espacio.

En las calles una multitud de niños y de paquetes de papel de estraza anuncian la próxima Navidad. Los escaparates de los comercios también están atestados de una diversidad de atroces chucherías que sólo se soportan en ese ambiente de tolerancia universal: calendarios para satisfacer todos los grados del mal gusto o de la animosidad personal, cortacigarros de metal plateado, surtido de escarbadiantes de marfil, innominados artículos de cuerina, libros iluminados y quizá luminosos, joyas falsas y alimentos sintéticos; una orgía de lo superfluo.

Los hombres y el dinero circulan con actividad febril, y hasta el tránsito parece latir con mayor estrépito y violencia por las arterias principales, como si toda la ciudad estuviera empeñada en una carrera desesperada hacia un regazo final.

La plaza Vavasour queda fuera de las principales corrientes de este ajetreo de Navidad. Sus casas soberbias del siglo xviii están aisladas entre la densa oscuridad, como aristócratas que desprecian el espíritu de la época, gárrulo y alborotador. El clamoreo de las calles espaciosas llega hasta ellas tan apagado que apenas es un susurro, avergonzado de la fría altivez de sus fachadas. En el jardín de la plaza los recortados árboles bosquejan pausadamente contra el cielo amplios gestos semejantes a brazos de nobles damas vestidas de brocado, y el césped conserva toda la suavidad de la vieja tradición. Hasta los perros que tenían el privilegio de habitar en esta vecindad exclusivista parecían dirigirse a sus amigos o las farolas con la gracia cortés de petimetres y libidinosos.

Nigel Strangeways, mirando por la ventana del número 28, musitaba un dístico de Pope. Bajando la vista hacia su chaleco, quedó vagamente asombrado al hallarlo de paño del oeste de Inglaterra, y no de seda floreada. Se habría asombrado mucho más

si alguien le hubiera dicho que, fuera de ese remanso, pronto se vería envuelto en el caso más extraño, complicado y melodramático de toda su carrera.

Nigel después de una breve estada en Oxford, en el curso de la cual descuidó a Demóstenes en favor de Freud, había abrazado la profesión de investigador de crímenes, única reservada, según solía observar, y que ofrecía oportunidad para las buenas maneras y la curiosidad científica. Su tía, *Lady Marlinworth*, con quien tomaba el té aquella tarde, aceptaba lo de las buenas maneras sin discusión. En cuanto a la curiosidad científica tenía sus dudas: presentaba un saborcillo de asunto discutible y no completamente «bien». Para ella, tenía Nigel también otras cosas que le producían incomodidad, tales como su hábito de pasear alrededor de la habitación con la tacita de té en la mano y dejarla en el borde de cualquier mueble que se hallara a su alcance.

—Nigel —dijo—, hay una mesita a tu lado; sería más adecuada que el asiento de esa silla.

Nigel colocó rápidamente, el objeto ofensivo sobre la mesa; miraba a su tía, frágil y de tinte delicado como una de sus tacitas de té, perfecta en su tipo de un mundo de ocaso, e imaginaba qué sucedería si se la enfrentara de repente con una situación vulgar, violenta, un asesinato, por ejemplo. ¿Se quebraría en mil fragmentos delicados?

—Hace mucho tiempo que no te veía, Nigel; supongo que será por exceso de trabajo. Tu... ¡hum!... profesión debe ser muy absorbente; sin embargo, no dudo de que tendrá sus compensaciones; debes trabar conocimiento con bastantes personas interesantes.

—No tengo exceso de trabajo, por cierto. No he tenido un caso digno de mención desde el asunto de Sudeley Hall^[1].

Lord Marlinworth dejó un sándwich con cierta deliberación, y tecléo delicadamente con dos dedos en la mesa de palo de rosa que tenía delante. Su aspecto era tan idéntico al de un conde de opereta, que Nigel nunca podía mirarlo mucho tiempo sin pellizcarse.

—¡Ajá! —Dijo Lord Marlinworth—. Ése fue el asunto de la escuela preparatoria, si mi memoria no me es infiel. Los diarios hicieron gran alboroto con eso. No he conocido a ningún maestro de escuela desde los días de mi infancia; no hay duda de que son unas personas excelentes, sin embargo no puedo menos de deplorar el afeminamiento que veo introducirse en la educación de hoy: «Evitar la varita», ustedes saben, «evitar la varita»... Creo que un pariente nuestro ejerce la enseñanza; es director de cierta escuela de gran reputación. ¿No es en Winchester? ¿En Rubgy? El nombre escapa a mi memoria en este momento.

Nigel escapó a los recuerdos ulteriores de Lord Marlinworth, gracias a que en ese momento se presentó su tío, *Sir John Strangeways*. *Sir John* era el hermano favorito del padre de Nigel, a cuya muerte quedó como tutor del muchacho; en pocos años se estableció entre los dos un lazo de la más profunda amistad. *Sir John* era un hombre

más bien de baja estatura; tenía un espeso bigote, las manos grandes, y por su vestimenta producía siempre la impresión de que acababa de quitarse, rápidamente y contra su deseo, un traje viejo de jardinero. Por otra parte, era vivaz, seguro de sí mismo y jovial, como un médico de familia o un psiquiatra competente. En cambio, sus ojos, en los que se advertía un remoto mirar de soñador, contrastaban con lo demás de su aspecto. En cuanto a su personalidad, cualquier deducción que se quisiera derivar de esas características contradictorias no sería, en verdad, la correcta. *Sir John* no era ni un jardinero rural, ni un poeta, ni un médico. Era por entonces Ayudante del Comisario de Policía.

Irrumpió alegremente en el salón, besó a *Lady Marlinworth*, dio una palmada en la espalda del marido y saludó con la cabeza a Nigel.

—¿Qué tal, Elizabeth? ¡Hola, Herbert! Estuve buscándote, Nigel; llamé a tu departamento y me dijeron que estabas aquí. Tengo un asunto para ti. ¡Ah!, una tacita de té, gracias, Elizabeth. ¿Así que no has entrado todavía por la costumbre de los *cocktails* a la hora del té? —dijo guiñando los ojos maliciosamente a la vieja dama.

Era la suya, en ciertos aspectos, un alma simple, que no podía renunciar a la satisfacción que le producía una broma.

—¡*Cocktails* a la hora del té! ¡Querido John, qué horrible idea!... Recuerdo que mi buen padre casi echó de casa a un joven porque pidió uno antes de la comida. El jerez de mi padre, por supuesto, era famoso en toda la comarca lo que agravó todavía más el asunto. Me parece que Scotland Yard hace que adquieras malas costumbres, John.

La anciana se contuvo, secretamente encantada de que se la supusiera capaz de aceptar novedades. Lord Marlinworth tecleó discretamente sobre la mesa y habló con el aire de quien, por comprenderlo todo, puede perdonarlo todo.

—Ah, sí, *cocktails*. Es una bebida importada, según me dijeron. La costumbre de beber *cocktails* a cualquier hora del día es indudable que va en aumento en ciertos sectores de la sociedad. Para satisfacer mis necesidades bastó siempre un buen jerez, pero no me atrevería a decir que esos bebistrajos americanos sean intragables. *Tempora mutantur*. Vivimos en tiempos de rápidas mudanzas. En los días de mi juventud un hombre tenía tiempo de saborear la vida, de paladearla como al aguardiente añejo. Pero ahora, esa juventud brillante la toma a grandes sorbos. Bien, bien. No debemos interponernos en el camino del progreso.

Lord Marlinworth, sentándose de nuevo, hizo con la mano derecha un gesto de benignidad, como permitiendo al progreso proseguir su avance.

—¿Irán ustedes a Chatcombe en Navidad? —preguntó *Sir John*.

—Sí, salimos mañana. Pensamos ir en el auto; los trenes van excesivamente llenos en esta época del año.

—¿Y su nuevo inquilino está en Dower House?

—No hemos tenido el gusto de verlo todavía —replicó Elizabeth Marlinworth—. Tiene referencias excepcionales, desde luego, pero, realmente, es un joven demasiado

famoso; no hemos hecho más que contestar preguntas acerca de él desde que tomó la casa. ¿No es cierto, Herbert? Ya se está acabando mi inventiva.

—¿Y quién es el famoso joven? —preguntó Nigel.

—No tan joven como famoso. Es Fergus O'Brien —dijo *Sir John*.

Nigel pestañeo.

—¡Caramba! Fergus O'Brien, ¿el aviador legendario? El hombre misterioso que se retira de la vida de audaz aventurero diabólico para recluirse en la campiña inglesa. No tenía la menor idea de que tuviera su ermita en Dower House.

—Si hubieras venido a visitar a tu tía últimamente, lo habrías oído —replicó *Lady Marlinworth* resentida.

—Pero ¿cómo no salió en los diarios? Suelen seguirlo como a un detective privado, y todo lo que dijeron fue que se retiraba a vivir en el campo.

—¡Oh!, hubo que arreglados —dijo *Sir John*—; había ciertas razones. Bueno, si ustedes nos excusan llevaré a Nigel al estudio. Estamos conspirando.

Lady Marlinworth consintió graciosamente, y Nigel y su tío pronto estuvieron acomodados en sendos sillones de cuero; *Sir John* fumando en la detestable pipa de cerezo, veneno y molestia de sus colegas oficiales.

Formaban un raro contraste. *Sir John* se sentaba sólido y estirado en su asiento, achicado por él, sobrio de frases y ademanes; tendría cierto parecido con un pequeño *terrier* de pelo duro y extraordinaria inteligencia, si no fuera por aquella notable mirada de sus ojos azules. Los seis pies de estatura de Nigel, desmañosamente tumbados, ocupaban todo el sillón; sus gestos eran nerviosos y un poco rudos; un mechón de pelo corto caíale sobre la frente, y su fisonomía, en reposo, tenía cierta engañosa candidez que le daba la apariencia de un colegial excesivamente desarrollado. Sus ojos eran del mismo color azul pálido que los de su tío, pero miopes y distraídos. Sin embargo, había una vaga similitud entre los dos. Cierta humor sardónico latente en sus conversaciones, una llana generosidad amistosa en sus sonrisas y aquella impresión de energía acumulada que siempre producen quienes poseen una exuberancia de vida encaminada a fines concretos.

—Bueno, Nigel, ahora tengo un asunto para ti.

Es bastante curioso que tenga que ver con el nuevo inquilino de Dower House. Nos escribió hace una semana, e incluía unas cartas amenazadoras que recibió hace tiempo —son tres—, con intervalos de un mes. Están escritas a máquina. Las estudió un experto, pero no facilitan ninguna pista. Aquí hay unas copias hechas con cuidado; dime si te sugieren algo, quiero decir, algo que no sea la conclusión obvia de que alguno tiene sed de su sangre.

Nigel tomó las copias numeradas con las cifras 1, 2 y 3, que indicaban, probablemente, el orden en que habían sido recibidas.

Leyó la número uno: «No, Fergus O'Brien, no importa que trates de ocultarte en Somerset. Ni aunque tuvieras alas de paloma escaparías de mí, intrépido aviador. Yo te atraparé y ya *sabrás por qué*».

—Hum —dijo Nigel—, muy melodramático; el autor parece haberse confundido con Nuestro Señor Dios Todopoderoso. ¡Y qué toques literarios tiene el tipo!

Sir John se acercó, sentándose en el brazo de su sillón.

—No había firma —dijo—; los sobres también estaban a máquina, el matasellos es de Kensington.

Nigel tomó la segunda nota: «Comienzas a sentirte un poco aprensivo, ¿no es cierto?; ¿los nervios de hierro empiezan a desequilibrarse? No te critico. Sin embargo, no dejaré al infierno que te espere mucho tiempo».

—¡Oh! —Exclamó Nigel—, se está poniendo siniestro. ¿Y qué dice este otro boletín mensual? —Leyó en voz alta la tercera nota:

«Creo que será mejor arreglar este asunto —me refiero, por supuesto, a tu defunción— en este mes. Ya he completado mis planes, pero me parece impropio matarte antes de que hayas celebrado las fiestas, así es que tendrás tres semanas para arreglar tus cosas, rezar tus oraciones y disfrutar de una cena cordial en Nochebuena. Lo más probable es que te mate el día del pugilato. Como el buen rey Wenceslao, tú te irás en la fiesta de San Esteban. Y, por favor, mi querido Fergus, aunque puede ser que tus nervios estén rotos para entonces, no te suicides. Después de todas las molestias que me he tomado, sería odioso que se me frustrara el placer de decirte, antes de que mueras, cuánto te odio, a ti, héroe de pacotilla, a ti, demonio de rostro blanco».

—¿Qué te parece? —inquirió Sir John, después de un rato de silencio.

Nigel se estremeció, parpadeando enigmáticamente ante las notas; después dijo:

—No lo entiendo. Hay algo irreal en todo esto. Se parece demasiado a un viejo melodrama refundido por Noel Coward. ¿Has conocido alguna vez a un asesino con sentido del humor? Esa salida sobre el buen rey Wenceslao en realidad es de lo más agradable. Sentiría atrapar al que lo escribió. Yo no creo de ninguna manera que sea un bromista.

—Podría muy bien serlo a juzgar por lo que sé, pero O'Brien debe haber pensado que quizá haya algo en el asunto, de lo contrario no nos enviaría las cartas.

—Mientras tanto, ¿cuáles son las reacciones del valiente aviador? —preguntó Nigel.

Su tío sacó otra copia y se la pasó en silencio, decía lo que sigue:

«Estimado Strangeways:

»Sirva nuestro ligero conocimiento de excusa para molestarle con algo que seguramente quedará en agua de borrajas. He recibido las cartas que incluyo en el orden de numeración, el día dos de cada mes, desde octubre. Puede ser un lunático, y puede ser algún amigo mío gastándome una broma, pero, por otra parte, hay una probabilidad de que no lo sea. Como usted sabe, he tenido una vida accidentada, y no dudo de que haya personas a quienes gustaría verme caer en barrena. Quizá sus

expertos sean capaces de colegir algo de las mismas cartas, pero me parece poco probable. Yo no quiero la protección de la policía, no me he retirado a las profundidades del país para estar rodeado de una falange de agentes. Pero si usted conoce a algún detective privado verdaderamente inteligente y bastante amable que quisiera venir y darme una mano, podría usted ponerme en contacto con él. ¿Qué le parece ese sobrino suyo de quien me habló? Podría facilitarle algunos indicios — sospechas tan vagas que no me parece propio mencionarlas por escrito—. Si se decide, yo voy a dar una fiesta para Navidad, y él podría venir como invitado. Mándelo por aquí el 22, un día antes que los demás. Sinceramente suyo.

FERGUS O'BRIEN».

—¡Ah!, ya veo. Así que aquí es donde entro yo —dijo Nigel reflexivamente—. Bien, me gustaría mucho ir, si tú crees que poseo la cantidad requerida de inteligencia y amabilidad. O'Brien parece un individuo simpático, y sensible también. Yo siempre lo imaginé un neurótico diabólicamente audaz; pero tú lo has tratado; dime algo de él.

Sir John chupó ruidosamente la pipa.

—Preferiría que formaras tus propias impresiones. Desde luego, tiene los nervios un poco alterados —aquel último fracaso suyo, ya sabes—. Parece muy enfermo, pero todavía conserva perfectamente la lucidez de su espíritu brillante. Nunca buscó la publicidad, creo yo, pero como todos los grandes irlandeses —acuérdate de Mick Collins, por ejemplo—, tiene algo de muchacho travieso; quiero decir que es natural en ellos hacer las cosas de la manera más romántica y con el mayor colorido posible; no pueden remediarlo. Yo diría que tiene también la gran memoria de los irlandeses...

Sir John hizo una pausa y frunció las cejas reflexivamente.

—¿Es realmente irlandés, de la casta de los Brian Boru, o del oeste de Inglaterra? —preguntó Nigel.

—En realidad nadie lo sabe, y yo no lo creo. Su origen, según se dice, está envuelto en el misterio. Surgió repentinamente en la R. A. F., al comienzo de la guerra, y nunca se echó atrás. Debe de haber muchas cosas en su pasado; sin embargo, lo creo absolutamente íntegro. Los héroes populares, sobre todo los aviadores, se consiguen hoy dos por un penique; resplandecen un momento y son olvidados al día siguiente. Pero él es otra cosa. Aun admitiendo al muchacho travieso —elemento romántico de todas sus aventuras—, no podría conservar su puesto en la imaginación popular si no fuera algo diferente al común de los «héroes». Debe poseer alguna grandeza auténtica cuando se mantiene todavía encendido en su honor el fuego del culto al héroe.

—Bien, según dices, dejarás que forme mi propia opinión —dijo Nigel provocativamente—, pero me gustaría conocer su vida exterior, por decirlo así, si tienes tiempo de contármela. Creo que he olvidado la leyenda de O'Brien.

—Supongo que conoces los puntos principales. Tenía en su haber sesenta y cuatro

alemanes al final de la guerra. Solía salir solo y acechar en una nube, esperándolos. Los alemanes estaban perfectamente convencidos de que conservaba su vida gracias a algún encantamiento; solía atacar dentro de un estrecho círculo, y hasta los camaradas de su escuadrilla comenzaron realmente a temerle, también ellos, un poco, porque día tras día salía y volvía con el fuselaje hecho una criba y la mitad de las alas acribillada a balazos. MacAlister en su confusión me dijo que parecía como si O'Brien tuviera el deliberado propósito de que le quitaran la vida, y no pudiera librarse de ella. Según cosas que se contaban de él, se diría que había vendido su alma al diablo. Y lo más significativo es que hacía todo esto sin beber. Todavía después de la guerra hizo un vuelo solitario a Australia en una máquina fuera de uso, volando un día y al otro juntando las piezas después de algún accidente. ¿Y recuerdas aquella increíble hazaña suya en Afganistán, cuando solo y a pecho descubierto tomó un fortín, a cuerpo limpio? También fue pasmoso lo que hizo para aquella compañía de cine arrojando su máquina contra los picachos de una fila de montañas. Pero considero que la proeza culminante fue el rescate de la exploradora Georgia Cavendish. La fue a buscar a través del África salvaje, un país imposible; la rescató de allí y la trajo de vuelta. Esto pareció moderarlo mi poco; también el accidente final debió causarle algún efecto, pues unos meses después decidió abandonar los vuelos y enterrarse en el campo.

—¡Hum! —Dijo Nigel—, es una carrera brillantísima.

—Pero no son estas llamativas proezas —que todos los escolares han oído— lo que le ha creado la leyenda, son otras cosas que no llegan al público, oficialmente, es decir, las que no salen en los diarios, pero andan de boca en boca: insinuaciones oscuras, rumores, casi supersticiones, algunas de ellas imaginadas, sin duda, y muchas exageradas, pero la mayoría con fundamento. Todo esto, acumulado, ha hecho de él una figura realmente gigantesca.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Pues tales como un pequeño detalle absurdo: dicen que luchaba mejor teniendo puestas unas pantuflas —solía llevar un par en el avión y se las ponía al llegar a mil metros de altura, más o menos—; no sé cuánta verdad habrá en todo esto, pero aquellas zapatillas se hicieron tan legendarias como el telescopio de Nelson.

«Se hablaba también de su odio por los cascos de acero —bastante común, por supuesto, entre los que tienen que hacer la guerra—, y de que tomaba medidas activas en contra de ellos. Al final de la guerra, cuando alcanzó el grado de comandante de aviación, algún inconsciente del departamento de vuelo ordenó a su escuadrilla que hiciera una salida para una operación a ras de tierra, en imposibles condiciones meteorológicas, contra un nido de ametralladoras. Comprendes la idea, tenerlos ocupados y justificar la existencia de los cascos de acero. Bueno, todos resultaron muertos excepto O'Brien. Después de esto dicen que pasaba la mayor parte del tiempo que le quedaba libre, volando tras las líneas en busca de los carros de aprovisionamiento. Cuando veía uno lo volcaba desparramando la carga por el suelo, con sus ruedas sólo a pocos centímetros sobre el casco de acero. También dicen que

solía soltar bombas pestilentes de fabricación casera dentro de los carruajes, asustando a sus ocupantes. Pero no podían probar exactamente quién era, y, en todo caso, siendo O'Brien el ídolo popular, dudo de que se hubieran atrevido a tomar medidas contra él. La autoridad siempre fue un guiñapo para él; le importaban un ardite sus órdenes. Últimamente fue demasiado lejos. Después de la guerra, cuando volaba hacia el Este, se le ordenó bombardear un pequeño caserío. Él no podía comprender por qué se había de privar de la vida a los nativos sólo porque algunos no habían pagado los impuestos, así que ordenó a su escuadrilla soltar las bombas en medio del desierto y luego voló sobre el caserío arrojando libras de chocolate. Las autoridades no pudieron desentenderse de semejante asunto —él asumió toda la responsabilidad, por supuesto—; así que se le instó cortésmente a solicitar el retiro. Fue poco después cuando hizo su vuelo a Australia».

Sir John se recostó, parecía vagamente avergonzado de su insólita exuberancia verbal.

—Así que tú también has caído en el encanto —dijo Nigel, irguiendo la cabeza de un modo humorístico.

—¿Qué diablos quieres decir? Bien, supongo que sí. Y apostaría diez contra uno, joven, a que te llevará de la mano a las pocas horas de haber estado en Dower House.

—Sí, casi estoy seguro de que será así.

Nigel se levantó suspirando y empezó a dar vueltas con sus grandes zancadas de avestruz alrededor del salón. Este salón acolchado, forrado de cuero, decorado con grabados deportivos, cigarros y buena educación, perfumado «sanctum», y dentro del cual lo más violento que podría haber entrado era un artículo de fondo del *Morning Post*, qué extremadamente remoto estaba del mundo de Fergus O'Brien, de vertiginosas caídas entre nubes, de explosiones meteóricas y valores trastocados; un mundo donde la muerte era gastada y familiar como la alfombra del estudio de Herbert Marlinworth; y, sin embargo, entre Lord Marlinworth y Fergus O'Brien no había más diferencia que un exceso o deficiencia de algunas pequeñas glándulas.

Nigel rechazó esos sueños moralizadores y volvió de nuevo junto a su tío.

—Me gustaría aclarar uno o dos puntos más. Dijiste a la hora del té que la prensa tuvo sus razones para mantener en secreto el retiro de O'Brien.

—Sí, además de volar, está muy interesado en teoría y construcción. Trabaja ahora en los planos de un nuevo avión que, según dice, revolucionará la aviación. No desea estar rodeado de público servil por el momento.

—Pero posiblemente otras potencias pudieron husmear esto. Quiero decir, ¿no debería estar bajo la protección de la policía?

—Yo creo que sí —replicó Sir John angustiosamente—, pero tenemos que contar con su maldito temperamento. Estoy seguro de que arrojaría todos sus bosquejos al fuego si olfateara una inspección de la policía. Dice que es perfectamente capaz de cuidarse por sí mismo, lo que probablemente es verdad, y que en cualquier caso nadie hallaría pies ni cabeza a sus planos hasta que estén mucho más avanzados.

—Estaba pensando que sería posible que existiera alguna conexión entre estas cartas amenazadoras y su invento.

—¡Oh!, claro que sí; pero no conviene que tengas ideas preconcebidas en la cabeza.

—¿Sabes algo de su vida privada? ¿No está casado, ni nada por el estilo, no es cierto? ¿Tampoco te dijo quién iría a esa fiesta en su casa?

Sir John se tiró del rubio mostacho.

—No, no me lo dijo. No es casado, aunque supongo que debe de ser atractivo para las mujeres, y, según te dije, nada se sabe de él hasta 1915, en que se alistó. Todo esto contribuye a la publicidad que hacen los diarios sobre el hombre misterioso.

—Es sugestivo; todos los diarios habrán estado buscando datos acerca de su juventud, y él debe de haber tenido alguna razón de peso para mantenerlos en la obscuridad. Esas amenazas pueden ser consecuencia de algunos de sus excesos de juventud, anteriores a la guerra, que vuelven al hogar para cobijarse.

Sir John extendió las manos horrorizado.

—¡Por Dios, Nigel! En mi época no se toleraba la mezcla de metáforas.

Nigel hizo una mueca.

—Ahora sólo queda otro punto —prosiguió—: el dinero. Debe de estar bastante bien para poder pagar la renta de Dower House, y me figuro que nadie conocerá el origen de sus ingresos.

—No podría decirlo. Tuvo infinitas oportunidades de hacer capital con su posición de ídolo Público número 1, pero no las aprovechó, según parece. Pero todas esas preguntas será mejor que se las hagas a él; si cree que en realidad puede haber algo en esas amenazas, tendrá que sincerarse un poco contigo.

Sir John se había levantado.

—Bueno, debo marcharme, tengo que comer con el Secretario privado esta noche; es un cotorrón remilgado, y se le ha desarrollado repentinamente tal comunistofobia que cree que le van a poner una bomba debajo de la cama. Debería saber que no les permiten los actos de violencia individual. No me preocuparía aunque lo volaran con pólvora, por supuesto. Sus cenas se reducen a carnero hervido y toneladas de especias.

Tomó a Nigel del brazo y lo condujo hacia la puerta.

—Ahora mismo diré a Herbert y a Elizabeth que no te abandonen en tu papel de Sherlock el joven mientras estés allá. Telegrafiaré a O'Brien diciéndole que sales el 22. Hay un tren desde Paddington a las 11.45; procura llegar allí a la hora del té.

—Así que ya tenías todo arreglado, ¿no es cierto, viejo proyectista? —dijo Nigel con afecto—. Muchas gracias por el asunto, y por la leyenda.

Deteniéndose fuera de la puerta del salón, *Sir John* apretó el brazo de su sobrino y murmuró:

—Cuida de él, ¿lo harás? Siento no haber insistido más en lo de la protección de la policía. Esas cartas nos comprometerían mucho si sucediera algo. Desde luego, si

logras descubrir algo, me lo comunicarás en seguida. Accedería a sus deseos, simplemente, si tuviéramos algo definitivo para proceder. Adiós, muchacho.

Capítulo II

LA HISTORIA DEL AVIADOR

SUCEDIÓ que Nigel no viajó en el tren de las 11.45. La noche del 21 recibió una llamada telefónica del mayordomo de Lord Marlinworth, quien le dijo que su amo y la señora se habían quedado en la capital, y no irían a Chatcombe hasta el día siguiente; que tendrían mucho gusto en ofrecer a *Mr. Strangeways* un lugar en su coche, y que lo recogerían a las nueve en punto de la mañana. A Nigel le pareció cortés aceptar esa invitación, aunque cuatro o cinco horas soportando los recuerdos de Lord Marlinworth en un espacio tan reducido serían suficientes para proporcionarle un dolor de cabeza.

A la mañana siguiente, al sonar las nueve, el Daimler se paró ante el portal de Nigel. Para sus tíos, viajar en auto todavía significaba una aventura complicada, que no se podía tomar a la ligera. Aunque en el interior del automóvil había menos corrientes y polvo que en una sala de hospital, *Lady Marlinworth* solía llevar un espeso velo de automovilista, varias mantas y un frasco de sales perfumadas para cualquier viaje de más de veinte millas. Su marido, embutido en un enorme abrigo con gorra de paño y anteojos, parecía una mezcla de Eduardo VII y Guy Fawkes — punto que discutió la bandada de pilluelos callejeros que se formó rápidamente a su alrededor—. Un ayuda de cámara y el personal femenino de *Lady Marlinworth* habían llevado el equipaje en el tren, pero, a pesar de ello, el espacioso interior del auto estaba abarrotado con un equipo suficiente para una expedición al polo. Al entrar, Nigel se desolló un tobillo contra un cesto gigantesco, y el camino hasta su asiento parecía pavimentado con botellas de agua caliente.

Cuando al fin se acomodó, Lord Marlinworth consultó su reloj, desplegó un mapa oficial, tomó el tubo de comunicación y, con el aire de un Wellington ordenando un avance en toda la línea, dijo:

—Cox, puede usted emprender la marcha.

Durante el viaje, Lord Marlinworth mantuvo un fluir incesante de charla trivial. Al pasar por los suburbios, comentó desfavorablemente su arquitectura, y estableció un paralelo entre ella y el carácter inconsistente de la civilización del siglo xx. Al mismo tiempo concedía generosamente que las gentes que allí vivían representaban sin duda un papel necesario en la civilización, y podían ser personas admirables, a su

modo. Cuando llegaron al campo, alternaba en llamar la atención de sus acompañantes sobre los hermosos polluelos y las soberbias vistas, y en volver a relatar anécdotas de las principales familias de cada lugar por donde pasaban; su mujer le secundaba con intrincadas rebuscas en sus árboles genealógicos.

Dondequiera que se aproximaban a una encrucijada del camino, Lord Marlinworth estudiaba su mapa y daba instrucciones al chofer, a las que Cox respondía con una grave inclinación de cabeza, como si ésa fuera la vez primera y no la quincuagésima que él conducía por esa ruta. Un sopor y amodorramiento, una sensación de irrealidad tales se apoderaron de Nigel, que cabeceaba, se despertaba sobresaltado, su cabeza caía de nuevo, y así hasta que cayó, por fin, dormido sin poder evitarlo.

Lo despertaron para tomar un ligero almuerzo a las doce. Tan pronto como volvieron a partir, cayó otra vez dormido, perdiendo así una interesante historia sobre los Enderbys de Hampshire, cuyo último cabeza de familia, a la edad de cincuenta años, había decidido retirarse a la cima de una elevada torre, dentro de su estado, y no se le vio más, excepto en los aniversarios de la muerte del rey Carlos I; entonces solía reaparecer y arrojaba a sus colonos libras de oro calentadas al rojo.

Cuando Nigel despertó habían dejado la carretera principal y atravesaban una callejuela de Somerset, cuyos setos casi cepillaban los costados del coche.

Pronto viraron a la derecha, pasando un magnífico portón de piedra; la senda, pronunciadamente curva y retorcida como una serpiente encantada, los fue bajando hasta pasar al lado de un rastrillo; subía luego oblicuamente un buen trecho, y allí se bifurcaba: en línea recta, hacia Chatcombe Towers, y a la derecha, hacia la Dower House. Se indicó a Cox que dejara primero a Nigel en la Dower House. Tan pronto como descendió, Nigel advirtió una extraña adición que se había hecho a la propiedad desde su última visita a Chatcombe. Más o menos a cincuenta metros a su derecha, de cara a la puerta del frente, en el fondo del jardín, habían erigido una barraca militar.

Mientras esperaba que le abrieran la puerta, se preguntaba en vano cómo se las habría arreglado O'Brien para persuadir a Lord Marlinworth de que le dejara erigir algo tan poco vistoso en sus dominios. Repentinamente, se le ocurrió que se había olvidado de avisar a O'Brien de su cambio de plan, y de que, por lo tanto, no se le esperaba hasta la hora del té.

Se abrió la puerta y apareció un hombre muy alto, muy ancho y de muy tosca apariencia, que llevaba un limpio traje azul y tenía la nariz del tamaño y forma de una pequeña torta. Este digno personaje echó una mirada a Nigel y a su equipaje —el automóvil ya se había alejado—, y exclamó:

—No, no necesitamos limpiadores ni me interesan las medias de seda, ni quiero pulidor de metales, ni alpiste.

Empezaba a cerrar la puerta, pero Nigel se adelantó y dijo:

—Ni yo lo soy; mi nombre es Strangeways. Me invitaron a venir desde Londres en automóvil, y no tuve tiempo de hacérselo saber.

—Oh, perdón, *Mr. Strangeways*. Entre. Mi nombre es Bellamy, pero generalmente me llaman Arthur. El coronel acaba de salir, pero regresará antes del té; yo le mostraré su habitación. Más tarde quizá quiera usted estirar un poco las piernas por el jardín —y añadió con una sonrisa reflexiva—, a menos que prefiera usted ponerse los guantes y hacer un *round* o dos; lo dejaría como nuevo después del viaje en auto, pero quizá no es un partidario del noble arte.

Nigel declinó rápidamente la invitación. Arthur lo miró cariacontecido un momento, pero su rostro se iluminó en seguida con una áspera y burlona sonrisa.

—Bueno —dijo—, unos tienen habilidad en los puños y otros en el cerebelo. —Llevó la mano a la pequeña porción de nariz que sobresalía del nivel de su cara—. Estará perfectamente, *Mr. Strangeways*, yo sé para qué ha venido usted aquí. No lo tome a mal, no puedo tener la boca cerrada. Mi segundo apellido es Hoyster.

Nigel siguió a Hoyster escaleras arriba. Pronto se halló abriendo las maletas en una habitación color crema, con muebles adecuados y severos de buena madera de roble. Había un solo cuadro en las paredes, que Nigel atisbó con su mirada de miope. Acercóse luego a la pintura con un cigarrillo en una mano y un par de pantalones en la otra. Era una cabeza de muchacha, hecha por Augusto John.

A Nigel le llevó bastante tiempo deshacer el equipaje. Era, según él mismo reconocía, un detective por naturaleza. No podía remediar su curiosidad por los objetos de otras gentes; abrió todos los cajones de la cómoda, no tanto para colocar sus propios efectos, como con la esperanza de que el último visitante hubiera dejado alguna huella tras de sí. Pero estaban completamente vacíos. Se dio cuenta de que había rosas de Navidad en un florero sobre la mesa. Abrió una caja colocada encima de la mesilla de noche y la encontró llena de galletitas azucaradas; metió tres en la boca distraídamente, pensando: «Hay una ama de llaves competente detrás de todo esto». Se acercó a la chimenea y manoseó la fila de libros colocados allí: *Arabia Deserta*, *The Castle*, de Kafka; *Decline and Fall*, *The Sermons of John Donne*, último libro de Dorothy Sayers, *The Tower*, de Yeats. Tomó el último; era una primera edición con una dedicatoria del poeta «a mi amigo Fergus O'Brien». Nigel comenzó a reconsiderar las ideas preconcebidas sobre su huésped; todo eso contradecía su carácter de diablo audaz y atolondrado piloto.

Al cabo de un rato salió a pasear por el jardín. La Dower House era un vasto edificio de dos cuerpos, con un tejado de aleros.

Había sido construido ciento cincuenta años atrás, en el lugar de la Dower House originaria, que se había incendiado. Tenía más bien el aspecto de aquellas amplias rectorías campestres del viejo estilo, cuyos arquitectos parecieron haberse impresionado por el poder reproductor de la clerecía. Una galería corría a lo largo del frente sur de la casa, y continuaba por el lado este. Mientras paseaba a su alrededor, Nigel vio de nuevo la barraca de madera, plantada allí, más anacrónica que nunca, iluminadas sus ventanas por los rayos sangrientos de un cálido sol de diciembre.

Atravesó el césped para curiosear el interior por una de sus ventanas; observó que

estaba dispuesta como un cuarto de trabajo. Había una enorme mesa de cocina abarrotada de libros y papeles, varias filas de estantes para libros, una estufa, una caja de caudales, unas cómodas sillas y un par de pantuflas en el suelo. El conjunto contrastaba de un modo extraño con la habitación de huéspedes que acababa de dejar; aquella respiraba un lujo distinguido y tranquilo; ésta era desaliñada, ascética y de aspecto comercial. La curiosidad de Nigel, incansable como la de un elefante joven, le dominaba por completo. Empujó la puerta —sorprendido vagamente al ver que se abría— y entró; se paseó perezosamente a la ventura durante un momento; luego, una puerta situada en la pared de la izquierda atrajo su atención. El *living* parecía tan largo, que no se le ocurrió que pudiera ser una pared medianera.

Atravesó la puerta y se encontró en un pequeño cubil. Parecía no contener más que una cama de ruedas, una estera de junco y un armario. Ya se retiraba, cuando advirtió la fotografía de una mujer joven en traje de montar, que amarilleaba por la acción del tiempo, pero la cabeza de la joven aún se distinguía claramente: su cabello era oscuro. Tenía una expresión de dulce e inocente temeridad en los labios, aunque en los ojos había una sombra de melancolía; su rostro era delgado, fantástico, y prometía belleza, generosidad y peligro.

Mientras estudiaba esta fotografía, Nigel oyó una voz que decía a su espalda: «*El ornamento de mi estudio. Me alegro mucho de que haya venido usted*».

Nigel giró sobre sus talones. La voz era suave, con un timbre casi femenino; sin embargo, tenía una extraordinaria resonancia. La persona que hablaba estaba de pie en el umbral, la mano extendida y un gesto humorístico en los labios. Nigel se adelantó tartamudeando con embarazo:

—Yo..., yo, verdaderamente, yo no sé cómo decirle cuánto lo siento. No tengo disculpa por curiosear de esta manera. Es el hábito adquirido en la investigación. Probablemente me encontrarían examinando la correspondencia de la reina si me invitaran al palacio de Buckingham.

—Ah, no se preocupe, no vale la pena. Para eso ha venido aquí. La culpa es mía por estar afuera cuando usted llegó; no lo esperaba tan temprano. Supongo que Arthur le habrá mostrado su habitación.

Nigel explicó su llegada anticipada.

—Arthur fue la hospitalidad misma —añadió—, hasta se me ofreció para practicar unos *rounds*.

O'Brien se rió.

—Eso es bueno —dijo—; significa que usted lo ha conquistado. A quien quiere, azota, o al menos lo intenta. Es la única forma en que puede expresar sus emociones. Me derriba a golpes todas las mañanas, con regularidad; al menos solía hacerla hasta que mi salud no lo soportó más.

O'Brien parecía sin duda un hombre enfermo; mientras paseaban por el césped, Nigel lo estudiaba. Todavía no se había repuesto de su sensación de culpabilidad por haber sido descubierto en la cabaña; y el retrato imaginario que se había formado del

aviador estaba haciéndose añicos, tan distinto resultaba frente a la realidad. Creyó enfrentarse con un halcón flexible como un látigo, de mayor estatura que el resto de los mortales, y veía a un hombre menudo, cuyas ropas colgaban de él como si se hubiera encogido por la noche, un rostro casi tan blanco como la muerte, el cabello negro como un cuervo y una cuidada barba negra, que apenas ocultaba una terrible cicatriz desde la sien a la mandíbula. Las manos largas, pero delicadas, armonizaban en cierto modo con la voz. Su rostro era vulgar, sin el más mínimo romanticismo, a pesar de la barba y la palidez, excepción hecha de los ojos. Los ojos de O'Brien eran de un azul profundo, de color casi violeta y tan cambiantes como el cielo en un ventoso día de primavera, un momento animados y nublados al siguiente, distraídos, completamente inexpresivos, como si todo su espíritu hubiese huido a cualquier parte.

—Mírelo ahora, ¿quiere? —O'Brien apuntaba excitado a un pájaro pechicolorado, que saltaba sobre el césped de un prado fronterizo—. No se le puede seguir con la vista. No hay manera de cargar a tiempo: se tira más allá del blanco y él se para unos centímetros más lejos. ¿Se dio cuenta usted alguna vez de eso?

Nigel no había reparado nunca en ello, pero advirtió, en cambio, cómo la entonación del aviador tornábase más irlandesa con la excitación. Y dos versos del *Viejo Marinero* acudieron espontáneamente a su memoria:

Rogaba mejor quien amaba mejor
todas las cosas, tanto grandes como pequeñas.

Eran versos sobre la ermita, y el aviador se estaba volviendo una especie de ermitaño.

Sentía Nigel que ese hombre podía hacerle ver cosas que nunca había visto antes. Se dio cuenta de repente, sin ningún género de duda, de que estaba paseando por el prado con un genio.

En ese momento, de algún cobertizo cercano, dispararon dos tiros de fusil. El puño y la mano de O'Brien vibraron involuntaria mente y volvió la cabeza. Sonrió disculpándose.

—No se puede dominar el hábito —dijo—. Arriba, en el aire, esto significa que algún bribón va pegado a su cola. ¡Qué sensación terrible! Usted sabe perfectamente que él está allí, pero no puede evitar el mirarlo por encima del hombro.

—Sonaron como si estuvieran tirando en Spinney de Luckett; yo conozco esta parte del país muy bien. Solía pasar todos los otoños aquí con mi tía, cuando era niño. ¿Hace usted algunos disparos por estos lugares?

Ensombreciéronse los ojos de O'Brien, después resplandecieron de nuevo.

—Yo no; ¿para qué? No odio a los pájaros. Parece como si alguien ensayara un tiroteo contra mí, ¿no es cierto? Usted ha leído aquellas cartas. Pero no debo quitarle el apetito para el té. Trataremos de negocios más tarde, entremos ahora.

El almuerzo estaba a punto. Arthur Bellamy sirvió la mesa con una destreza y rapidez sorprendentes en una persona de su volumen, propio más bien para representar el papel de un elefante. No obstante, no era uno de esos autómatas discretos y silenciosos, y animaba la comida con encomios para los platos sucesivos y con cáusticos comentarios sobre la vida particular de casi todos los miembros de la aldea, del vicario para abajo. Ahora estaba Nigel sentado con su huésped, tomando coñac en el sofá del vestíbulo.

—Ha conseguido usted una magnífica ama de llaves —dijo apreciando con la mirada el orden inmaculado del vestíbulo, donde todas las cosas posibles que un *living* requiere estaban dispuestas al alcance de la mano, y recordando las rosas de Navidad y la caja de galletas de su habitación.

—¿Ama de llaves? —dijo O'Brien—; yo no tengo ninguna; ¿qué es lo que se lo hizo pensar?

—Me pareció descubrir las huellas de una mano femenina.

—Es la mía; me gusta entretenerme con las flores y cosas por el estilo. Debajo de mi barba soy una dama solterona. Así que no podría soportar a ninguna otra en el puesto, sería demasiada competencia. Arthur realiza la mayor parte de las labores.

—¿Pero no tiene usted más servidores? ¿Preparó Arthur esa comida admirable? O'Brien sonrió burlonamente.

—¡El sabueso otra vez rastreando! No, tengo una cocinera, *Mrs. Grant*, me la recomendó su tía. Tiene verrugas, pero, por otra parte, es un modelo de virtudes; y hay una golosina de muchacha que viene de la aldea todas las mañanas para hacer la limpieza cuando tenemos visitas. A juzgar por las apariencias, ensucia más que limpia. El jardinero también es local. Debe usted buscar los sospechosos en otra parte...

—Supongo que no habrá recibido más cartas.

—No, me parece que el bribón se está reservando para la fiesta de San Esteban.

—Dígame: ¿hasta qué punto toma en serio esas cartas?

Una nube apareció en los ojos de O'Brien y volvió a desaparecer.

Entrelazaba los dedos en un característico gesto infantil.

—No lo sé, amigo. Realmente no lo sé. Me han sucedido antes cosas de esta clase con bastante frecuencia. Pero hay algo en la forma en que se expresa el individuo...

—enderezó la cabeza hacia Nigel—. Yo sé que si fuera a matar a alguien le escribiría exactamente de la misma manera. Lo corriente en el que escribe cartas amenazadoras es que descarga el odio de su pecho por el mero hecho de escribirlas. Es un cobarde físico y no tiene el sentido del humor. Fíjese en mis palabras, *no tiene sentido del humor*. Únicamente cuando se siente el ansia de matar, es cuando uno puede atreverse a bromear sobre el asunto. Nosotros los católicos somos las únicas personas que bromeamos sobre nuestra religión. ¿Comprende usted la deducción?

—Sí, se me ocurrió a mí lo mismo cuando leí la última carta.

Nigel puso su vaso en el suelo y cambió de lugar apoyándose en la chimenea. En

el círculo de luz de la lámpara, el blanco rostro de O'Brien y su barba negra emergían violentamente de la sombra, como la cabeza de un rey en una moneda acuñada. La idea se le ocurrió a Nigel de repente: qué vulnerable, y sin embargo qué tranquilo parecía; como si todo hubiera pasado ya; como un poeta que compusiera su propio epitafio con la muerte mirándolo por encima del hombro.

La expresión ausente de O'Brien semejaba la de alguien que ha firmado un contrato con la muerte; cose la mortaja; ordena el ataúd; hace todos los preparativos para el funeral y espera el acto de la defunción como algo que no es del caso; un detalle sin importancia en el conjunto del vasto proyecto. Nigel ahuyentó esas lucubraciones fantásticas y volvió al asunto.

—Usted le dijo a mi tío que tenía algunas sospechas vagas que no le parecía oportuno confiar al papel.

Hubo un silencio largo. Por último, O'Brien cambió de posición en su asiento y suspiró.

—No sé si he querido decir eso. —Hablaba despacio, midiendo sus palabras—. No creo que puedan ser de ninguna utilidad para usted... ¡Ah!, bueno. Aquí hay una cosa. ¿Se dio usted cuenta de que en la tercera carta dice él que no quisiera matarme hasta después de la fiesta? Ahora bien; yo tenía arreglada esta fiesta una semana antes de que llegara la carta. Ya le diré a usted por qué la dispuse en un minuto. El caso es que yo nunca fui aficionado a esas reuniones en mi casa. Me gusta reservarme para mí mismo, como diría *Mrs. Grant*, y ¿cómo podría el maligno desconocido saber que yo iba a dar una fiesta, si no fuera él una de las personas a quienes he invitado?

—O el amigo de alguna de ellas.

—Sí, queda limitado a éstos, desde luego. No podría creer que se tratara de uno de mis huéspedes; todos son amigos míos. Pero ahora ya no creo en ninguno. No ansío morir antes de mi hora. —Un destello acerado en sus ojos los hizo parecer por un momento mucho más propios del rudo aviador de leyenda, que de la reclusa solterona—. Así es que me dije, después que llegó la segunda carta: Fergus, eres un hombre rico y has hecho testamento; aquéllos a quienes mencionas en el mismo tienen conocimiento de ello; de modo que después que este bromista cursó su segunda carta, decidí con motivo de la Navidad, reunir aquí, donde puedo echarles el ojo, a los herederos principales. Nunca me gustó tener al bribón con el fusil pegado a la cola, donde uno no puede vigilarlo. El testamento está guardado en mi caja de seguridad.

—¿Quiere decir que todos los huéspedes que van a venir mañana son sus herederos?

—No, sólo uno o dos, y yo no puedo decirle a usted ahora cuáles son, ¿verdad, *Strangeways*? No sería leal con ellos. Probablemente son tan inocentes como un niño, y sin embargo hay circunstancias en las cuales aun el mejor amigo puede asesinarnos por 50.000 libras.

O'Brien guiñó los ojos provocativamente a Nigel, como si él mismo quisiera

librarse de este ultrajante dictado.

—Desde luego usted me necesita precisamente para tener los ojos abiertos —dijo Nigel—, para ser una especie de sabueso vestido con piel de oveja. Eso es bastante difícil si yo no sé a quién tengo que vigilar.

Los rasgos fatigados y vulgares del aviador se iluminaron con una sonrisa extraordinariamente atractiva y encantadora.

—Es el diablo. Yo no me atrevía a pedir a ningún otro que lo hiciera. Tiene usted que admitir previamente la certeza de que yo he tenido buenas razones para no decirle, por ahora, quién va a beneficiarse con mi muerte. He oído bastantes cosas sobre usted, y he visto ya lo suficiente para estar seguro de que si usted no puede triunfar en tales condiciones ningún otro podría. Ha adquirido conocimientos psicológicos, tiene inteligencia analítica, sentido común e imaginación. No intente negarlo usted, los tiene.

Aquel cálido elogio fue el primer indicio que le halló Nigel de ese lenguaje adulador, desenfrenado, violentamente personal, ultrajante y casi infantil de tan directo, que sólo los irlandeses suelen utilizar.

Reaccionó en la forma convencional inglesa, mirando al suelo con dureza y cambiando con rapidez de conversación.

—¿Tiene usted alguna otra teoría sobre los motivos posibles?

—Están los planos en que trabajo. Se ha probado que el interruptor de antiaéreos nunca tiene éxito real contra ataques en gran escala. Los bombarderos de hoy pueden atacar desde alturas superiores a tres mil metros. Así, por pronto que los interceptores del avión suban, no pueden alcanzar altitudes mayores antes de que el daño esté hecho. Se deduce que, en la guerra del futuro, las grandes ciudades y puntos estratégicos tendrán que ser protegidos por una malla de aeroplanos que esté constantemente en el aire a diferentes altitudes.

—Dígame ahora. ¿Qué significa eso?

El pequeño aviador saltó de su silla, cruzó a zancadas hasta donde estaba Nigel, y con su dedo índice, a guisa de puñal, hizo repetidos ademanes de apuñalar a Nigel.

—Quiere decir que los aeroplanos de defensa para el futuro deben ser capaces de permanecer en el aire durante largo tiempo. —Tras una pausa agregó—: Deben ser rápidos, pero al mismo tiempo capaces de estar suspendidos en el aire como atornillados, según el principio del helicóptero; deben, sobre todo, tener un consumo de gasolina muy reducido, porque no habría petróleo bastante, con la presente tasa media de consumo de los aeroplanos de combate, para mantener una fuerza adecuada permanentemente en el aire más de una quincena. En esto es en lo que estoy trabajando ahora. Un tipo de autogiro perfeccionado, con el consumo más reducido posible de combustible.

O'Brien se arrojó de nuevo sobre el asiento, y se peinó la barba con los dedos.

—No necesito decirle a usted que todo esto debe quedar secreto como en una tumba. Pero he captado la onda por conductos enteramente no oficiales de que cierta

potencia extranjera está tratando de olfatear qué es lo que estoy haciendo yo, y tiene empleado a un agente inglés para averiguarlo. Mis planos no están suficientemente adelantados todavía para serles de mucha utilidad, aunque pudieran robarlos. Pero entretanto me podrían considerar digno de hacerme matar antes de que pueda completar los estudios.

—¿Guarda usted esos planos aquí?

—Están en la única caja a prueba de asaltos del mundo, en mi propia cabeza. Tengo una gran memoria para figuras y cosas por el estilo. Así es que quemé la mayoría de los dibujos y cálculos que pudieran indicarles algo vital.

O'Brien suspiró; su cara, a la luz de la lámpara, parecía torturada y fatigada. La boca, ancha, caía hacia abajo en ambos extremos, sugiriendo la agonía fijarle una máscara de tragedia griega.

—Es un juego sucio, sin embargo —prosiguió—, bombardear o ser bombardeado, largar gases o recibirlos; la lev de la selva, vestirla, para parecer respetable, con esa condenada palabra hipócrita: «seguridad». El carácter del hombre no se ha desarrollado bastante para enfrentarse con las invenciones de su cerebro. La Iglesia en la Edad Media no era más reaccionaria, cuando trataba de suprimir los descubrimientos científicos, que un padre cuando quita una caja de fósforos de las manos de su hijo pequeño. Bueno, me estoy saliendo de la vaina. Antes solían gustarme las luchas de perros; me acuerdo de que, cantando a toda voz, una vez lancé a un pobre diablo en barrena, envuelto en llamas. —Sus ojos recobraron una abstracción remota—. Pero yo tenía razón, yo tenía razón. Ahora profundizo demasiado en todo.

Pareció recogerse dentro de sí mismo y achicarse, lanzando a Nigel una mirada de peculiar intensidad, como para medir su grado de comprensión.

—¿Demasiado profundo? —preguntó Nigel despacio.

—Sí, ¿no es cierto? Hablando de lo que llaman pacifismo, y trabajando en planes para guerras mejores y más grandes —respondió O'Brien amargamente—, me gustaría ver destrozados todos los aeroplanos del mundo, y ¡al infierno con el progreso! Pero soy demasiado viejo, están demasiado arraigadas mis costumbres para alterar algo más que la construcción de carburadores. Es su generación la que va a cambiar la mentalidad de los hombres y conseguir una seguridad real; y yo les deseo buena suerte en la empresa; la necesitan. Todos mis conocimientos se refieren a los horrores de la guerra; pero es demasiado fatigante hacer algo sobre eso. Es preciso morir, diría; usted sabe más que yo sobre el deseo de morir en Freud; pero yo puedo sentirlo en mis huesos. Usted es lo bastante joven como para querer la vida, y es su generación la que tiene tal vez la oportunidad para vivir, aunque ello signifique el tener que matarnos a nosotros, los viejos, en el proceso.

O'Brien hablaba con pasión, pero Nigel sintió que sus palabras exaltadas se referían a algo completamente diferente, algo personal y más profundamente enconado. Hubo un largo silencio. Después dijo Nigel:

—¿Y hay algunos otros motivos posibles para que alguien desee matarlo?

La mirada de O'Brien, que había estado abstraída, se aguzó repentinamente. Nigel pensó en los ojos de un boxeador que se cubriera, cauto, contra un golpe inminente.

—Bastantes, y aún quedarían para ahorrar —dijo O'Brien—, pero no puedo ofrecerle nada definitivo. He dado bastantes golpes y me he creado enemigos. He matado hombres, he hecho el amor a las mujeres; y no se pueden hacer esas cosas sin acarrear uno, a sí mismo, un sinfín de molestias. Pero yo no podría facilitarle una lista de los perjudicados aunque quisiera hacerlo.

—El tono de su anónimo corresponsal me suena a rencor personal. No se escribiría en esa forma a una persona si se pensara en matarla por dinero o para robarle unos planos.

—¿No lo haría usted? ¿No sería ésa la forma más eficaz —dijo O'Brien— de despistar sobre su motivo real?

—¡Hum!, algo de eso hay. Hábleme de los otros huéspedes.

—Le contaré algo, pero quiero que los estudie usted mismo, sin prejuicios. Está Georgia Cavendish, la exploradora que salvé una vez, recogiénola en un infecto rincón del África, y desde entonces nos hicimos íntimos. Es una mujer notable, que vive para su reputación. Su hermano, Edward Cavendish, muy conocido en la ciudad, parece un sacristán, el predicador de las solteras, pero me imagino que debe haber sido un buen muchacho en los días de su juventud. Luego hay un individuo llamado Knott-Sloman, verdadero personaje en la guerra, ahora dirige un club. Philip Starling...

—¿Quién? ¿El dómine de Todos los Santos? —interrumpió Nigel con excitación.

—El mismo. ¿Lo conoce usted?

—¿Podría acaso no conocerlo? Fue uno de los instructores de mi juventud, y el único que casi me reconcilió con los acentos griegos. Es un pequeño gran hombre. Uno que puede quitar de la lista de los sospechosos.

—Muy poco profesional —dijo riendo O'Brien—. Bien, esto es todo. No, me había olvidado de Lucille Thrale, una profesional. Tendrá usted que medir sus pasos si no quiere que lo ate y lo buscona someta a su poder.

—Tomaré mis medidas para apartarme del camino de Dalila. Ahora, otra cosa, ¿Qué precauciones toma usted, o cuáles quiere que tome yo?

—¡Ah, tiempo al tiempo, tiempo al tiempo! —O'Brien se estiró perezosamente—. Adquirí un arma, y no he olvidado el manejo; además tengo la impresión de que el bromista que está detrás de mí mantendrá su palabra sobre lo de dejarme digerir mi cena de Nochebuena en paz. ¿Oyó usted alguna vez la historia de Lord Cosson y la cabra?

El resto de la velada la pasó O'Brien relatando anécdotas escandalosas, la mayoría de las cuales se refería a personas que ocupaban altos empleos y que conservaban su reputación por desprecio a la autoridad. Por último, acostado en la

cama, oyó Nigel cerrar la puerta principal y pasos que iban hacia la barraca del jardín. Su imaginación estaba deslumbrada por todas las contradicciones que presentaba el carácter de su huésped, aunque tenía el presentimiento de que había allí una pista que, si pudiera seguir, reuniría todas las piezas del rompecabezas. Sobre las consideraciones con que se adormecía emergían tres hechos que iban adquiriendo forma. Primero, que O'Brien tomaba esas amenazas mucho más seriamente de lo que había sugerido a *Sir John Strangeways*. Segundo, que la luz que había arrojado sobre una parte de la situación dejaba las otras en una oscuridad todavía más profunda. Tercero, que aun en las presentes circunstancias las amistades eran algo raras. Nigel podría o no sentirse iluminado si hubiera podido mirar por la ventana de la cabaña y ver la sonrisa oblicua de los labios de O'Brien, cuando se acomodaba en su cama de ruedas, y oír aquellas apasionadas estrofas de un dramaturgo isabelino, que el pequeño aviador recitaba a las estrellas impasibles.

Capítulo III

UNA HISTORIA DE NAVIDAD

UN GOLPETEO estruendoso en la puerta despertó a Nigel.

«¡Dios mío, ya ha sucedido!», fue el primer pensamiento que acudió a su mente, seguido de la imagen trivial, pero terriblemente nítida, del centinela dormido en su puesto. Se humedeció los labios y balbuceó:

—¡Entre!

La cara de Arthur Bellamy apareció en la puerta hendida por una sonrisa como una zanja, que cambió rápidamente en ansiedad casi cómica, al ver la expresión de Nigel.

—Dios me perdone, *Mr. Strangeways*, parece usted muy enfermo, ¿no es cierto? Está usted tan blanco como un papel. No, no me equivoco, está enfermo. El coronel ordenó el desayuno para las nueve, pero quizá será mejor que lo tome usted aquí.

—Está bien, Arthur —respondió Nigel un poco trémulo—, no estoy enfermo. He tenido... una pesadilla.

Arthur se llevó la mano a la torta que tenía por nariz y dijo cuerdamente:

—¡Ah! Bebió demasiado coñac; se ven juegos de luces, ¿verdad?; no es nada. Cuando los jugos gástricos se cuajan, ¿qué sucede? Desórdenes mentales, señor. Eso son las pesadillas.

No tuvo Nigel tiempo para discutir la exactitud de este dictamen porque una resonante voz de barítono comenzó a cantar bajo la ventana:

Espalda con espalda por el Slaney carmesí...

Arthur Bellamy asomó la cabeza y quiso completar el *faux-bourdon* con una chillona y horrenda voz de falsete. Nigel, que no era persona que se quedara atrás en esas cosas, pronto se unió formando un bronco terceto. Uno o dos perros de la aldea situada en la colina cercana se adhirieron: Lord Marlinworth, en su dormitorio de Chatcombe Towers, tecleaba sobre el edredón con digno menosprecio.

Cuando se terminó la interpretación artística, y Arthur se fue, Nigel miró por la ventana; Fergus O'Brien estaba abajo, en el jardín, con un haz de ramas de acebo debajo del brazo y mirando hacia un miserable gorrión que se le acercaba saltando como un ratón sobre la yerba. Pronto dos zorzales, un mirlo y un pechirrojo lo

rodearon también, las plumas erizadas por el frío, esperando el pan que tenía en el bolsillo de la chaqueta. «¡Cuán alejada esta escena idílica de las pesadillas!», pensó Nigel, hasta que al darse vuelta el aviador le vio en el otro bolsillo la consabida culata del revólver que le hizo volver a la obscura y peligrosa realidad que estaba viviendo. Al levantar la vista, O'Brien lo vio en la ventana.

—Entre en seguida —exclamó—, o morirá con este frío.

—Estaba verdaderamente alarmado.

Tía solterona, San Francisco, aviador intrépido, tierno, temerario, remilgado, rabelesiano, rudo... Las contradicciones externas de ese hombre extraordinario le hacían devanarse los sesos a Nigel. Pero ¿cómo era el hombre real en el fondo? ¿Quién podría llegar hasta allí?; y se pretendía que él, Strangeways, lo custodiara; lo mismo se le podría pedir que guardara un pedazo de mercurio, una libélula, una sombra o un día de viento.

Pasaron casi toda la mañana decorando la casa. O'Brien se había dado a la tarea con una especie de abandono afectado, danzando de cuarto en cuarto con acebo, muérdago y siemprevivas, subiendo a saltos las escaleras; retrocediendo para contemplar su trabajo con las manos en alto, como un director de orquesta.

Nigel lo seguía con más seriedad. Trató de fijar en su memoria la distribución de la casa. Tenía la forma de una T rudimentaria; el edificio principal era el trazo horizontal, los cuartos de los sirvientes formaban un corto trazo vertical. En el centro del piso bajo, mirando al Sur, estaba el vestíbulo en que habían estado la noche anterior. A su derecha se hallaba el comedor y un pequeño estudio; este último no parecía ser de uso frecuente. La totalidad del lado derecho estaba ocupada por un inmenso salón orientado al Sur y al Oeste, con ventanas de estilo francés que daban a la parte del jardín en que estaba la barraca. En el lado noroeste y en uno de los ángulos de la T original había un salón de billar. Este espacio lo ocupaban dos baños en el piso superior, que tenía además siete dormitorios. Nigel se fijó en que los habían distribuido en la forma siguiente: atravesando el pasillo que corría a lo largo del piso superior de Oeste a Este estaban, a su derecha, las habitaciones de Lucille Thrall y Georgia Cavendish, con los cuartos de baño enfrente. Luego seguían la de Edward Cavendish, la del propio Nigel, la de Starling y la de Knott-Sloman.

—Una desocupada —dijo cuando llegaron a una puerta que había al final del pasillo.

—Bueno, sí y no —replicó O'Brien, brillándole los ojos como a un chico ante la perspectiva de una broma pesada. Lo introdujo en la habitación—. Aquí es donde duermo yo.

—Pero yo creí que usted dormía fuera, en la barraca.

—Eso es; me acostumbré en la guerra a la vida ascética y ahora me cuesta trabajo dormir en condiciones normales. Pero —añadió bajando la voz en tono de conspiración— esta noche y mañana voy a dormir aquí. La Nochebuena y las siguientes simularé venir a esta cama, pero saltaré por el tejado de la galería al jardín

y me acostaré en mi pequeña tarima de la cabaña. El asesino maniaco entra aquí, apuñala la cama y se lleva un susto del diablo cuando a la mañana siguiente me vea tomando el desayuno. —El pequeño aviador estaba de espaldas frotándose las manos con júbilo—. Esto, en todo caso, me asegurará por la noche, durante el día... puedo cuidar de mí mismo, a no ser que me envenenen los alimentos, y si consiguen hacerlo, con Arthur Bellamy rondando por ahí, que les aproveche mi cadáver.

—En consecuencia, yo no tengo nada más que hacer sino vigilar rezando.

—Eso es, querido joven —dijo O'Brien agarrando a Nigel por el codo—, poniendo cuidado especial en la «vigilancia».

Se abrió la puerta silenciosamente. Una mujer de cabello gris y aspecto ordinario estaba en el umbral.

—Sus órdenes para hoy, *Mr. O'Brien*. ¿Qué desea para la comida?

O'Brien le dio complicadas instrucciones. Nigel miraba a la mujer, sus manos huesudas cruzadas sobre el delantal y sus labios agrios como vinagre; cuando ella salió, dijo:

—De manera que ésta es *Mrs. Grant*. Quisiera saber cuánto tiempo estuvo detrás de la puerta. Presiento que hay algo en usted que a ella no le gusta.

—¡Ah, no siga! Es un palo seco, pero no ofrece peligro. Me parece que se está usted poniendo nervioso, Nigel —añadió en forma molesta.

Al mediodía suspendieron el trabajo. Nigel salió afuera y anduvo vagando de un lado para otro. En la parte posterior encontró un patio con establos y un garaje. En el último había un Lagonda de carreras. El primero sólo contenía juncos, y un viejo que observaba el mango de un azadón con la helada rigidez de un místico que contemplara la eternidad. Nigel dedujo con acierto que era el jardinero. Jeremiah Pegrum era su nombre, según descubrió, y había trabajado en el jardín de la Dower House y soplado el órgano en la Iglesia, de hombre y de mozo, pues hacía cincuenta años que había llegado del Este.

Presintió Nigel que estaba demasiado avanzada la vida de Jeremiah Pegrum para dedicarse a asesino, y se volvió dispuesto a salir. Sin embargo, lo detuvo una mano que se posó en su manga. Los ojos ribeteados del jardinero tomaron cierto aspecto de animación, y la observación siguiente produjo un sobresalto a Nigel.

—Cuida usted a *Mr. O'Brien*, ¿verdad? Es un tiempo peligroso para él éste de Navidad. Tan pronto como llegó aquí yo le dije a mi mujer: «¡Madre!, el nuevo amo de la Dower House no va a parar mucho en este mundo». La nieve está ya para caer, señor. Es un tiempo mortal para nosotros los viejos y para los enfermos cuando sopla el viento del Este sobre Chatcombe. El amo parece muy enfermo y es un caballero tan fino como no he conocido otro. Pero es seguro que este viento lo volverá cadáver, si, no se escapa antes en este automóvil.

Nigel deambulaba del jardín a la cocina, rondando por el lado Este de la casa. El viento, ciertamente, era criminal. Se cobijó por un momento al abrigo de la cabaña. Atisbando su interior por la ventana del vestíbulo, observó que algo faltaba allí. Pero

antes de que pudiera concentrar su atención en ello, la llegada de un taxi a la puerta principal distrajo su atención. De él salió un hombre pequeño, algo grueso e irreflexivamente vestido: una figura inconfundible, a pesar de la miopía de Nigel.

—Y si usted no compra ballestas nuevas para su... medio de transporte, por llamarle algo, lo denunciaré al Ministerio de Comunicaciones —decía el hombrecito con cierto calor. Nigel lo interrumpió.

—¡Hola, Philip!

Philip Starling, compañero de Todos los Santos, y la mayor autoridad en Inglaterra en civilización y literatura homéricas, exclamó:

—¡Buen Dios, pero si es Nigel! —Se acercó cojeando por la hierba, y sacudió a Nigel por los hombros parlotando ruidosamente—: ¿qué diablos andas haciendo por aquí, amigo? ¡Oh!, me olvidaba, tienes un pariente noble que reside en alguna parte de las cercanías. ¿No es cierto? ¿Mealy-mouth? ¿Marsh-mallow? ¿Marl-pit? ¿Marim-spike? ¿Cómo es su nombre? ¡No, no me lo digas!, ya lo tengo: Marlinworth. Todavía no lo conozco. Debes presentarme.

Nigel detuvo el torrente con firmeza.

—No, yo estoy con O'Brien, por supuesto, ¿pero qué es, pregunto yo, lo que te trae a ti por aquí?

—La celebridad, el snobismo, querido. Ya conozco perfectamente bien a toda la aristocracia, así que ahora estoy recolectando celebridades. Son una cuadrilla de brutos y de mezquinos la mayor parte, sin embargo, tengo esperanzas en el aviador. Es una buena pieza, a mi juicio, aunque sólo lo traté una vez en una comida de la Iglesia de Cristo. Casualmente estuvimos juntos en aquella ocasión —tú ya conoces la clase de comestibles de puerto que sirven allí—; así que mi juicio puede ser erróneo.

—¿Y sin más pretexto que un encuentro casual en una comida te invitó a formar parte de este, tan selecto, grupo?

—Yo creo que fue mi encanto personal. Traje mi invitación, créeme, esta vez no me he colado. Pero tú pareces muy suspicaz. ¿Representas a la policía secreta de aquí? ¿Estás guardando la plata o algo por el estilo?

«A alguien» —estuvo Nigel tentado de replicar, pero logró contenerse. El exagerado aire de candor de Starling era aparatosamente contagioso, había inducido a tres generaciones de estudiantes a exponer su vida privada como para una venta al por mayor. Nigel había llegado a inmunizarse.

—Bueno, sí y no —dijo—, pero, en nombre del cielo, Philip, no les digas a los otros huéspedes que yo soy detective. Es de vital importancia.

—Muy bien, querido, muy bien, seré más mudo que un molusco. Tú sabes que si no me hubieran concedido una prebenda, habría seguido tu profesión, porque revela el lado peor de la vida. Pero uno ve tanto de ella en esta viña del Señor, que no hay necesidad de trabar amistad con los criminales de profesión. Sí, hombre, sí. ¿Has oído cómo el Rector de St. James fue descubierto robando los papeles que el viejo

Wiggins había enviado para Honour Mods?

Entraron en la casa; Philip Starling parloteaba sobre los últimos escándalos y Nigel lo escuchaba con su mezcla personal de seria concentración y distraída cortesía.

En el almuerzo, el famoso aviador y el profesor famoso estuvieron ocupados en una discusión al comparar los méritos de Greta Garbo y Elizabeth Bergner. Ambos eran conversadores brillantes; O'Brien, con la vivacidad incontenible del genio, Starling, bien ejercitado, con virtuosidad casi increíble. Nigel, mientras los escuchaba, reflexionaba que probablemente oía el último esplendor de un arte, cuyos tonos delicados no podían sobrevivir mucho, frente a la hueca chillonería del altavoz. Rumiaba para sí mismo:

¿Quién mató a Cock Robin?

Yo, dijo John Reith,

Contribuiré con una corona.

Yo maté a Cock Robin.

Después de la comida O'Brien salió corriendo en su Lagonda, en medio de una nube de polvo, para traer a Lucille Thrale y a Knott-Sloman de la estación.

Cuando llegaron, este último demostró que era, como hombre, un bocado duro de roer, con ojos color azul porcelana y la boca impaciente del *raconteur*. Lucille Thrale era en genio y figura la buscona descrita; bajó del automóvil con el aire de Cleopatra descendiendo de su «bruñido trono»; hasta el viento helado de Somerset se puso enfermo de amor con su perfume. Era bastante alta para ser mujer, rubia como un sueño *nazi* y de figura llena.

—Oh, exquisita para Antonio —murmuró Nigel mientras ella se acercaba ondulante a la puerta principal.

Philip Starling alcanzó a oírlo.

—¡Qué tontería! —Dijo—; como ésa se encuentran dos por un penique en Brighton todos los fines de semana. No tiene ni prestancia ni buenas formas.

—Debes reconocer que tiene estampa; es de un magnífico porte.

—¡Bah!, anda como un jaguar con retortijones —replicó el pequeño dómine con inesperado veneno—. ¿Tienes el gusto tan pasado de moda?

Lentamente fueron entrando en el vestíbulo, Knott-Sloman hacía un largo y chistoso relato de algunos contratiempos que habían ocurrido en el viaje. Philip Starling ignoraba su presencia completamente, y con gran asombro de Nigel se acercó a Lucille, le dio un golpecito en el hombro y le dijo:

—¿Qué tal, amiguita? ¡Siempre como un capullo!

«Lucille Thrale aguantó bien el ataque»: pensó Nigel. Pellizcó a Starling en la mejilla y dijo arrastrando las palabras:

—¿De veras, Philip? ¿Cómo siguen tus simpáticos estudiantes?

—Mucho mejor desde que tú no estás en la Residencia, Lucy.

O'Brien, que observaba la escena con expresión traviesa, intervino para hacer las presentaciones de rigor. Nigel se sintió escudriñado por una larga mirada lenta de Lucille, que parecía calcular certeramente la amplitud de su bolsa y otras cualidades que él pudiera poseer. Entonces se volvió a medias, y, apartando provocativamente sus verdes ojos, dijo a Knott-Sloman:

—Me parece que Fergus no está muy bien, ¿no crees? Tengo que tomarte por mi cuenta, Fergus —y tomó a O'Brien del brazo con cierta imperiosa ternura.

Knott-Sloman pareció molesto. No le había gustado la interrupción de su anécdota por Starling, ni la negligente inclinación con que el pequeño dómine eludió su presentación. Nigel se dio cuenta de que ambos sintieron una antipatía recíproca e inmediata, corriente, por lo demás, entre los conversadores que viven del toma y daca, y el hombre que sólo sabe hacer monólogos.

—¿Starling? —decía Knott-Sloman—. Creo que he visto su nombre en alguna parte...

—Lo dudo —replicó el dómine—, usted no lee la *Revista Clásica*, ¿verdad?

Los recién llegados fueron conducidos a sus habitaciones y Nigel y Starling continuaron en el vestíbulo.

—No podía figurarme que conocías a esa muchacha —dijo Nigel.

—¿A Lucille? ¡Oh, mucho! Solía vivir en Oxford. Era extraño que Philip Starling fuese tan poco comunicativo —pensó Nigel— con semejante oportunidad para fantasías escandalosas ante sí. Esperaba que al menos contara que Lucille era la hija natural del Vice-Rector.

Un momento antes de la hora del té se oyó algo como un rechinamiento y un estertor distantes. Nigel miró por la ventana y vio un espectáculo extraordinario. Un viejo coche de dos asientos se aproximaba por el camino con partes del equipaje atadas a todos los lugares utilizables del trasto. Lo conducía una mujer con un loro verde posado en un hombro y un inmenso sabueso sentado a su lado. El sabueso no ocupaba todo el asiento; se acomodaba también en él un hombre de edad mediana con traje deportivo, quien no sin motivo parecía un poco avergonzado.

El coche retumbó hasta quedar parado, más por pura inanición, al parecer, que por la aplicación de los frenos. La mujer saltó afuera y en seguida se puso vigorosamente al trabajo, desatando los nudos que sujetaban el equipaje.

Arthur Bellamy bajó corriendo las escaleras para ayudarla.

—¡Qué tal, Arthur, viejo rufián! —Exclamó la mujer—, ¿todavía no te han ahorcado?

Arthur sonrió con delicia.

—Parece que no, *miss Cavendish*. Usted sí que es una invitada agradable. ¿De manera que Ajax está aquí? ¿Y éste es su hermano? Encantado de conocerlo, *Mr. Cavendish*.

Georgia Cavendish se precipitó dentro de la casa, y se arrojó en los brazos de O'Brien, charloteando excitada. La emoción comunicaba a su cara tostada la

vivacidad de un mono.

«Ciertamente que vive para su fama», pensó Nigel mirándola, mientras gesticulaba involuntariamente, él también.

El día de Navidad. Siete y media de la tarde. Durante dos días Nigel había permanecido vigilando con todo el poder de su atención reconcentrada. La soberbia Lucille, la pintoresca Georgia Cavendish y su hermano, vejete, pomposo y decente; Knott-Sloman, con su bonachonería profesional; Philip Starling y Fergus O'Brien — todos habían pasado y vuelto a pasar por su cuidadoso examen y era muy poco lo que había podido deducir. Su humor alternaba entre la incredulidad y una aprensión que iba en aumento conforme la fiesta de San Esteban se acercaba. Había corrientes subterráneas de atracciones y repulsiones personales entre los huéspedes; eso era evidente. Pero el único signo que Nigel buscaba no lo pudo encontrar. Era casi imposible, según creía, planear el asesinato de una persona, y entretanto proceder con ella normalmente. Sin embargo, hasta donde le fue dado observar, ninguno de los huéspedes se mostraba menos dueño de sí mismo en presencia de O'Brien que lejos de él. O alguno poseía el más admirable dominio emocional, o las amenazas provenían de fuera de ese círculo, o todo el asunto era una broma.

Lord y *lady* Marlinworth habían aceptado la invitación para comer en la Dower House esa noche, y Nigel bajó temprano para estar dispuesto a recibirlas. En cuanto llegó a la puerta del salón, oyó adentro una conversación en voz baja. No podía confundir aquella voz resonante, sus tonos indiferentes, humorísticos y un poco impacientes.

—... No, esta noche, no.

—Pero Fergus, querido, te necesito tanto. Hay seguridad completa. ¿Por qué no puedo?...

—No puedes, porque yo te digo que no puedes. Ahora pórtate —como una buena chica y haz lo que te mando; no me hagas preguntas, porque estás gastándote en balde.

—Oh, eres cruel, cruel... —la voz de Lucille estaba tan alterada que parecía desconocida sin su frialdad acostumbrada. Se calló de repente, y Nigel no tuvo más tiempo que para retirarse media docena de pasos de la puerta antes de que ella saliera pomposamente, pasando por delante de él, tan abstraída, que no advirtió su presencia. «Bueno, por una vez recibes lo que mereces», pensó Nigel; «no me extraña que O'Brien no quiera que vayas a su dormitorio cuando él piensa estar en la barraca...».

La cena de Nochebuena había terminado. En la cabecera de la mesa, O'Brien, con la barba negra resaltando sobre la palidez mortal de su rostro, parecía un rey asirio: se hallaba en el pináculo de su distinción, cubriendo de adulaciones a *lady* Marlinworth, hasta que puso a la vieja dama en un delicioso estado de excitación.

—¡Quite allá!, *Mr.* O'Brien. Yo le digo que es usted el más desenfadado adulator...

—Ni un poco siquiera. *Lady Marlinworth* está como si asistiera a su primer baile, ¿no es cierto, Georgia?

Georgia Cavendish, vestida de terciopelo verde esmeralda, con su cacatúa sobre un hombro, arrugó la cara de mono al mirarlo y sonrió enigmática. Al otro extremo de la mesa, lord Marlinworth acaparaba importunamente a Lucille Thrale con atenciones de la época del rey Eduardo. La muchacha no presentaba ningún signo externo de la tormenta pasional que Nigel había escuchado. Estaba magnífica con un escotado traje blanco, y replicaba a las salidas de lord Marlinworth con frías provocaciones; pero Nigel pudo ver que su mirada se desviaba hacia O'Brien y se endurecía un instante al descansar en Georgia Cavendish. El hermano de Georgia hablaba de altas finanzas con Philip Starling; era la primera vez que Nigel le oía expresarse sobre algo que probablemente era de su incumbencia, y no cabía duda de que tenía una mentalidad aguda y capaz. Nigel se dio cuenta de que, mientras Philip hablaba, los ojos de Edward Cavendish permanecían fijos en dirección a Lucille; teniendo en cuenta su aspecto incomparable de esa noche, nada raro había en ello; pero la expresión era reveladora por lo cautelosa: la miraba con la reticencia deliberada de un jugador de póker que inspecciona sus cartas. También se dio cuenta Nigel de que Lucille había advertido esas miradas y evitaba devolverlas intencionadamente. Knott-Sloman competía en atenciones con lord Marlinworth. Sus inquietos ojos de color azul pálido, algo estúpidos, pasaban de la boca a los hombros con una especie de agresividad grosera. Acaparaba su atención por la fuerza bruta, fuera como fuera, elevando la voz para dominar la de tenorino de lord Marlinworth, y amontonando anécdota sobre anécdota. Tenía un encanto grosero; sin duda, la ruda «personalidad» del egotista.

Alrededor de Nigel se mantenía la conversación elevándose y decayendo, desviándose para este lado y aquél, como fuente en día tempestuoso. Pero, gradualmente, en medio de todo, aumentaba en Nigel la conciencia de una profunda excitación nerviosa. La fantasía no provenía del cúmulo de excitaciones producidas por una fiesta brillante, sino que irradiaba de una persona. Movié la cabeza con irritación: ¿qué podría ser si no su propia aprensión de que para O'Brien se aproximaba la hora fatal? Este último le pareció casi moribundo cuando se levantó, de repente, copa en mano, lanzando una mirada indescifrable a Nigel, y gritó:

—¡Un brindis! Por los amigos ausentes y por los enemigos presentes.

Hubo un silencio breve, incómodo. Georgia Cavendish se mordió los labios: su hermano parecía vagamente molesto; lord Marlinworth tecleó sobre la mesa; Lucille y Knott-Sloman se miraron uno al otro; Philip Starling sonreía complacido, divirtiéndose con el embarazo general. *Lady Marlinworth* rompió el encanto.

—¡Qué brindis tan chistoso, *Mr. O'Brien!* Un viejo brindis irlandés, supongo. ¡Qué pueblo tan extravagante! —La vieja dama rió con disimulo y sorbió lentamente su vino; los demás la imitaron con galantería.

En el momento en que dejaban las copas las luces se apagaron. El corazón de

Nigel se inmovilizó como una piedra. Ahora sucedería aquello, por fin. En seguida se maldijo a sí mismo, llamándose vieja histérica. Arthur Bellamy entró con un pastel de Navidad encendido. Lo colocó ante O'Brien advirtiéndole con un susurro bien perceptible:

—Necesité una caja de fósforos entera para alumbrar este maldito trasto, coronel. Seguro que *Mrs. Grant* estuvo bebiendo a escondidas, y llenó la botella con agua.

Se retiró y encendió las luces. O'Brien miró a *lady Marlinworth* tratando de disculparse, pero ella estaba muy lejos de haberse asustado.

—¡Qué hombre tan deliciosamente impertinente es su mayordomo; es todo un carácter! No, ni una gota más. Juraría que usted me ha emborrachado. Bueno, sólo media copa, entonces. —Sofocaba la risa—. ¿Sabe usted? —prosiguió contemplándolo con fijeza y golpeándole el brazo jocosamente con el abanico—, su cara me recuerda a alguien a quien conocí hace mucho tiempo. ¡Augustus! —Llamó—, ¿a quién me recuerda *Mr. O'Brien*?

Augustus Marlinworth, sobresaltado, se retorció el sedoso bigote.

—Con seguridad que no lo sé, querida. Posiblemente sería uno de tus, ¡ah!, infortunados pretendientes. Yo no creo que hayamos tenido el placer de conocer a ninguno de los irlandeses O'Brien. ¿De qué parte del país es usted?

—Nuestro solar —replicó O'Brien con la mayor gravedad— se asienta en el lugar del palacio del gran rey Brian Boru.

Knott-Sloman inició una risotada, pero, al recibir una mirada fría de O'Brien, la convirtió en tos. Georgia Cavendish, con la nariz regordeta encogida con disgusto, dijo a O'Brien:

—Supongo que su familia tenía un gnomo, lo mismo que un castillo. Usted nunca me contó eso.

—¿Gnomo? Eso es una especie de duende o algo por el estilo, ¿no es así? No puedo concebir un duende haciendo muchas transformaciones con el viejo Slip-Slop —dijo Knott-Sloman.

«Un curioso apodo para O'Brien», pensó Nigel y a juzgar por la perplejidad de sus expresiones, ninguno de los demás lo conocía.

O'Brien lo cortó rápidamente:

—Un gnomo es un espíritu que aúlla por las cercanías del lugar cuando uno de la familia va a morir. Así que si cualquiera de ustedes oye un aullido esta noche, sabrá que yo soy el candidato.

—Y todos nosotros nos precipitaremos escaleras abajo para comprobar que no es sino Ajax que tiene una pesadilla —exclamó Georgia sin el más mínimo temblor perceptible en su voz. Lucille Thrale se estremeció delicadamente.

—Brrr —dijo—, esta reunión se está poniendo morbosa. La muerte es demasiado clase media y victoriana, ¿no creen ustedes? A mí me parece cursi.

—Querida señorita —dijo lord Marlinworth inclinándose con galantería eduardiana—. Usted no debe sentir temor. La muerte no tiene más que mirarle a la

cara una vez y quedará, como todos nosotros, cautiva a sus pies. —Inició una inclinación y continuó dirigiéndose a todos—. Los presentimientos de la muerte no están confinados en la Isla Esmeralda. Yo recuerdo bien un fenómeno similar relacionado con la familia de un viejo amigo, el vizconde Hawsewater. Se decía que la campana de una capilla en ruinas que había en su estado tocaba durante la noche en que acontecía la muerte del cabeza de familia. Una noche el pobre Hawsewater, que gozaba de perfecta salud en aquel tiempo, la oyó: desgraciadamente era sordo y la confundió con la llamada de incendio; salió precipitadamente fuera de la casa, olvidando echarse nada encima —con permiso de las damas—, ni siquiera las prendas de vestir. Hacía un frío terrible esa noche, por lo que se resfrió, contrajo una pulmonía y se murió en dos días. ¡Pobre amigo! Un melancólico fin. Pero demuestra que uno no debe tornar demasiado a la ligera esos avisos sobrenaturales. Hay muchas cosas así en el cielo y en la tierra, dijo Horacio; yo también lo creo.

En este punto *lady* Marlinworth pensó que lo mejor era hacer una seña con la cabeza a las damas para que pasaran al salón. Los hombres se agruparon más cerca de su huésped.

—¿Quiere usted café, lord Marlinworth? ¿Café, Nigel? —Dijo él, pasándoles las tacitas—. Pasen el aporte alrededor. Alcancen las nueces, si las quieren; siento no tener nada de su gusto, Knott-Sloman: los Farquhar son los últimos en hacer sus envíos. Debe mostramos usted sus habilidades. Apuesto a que es usted la única persona entre los presentes que puede partir una nuez con los dientes.

Knott-Sloman lo demostró plenamente, y el resto fracasó en forma ignominiosa.

O'Brien prosiguió:

—Veo que es usted aficionado a Shakespeare, lord Marlinworth. ¿Ha leído a alguno de los dramaturgos post-isabelinos? ¡Qué gente! Shakespeare los mataba a miles, pero Webster mataba los suyos a millones. Debo decir que a mí me gusta que quede la escena cubierta de cadáveres al bajarse el telón. ¡Y qué poesía!

El gusano de seda derrocha sus hebras amarillas.

O'Brien comenzó a recitar el pasaje, los ojos perdidos en la distancia sin límites, con voz dulcificada y tremente. Antes de terminar se cortó de repente como si sintiera vergüenza al ser traicionado por semejante emoción, producida por meras palabras. Lord Marlinworth tecleó sobre la mesa despreciativamente.

—Admirable, sin duda. Pero no es Shakespeare, no es Shakespeare. Yo estaré pasado de moda, pero me imagino que el Bardo aún sigue siendo único.

Poco después se reunieron con las damas. Más tarde Nigel recordó muy vagamente los absurdos juegos, las historias de espíritus cuajadas de sangre que se refirieron y las chanzas pesadas que lo ponían cada vez más soñoliento. Lo que no era extraño después de semejante comida. Una cosa recordaba con claridad, la voz resonante y la risa contagiosa de Fergus O'Brien, que contrastaban de un modo muy

extraño con la mirada mortecina de sus ojos: mirada de alguien que viera cosas más allá de los límites del mundo. Cuando lord y *lady* Marlinworth salieron, a las once, y algunos de los hombres se volvieron a reunir en el salón de billar, Nigel subió al dormitorio. Necesitaba descansar. Burla o no burla, él quería estar cerca de la barraca esa noche. O'Brien podría ser capaz de cuidarse por sí mismo, pero cuatro manos valen más que dos. La cabaña...; la hora fatal... «Cuida de él, ¿lo harás?»...; cuatro manos valen más que...; la hora fatal.

Capítulo IV

LA HISTORIA DE UN MUERTO

NIGEL despertaba gradualmente. Percibió primero la luz y luego el silencio. La luz parecía descender del cielo raso, cosa rara en una mañana de invierno.

El silencio no era, ahora que escuchaba, lo que se dice silencio; sino como un apagamiento de todos los ruidos rurales, el ladrido del perro, el retintín de los arneses, el rumor de los carros, el canto del gallo y los ruidos de los pasos, como si pisaran un casto pedal amortiguador sobre la comarca. Nigel se preguntaba vagamente si esos fenómenos serían consecuencia de drogas.

Pero entonces recordó, con algún esfuerzo, que no tomaba drogas. Luego su pensamiento comenzó de pronto a trabajar de modo adecuado y exclamó:

—¡La nieve!

Se asomó a mirar por la ventana. Sí, había nevado durante la noche: no como para cubrir los tejados y las ramas, pero lo suficiente para alfombrar la tierra y amortiguar todos sus ruidos. El corazón de Nigel se contrajo de repente. ¡O'Brien! ¡La barraca! Corrió hasta la habitación en que O'Brien había simulado dormir y desde allí miró hacia la cabaña. Un solo rastro de pisadas, medio borradas por la nieve, iba desde la galería hasta allí. Había una capa de nieve delgada y pulida en el tejado de la galería.

«Al fin y al cabo, gracias a Dios, todo está bien» —murmuró Nigel—. «Sólo O'Brien ha salido, no ha ocurrido nada».

Al volver a su habitación miró el reloj de pulsera. Las ocho y cuarenta. Había dormido hasta muy tarde. Lo mismo parecía haberle ocurrido a O'Brien. A esa hora generalmente estaba afuera, dando de comer a los pájaros. Bueno, después de semejante comida, ¿qué podía esperarse?

Pero una pequeña ráfaga de aprensión penetró de nuevo en el corazón de Nigel. Le habrían avisado si...; Arthur Bellamy se lo había dicho a él. Pero Arthur no había ido a la barraca, o si había salido, no había vuelto. ¿Y por qué no lo habría despertado?

Se vistió presuroso. Una sensación de pesadilla lo roía: la misma sensación que había sentido de niño, cuando soñaba que llegaba tarde a la escuela. Bajó corriendo las escaleras. Edward Cavendish con el gabán puesto paseaba por la galería.

—Estimulando el apetito para el desayuno —dijo—. Todos están muy dormilones

esta mañana. A mí no me despertaron, aunque supongo que no puede esperarse semejante cosa en esta casa. —Su tono era un poco quisquilloso.

—Precisamente voy a la barraca para ver si nuestro huésped se ha despertado —dijo Nigel—. ¿Viene?

Quizá la inquietud de Nigel se había comunicado a Cavendish porque se le adelantó al doblar la esquina de la casa. Los rastros se extendían ante ellos desde el lado opuesto de los ventanales hasta la puerta de la barraca, a unos cincuenta metros. Nigel se apresuró, manteniéndose inconscientemente bien alejado de esas huellas; Cavendish iba un poco delante de él. Golpeó la puerta de la barraca. No hubo respuesta. Nigel miró por la ventana, y lo que vio le hizo saltar a la puerta, empujar hasta abrirla y entrar dando traspiés. La enorme mesa de cocina todavía estaba allí, sembrada de libros y papeles; la estufa de petróleo y los sillones seguían donde los había visto últimamente. Una de las chinelas también estaba en el suelo; pero la otra estaba en el pie de O'Brien, que yacía junto al escritorio.

Nigel se arrodilló y le tocó una mano. Tenía el frío de la muerte. El hilo de sangre seca que salía de su corazón, la chamusquina en la solapa negra y en la blanca pechera de la camisa, no eran necesarias para indicarle que Fergus O'Brien estaba muerto. Había un revólver tirado al lado de los rígidos dedos de su mano derecha. Tenía los ojos en blanco, pero la negra barba sobresalía indomable, aun en esa hora de anulación, y algún capricho de la muerte había fijado en sus labios una sonrisa, la misma sonrisa entre diabólica y sardónica con que había presidido la cena doce horas antes. Nigel no pudo olvidar nunca aquella expresión. Parecía perdonarle a él su propia falta, invitarle a que se divirtiera de la forma en que la muerte los había burlado a entrambos. Pero estaba muy lejos de sentirse divertido. Pocos días le habían bastado para sentir por O'Brien un afecto y respeto tan profundos, como sólo los había sentido hasta entonces por su tío. Había fracasado, y tan completa era la derrota, como su determinación de ganar la batalla final y descubrir la verdad.

—¡Estese quieto y no toque nada! —dijo cortando la acción a su compañero. Cavendish no se hallaba en estado de tocar nada. De pie, contra la pared, enjugando su frente con un pañuelo, respiraba con dificultad y contemplaba el cuerpo y el revólver como si esperase que repentinamente el uno brincara o estallase el otro. Emitió algunos sonidos incoherentes; recuperó el dominio de su voz y dijo:

—¿Qué es lo que le...? ¿Por qué lo hizo?

—Ya lo averiguaremos. Cierre esa puerta; no es necesario que vean todos lo que hay dentro. ¡No! ¡Quite las manos de ahí! Utilice el codo.

Nigel practicó una rápida inspección de la estancia y del cubículo adyacente. En la cama no había dormido nadie. Nada parecía fuera de su lugar, las ventanas estaban cerradas y aseguradas. La llave colocada en el interior de la puerta. Palpó la estufa de petróleo; estaba tan fría como la mano de O'Brien. La barraca también estaba helada; miró en torno en forma dubitativa, como si echara algo de menos.

—Me pregunto dónde estará su...

—Allí está Bellamy —interrumpió Cavendish, que estaba de pie ante la ventana—, ¿lo llamo?

Nigel, distraído, asintió con la cabeza. Cavendish gritó:

—¡Bellamy! —Con todas sus fuerzas, pero el sonido parecía morir, y, aunque volvió a gritar, no oyeron nada afuera. Nigel abrió la puerta, usando un pañuelo para dar vuelta al picaporte. Arthur Bellamy estaba en la galería con los ojos entornados por el sol y frotándose los con los puños inmensos.

—¡Arthur! —llamó—. Venga aquí, pero apártese de esa hilera de huellas. ¿No nos oyó gritar?

—No se oye nada si llaman desde ahí dentro cuando la puerta está cerrada —dijo Arthur andando sobre la nieve, con la pesadez de un oso—. El coronel la ha construido a prueba de ruidos. Dice que no puede trabajar oyendo el barullo de los gallos y las gallinas; y los corrales quedan aquí cerca.

«Por eso no se despertó nadie con el tiro» —pensó Nigel.

—Pero ¿qué significa todo esto, *Mr. Strangeways*? —Dijo Arthur aproximándose a la puerta y dándose cuenta de repente de que había algo inusitado en la situación—. ¿No está el coronel ahí? Yo venía a despertarlo. Me he quedado dormido, ustedes dirán..., y...

La expresión de Nigel le impuso silencio.

—Sí, el coronel está dentro. Pero ya no volverá nunca a trabajar aquí —dijo en tono apagado, y dejó entrar a Arthur Bellamy.

El coloso se tambaleó como si hubiera chocado contra la pared.

—¡Así que lo consiguieron! —farfulló al fin en alta y enronquecida voz.

—¿Quiénes lo consiguieron? —preguntó Cavendish asombrado. Nadie le prestó atención. Arthur, que se había inclinado sobre O'Brien, trataba de enderezarse, haciendo un esfuerzo gigantesco semejante al de Atlas doblegado por el peso de la esfera celeste sobre los hombros. Las lágrimas brotaron y corrieron por su rostro, pero la voz era firme cuando dijo:

—En cuanto ponga mis manos en el... que hizo esto, le machacaré el... esqueleto hasta convertirlo en... pasta. Yo lo...

—Repórtese, Arthur. Algunos invitados saldrán dentro de unos minutos.

Llevóse al hombrón aparte y le susurró rápidamente:

—*Nosotros* sabemos que esto no es un suicidio, pero vamos a tener tremendas dificultades para probarlo. No hay ningún perjuicio en hacer ver a los demás por algún tiempo que nosotros creemos lo del suicidio. Sobrepóngase y actúe en consecuencia.

Arthur comenzó a actuar.

—Corriente, señor mío. ¿Está usted seguro de que es suicidio? ¡Ah!, esta arma aquí y ese chamuscado en su chaqueta... No cabe duda de que debe estar usted en lo cierto.

Cavendish, que miraba por la puerta, dijo:

—Hay algunos invitados en la galería. Deben haber oído nuestras voces. Será mejor que usted les diga que se aparten de esas huellas. ¡Oh Dios!, allí está Lucille, ella no debe ver esto.

Nigel salió a la puerta y detuvo a los huéspedes.

—Quédense donde están un minuto. Sí, todos ustedes... Arthur, dé la vuelta a la cabaña y vea si hay alguna huella por la parte de atrás. Será mejor que nos aseguremos antes de que lo pisoteen todo.

Arthur se fue.

—Pero escuche, *Mr. Strangeways* —protestó Cavendish—, usted no puede permitir que esas mujeres entren aquí y... vean... —Se estremecía.

—No sólo puedo, sino que me lo propongo —dijo Nigel bruscamente. No deseaba perder esta dorada oportunidad de estudiar las reacciones. Arthur volvió y le informó de que no había huellas en la parte posterior de la barraca. Nigel se dirigió a los huéspedes que continuaban amontonados en la galería.

—Pueden salir ustedes ahora, pero manténganse bien apartados de esa fila única de pisadas. Le ha ocurrido un accidente a O'Brien.

Se sintió un suspiro, y Georgia Cavendish llegó corriendo antes que los demás.

Todos estaban vestidos, excepto Knott-Sloman, que llevaba un abrigo sobre el pijama, y Lucille Thrale, que tenía un magnífico abrigo de piel, y según las apariencias se podía sospechar con fundamento que debajo no llevaba absolutamente nada más. Con el cabello platinado, la garganta blanca y su helada expresión, parecía la Reina de la Nieve.

Nigel apoyó la espalda contra la pared del fondo de la barraca y dijo:

—Pueden ustedes entrar. Pero guarden silencio y no toquen nada.

Entraron uno a uno y se quedaron en hilera, como una compañía de actores aficionados que representaran una escena de espanto mal ensayada. Durante un segundo no supieron para dónde mirar. Luego, Georgia apuntó con un dedo tembloroso, mordió con fuerza los labios y dijo con voz débil y solemne:

—¡Fergus! ¡Oh Fergus! —En medio del silencio mortal. La cara de Knott-Sloman se puso tensa y sus ojos de color azul pálido parecían haberse vuelto de piedra.

—¡Buen Dios! ¡Muerto! ¿Está muerto? ¿Quién... lo hizo, él mismo? —Philip Starling frunció los labios y emitió un largo silbido.

—Está muerto —dijo Nigel—, y todo induce a creer que es un suicidio.

La helada expresión de Lucille Thrale se desbordó repentinamente como un alud. La boca escarlata se abrió de un modo inesperado, y con una violencia que conmovió a todos, gritó:

—¡Fergus! ¡Fergus! ¡Tú no pudiste hacerlo! ¡No es cierto! ¡Fergus! —Después se tambaleó y cayó en brazos de Knott-Sloman. El pequeño grupo se dividió. Nigel observaba a Georgia que miraba ahora a su hermano con expresión indescifrable. De repente, advirtiendo el escrutinio de Nigel, apartó los ojos con violencia y salió del grupo, inclinándose hasta tocar el cabello de O'Brien al pasar.

—Mire, Strangeways —exclamó Knott-Sloman ásperamente—. ¿Qué diablos se propone usted dejando entrar a estas señoras, y...?; es intolerable.

—Pueden irse todos ustedes ya —dijo Nigel impasible—. ¡Quédense en la casa, por favor! Se les necesitará para las formalidades del interrogatorio. Ahora voy a llamar a la policía.

La cara de Knott-Sloman se puso purpúrea, con las venas tan abultadas que parecían quererle saltar.

—¿Quién diablos es usted para dar órdenes aquí? —bramó—. Ya he aguantado bastantes impertinencias tuyas. —Se interrumpió. Nigel lo miraba de manera muy diferente que la criatura apacible, anteojuda y amable, del día anterior. Su cabello color estopa, arreglado a la última moda, y la expresión juvenil habían quedado atrás con las chanzas y cuchufletas de la última noche, sus ojos parecían ahora tan peligrosos como bocas de armas de fuego. Knott-Sloman capituló y se retiró rezongando a la casa. Lucille Thrale, que por momentos caía en crisis emocionales enteramente inoportunas, y procedía como una reina de tragedia, se fue, sostenida por Georgia y Philip Starling hasta la casa. Nigel le pidió a Arthur que se quedara de guardia en la barraca, y viera si podía encontrar algún rastro por allí o por el exterior. Él también entro en la casa, y telefoneó a Taviston. Se puso en comunicación con el superintendente Bleakley, quien prometió ir en seguida con el médico de policía y otros colaboradores. Taviston estaba a unos veinticinco kilómetros, y Nigel empleó ese intervalo para hacer una llamada a larga distancia a su tío en Londres. El modo con que *sir* John Strangeways recibió la noticia fue típico de él.

—¿Disparo...? ¿Suicidio, según todas las apariencias? ¿A ti no te parece...? Bien, prosigue... Yo enviaré a Tommy Blount si solicitan a la Yard... No, no te acuses, muchacho; estoy seguro de que hiciste todo lo posible. No nos dejó él oportunidad alguna... Habrá mucho barullo con esto, sin embargo. Ya veré lo que debo hacer para que la prensa se porte noblemente. Hasta luego. Si necesitas algo, házmelo saber... ¡Oh!, bien. ¿Quién? ¿Cyril Knott-Sloman? Lucille Thrale, Edward y Georgia Cavendish, Philip Starling. Exacto. Haré averiguaciones... Hasta luego. No seas injusto contigo mismo.

Diez minutos más tarde llegó el automóvil de la policía. El superintendente Bleakley era un hombre de mediana estatura. La rigidez de su espalda y el bigote enhiesto le daban aspecto de militar; una cara color rojo ladrillo, el vago acento gutural de su voz de Somerset, y cierta pesadez en su continente, indicaban que corría por sus venas la sangre de varios antecesores hacendados. La disciplina militar rigurosa en que se había formado y la herencia profunda de *laissez faire*, propia del campesino, luchaban siempre en su interior. Detrás de él salieron del auto un sargento, un agente y el doctor. Nigel fue a su encuentro.

—Mi nombre es Strangeways. Mi tío es el ayudante del comisario. He realizado algunos trabajos como agente de investigaciones privado, y con ese carácter estaba

aquí con O'Brien. Más tarde le daré a usted detalles. Hallamos a O'Brien a las nueve cuarenta y cinco en la cabaña que está allí. Estaba muerto de un tiro. No se ha tocado nada. Había una sola fila de pisadas en dirección a la cabaña, nada más.

—¿Qué significa todo esto, entonces? —Preguntó Bleakley apuntando las pisadas hechas por los otros huéspedes—. Parece que salieran todos de estampía.

—Hay varios invitados más. *Quisieron* ir allá. Yo les hice apartarse de las huellas importantes —mintió Nigel.

Entraron todos en la barraca. Bleakley miró a Arthur en forma suspicaz, Arthur a Bleakley en son de guerra. Tomaron fotografías del cuerpo desde diversos ángulos, luego procedió a trabajar el doctor. Era un hombre taciturno, pero resultaba agradable por lo poco profesional de su aspecto, tanto en sus ropas como en sus maneras. Después de un momento se incorporó y dijo:

—Parece un caso típico de suicidio. Vea aquí la quemadura de la pólvora. El disparo fue hecho en el corazón desde pocas pulgadas de distancia. Aquí está la bala, usted va a comprobar que corresponde a este revólver, Bleakley, lo contrario me sorprendería. Sólo hay un punto que contradice el suicidio, y es que él no empuña el revólver. Los suicidas generalmente están prendidos al arma que usaron; se llama el espasmo cadavérico. Sin embargo, hay variaciones. No tiene otras heridas excepto esos rasguños en la muñeca derecha, debió morir instantáneamente. (El doctor miró su reloj de pulsera). Yo diría que la muerte ocurrió entre las diez de la noche y las tres de esta madrugada. Luego de la autopsia podrá precisarse algo más. Supongo que la ambulancia vendrá directamente hasta aquí.

—¿Qué opina usted de esos rasguños, doctor? —dijo Nigel inclinándose sobre el cuerpo y mirando dos desvaídas marcas purpúreas en el lado interior de la muñeca.

—Yo diría que se golpeó al caer contra el borde de esta mesa.

Bleakley miraba de un modo reflexivo a los pies de O'Brien.

—Seguramente que no salió fuera de aquí con chinelas —dijo, y comenzó a revolver toda la cabaña. En un minuto descubrió, detrás de uno de los sillones, arrimados al lado derecho de la pared un par de zapatos de vestir, de charol—. ¿Perteneían éstos al difunto? —inquirió astutamente de Arthur Bellamy.

—Éstos son los zapatos del coronel —dijo Arthur estúpidamente, mirando su interior.

—¿Del coronel?, ¿qué coronel?

—Quiere decir O'Brien —dijo Nigel.

—Bien, lo mejor será ver si se ajustan a esas pisadas que hay fuera antes de que el sol las derrita todas.

Bleakley levantó los zapatos con cautela, usando su pañuelo. Nigel tocó las suelas con los dedos. Estaban completamente secas. Salieron afuera. Los zapatos se ajustaban exactamente a las huellas. Era verdad que la nieve caída después de marcadas las huellas habría borrado cualquier particularidad en los trazos, excepto que la marca de las punteras parecía más profunda que la de los talones; pero para el

superintendente pareció definitiva la prueba.

—Esto lo comprueba —dijo.

—Aguarde usted un minuto antes de formarse una opinión —dijo Nigel, sacando del bolsillo las cartas amenazadoras y la nota de O'Brien que las acompañaba—. Léalas.

Bleakley sacó con cierta sorpresa un par de anteojos, hizo un formidable ruido desenvolviendo los papeles y comenzó a leer. Cuando terminó, la rutina oficial y el interés humano lucharon durante un momento en su expresión.

—¿Por qué no se nos informó de esto antes? Bueno, las guardaré. Es un asunto bien raro, señor. ¿*Mr.* O'Brien tomaba en serio esas amenazas?

—Yo creo que sí.

—¿Sí? Bueno, yo no las habría tomado. Usted sabe, señor, que éste sería un caso muy resonante, siendo *Mr.* O'Brien quien era, sí... Pero no, es imposible; usted no puede negar la evidencia de esas huellas. Sin embargo, aunque no sea más que para estar seguros. Doctor Stephens, ¿quiere usted examinar con particular cuidado cualquier detalle en la autopsia que pudiera sugerir alguna otra cosa que suicidio? —El doctor sonrió sardónicamente, encogiéndose de hombros—. Oh, aquí está la ambulancia. Tome usted las impresiones digitales, George, y luego pueden llevárselo. Veré a usted más tarde, doctor. Gracias. Ahora, George —se volvió otra vez hacia el sargento—, vaya usted a la cabaña para tomar las huellas digitales, especialmente en el arma, en los zapatos y en la caja de caudales; no nos servirá de mucho que toda esa gente haya estado dentro —añadió saliéndole a la superficie su disciplina militar.

—Les dije que no tocaran nada —respondió Nigel—; estuve vigilándolos atentamente, y estoy seguro de que no lo hicieron.

—Bueno, algo es algo. Ahora usted. ¿Cuál es su nombre? —Disparó en forma brusca contra Arthur que estaba, de pie, en el fondo.

—Arthur Bellamy, exaviador, licenciado en 1930, campeón peso pesado de la R. A. F. —El hombrón se bamboleaba. El roce adquirido por Bleakley en el campo de instrucción militar le había hecho prestar atención involuntariamente.

—¿En qué se ocupaba usted aquí?

—Era el servidor personal del coronel, señor.

—¿Qué es lo que sabe usted de todo esto?

—Yo sé que el coronel esperaba que le ocurriera algo desagradable. Me disponía a vigilar esta barraca toda la noche, aunque él me dijo que me desollaría vivo si me aproximaba a ella en cualquier forma, pero me entró un sueño tan maldito que no pude aguantar con los ojos abiertos. Tan adormilado estaba que me olvidé de echar el pestillo a la puerta principal. No me desperté hasta cerca de las nueve de la mañana de hoy. Esto es todo lo que sé, excepto que en cuanto ponga mis manos en... el que lo hizo, le retorceré las tripas alrededor de... las orejas.

—¿De manera que usted no cree que el coro... *Mr.* O'Brien se suicidara?

—Suicidarse mi... —replicó Arthur groseramente—. Él era tan incapaz de hacer

eso como... como de matar a cualquiera de los pajaritos que solía alimentar con migas de pan todas las mañanas. —La voz de Arthur se quebró con el recuerdo.

—Muy bien. ¿Es éste el revólver de *Mr. O'Brien*?

—Sí, no hay la menor duda.

—Ahora dígame: ¿quiénes acostumbraban entrar en esta barraca?

—El coronel tenía particular empeño en no dejar entrar a nadie. Siempre estaba cerrada con llave cuando había gente cerca. Yo venía a limpiarla la mayor parte de los días, pero nadie más que él y *Mr. Strangeways* entraron aquí.

—Entonces, otras huellas digitales que encontremos serán un poco sospechosas. Ya tenemos las de *Mr. O'Brien*, ahora tomaré las suyas, *Bellamy*, y las suyas, *Mr. Strangeways*, si no le molesta. No es que crea que haya nada en el asunto, sin embargo lo mismo podemos hacer las cosas bien.

Ambos se sometieron al procedimiento, y luego *Bleakley* dijo:

—Prosiga usted con esto ahora, *George*, y vea si puede hallar en alguna parte un gemelo roto; el de la muñeca derecha de *O'Brien* se partió por el medio, supongo que al caer. Venga usted conmigo, *Bolter*, lo necesito para tomar declaraciones.

El superintendente ganó mucho en la estimación de *Nigel*. Podía no ser más que un tosco campesino, pero se daba cuenta de las cosas.

—Lo primero que vamos a procurar es saber cuándo comenzó aquí la nevada —iba diciendo *Bleakley*, mientras marchaban hacia la casa—. Para nosotros empezó alrededor de la medianoche. ¿Lo sabe usted, por casualidad, señor?

—Lamento tener que decir lo mismo que *Arthur*, me quedé dormido en seguida. —*Repuso* amargamente.

Bleakley se dio cuenta de la amargura de su voz, y cambió de tema con tacto.

—Es un buen muchacho ese *George*. Su padre y el mío trabajaban en una granja cerca de *Watchet*. Ahora, señor, ¿puede facilitarme usted algunos indicios acerca de las otras personas que están aquí, antes de que yo las interroge?

Nigel le hizo una descripción sucinta de sus compañeros, omitiendo conjeturas y matices. Para que nadie pudiera oírlos condujo a *Bleakley* dando un rodeo por el jardín de la cocina y el patio de los establos; cuando llegaron a la puerta de atrás, había, terminado. Estaban tan absorbidos por ellas, en efecto, que no advirtieron la cara que los contemplaba con expresión aborrecible desde la ventana de la cocina. En cuanto entraron una voz grosera les dijo:

—Les agradeceré que se limpien los pies y que no ensucien el pasillo.

Era *Mrs. Grant*, de pie a la puerta de la cocina, con las manos cruzadas estrechamente sobre el delantal. *Nigel* comenzó a reír convulsivamente sin poderse dominar; el cambio era excesivo para sus nervios en tensión. *Mrs. Grant* fijó en él una dura mirada.

—No es ocasión para semejante alboroto, teniendo al amo de cuerpo presente ahí afuera.

—¿Y quién le dijo a usted que su amo estaba muerto? —preguntó el

superintendente con suavidad. Una ligerísima llama apareció en los ojos gris granito de *Mrs. Grant*.

—Esa horrenda mujer que gritaba —dijo ella.

—¿Qué mujer?

—*Miss Thrale*. Mal haya el día en que puso los pies en esta casa ese loro pintado. Yo antes había estado siempre con familias respetables.

—Vaya, vaya, ésa no es manera de hablar; acaba de morir su amo —dijo *Bleakley*, realmente molesto.

—Él se lo buscó juntándose con esa buena pieza. Castigo del Señor. El pecador lleva su merecido.

—Bien —dijo *Nigel* recobrándose—, podemos discutir el aspecto teológico del caso más tarde; lo que nos concierne en este momento son los hechos. ¿Puede usted decirnos, *Mrs. Grant*, a qué hora empezó a nevar anoche?

—Yo comí..., me fui a la cama a las once en punto y eché el cerrojo a la puerta de atrás. No nevaba entonces.

—¿Usted vio u oyó a alguna persona extraña por estos alrededores anoche? —preguntó *Bleakley*.

—A esa asquerosa, *Nellie*; se fue para su casa en la aldea así que terminó de lavar. Después yo no vi a nadie más que a los invitados de *O'Brien* alborotando y blasfemando en el salón —dijo *Mrs. Grant* con severidad—. Y ahora les agradeceré que me dejen seguir con mis labores. No tengo tiempo para charlas con zánganos.

Se retiraron. *Bleakley* iba rascándose una ceja sin disimulo.

Los huéspedes estaban en el salón. *Georgia* trataba de persuadir a *Lucille*, que ya estaba vestida, aunque todavía no en su sano juicio, de que tomara un poco de café. Los demás hacían esfuerzos de vez en cuando para tomar el desayuno. Todos movieron la cabeza nerviosamente cuando se abrió la puerta. También el superintendente parecía un poco nervioso. No estaba acostumbrado a la vida de sociedad; sus actividades se reducían principalmente a cazadores furtivos, ladronzuelos, borrachos y automovilistas vagabundos. Acarició su bigote y dijo:

—No los molestaré mucho tiempo, señoras y caballeros. Parece indudable que *Mr. O'Brien* se suicidó. Pero necesito conocer unos pequeños detalles para dejarlo establecido, de manera que el interrogatorio no será molesto. Lo primero es: ¿puede alguna señora o algún caballero decirme a qué hora comenzó a nevar aquí anoche?

Hubo un cambio de posturas, un alivio, como si todos hubiesen esperado alguna pregunta más siniestra. *Starling* y *Knott-Sloman* se miraron. Entonces dijo el último:

—*Cavendish* y yo fuimos a jugar al billar; supongo que serían las once u once y media pasadas. *Starling* vino a mirarnos. Alrededor de cinco minutos después de medianoche, lo recuerdo porque oí el reloj del vestíbulo dando la hora, dijo *Starling*: «Caramba, ha comenzado a nevar». Estaba de pie ante la ventana. ¿No es así, *Starling*?

—Esto parece enteramente satisfactorio —dijo el superintendente—; ¿nevaba con

fuerza, *Mr. Starling*?

—Primero cayeron algunos copos, pero aumentó en intensidad rápidamente.

—¿Se dio cuenta alguno de cuándo cesó?

Se produjo otra pausa bastante larga. Nigel advirtió que Georgia miraba desconcertada. Luego pareció hacer su composición de lugar acerca de alguna cosa, y dijo:

—Más o menos a las dos menos cuarto; no puedo decírselo exactamente, porque mi reloj de viaje anda medio loco; fui a la habitación de mi hermano y le pedí una bebida para dormir que él había guardado en su equipaje. Estaba despierto y se levantó para buscarla; entonces percibí que los copos caían mucho más despacio. Probablemente cesó de nevar poco tiempo después.

—Gracias, *Miss Cavendish*. ¿Usted se fue a la cama en seguida, *Mr. Cavendish*?

—Oh, no. Subí después de las doce, pero no pude dormir.

—Esto está completamente claro, creo yo. Ahora sólo una pregunta más. El jefe querrá saber cuándo vieron a *Mr. O'Brien* por última vez, y si mostraba síntomas de..., de lo que se disponía a realizar.

Después de algunas discusiones, se fijaron los siguientes puntos: O'Brien había estado con Lucille y Georgia en el salón un cuarto de hora después de que se fueron los Marlinworth. Luego, hacia las once y cuarto, las señoras subieron a acostarse. O'Brien después de esto estuvo mirando a los jugadores de billar. Se quedó allí unos veinte minutos; luego dijo que tenía sueño, y subió las escaleras para ir a la cama.

—De manera que vieron a *Mr. O'Brien* por última vez hacia las once y cuarenta y cinco —resumió Bleakley.

En cuanto a la otra pregunta hubo más disparidad de opiniones. Cavendish y Knott-Sloman no habían advertido nada de particular en O'Brien, sino que parecía estar de un buen humor excepcional. Philip Starling pensó que le había parecido «algo misterioso y agotado». Georgia convenía en que había estado más brillante que nunca, pero insistía en que le pareció más pálido y enfermo que de ordinario, y que ella había percibido algún gran esfuerzo bajo su alegría. Lucille, cuando se le preguntó su opinión, amenazó con caer en otro de sus ataques de histerismo, y gritó:

—¿Por qué me tortura? ¿No se da cuenta de que yo..., yo... lo amaba? —Y luego, como si volviera a la razón al confesarlo, dijo con calma no muy natural—: ¿La cabaña? ¿Qué hacía él en la cabaña?

Nigel se interpuso con rapidez:

—Está bien, yo creo que esto es todo lo que necesitábamos saber, ¿no es cierto, *Mr. Bleakley*?

El superintendente captó la indirecta, y después de informarles de que tal vez fueran requeridos para que no dejaran Chatcombe en un día o dos, salió con Nigel y Bolter otra vez hacia la barraca. Allí encontraron al sargento muy satisfecho consigo mismo. Había hallado el trozo roto del gemelo, oculto detrás de una de las patas de la mesa grande. También había descubierto cuatro marcas distintas de huellas digitales.

Una en la culata del revólver, en la caja de caudales y en otras partes de la habitación, seguramente las de O'Brien. No había huellas en los zapatos. Bleakley no tenía duda de que en el examen de expertos se probaría que las otras dos marcas eran de Nigel y Bellamy. ¿De quién eran las cuartas? ¿Aquellas huellas en el brillante antepecho de la ventana, en la caja de los cigarrillos y en la biblioteca? El corazón de Nigel pegó un brinco. Allí estaba el desconocido cuya existencia tenía que probar. Luego, de repente, volvió a caer en el desánimo. Edward Cavendish había entrado en la cabaña con él; había estado de pie, junto a la biblioteca, y más tarde se había movido hacia la ventana. Casi seguro que serían las suyas; le sugirió eso al superintendente. Volvieron a la casa, separaron a Cavendish de su hermana y de Lucille, y le pidieron que dejara tomar sus impresiones digitales para compararlas con las del antepecho de la ventana y las de la caja de cigarrillos. No puso inconveniente, aunque parecía nervioso y sofocado por la sugerencia.

De nuevo en la barraca, Bleakley movió con sorna la cabeza hacia Nigel.

—No, señor —dijo—; eso no sirve para nada. Se dice que los muertos no cuentan historias, pero eso aquí no es cierto. La historia es tan clara que puede comprenderla un niño. No me gusta imaginar que un caballero tan agradable como *Mr. O'Brien* se quite la vida, pero no se puede ir en contra de la evidencia.

—La evidencia —dijo Nigel despacio—. Creo que yo podría hacer contar a este muerto una historia bien distinta; y es precisamente con la evidencia con la que llegaremos bien lejos.

Capítulo V

UNA HISTORIA TORTUOSA

EL SUPERINTENDENTE, indeciso, se retorció el bigote entre los dedos. Había algo que convencía en la tranquila seguridad, en la serena confianza de este joven *Mr. Strangeways*. Su disciplina militar le había conferido una fe, posiblemente mal empleada, en la sabiduría superior de la llamada «clase de oficiales», ¡y lo que sería un caso como éste si...! Bleakley se decidió a escuchar. Fue, quizá, la decisión más sabia que tomó en su vida. Despachó a George con las impresiones para Taviston a toda velocidad, y mandó a Bolter que fuera a la casa a buscar algo para que desayunara Nigel.

Gesticulando, tan pronto con una salchicha en ristre, como con una cuchara llena de mermelada, Nigel comenzó su parábola.

—Voy a sostener la hipótesis de que O'Brien fue asesinado, y ver de qué manera coincide esto con las pruebas. Usted puede ser el abogado que sostiene la tesis del suicidio. Atáqueme cuanto quiera, tan pronto le parezca que interpreto los hechos erróneamente o que incurro en contradicciones. Entre los dos debemos trillar bien a fondo la situación. Veamos primero la parte psicológica.

Bleakley se retorció los bigotes con aire de importancia. Le agradaba que *Mr. Strangeways* diera por sentado su conocimiento de la significación de esos términos científicos.

—Cualquiera que hubiese conocido a O'Brien le diría a usted que era el hombre menos indicado para poner fin a su vida.

«Estoy convencido de esto, a pesar de mi poco trato con él. Era de un carácter extraordinario; un tipo excéntrico, tal vez, pero no desequilibrado. Tenía valor físico para pegarse un tiro, lo admito, pero poseía por igual el valor moral para abstenerse de hacerlo. No creo que tuviera ningún prejuicio en contra de la idea de quitarse la vida, sabemos que en el aire era un bruto completo, y hasta puedo imaginarlo asesinando a un hombre a sangre fría si tuviera un incentivo suficiente: una venganza, por ejemplo. Debe de haber tenido un terrible deseo de vivir para pasar por todo lo que tuvo que pasar. Y ¿quiere usted que yo crea que un hombre con tal poder de supervivencia pueda meterse tranquilamente en un rincón y pegarse un tiro?».

—No fue tan tranquilamente, señor. Algunos dijeron que parecía excitable y

abrumado la última noche.

Los ojos de Nigel resplandecieron detrás de los lentes, mientras blandía con fuerza una salchicha en el aire.

—Ah, es eso precisamente. Si O'Brien hubiera pensado en matarse, sería natural verlo distraído, reservado, rígido el labio superior, o con carcajadas extemporáneas de hilaridad semihistórica. Pero él no hizo nada por el estilo. Mantuvo una alegría uniforme. Era buen humor, no histerismo. La excitación bajo la superficie en calma y aquella mirada agónica en torno de él eran precisamente lo propio del hombre de un valor casi temerario antes de entrar en batalla. Lo cual es exactamente lo que estaba haciendo él. El ultimátum de *x* expiraba a medianoche. Desgraciadamente, O'Brien esta vez debió haber subestimado el poder de su adversario.

Bleakley se rascó una rodilla. No le gustaba reconocer que las últimas razones de Nigel le habían sacado de su abstracción. Así, con un esfuerzo desesperado para retroceder a un terreno firme, dijo:

—Puede ser así, señor. Pero ¿no recuerda usted que el autor de aquellas cartas decía que *Mr. O'Brien* no debía privarlo del placer de su venganza, suicidándose? Ahora bien, esto podría ser precisamente lo que hizo *Mr. O'Brien*.

—Es una brillante idea, Bleakley. Excitaría el sentido del humor de O'Brien anticiparse al hábito de fuego de *Mr. X*, en esa forma, pero yo no lo creo. Y vea usted, *x* puso probablemente ese parrafito del suicidio con deliberación; habría formado sus planes para cometer un asesinato que pareciera suicidio; y precisamente era ése otro detalle para sugerir la idea de suicidio en los cerebros inocentes.

—Muy ingenioso, *Mr. Strangeways* —dijo el superintendente con obstinación—, pero todo eso está basado en el aire, es una manera de hablar, no es la evidencia, señor.

Nigel se levantó de un salto, fue hasta la caja de caudales, dejó la taza de café sobre ella, y blandiendo la cuchara hacia Bleakley, dijo:

—Muy bien, entonces dejemos esto a un lado. Si O'Brien intentaba suicidarse, ¿por qué, por qué, por qué me pidió que viniera a ayudarlo a defenderse contra el asesinato proyectado? Si deseaba tanto morir, ¿por qué tomarse semejantes molestias para evitar que otro hiciera el trabajo por él?

Evidentemente, Bleakley se impresionó con este argumento.

—Es un argumento muy bueno, señor. Supongo, sin embargo, que él podría tener intención de matarse y, a pesar de eso, no querer que la persona que lo amenazó escapara sin castigo.

—Me parece inverosímil, y sobre todo ese alarde de llevar consigo un revólver, y aparentar que dormía en la casa. «¡Oh!, yo no le había contado a usted» —explicó Nigel, y le refirió la astucia de O'Brien—. Ahora dígame, ¿por qué, en nombre de Bach, de Beethoven y de Brahms, se iba a molestar en tomar semejantes precauciones contra la muerte, si morir era lo que él quería?

—Yo no conozco a esos caballeros que usted menciona —dijo Bleakley

prudentemente—, pero es cierto que parece un contrasentido. No —añadió—, no parece tener sentido que un hombre, que está en guardia a causa de un asesino y que no quiere ser asesinado, deje que alguien se le acerque y le ponga un arma contra su pecho, y su propia arma además... Ni tampoco tiene sentido —su bigote se erizaba belicoso— que un asesino salga de una barraca pasando por encima de una pulgada de nieve sin dejar huellas. Porque eso sería sobrenatural, señor, completamente sobrenatural.

—Alguien debe haber de quien no le sería posible sospechar nunca —dijo Nigel despacio—, y aun así es raro. La razón misma que originó esta extraña reunión es que sospechaba de alguno de sus miembros o de todos.

—¿Cómo es eso? —El superintendente saltó en la silla incorporándose.

—Soy un estúpido, prosigo hablando como si usted supiera todo lo que yo sé del asunto. —Nigel indicó las pistas que O'Brien le había insinuado sobre su testamento y los planos del avión—. Así que, como usted ve, hay motivos suficientes para seguir adelante. Y debe de haber algún motivo más que O'Brien no acabó de descubrir. Usted recuerda lo que *Mrs. Grant* dijo sobre Lucille Thrale; por casualidad supe con certeza que ella era la amante de O'Brien; Lucille quiero decir, no *Mrs. Grant*.

Bleakley soltó una carcajada explosiva, luego asumió la más feroz expresión oficial.

—Lucille intentaba persuadir a O'Brien de que la dejara entrar en su dormitorio la noche última; no sin motivo él la rechazaba. *Las manos suaves calzan las botas con espuelas*. Esto marcha. Suponga ahora que O'Brien hubiera hecho romper a algún otro con la bella Lucille. El otro es posible que no se conformara y tal vez podría llevar su descontento hasta el asesinato. Ha sucedido otras veces, y esas cartas amenazadoras trascienden a odios personales.

—¡Ah, el sexo! —dijo con voz profunda el superintendente—, o *Cherchez la femme*. Todavía la semana última, mi mujer, que ya es vieja, estuvo en un salón de belleza, y precisamente porque...

Se evitaron las revelaciones posteriores por un convincente ataque de tos mal contenido y la aparición de Arthur Bellamy. Arthur susurró algo con voz ronca al oído de Nigel y luego se fue echando una ojeada al superintendente con la expresión de quien no está muy seguro de si el objeto que tiene delante es un vil gusano o una serpiente.

Nigel miró al suelo y dijo con pereza:

—Me sorprende. ¿Desaparición de una joven en traje de montar? ¿A dónde y por qué se fue?

—¿De qué se trata, señor? ¿Desapareció una señorita? ¿Quiere decir usted que se fue de la casa? ¿Cuál es el nombre de la invitada?

—No sé su nombre, y no es exactamente que se haya ido de la casa. Estuvo en esta cabaña hasta ayer. ¡No! —Exclamó con una violencia súbita; Bleakley se agarró a los brazos de su sillón—. Ahora ya recuerdo. Le explicaré todo. Antes de que

viniera usted le pedí a Arthur que registrase la cabaña y procurara ver si echaba algo de menos. Acaba de decirme que la fotografía de una muchacha que solía estar encima del armario del cubículo desapareció.

—Probablemente *Mr. O'Brien* la quemó antes de suicidarse. Los suicidas con frecuencia...

—Ah, pero ahora me doy cuenta de que el día en que llegaron los otros huéspedes miré por casualidad desde la ventana dentro de la cabaña y sentí la impresión de que faltaba algo. Luego lo olvidé, porque en ese momento llegó Philip Starling. Pero ahora lo veo. Lo que había desaparecido era esa fotografía. El caso es: ¿por qué la habrá quitado *O'Brien*?

—¿No era la fotografía de alguna de las señoras que están aquí?

Nigel movió negativamente la cabeza.

—Bueno, entonces seguramente no tiene nada que ver con este asunto.

Bleakley se levantó pesadamente y se despezó. Quizá le parecía que Nigel lo estaba envolviendo con demasiada facilidad al dejarse persuadir tan pronto de cosas que estaban en contra de toda razón y de todos los libros de texto criminalistas. Como quiera que fuese, reasumió sus maneras oficiales y dijo:

—Tendré en cuenta sus sugerencias, *Mr. Strangeways*; pero no me parece que haya base suficiente para...

Nigel avanzó hacia él con zancadas de avestruz, lo agarró por los hombros y le obligó a sentarse otra vez en la silla, de una manera amistosa, pero firme.

—No, usted no cree —dijo con sonrisa sarcástica—. Pero yo apenas he comenzado aún. Hasta ahora casi no hice otra cosa que teorizar, bombardeando las nubes para hacer caer la lluvia. Ahora vamos a bajar a la tierra y a entendemos con las pruebas materiales. Será mejor que beba usted un poco de café, o que fume una pipa, o saque la jeringa hipodérmica, porque voy a extenderme sobre este caso con cierto abandono.

La costra oficial de Bleakley no pudo sostener el estiramiento ante esta humorística informalidad. Se libró de ella no sin alivio, sonrió amablemente, y comenzó a mascar un trozo de tostada.

—Ahora —dijo Nigel mirando a través de sus gruesos lentes, el cabello y las ropas en desorden, con su aire de abstracción y el índice demostrativo, casi como un lector universitario de Aristóteles—, hasta ahora, no pretendo poder dar ninguna explicación acerca de las huellas o, mejor dicho, de la ausencia de ellas. Las dejaremos a un lado por el momento. Consideremos los movimientos de *O'Brien* la noche última. Hacia las once y cuarenta y cinco les dijo en la sala de billar que se iba a la cama. Su plan era saltar por aquella ventana que da sobre el tejado de la galería —sólo hay unos pocos pies del tejado a tierra—, ir a la barraca y encerrarse dentro, es de presumir que con un revólver. Pero según se probó por la nieve, no pudo salir a ninguna parte hasta alrededor de la una y treinta. ¿Por qué se quedó en su habitación hasta entonces? Todos habían subido hacía más de una hora. ¿Para qué había de

esperar en el lugar de peligro evidente una hora y media después de haber comenzado la fiesta de San Esteban? Y otro interrogante curioso: ¿Por qué no salió por la ventana, como había dicho?

—¿Cómo sabe usted que no salió?

—Porque miré por la misma ventana esta mañana antes de bajar las escaleras. La nieve en el tejado de la galería no mostraba trazas de que nadie hubiera pasado por ese camino. Estaba completamente lisa. ¿Qué le sugiere esto?

—O que salió por ese camino antes de que la nieve empezara a caer reciamente...

—En cuyo caso no marcaría las huellas sobre el césped —interrumpió Nigel con excitación.

—O que bajó las escaleras y salió por la puerta del frente, de seguro un poco antes de que cesara la nevada.

—Exactamente. Ahora, si O'Brien quería que lo asesinaran, ¿por qué no había de esperar en su cuarto, donde era seguro que entraría el asesino? Y si no era eso lo que quería, ¿por qué alterar sus planes e invitar a la muerte saliendo fuera de su cuarto, atravesando el pasillo y el vestíbulo de abajo, sabiendo que el asesino, según todas las señales, estaba bien despierto y espiaba sus movimientos? Eso sería entregarse simplemente.

—Sí, señor —dijo Bleakley rascándose la cabeza—; expuesto de este modo, parece como si tuviera que haber salido antes de comenzar la nevada.

—Entonces, ¿quién hizo las huellas? —preguntó Nigel sin recalcar la frase.

—Eso es evidente; la persona que lo ma... El señor me confunde, usted me ha estado hipnotizando para hacerme decir lo que nunca... —los ojos de Nigel brillaban con la transigente benevolencia del maestro que ha atrapado a un alumno favorito.

—¿Pero qué dice de los zapatos, Mr. Strangeways? —prosiguió el superintendente, viendo una salida libre—. ¿Cómo se *sirvieron* de los zapatos de Mr. O'Brien? Contésteme a esto, señor.

—No sabemos con certeza que fueran sus zapatos. Todo lo que sabemos es que esos zapatos coinciden con las huellas. Lo que puede significar, sencillamente, que él y el señor x tienen la misma medida. —Bleakley borró algo en su libreta de notas e hizo una anotación. Pero mientras escribía, su pluma iba más y más despacio hasta que quedó parada.

—Reconozco que me estoy metiendo en un laberinto; estoy perplejo, extraviado, desviándome —exclamó irritado—. Había olvidado que esas malditas huellas iban a la cabaña, que no venían de ella. No sirven, señor.

—Ya lo sé. Vamos a tener que volver sobre este asunto. La única pista que nos ofrecen las huellas es que quienquiera que las haya hecho iba corriendo. La impresión de la punta era más profunda que la del talón, según usted observó. *A priori*, esto se puede aplicar lo mismo a O'Brien que al asesino. Ninguno querría que lo vieran salir hacia la cabaña, así que intentaron llegar allí lo más rápidamente posible. Sea como quiera, me he formado otra idea acerca de esos zapatos: se la diré a usted cuando

lleguemos a ese punto. —Nigel recuperó su actitud profesional y prosiguió—: Su póngase que O'Brien ha llegado a la cabaña en cualquier momento hacia la medianoche. Si usted quiere, suponga que intentaba matarse. Cerró las ventanas, pero no la puerta, porque no estaba cerrada cuando lo hallamos muerto. Contradicción número uno: ¿Por qué cerrar las ventanas y no la puerta? Se quitó los zapatos y se puso las chinelas. Una persona como él —u otra cualquiera— ¿se cambiaría los zapatos antes de suicidarse?

—Puede ser la fuerza de la costumbre.

—Puede, pero es un punto digno de tenerse en cuenta. Además, me dijo mi tío que había una leyenda acerca de O'Brien: dicen que se ponía siempre chinelas en el aire cuando entraba en acción; parecería como si presintiera que iba a entrar en acción nuevamente, contra un enemigo desconocido.

—Eso se llama traer las cosas por los pelos —protestó Bleakley.

—Sea como fuere —murmuró Nigel—, es interesante en relación con las huellas dactilares del revólver.

La cara color rojo ladrillo del superintendente se puso tan blanca como la pared.

—Supongamos que O'Brien intentara suicidarse. O estaría absolutamente determinado a hacerlo, en cuyo caso sacaría el revólver simplemente y dispararía contra sí mismo, sin molestarse en cambiarse los zapatos; o habría vacilado en el último momento, en cuyo caso es seguro que manosearía el arma nerviosamente y habría huellas en el cañón. Pero *se cambió* los zapatos, y no había huellas, excepto en la culata.

—En verdad, esto es muy ingenioso, señor; sí, por cierto. Pero de ninguna manera que se lo mire es concluyente.

—«Gotitas de agua, granitos de arena», ¿comprende usted? Aquí hay otra. ¿De cuántos suicidas oyó usted que se hayan disparado en el corazón? Lo hacen en las sienes; o ponen el cañón dentro de la boca.

—Ah, ya me había extrañado esto —admitió Bleakley.

—Prosigamos. Su teoría es, según presumo, que disparó contra sí mismo, y se lastimó la muñeca en el borde de la mesa al caer, magullándose y rompiéndosele la cadenita del gemelo. Yo tengo dos objeciones en contra. Un golpe de ese tipo le causaría un solo rasguño, no dos; y la cadenita de los gemelos no es seguramente tan endeble que el golpe de un brazo muerto al caer sobre el borde de una mesa pueda romperla. Imagine ahora que esta pipa sea un revólver. Yo apunto contra usted y usted me agarra la muñeca con su mano derecha y desvía la boca que lo apuntaba. Probablemente intentaría usted apartarlo empujando también con la mano izquierda. ¡Venga, hombre, luche! ¿Ve usted? Su pulgar y los demás dedos dejarían dos rasguños en el interior de mi muñeca, precisamente donde estaban los de O'Brien, y se concibe perfectamente que mi gemelo pudiera saltar con el esfuerzo.

Bleakley se tiraba furiosamente del mostacho.

—Por Dios, señor, creo que usted ha dado en lo cierto. Entra el asesino. O'Brien

en seguida, o quizá después de un poco de charla, sospecha de él y saca su arma. El asesino, de una manera o de otra, distrae su atención, lo agarra por la muñeca, da vuelta al arma a la fuerza y...; esto explica por qué consiguió disparar a tan corta distancia y en el corazón. Luego el asesino hace desaparecer todas las señales de lucha, borra todas las impresiones digitales del cañón, le da la apariencia de un suicidio y... —suspiró— aquí tropezamos otra vez con eso. Vuelve volando a la casa, supongo.

Nigel evitó ese punto.

—Volviendo a los zapatos, dígame exactamente dónde los encontró usted.

—Estaban allí en el suelo, medio ocultos por aquel sillón.

—Cuando usted dice medio ocultos, ¿quiere decir tres cuartos, siete octavos o del todo?

—No, por cierto, señor. Pude ver los tacones sin mover la silla para nada —dijo Bleakley con algún calor.

—Bien; esta mañana, después de que me aseguré de que O'Brien estaba muerto, se me ocurrió pensar dónde estarían los zapatos con que había entrado en la cabaña. Los busqué por todas partes; no tuve tiempo para abrir armarios y cosas por el estilo, pero miré hacia esa silla y puedo jurar que allí no había ningunos zapatos.

La expresión del superintendente se convirtió en la de alguien angustiado por la sorpresa de morder de repente un perdigón de plomo al mascar plácidamente un bocado de faisán; luego pasó a la situación ordinaria del que persigue al perdigón tortuosamente con la lengua entre la masa masticada.

—¡Dios! —Dijo al fin—, pues eso significa... Relacionándolo con los hechos que: a) no había huellas en los zapatos; b) que las suelas estaban completamente secas aunque la estufa se había apagado mucho tiempo antes, y c) que el dato es, como diría el viejo tío Sherlock, enormemente sugestivo.

Nigel interrumpió.

—Sin embargo, es un punto que por sí solo no aportaría ningún peso ante los tribunales. Ni aún podría persuadir a su jefe de que éste es un caso para investigaciones ulteriores. Pero aún hay una cosa más —Nigel parecía hablar ahora para sí mismo—, y yo no sería más que un estúpido si este asunto no saliera adelante. —Se encogió de hombros como sacudiéndose la indecisión—. ¿Por casualidad es usted experto en abrir cajas de caudales, Bleakley? Nos puede ahorrar tiempo y nos sacará de la agonía. —El superintendente se dirigió a la caja de caudales y la inspeccionó durante un minuto.

—Creo que a ésta podría manejarla. No es más que cuestión de tiempo y paciencia si se conocen las mañas. Un amigo mío, Harris, de la *Yard*, me enseñó la manera de hacerlo. ¿En qué piensa usted?

—O'Brien me dijo que guardaba su testamento ahí. Si encontramos la caja vacía, tendremos pruebas casi ciertas de que fue asesinado: y también se empezará a aclarar la cuestión de los motivos.

Durante casi media hora Bleakley trabajó en la caja. Su tacto era de una delicadeza sorprendente, y balanceaba la cabeza como un violinista cuando afina el instrumento. Nigel paseaba de un lado para otro sin descanso, encendía cigarrillo tras cigarrillo, sacaba libros y los volvía a poner en sitios equivocados. Por fin se produjo un breve estallido, y Bleakley profirió un juramento. Giró la puerta, y la caja quedó abierta. Estaba tan vacía como el armario de la madre Hubbard.

Capítulo VI

LA HISTORIA DEL DÓMINE

BLEAKLEY ya estaba convencido, y se entregó a una actividad furiosa con la que su compañero no podía ni quería competir.

Para la tarea que tenía entre manos, Nigel poseía una extraordinaria capacidad de concentración; era una de sus mayores virtudes como detective. Mientras se esforzaba, empleando toda su capacidad, en llegar a su objetivo preliminar —apartar a Bleakley de la teoría del suicidio—, tuvo la mente sumergida en los hechos, con exclusión de cualquier significado emocional. Se trataba tan sólo de arreglar los hechos de un modo convincente, o resolver racionalmente un problema del que ya sabía por intuición la única respuesta posible.

La muerte todo lo nivela, y para el propósito de Nigel, hasta ahora todos los hechos habían tenido el mismo valor, estaban vacíos de contenido emocional. Un matemático, tratando de solucionar un problema, no puede permitir a su imaginación divagar sobre el significado hebreo del número 7 o las supersticiones modernas sobre el número 13. Así para Nigel nada había sido pertinente sino la seca y constante lógica de los hechos. O'Brien era simplemente un cuerpo muerto, sin más valor que la nieve del tejado de la galería o las huellas en la culata de un revólver. Pero ahora, como si se tratara de un perro obediente haciendo el papel de muerto, el cuerpo de O'Brien saltó otra vez ante sus ojos y tomó vida. De aquí en adelante O'Brien sería el centro de todo. Sólo su personalidad viva podía conducirlos hasta la mano que le había dado muerte. Salió Nigel de la cabaña, dejando al superintendente entregado a sus tareas. Habían convenido en que a los huéspedes, mientras fuera posible, no se les informaría sobre la forma en que había muerto O'Brien. Desde luego, uno de ellos no había tenido nunca dudas al respecto; pero no era perjudicial que creyera que la policía todavía estaba perdiendo el tiempo siguiendo el camino por donde él había querido conducirla. Nigel paseaba por el parque y desconcentraba su pensamiento, dejándolo difundirse sobre la personalidad de O'Brien.

Mientras Nigel iba pisoteando la nieve que se derretía rápidamente, el superintendente tejía una complicada red de actividades.

Primero envió a Bolter a vigilar disimuladamente la casa; desde su punto de observación advirtió a Knott-Sloman por el camino, guiando un desvencijado coche

de dos asientos en dirección a la aldea, y a Georgia Cavendish y a su hermano que se disponían a dar un paseo por el parque. Bleakley telefoneó al jefe de policía, haciéndole un resumen del caso y concertando una entrevista con él para aquella tarde. Después se puso en contacto con el cuartel y pidió refuerzos. Luego volvió a la cabaña. Examinábala ahora con escrupuloso cuidado. Para esta tarea reclutó los servicios de Bellamy. Descubrieron que ambos habían servido por algún tiempo en la India en el mismo destacamento; y unidos en alguna florida invectiva contra cierto cabo de brigada, se deshelió pronto la frialdad previa que había nacido entre ellos. El principal objeto de Bleakley era hallar más pruebas de que se había desarrollado una lucha en la cabaña. Le pidió a Bellamy que se fijara en si algo no estaba en su lugar.

—Esto me recuerda —dijo Arthur— los zapatos que ustedes encontraron detrás de la silla. No debían haber estado ahí. El coronel siempre los ponía en el armario del cuarto de al lado. Era muy minucioso en sus costumbres.

Bleakley anotó con silencioso regocijo otro tanto que apuntar para su..., para la teoría suya y de *Mr. Strangeways*. Señaló a la mesa y dijo:

—*Mr. O'Brien* no parece que fuera tan minucioso con sus papeles.

—¡Ah!, ésa era su falla. Un día intenté arreglárselos cuidadosamente y, ¡Dios!; ¡la de improperios que dijo!; me amenazó en tal forma que asustaba escucharlo. «Tú no toques esta... mesa, tú..., hijo de...» —decía—. «Hay método en mi desorden —me parece como si todavía lo estuviera oyendo—, y si lo tocas con tus garras lo confundirás todo, revoltoso del diablo». Es lo que se dice un epigrama.

—¿Así es que usted no se daría cuenta de si algo estuviera desarreglado ahora aquí?

Arthur Bellamy permaneció durante un rato junto a la mesa, manoseando su mandíbula, poderosa como un ariete.

—¡Hum! —dijo—. ¡Caramba! ¿Qué es esto? El coronel acostumbraba a tirar todas las cartas allí encima en un montón: aquella caja que dice «Cartas» la usaba para guardar papeles: cálculos y cosas por el estilo. Ahora todas las cartas están dentro de la caja y los papeles amontonados allí.

Arthur no llevó su descubrimiento más lejos, pero el superintendente ya estaba completamente satisfecho, y poco después lo despidió. Arthur, al marcharse, se volvió y susurró con voz bronca:

—Cuando usted y *Mr. Strangeways* agarren al bastardo que hizo esto, déjeme solamente cinco minutos solo con él, camarada, sólo cinco minutos, por supuesto, extraoficialmente. Pueden decir al jurado que intentaba escaparse. Será un juego para mí.

Arthur hizo una mueca, y por un momento se asemejó a un rinoceronte a punto de correr..., y se fue. Bleakley trabajó de firme durante media hora más, pero ya no había más indicios, sus fuentes parecían haberse secado, y no se veía traza de poder hallar el testamento ni dibujos o fórmulas de ninguna clase. En ese momento llegaron sus refuerzos. Envió a un hombre a la aldea para que con tacto hiciera

averiguaciones: si se había visto a alguna persona en el parque la noche anterior o si advirtieron últimamente algún extraño en el lugar. No esperaba obtener ningún resultado con esto, pero la eliminación representa un papel más importante en el trabajo policíaco que la deducción. Estacionó a un segundo hombre para guardar la cabaña. Un tercero relevó a Bolter, que ahora entraba en la casa con el superintendente.

Nigel Strangeways reunía las perspectivas y los antecedentes, y los repasaba en su interior. Despertó de repente encontrándose de golpe y porrazo andando casi dentro de la casa de su tío. Chatcombe Towers era completamente inglesa, no sólo en su arquitectura, sino también en la ilógica extravagancia de su nombre. Generaciones de Madinworths, estimulados por generaciones de arquitectos obsequiosos, consiguieron combinar un conjunto que era un perfecto revoltijo y un desorden de ladrillo y piedra llevado al extremo. Balaustradas, cúpulas, arbotantes, almenas, ornamentos góticos y rococós dejaban estupefacto al caminante curioso. La única forma arquitectónica que el edificio no poseía, innecesario es decirlo, era una torre. Sin embargo, Nigel tenía que reconocer que la casa poseía una especie de dignidad excéntrica y cierta gracia, chispa y encanto, como el de una vieja y aristocrática loca que descansara sobre sus laureles.

Tocó la campana y lo introdujeron en un *hall* que habría sido enorme si no fuera por cierto punzante sentimiento de claustrofobia producido por un completo rebaño de cabezas de ciervos, que parecían respirar al unísono en la nuca de uno. La expresión arrogante de sus caras se repetía en la del mayordomo: era indudable que equipado con un cabello apolillado y un buen par de cuernos, su cabeza podría haberse colgado de la pared y no hubiera sido más sabio que cualquiera de los otros.

Ponsonby, no bien expresó a *Mr.* Strangeways el agrado que le causaba verlo de nuevo entre ellos y le concedió al mismo tiempo una bendición pontifical, aunque restringida, se dirigió suavemente, como una biela bien engrasada sobre su eje, hacia la puerta de la sala matutina. Como un geólogo que, perdido y hambriento en la cordillera del Himalaya, intentara escalar la falda de una montaña y la atacara con su pequeño pico, así sintió Nigel de repente un deseo insano de sacar del mayordomo, a golpes, una chispa de humanidad. Lo agarró por un codo y cuchicheó en tono melodramático:

—¡Terribles acontecimientos en la Dower House, Ponsonby! *Mr.* O'Brien fue hallado muerto a tiros. Sospechamos lo peor.

En la cara del mayordomo se produjo una grieta no mayor que el pedazo que arrancaría el pico del geólogo en la falda del Himalaya.

—¡Sin duda, señor! De veras es muy lamentable, No dudo de que usted deseará informar a su señoría de esa fatalidad.

Nigel abandonó toda esperanza y cuando encontró a su tío en el cuarto matutino le comunicó esa fatalidad. Los ojos de Marlinworth se salieron impelidos hacia afuera de las órbitas y se le formó un nudo en la garganta, algo parecido al de los pavos.

—¡Dios bendito! —Exclamó al fin—. ¿Muerto, dices? ¿A tiros? ¡Pobre muchacho, pobre muchacho! Un fin trágico. Y pensar que todavía anoche estaba sentado, *inter laetos laetissimus*, a la cabecera de la mesa presidiendo la fiesta. La violencia, se dice, engendra la violencia. Una vida violenta, aventurera, de fuerte colorido; para tal vida cualquier otra muerte hubiera sido impropia. Elizabeth se disgustará mucho, pues sentía gran afecto por ese joven. Yo le llamé «el último de los *isabelinos*», y me felicitaba por este lindo *lusus verborum*; resulta que estaba admirablemente emparentado, según colijo: uno de los O'Brien irlandeses, tú sabes...

Lord Marlinworth, después de un débil sobresalto, pisaba ahora terreno seguro deteniéndose en los pormenores necrológicos de una persona recién fallecida. En el almuerzo comunicaron la noticia a *lady* Marlinworth. Una vez pasada la primera emoción, procedió con una calma y sentido prácticos sorprendentes en persona de tan quebradiza apariencia, delicada como una porcelana de Dresden.

—Debo ir por allá en seguida, y ver a esa muchacha tan agradable, a la Cavendish. Si es que se siente con ánimo de ver a alguien. Aunque me imagino que estará completamente postrada.

—¿Por qué ha de ser ella precisamente la que esté postrada? —le preguntó Nigel. *Lady* Marlinworth apuntó con su delicado índice enjoyado.

—¡Oh los hombres, los hombres!, vosotros nunca advertís nada. Yo seré una vieja, pero al menos me doy cuenta de cuándo una muchacha está enamorada de pies a cabeza. Además es una chica encantadora; no es una belleza y quizá resulta un poco excéntrica. Llevar un loro a la comida no es completamente... Sin embargo, *autres temps, autres moeurs*, y se puede permitir cierta amplitud a una joven que pasa su vida deambulando entre los negros. En mis tiempos jamás se hubiera fomentado semejante cosa. ¿Dónde iba yo? ¡Ah, sí! La muchacha estaba enamorada del pobre *Mr.* O'Brien. Hubiera sido una pareja muy adecuada, además. Realmente fue muy poco considerado en dejarse matar de semejante forma. La pobre muchacha debe estar completamente desolada.

—Elizabeth siempre ha sido, hum, una inveterada casamentera. ¿No es cierto, querida mía?

—Escúchame, tía —dijo Nigel—, ¿por qué dices «dejarse matar de semejante forma»? El doctor no tiene la menor duda de que fue suicidio.

—Entonces ese hombre está loco —dijo la anciana calurosamente—; jamás he escuchado una tontería tan grande. Fue un accidente. El señor O'Brien no quería matarse, como no quiere matarse Augustus.

Augustus pegó un brinco; después se acarició el bigote con cierta complacencia. *Lady* Marlinworth continuó:

—Iré a ver a la señorita Cavendish esta tarde. ¿Hay alguna otra cosa por allá que pueda hacer yo, Nigel?

—Sí, sí, me gustaría mucho. La última noche expresaste en la comida que habías visto a O'Brien antes, o a alguno que se le parecía. Yo quisiera ahora que intentes

recordar dónde fue. Haz el favor, es importantísimo.

—Muy bien, Nigel, procuraré recordarlo. Pero no deseo que revuelvas el fango alrededor de esto; en ese caso no quisiera mezclarme en el asunto. ¿Me lo prometes?

Nigel lo prometió. Después de todo, el lodo estaba ya revuelto tan a fondo, que la dama que hubiera dentro del pozo sería absolutamente invisible.

Mientras Nigel escuchaba la oración fúnebre de su tío, el superintendente había comenzado otro interrogatorio entre los huéspedes. Encontró a Philip Starling y a Lucille Thrale en el vestíbulo. Lucille había encontrado milagrosamente en alguna parte un vestido que sugería los lutos de viuda, y era, al mismo tiempo, una invitación a los recién llegados. Starling, sentado en el lado opuesto de la chimenea, tenía que reconocer que había un toque de genio en la forma en que Lucille se había quitado de la cara todo rastro de artificio. Tenía algo de Andrómaca y, en realidad, resultaba un poco impresionante. Ni el menor vestigio, aunque el pequeño dómine se preguntaba maliciosamente si aquellos dos tizones oscuros bajo sus ojos no serían más bien producto del arte que del disgusto. El superintendente dijo:

—¿Alguno de ustedes sabe, por casualidad, algo acerca de algún testamento que haya hecho el difunto? No he logrado encontrar ninguno en la cabaña, aunque estoy informado de que guardaba allí sus papeles privados.

Lucille se levantó adoptando una actitud hierática, tapándose los ojos con el brazo torneado.

—¿Por qué me atormenta? ¿Qué me importan a mí los testamentos? No pueden devolverme a Fergus. —Hablaba en tono grave, tembloroso.

—No seas tonta, Lucille —dijo Starling con acritud—, es el superintendente quien necesita encontrar el testamento, no tú. Y sea como sea, ¿por qué no has de querer encontrarlo? No te devolverá a Fergus, según recitaste con tanto dramatismo, pero te proporcionará bonitamente un puñadito de dinero.

—Eres un acomodaticio despreciable —replicó ella con violencia volviéndose hacia él—; hay cosas en el mundo más valiosas que el dinero, aunque tú no seas capaz de comprenderlo.

Starling la interrumpió con aspereza.

—Oh, por Dios, querida niña, no representes dramas. Nunca tuviste éxito en la escena, y ahora eres un poco vieja para volver a empezar.

Bleakley se interpuso con rapidez. Lucille parecía decidida a cometer un despropósito.

—Bueno, bueno —dijo, tratando de suavizarla—, todos estamos un poco sobreexcitados. Supongo que usted, señor Starling, tampoco sabe nada del testamento.

—Supone usted la verdad —dijo el pequeño dómine, y se precipitó escaleras abajo.

Seguidamente encontró Bleakley a Georgia y a Edward Cavendish, que regresaban de su paseo. Les hizo la misma pregunta. Edward negó todo conocimiento

relacionado con el documento. Georgia guardó silencio un momento, y luego dijo:

—Yo no sé dónde lo guardaba, pero él me dijo una vez que me dejaba algún dinero.

—¿Por qué no preguntan a su notario? —dijo el hermano.

—Nos pondremos en contacto con él a su debido tiempo, señor.

Cavendish lo miró perplejo. Bleakley prosiguió apresuradamente.

—¿Conoce usted a algunos parientes del difunto con quienes pudiéramos ponemos en comunicación?

—Temo que no; Creo que nunca habló a ninguno de nosotros de sus parientes; sólo dijo que sus padres fallecieron hace tiempo. Pero me parece que cierta vez expresó algo acerca de unos primos que están radicados en Gloucestershire.

Pocos minutos más tarde volvió Knott-Sloman. El superintendente lo encontró en el patio.

—Acabo de salir un instante en el coche de los Cavendish —dijo sin que le preguntaran— para tomar un poco de aire; ya no resistía. Paré en la aldea y tomé un trago. Les recomiendo la Colmena.

—Precisamente deseaba preguntarle si sabe algo del testamento de O'Brien. No pudimos encontrarlo —dijo Bleakley.

—No, yo no sé nada. ¿Qué es lo que se imagina usted?

—Bueno, señor, como usted era amigo del difunto, pensé que quizá pudiera haber sido uno de los testigos.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que busca usted? —dijo Knott-Sloman, clavándole sus ojos fríos, y en guardia—. ¿Trata de sugerir que yo intento ocultar algo? Porque... permítame decirle...

—¡Oh, no!, señor. No, desde luego no se trata de eso. No es más que la simple rutina del interrogatorio.

Pero Knott-Sloman, al salir, parecía ofendido y pensativo; y Bleakley se hubiera abofeteado por su error de táctica. Esta pregunta acerca de los testigos del testamento podría hacer trabajar las cabezas y desatar las lenguas. Podía sugerir a alguien, una vez que lo supiera, que la policía no estaba satisfecha con la teoría del suicidio, como aparentaba estar.

A su regreso, después del almuerzo, Nigel arrancó a Philip Starling de la tarea de un artículo que había comenzado a escribir con su ferocidad peculiar, exponiendo las imbecilidades cometidas por un reciente editor de las *Odas piticas*, y lo llevó consigo a su habitación.

—Mira, Philip, tengo que llenar de lodo a todos estos tipos y, probablemente, tú me puedas ayudar. En reciprocidad te contaré una historia exclusiva, que por el momento tiene que continuar siendo exclusiva, pero primero necesito hacerte una pregunta. ¿Qué es lo que hay entre Lucille y tú?

La cara de Starling, arrogante y cínica, y sin embargo suplicante, se puso tensa de un modo extraño. Desvió los ojos. Luego dijo con ligereza:

—Me gustaban las rubias altas y ostentosas. A Lucille no le gustan los hombres pequeños.

Hablaba en idéntica forma y con el mismo tono que solía usar para relatar los escándalos más fantásticos; pero Nigel se dio cuenta de que ahora hablaba en serio.

—Ya veo —dijo—. Lo siento, y no porque crea que pierdes gran cosa.

—No, Dios mío, no. Es una perra, por supuesto, y una de las impostoras más desvergonzadas. Mira en qué forma está representando ahora. La viuda del mariscal de campo desfila en el cortejo fúnebre. No consiguió que O'Brien le firmara el acta de casamiento en la tierra, y trata de celebrar su boda en el cielo. ¡Puf!, me pone enfermo.

—¿Le dejaría O'Brien algún dinero?

—Puede ser. Estuvo muy enredada con él, y en la cúspide de su profesión de devoradora de oro. Es curioso cómo Bleakley y tú estáis interesados en su testamento. ¿Por qué tanta prisa?

—O'Brien fue asesinado —dijo Nigel perezosamente, encendiendo un cigarrillo.

Philip Starling emitió un largo y arrastrado silbido.

—Bueno, vosotros debéis saberlo —dijo al fin.

—Y si transmites la noticia habrá otro asesinato. Ahora cuéntame más cosas de Lucille.

—Volvió a Oxford hace algunos años; actuaba en la compañía «Carro de Yespis» y era una actriz detestable. Sin embargo, compensaba su fracaso en las tablas con los éxitos amorosos. Enloquecía a los censores de la Universidad. Finalmente hubo que intrigar para sacarla de allí. Su cara estaba causando demasiados desastres en las finanzas de los estudiantes.

—¿Y después?

—Se fue a Londres a vivir a costa de una serie de ángeles custodios. Cavendish fue el último de la sucesión angélica; Lucille lo plantó por O'Brien. La pequeña rata conocía siempre cuando un barco iba a hundirse. Tú sabes que Cavendish se ha visto este año en apuros económicos. Tal vez haya caído realmente por O'Brien. Por primera vez tuvo que cazar, y parece que le gustó más que ella a él. Para Cavendish significaba Lucille casi tan poco como para ésta sus antecesores. Lucille arrojando el guante debe haber sido algo curioso, y no lo conquistaría con su amor interesado...

—¡Basta, basta! —Gritó Nigel tapándose las orejas con desesperación cómica—. No puedo soportar más que un motivo cada vez y tú ya me has dado tres. Edward Cavendish podría haber matado a O'Brien porque: a) él le quitó su chica, o b) necesitaba acelerar su legado, o ambas cosas; Lucille podría haberlo matado porque «en-el-infierno-no-hay-furia-semejante-a-una-mujer-desdeñada». Sólo necesitas decirme que Georgia es la amante abandonada Y Knott-Sloman un agente del O. G. P. U. y tendremos un caso perfecto contra todos los de la casa. ¡Ah!, olvidé a la señora de Grant. Su motivo pudiera ser la manía religiosa.

—¿Y qué dices de mí? Es casi humillante que me dejes fuera. Siempre imaginé

que soy un asesino en potencia. El cerebro cultivado aplicándose a los problemas prácticos de la vida, ¿qué te parece? —La cara de Starling tenía la expresión más irresponsable e infantil, pero los ojos eran sagaces; parecía un niño prodigio desarrollado.

—Encabezaría la lista de los sospechosos con tu nombre, Philip, pero no imagino un motivo posible para ti.

—No. Si va hubiera sentido la necesidad de reventar a alguno de este grupo, mi querido Nigel, sería a Knott-Sloman. Es un tipo verdaderamente mezquino. Fue un emboscado en la guerra y dirige una casa de citas en la paz; si eres capaz de encontrar una combinación más nauseabunda, te doy lo que quieras. Añade a esto el hecho de que es aficionado a contar anécdotas y come nueces entre las comidas, y Dante habría tenido que inventar un círculo para él en el infierno. ¡Puf!

—¿Dónde tiene su casa de citas?

—Cerca de Londres. En el paso de Kingston o cerca de allí; es muy elegante y conocida. Tiene precisamente ese tipo de extranjero moreno tan a propósito para tener éxito en un asunto de esa clase. Sin duda les da palmaditas a las mujeres en las posaderas y lleva todas sus medallas en el *smoking*.

—Es extraño que O'Brien lo hubiera invitado.

—No te extrañe, hijo mío. Probablemente es un asunto de chantaje. Los entendidos sospechan que Sloman y Lucy trabajan en compañía en alguna cosa, y el chantaje sería muy propio de su especialidad.

—¡Ah! —dijo Nigel irónico—, esperaba algo por el estilo. Ahora no te falta más que darme un motivo bueno, succulento, para Georgia y me sentiré muy feliz.

—No, no; yo no admito a nadie por amor al escándalo, pero Georgia es una buena mujer; es feúcha pero atractiva, excéntrica sin ser burlesca, llena de ingenio, buena cocinera, sensible, sensual y fiel, y sabe hacer perfectamente cómoda —me dijeron— cualquier cosa, desde un armadillo hasta un camello.

—Ella es todo, en efecto, excepto una gran rubia ostentosa —dijo Nigel maliciosamente.

—Todo, tal como lo dices, excepto una gran rubia ostentosa. No es que yo no hubiera hecho de buena gana una excepción a mi gusto, para aplicarla al caso; pero ella ya estaba acaparada por O'Brien, ya lo sabes. Sí, él le tenía mucho afecto, y ella estaba locamente perdida por él; no quería mirar a ningún otro. No comprendo por qué no estaban unidos en matrimonio.

—¿Es eso lo que querías dar a entender cuando dijiste que ella era fiel?

—Y también que lo es para su hermano. Debe tener diez años más que ella, pero lo cuida como a un hijo único. Sólo una vez la he visto apenada, y fue en no recuerdo qué reunión en la que él se desmayó; parecía que había llegado el fin del mundo. ¡Oh, sí!, chochea por Edward. Dios sabe por qué. Él no es más que un niño bueno envejecido; se quedó definitivamente en ese tipo de la serie B.

—Me pareció que tenía cerebro.

—Lo tiene, de cierta clase... Ese cerebro financiero indispensable para labrar una fortuna, pero no suficiente para manejarse solo una vez que está hecha. Georgia va a tener bastante qué hacer con él dentro de poco. El hombre está ya al borde de una depresión nerviosa. Anduvo dando vueltas toda la mañana, con la cara larga y las manos contraídas con nerviosidad. Te enfermarías sólo con mirarlo. Dios sabe que Oxford es un lugar que produce neurastenia al que trabaja, pero debe ser la tierra del loto comparada con la bolsa.

—¿Cómo reaccionan los otros huéspedes?

—Bien. Lucille continúa con actitudes afectadas de urna funeraria; positivamente está expuesta al humo de la tragedia —una pájara viuda sentada plañendo por su amor; «viuda» es el título de cortesía y «pájara» el de cortesana. Yo creo que la muchacha, en realidad, está un poco trastornada por algo; nunca tuvo talento para representar un acto tan bueno. Knott-Sloman, gracias a Dios, ha estado fuera de casa casi todo el tiempo, y cuando vino estuvo bastante silencioso en comparación con otras veces. La atmósfera no es favorable para el *raconteur* palmeador de posaderas. La pobre Georgia anduvo vagando casi todo el tiempo, parecía el espíritu inquieto de un mono. Verdaderamente me hace daño mirarla; siento la necesidad de un cubo para llorar. A pesar de todo es el paño de lágrimas de los invitados, un ángel protector para Edward, y una enfermera adiestrada para Lucille; y debe ser una tarea bien ingrata teniendo en cuenta la forma en que Lucille gime, bala y resuella constantemente, hablando de su corazón destrozado y de su héroe querido, como si el corazón de Georgia no fuera diez veces más capaz y no estuviera cincuenta veces más destrozado.

El pequeño dómine se había acalorado completamente con sus generosas denuncias.

—Sí —dijo Nigel—, el corazón que está destrozado de verdad no lo advierte.

—Ni lo cacarea.

—Ni se jacta de ello indecorosamente —replicó Nigel—. Sin embargo —continuó—, hay momentos oportunos para representar comedias, y otros en que deben evitarse. ¿Quieres hacerme el favor, Philip, de aplicar el cerebro cultivado a otros problemas prácticos, en lugar de rebuscar en las escrituras? A saber, ¿cómo puede marchar un tipo sobre el espesor de una pulgada de nieve sin dejar señales?

—¡Fe, mi amigo, fe! Ingravidez. El tipo es un yoghi, o es posible que use zancos.

—¿Zancos? —Dijo Nigel con súbita excitación—. Pero no, eso no puede ser, hubieran dejado marcas también; Bleakley anduvo por todos los alrededores y las hubiera notado. Me pregunto ahora qué clase de rastros dejan los zapatos de nieve. Pienso que han de ser visibles, sean como quieran, debe ser algo ridículamente simple.

—Si me dieras el contexto me sería más fácil descifrar la lectura —dijo Starling con tono profesoral—. Yo creí que había gran cantidad de huellas.

—En dirección contraria, por desgracia. A no ser que el asesino se mirara de

repente en el espejo y tuviera que salir de la casa al revés.

La cara de Philip Starling adquirió la más enojada expresión de niño inocente.

—Y esto, en cierto sentido, es precisamente lo que él hizo: Tus composiciones griegas, Nigel, admirables con frecuencia, padecían de un exceso de alambicamiento. Por forzar demasiado el estilo, eres capaz de cometer equivocaciones elementales. Lagunas, les llamabas...

—¡Oh cielos! —Interrumpió Nigel—, no creí nunca tener que soportar otra tutoría.

Starling continuaba imperturbable.

—Si no hubieras pasado todo el tiempo en la escuela ensuciándote las uñas con tinta, y en Oxford tomando café en cualquier tabernucho, habrías estudiado las aventuras de Hércules. El asuntillo de Caco y los bueyes, por ejemplo.

Nigel hundió la cara entre las manos y suspiró amargamente.

—No tengo más remedio que aguantar —se lamentó.

—Caco —continuó el dómine sin piedad—, según sabe cualquier escolar, robó unos bueyes. Hércules, el Bull-Dog Drummond de la época, salió a recuperarlos. Caco, mostrando una inteligencia notable en persona de un físico tan extraordinariamente desarrollado, arrastró los bueyes dentro de una cueva, tirándoles de la cola hacia atrás, lo que hizo creer a Hércules —quien incidentalmente casi hacía par con los Drummond por su baja marrullería, codicia, falta de humor, crueldad y arrogancia bestial— que los bueyes habían ido en dirección opuesta.

—Perfectamente, perfectamente —gimió Nigel—, no me fastidies más con eso. Yo hice las mayores tonterías infantiles del mundo. Pero ¡diablo!, esto lo cambia todo. Entró en la casa de espaldas; por eso las marcas de las punteras eran más profundas que las de los tacones, pero no había otras huellas. Por lo tanto él salió antes de que hubiera bastante nieve para dejar marcas, entre las doce y cinco y las doce y media. Va a pasar un rato amargo cuando se dé cuenta de que sabemos esto.

Charlaron casi una hora más, hasta que la tarde de invierno se obscureció como si anoheciera y la imagen de las tostadas con manteca se agrandaba en el pensamiento.

Starling había comenzado a decir:

—De paso, Nigel, supongo que te darías cuenta en la comida de cómo O'Brien...

Aquí fue interrumpido por una conmoción escaleras abajo. Una voz de mujer emitió un chillido de espanto sofocado; se oyeron rápidas pisadas; un largo silencio; luego alguien llamó: «¡señor Strangeways!, ¡señor Strangeways!», y con fuertes pisadas subieron las escaleras. Cualquier cosa que O'Brien hubiera dicho o hecho en la comida no iba a ser referida precisamente ahora. Nigel abrió la puerta. Bolter estaba fuera, enjugándose la frente, y gesticulaba rojo de excitación.

—Mi superior lo necesita, señor —dijo—. La señora de Grant lo encontró en la despensa con el cráneo partido cuando iba a buscar las vituallas para el té. Lo tiene casi abierto. Debió ser un aparecido, señor.

—¡Buen Dios, el superior ahora! No está muerto, ¿verdad?

—Usted se confunde; no es eso lo que yo quise decir, señor. No es el superintendente; es ese hombre del señor O'Brien. ¿Cómo se llama? ¡Ah! Bellamy, señor. Está tendido en un charco de sangre.

Capítulo VII

LAS HISTORIAS QUE SE CONTARON

EL ENCUENTRO de Bellamy con el asesino tuvo lugar más pronto de lo que él esperaba, aunque no sabía mucho sobre la cita, ya que lo golpearon por la espalda en el pasillo que iba de la parte principal de la casa a la cocina y fregaderos. Era un pasadizo oscuro, así que aunque el golpe se lo hubieran dado más temprano, podría muy bien no haber visto a su asaltante. Había sangre en las baldosas del piso, precisamente en el lado opuesto a la mampara que separaba los cuartos de los sirvientes del resto de la casa; otras manchas y salpicaduras indicaban claramente el rastro a través del pasillo hasta la puerta de la despensa: no se había hecho intento alguno de limpiarlas y todavía estaban húmedas, lo mismo que el charco de sangre del suelo de la despensa. Al superintendente Bleakley no le fue difícil reconstruir el atentado: el asaltante o bien siguió a Bellamy por el pasillo de la cocina, o se ocultó detrás de la mampara que en él se abría; esto último era lo más probable. Lo golpeó con un arma que aún faltaba encontrar. Después agarró a la víctima, seguramente por los talones, porque asido por los hombros hubiera sido imposible sin mancharse las ropas de sangre, lo arrastró hasta dentro de la despensa y dejó abandonado el cuerpo en el suelo, cerró la puerta, y —añadía Bleakley— se felicitó por la limpieza de su trabajito. El superintendente se dio cuenta de que habían arrastrado y no transportado el cuerno por el claro rastro que dejó en el polvo del pasillo.

Desgraciadamente ésta parecía ser la suma de todos sus conocimientos hasta el presente. La persona de quien podía esperarse que supiera algo del asunto, la señora de Grant, había estado echando su siestecita de costumbre, y, según manifestó claramente, dormía siempre con el sueño de los justos. En efecto, a Nigel le parecía dudoso que ella interrumpiera el rato de sueño a que tenía derecho ni aunque sintiera las trompetas del juicio final. Parecía interesarse más por el revoltijo de su despensa que por la suerte de Arthur Bellamy. La vida de éste todavía estaba pendiente de un hilo, y pendería de él bastante tiempo. Aún respiraba cuando lo encontraron. Se llamó en seguida al médico de la localidad, quien declaró que había pocas posibilidades de que salvara la vida. El superintendente, por razones obvias, quería confiarlo a la seguridad de un hospital, pero el doctor no quiso hacerse responsable de las consecuencias en el estado en que se hallaba. Después de algunas discusiones, cedió

Bleakley. Instalaron a Bellamy en su habitación, con un policía estacionado en la puerta, que tenía órdenes de no permitir entrar a nadie, excepto al médico o al superintendente, bajo ningún pretexto, y enviaron por una experta enfermera.

Mientras algunos de sus hombres buscaban el arma por la cocina, las construcciones exteriores y el patio, Bleakley reunió a los huéspedes en el comedor, con objeto de prepararles para comenzar el interrogatorio. Les preguntó primero si tenían algún inconveniente en que se registraran sus habitaciones. Desde luego le sería fácil obtener una orden de registro; pero ganar tiempo en un caso como éste podía tener importancia, y como ninguno de ellos tendría seguramente nada que ocultar, etc., etc. El superintendente era un hombre distinto del individuo bonachón y perplejo que hablaba con Nigel en la barraca pocas horas antes. El pensamiento, separado de la esfera de acción, significaba poco para él; pero ahora, con todos los datos para actuar a su alcance, mostraba poseer un cerebro lúcido y ordenado, y la dignidad personal de quien trabaja con la preocupación única de alcanzar una meta definida. Nigel cambió algunas palabras con él antes de comenzar el interrogatorio.

—Bueno, parece que se aclaran un poco las cosas —dijo.

—Esto marcha perfectamente, señor. Creo que cometí una locura esta mañana al manifestar interés por el testamento. Pero eso sacó a nuestro hombre a la luz más pronto de lo que hubiese imaginado. Sólo espero que no lo haya hecho por Bellamy.

—¿Quiere usted decir que le parece que Arthur Bellamy era uno de los dos testigos del testamento?

—Exactamente, señor, y en ese caso él sabe quién era el otro. Y posiblemente conoce también las disposiciones testamentarias. El asesino sacó el testamento sabiendo que su contenido era una prueba indiciaria en contra de él.

—¿Cómo lo sacó de la caja de caudales? —interrumpió Nigel.

—Debe saber la combinación, señor; eso significa que era uno de los amigos íntimos del señor O'Brien, y está de acuerdo con todo lo que sabemos hasta ahora.

—¡Hum! Es posible que todo esto resulte un colador lleno de agujeros. Sin embargo, prosiga.

—Bien, admitido que el asesino no quiere que el contenido de este testamento — a la palabra «este», Nigel movió la cabeza vigorosamente con comprensión repentina — se divulgue todavía, o algo por el estilo, sería natural que intentara acabar con Bellamy. Su conocimiento de que Bellamy era uno de los testigos hacer pensar que él debe ser el otro.

—Pero no lo demuestra. Debemos recordar, también, que el testigo de un testamento no puede ser un beneficiario del mismo. Por lo tanto, si este asesinato se hizo para obtener dinero por medio del testamento, el asesino no puede haber sido un testigo.

—Bien, señor; el asesino no era uno de los testigos, pero sabe quién era el otro; y no le sería útil matar a Bellamy si no lo fuera. El otro testigo va a peligrar de aquí en adelante si no lo impedimos.

—Sí, por Júpiter, tiene usted que tener los ojos bien abiertos. Aunque no es imposible que este segundo testigo esté en connivencia con el asesino.

—No se encuentran con frecuencia cómplices para asesinar, señor. Muy poca gente confiaría en quien estuviera en posesión de semejante secreto.

—Macbeth y su mujer; Thompson y Bywaters. No dejan de ser comunes en los casos en que se mezcla la pasión. Y hay una serie infernal de pasiones sexuales entre estos invitados.

Bleakley consideraba el significado siniestro de esta idea cuando entró en el comedor para enfrentarse con los huéspedes. Ninguna señal aparecía, sin embargo, en su cara color ladrillo, falazmente bucólica. Nadie hizo objeción alguna a que se practicara un registro, en su dormitorio.

En consecuencia, Bleakley envió arriba al sargento, que había vuelto de Taviston, para efectuar esta tarea; y se retiró con Nigel y Bolter al pequeño estudio, dejando un agente en la puerta del comedor para introducir a los huéspedes, uno a uno, y pescar al paso cualquier retazo de conversación interesante que pudiera surgir allí. Se dispuso que Philip Starling pasara el primero. La señora de Grant ya había declarado que Bellamy anduvo dando vueltas por las dependencias de la cocina hasta cerca de las dos y media, que fue cuando ella suspendió su trabajo para dormir la siesta. Starling estuvo conversando con Nigel arriba desde las dos y veinte hasta que se produjo la alarma, y, por tanto, quedaba excluido del asunto. Repitió su aserto de que no sabía nada del testamento; ni tenía conocimiento de quiénes eran los notarios de O'Brien.

Seguidamente enviaron por Lucille Thrale. Entró llorando y tomó la silla que le ofrecieron, situada al extremo de la mesa, con aires de reina.

A Bolter se le escapó un ruidoso suspiro de admiración, y Nigel se dio cuenta de que hasta el superintendente apenas podía reprimir el deseo de consolarla. Enfrentó Lucille este aplauso más o menos silencioso con aquella elevación de la cabeza casi imperceptible y esa contracción del labio y de las cejas desmayadamente arrogante, que es como reconocen las mujeres hermosas la admiración que causan. Bleakley retorcióse el bigote puntiagudo como un estilete y se arregló la corbata. Hizo primero las preguntas de ritual, tales como edad, domicilio, etc. Luego, tras de carraspear, se dispuso al trabajo.

—Ahora, señorita Thrale, tengo la seguridad de que no le molestará responder a unas cuantas preguntas más. Aquí Bolter —Bolter resopló descargando su muy agobiado pecho— dejará constancia de lo que usted diga, y al final se le dará a usted una copia de la declaración y le pediremos que la firme, si la encuentra correcta.

Lucille asintió con una graciosa inclinación de cabeza.

—Ante todo, señorita Thrale, ¿quiere usted ampliar las declaraciones que hizo esta mañana acerca del testamento del señor O'Brien?

—¿Ampliarlas? ¿De qué modo? —Dijo con su voz fría, seca y un poco insolente—. Fergus, el señor O'Brien, nunca me habló del testamento.

—Digámoslo de otro modo. ¿Cree usted probable ser la beneficiaria?

—Es casi seguro —replicó ella indiferente y un poco picada. El superintendente se inclinó hacia delante y dijo:

—¿Qué relaciones tenía usted con el difunto?

Lucille se sonrojó; luego echó hacia atrás la magnífica cabeza mirando más que a Bleakley por encima de *él*, y replicó:

—Yo era su querida.

Bolter emitió un sonido medio ahogado, sospechosamente parecido a cierta interjección, y Bleakley carraspeó.

—Eso mismo. Bien, ahora, volviendo a los acontecimientos de la noche pasada, señora, ¿no oyó usted ruidos sospechosos después de irse a la cama?

—Me dormí en seguida. ¿Qué ruidos sospechosos podían ser?

Nigel aplastó su cigarrillo y dijo con suavidad al superintendente:

—Yo no creo que la señorita Thrale se dé cuenta de que O'Brien fue asesinado.

La mano de Lucille voló hasta la boca; respiraba convulsivamente. La palidez de su rostro se acentuó mucho más y parecía temblar de horror.

—¿Asesinado? ¡Oh Dios! ¿Fergus? ¿Quién?

—No lo sabemos todavía. Quizá pueda usted decirnos si tenía enemigos.

—¿Enemigos? —De los párpados de Lucille cayeron unas gotas que descendieron por las largas pestañas: su reposada actitud anterior pareció convertirse en una tensa inmovilidad nerviosa—. Un hombre como él siempre tiene enemigos. No le puedo decir más.

Bleakley quedó un momento en silencio; luego dijo animoso:

—Ahora, si quiere, díganos exactamente, por mero formulismo, sus movimientos de esta tarde.

—Estuve en el vestíbulo hasta cerca de las tres. Luego subí a mi habitación para descansar. No volví a bajar hasta que oí ese ruido abajo. ¡Es terrible, terrible! ¡Nadie está seguro en esta casa! ¿Quién será el próximo?

—No se preocupe, señora. Tenemos el asunto entre las manos. ¿Estuvo alguien con usted en el vestíbulo?

—La señorita Cavendish se sentó conmigo un rato después de almorzar. Ella salió antes que yo, un cuarto de hora antes, poco más o menos. Yo no sé dónde fue —dijo Lucille fríamente—, y creo que el señor Knott-Sloman entró a mirar una vez. Sí, entonces eran las tres menos diez. Entró para confrontar su reloj con el del vestíbulo.

—Ahora sólo una pregunta más, *miss Thrale*, y espero que se dará cuenta de que se trata meramente de una formalidad para registrar todos los movimientos. ¿Tiene usted algún medio de corroborar que estuvo en su habitación desde (echó una mirada a sus notas) las tres en punto hasta que oyó la alarma?

—No, no lo tengo —dijo rápida y decisiva; un poco demasiado rápidamente, como si hubiera previsto la pregunta y tuviera decidida la contestación de antemano—. No tengo testigos de todos mis movimientos.

—Eso nos perdemos —murmuró Nigel con desvergonzada galantería. Lucille le lanzó una mirada glacial y salió. Se llamó seguidamente a Knott-Sloman. Entró desafiante, fumando un cigarro; adoptaba una expresión medio sincera como para granjearse las voluntades, la misma con que acogía a los visitantes de su *Club Bullicio y Alegría*.

—Bien, bien, bien —decía restregándose las manos—, de manera que éste es el interrogatorio. No resultan tan alarmantes como yo me los imaginaba. Es lo que siempre me sucedía en el frente: lo peor de un lance era esperar que comenzara.

Declaró ser Cyril Knott-Sloman, de cincuenta y un años de edad (pero un hombre no es más viejo de lo que parece, ¿verdad?), soltero, propietario del *Club Bullicio y Alegría*, cerca de Kingston. No conocía nada de las disposiciones testamentarias de O'Brien. No creía tener probabilidad alguna de ser su heredero. («Pongo mi dinero a favor de Lucille en la apuesta de la herencia; una muchacha ligera y retozona»). Cuando se le preguntó si había escuchado algo durante la noche, miró con rudeza a Bleakley y dijo:

—Ajá. En eso estaba pensando. Se vendió usted esta mañana, superintendente. De manera que usted no creía que lo hubiera hecho O'Brien. Bueno, ni yo tampoco. No era un hombre para buscar tan fácil salida. Pobre amigo. Se hace duro creer que ya se ha ido. Era uno de los mejores. Desearía poder ayudarle, pero dormí toda la noche de un tirón como un leño.

—¿Puede usted decirnos algún motivo posible que pudiera haber para matar a O'Brien? ¿Era hombre de crearse enemigos?

—Bueno, cualquiera que tenga un montón de dinero como él está un poco expuesto al pago de costas, ¿no es así? Maldito sea, no debí haber dicho eso, parecía que intentaba señalar a Lucille, es ridículo, desde luego, la chica no podría matar una avispa. Olvídelo. Aparte de eso no puedo imaginar a nadie que necesitara hacerla. Todos lo querían; no se podía remediar. Sin embargo me parece que tenía un proceder algo raro la última vez que lo vi.

—¿Dónde fue eso?

—En Francia. No lo había visto desde el año 1918. Una noche, en el verano último, se presentó de repente en mi club con Lucille.

—Muy bien, señor; sírvase informarnos ahora de sus movimientos de hoy desde la hora del almuerzo.

Los ojos de Knott-Sloman se contrajeron.

—Comprenderán ustedes que es endiabladamente difícil recordar todo. Lo intentaré, sin embargo. Déjeme ver; Cavendish y yo jugamos al billar después del almuerzo; esto debe de haber sido desde cerca de las dos hasta un poco después de las tres.

—Según colijo, estuvieron ustedes dos en la sala de billar durante todo ese tiempo.

—Aproximadamente. Teníamos que vigilarnos uno al otro para que no hubiera

trampas con los tantos —dijo Knott-Sloman.

—Miss Thrale estaba confundida, entonces, cuando dijo que entró usted en el vestíbulo hacia las tres menos diez.

Después de dudar ligeramente replicó Knott-Sloman luciendo los dientes con una sonrisa de disculpa propia de un anuncio de dentífrico:

—Desde luego, soy un perfecto estúpido. Eso demuestra, precisamente, lo difícil que resulta recordarlo todo. Entré en el vestíbulo un minuto para confrontar mi reloj con el que hay allí. Tenía que escribir algunas cartas, y no quería perder el correo de la tarde. Me di cuenta de que era más tarde de lo que pensaba; así que Cavendish y yo acabamos de jugar la partida; luego entré aquí, escribí mis cartas y bajé a la aldea con ellas. No regresé hasta después que ustedes descubrieron al pobre Bellamy. ¿Cómo está? Dispuesto a doblar la esquina, supongo.

El superintendente dijo que había alguna ligera esperanza de que Bellamy se repusiera. Seguidamente le preguntó si había alguno más en el estudio cuando Knott-Sloman escribía sus cartas.

—Sí; *miss* Cavendish también estuvo allí. Estaba sentada dándole a la pluma.

Bleakley casi iba a despachar a este testigo cuando Nigel, que permanecía sentado, y se inclinaba como derrumbado en la silla, mirando al suelo como si no le concerniera el asunto, se levantó y dijo:

—¿Decía usted que conoció a O'Brien en la guerra? ¿Estuvo usted en la R. A. F.? Knott-Sloman le lanzó una mirada insolente.

—¿Así que Saúl está entre los sabuesos? Bien, no se terminan nunca las sorpresas. Si tiene usted interés en saberlo, yo fui piloto hasta 1916; después tuve un trabajo en la plana mayor. Conocí a O'Brien porque tuve un mando en su sector desde el verano de 1917. ¿Está satisfecho ahora?

—¿Puede decirme usted el nombre y dirección de alguna persona viva que haya estado en la escuadrilla de vuelo de O'Brien, o como quiera que se llamen esas cosas? —respondió Nigel imperturbable.

—Déjeme ver. —Knott-Sloman parecía desdecirse—. Anstruther, Greaves, Fear, McIlray, pero todos ellos ya se fueron. ¡Ah!, ya encontré su hombre, Jimmy Hope. Vivía en esta misma carretera, algo más abajo, la última vez que supe de él, tenía una granja de polluelos en las afueras de Bridgewest Staynton; ése era el nombre del lugar.

—Gracias. ¿Le interesan a usted las maquinarias de los aeroplanos? —Knott-Sloman lo contempló con insolencia.

—No de un modo especial, ¿y a usted? —Se volvió hacia Bleakley—. Quizá cuando su ayudante haya terminado los acertijos me permitirá que me vaya.

Bleakley interrogó a Nigel con la mirada, y éste dijo con toda su furia:

—Perfectamente. Mañana llegaremos a las últimas consecuencias, si es que el caballero desea jugar.

Knott-Sloman lo miró ceñudo y se fue. Bleakley elevó las cejas hacia Nigel, y

estaba a punto de decir algo, cuando un agente entró apresuradamente. Se había encontrado un atizador de hierro en el incinerador. Como es natural, ahora no presentaba señales de haberse utilizado en el ataque a Bellamy, pero la señora de Grant juraba que lo había usado a la hora del almuerzo para hurgar la lumbre en el fogón de la cocina, y concedía rencorosamente que ni siquiera la idiota de Nellie estaba bastante loca para ponerlo en el incinerador. Nellie no se encontraba allí para confirmarlo, porque siempre se marchaba a su casa unas horas después de lavar la vajilla del almuerzo, pero Bleakley dispuso que se la enviaran tan pronto como regresase.

—Ese incinerador está en el fregadero —dijo—, cualquiera que haya sido, tuvo que ir a la cocina por el atizador y volver a pasar por la cocina para ocultarlo en el incinerador. Felizmente para él, *Mrs. Grant* echa la siesta arriba, en su dormitorio. Debe de tener un sueño profundo, y no hay duda de que dormía bien mientras sucedió todo esto.

—Sí, si es que estaba completamente dormida —dijo Nigel en un tono de desapasionada insinuación.

El superintendente pareció alarmado, después meditabundo, luego divertido.

—No, señor —dijo—. No puede usted burlarse de mí en esa forma. *Mrs. Grant* puede ser una vieja..., pero no va a disparar contra la gente ni a abatirla con atizadores. Apostaría mi pensión en contra. Bien, será mejor continuar con el asunto. Que siga *Miss Cavendish*.

Nigel pensó que la descripción que hizo Phillip Starling de Georgia era muy ajustada, cuando la observaba mientras Bleakley iniciaba las preguntas preliminares. Los ojos, que la noche anterior estaban tan vivaces y alegres, eran ahora copas desbordantes de dolor: deslumbrados, perdidos y desesperanzados como los de un duende; se movía como si todo su cuerpo estuviera magullado; sin embargo, en su autodomínio de acero y en el freno de las manos y facciones había algo indomable.

—Sí —decía ella—. Fergus dijo que me iba a dejar su dinero o parte de él. Yo tengo en realidad todo lo que necesito; pero solíamos bromear acerca de que yo iba a tener bastante para explorar la Atlántida cuando él se muriera. Ustedes saben que él estaba muy enfermo, y no esperaba...

Su voz se debilitó muy ligeramente, y tuvo que callar. «Sólo hay un país que usted querría explorar ahora —pensó Nigel—, y es el país a donde fue O'Brien».

Georgia no sabía nada del testamento. Cuando le dijeron que O'Brien había sido asesinado guardó silencio durante un momento y dijo después:

—Sí —temblaba intensamente como si se sometiera a un golpe que hubiera visto venir mucho tiempo antes. Luego golpeó la mesa con su manecita morena y exclamó —: ¡No! ¿Quién iba a querer matarlo? No tenía enemigos. Sólo se asesina a los cobardes y a los matones. Él estaba muy enfermo. Los doctores dijeron que no podía vivir mucho tiempo. ¿Por qué no lo dejan ustedes en paz ahora?

Bleakley se recostó en una silla y la miró intensamente.

—Lo siento, señorita, pero parece no existir ninguna probabilidad de que haya sido suicidio. Es usted la única, entre todos sus amigos, que no ha dicho que él hubiera sido la última persona dispuesta a suicidarse.

Después de esta interrupción Georgia Cavendish se recogió otra vez dentro de sí misma, y respondió a las preguntas de Bleakley en forma distraída. Corroboró la aserción de Lucille de que había estado con ella en el vestíbulo desde la hora del almuerzo hasta las dos y cuarenta y cinco. Después se fue al estudio para escribir una carta: Knott-Sloman había entrado un poco después de las tres; no podía decir con seguridad la hora exacta. Él se quedó todavía allí cuando ella, terminada la carta, subió a su habitación. Estuvo en su cuarto hasta que oyó la conmoción de abajo. No tenía testigos de nada de esto. Lucille estaba precisamente detrás de ella cuando corrió escaleras abajo. Una vez que Bleakley hubo terminado, dijo Nigel:

—Temo que ésta sea una pregunta muy impertinente, *miss* Cavendish, pero ¿quiere usted decirnos exactamente qué es lo que había entre O'Brien y usted?

Georgia lo miró con dureza; luego, como si él hubiera pasado por alguna prueba, le dirigió una sonrisa amistosa y dijo:

—Nos queríamos. En realidad nos quisimos desde aquel primer encuentro en África; al menos yo lo quise. Pero parece que no nos dimos cuenta de ello con precisión hasta hace poco tiempo. Tan pronto como yo... lo supe, quise que nos casáramos. Me gusta llevar las cosas al extremo —añadió con una sombra de su traviesa sonrisa—, pero Fergus dijo que los doctores le habían dicho que era un hombre moribundo, y que no quería echarme a cuestras un cadáver. Yo pensé que así lo estropeaba todo, pero él se mantuvo firme. Decía que la naturaleza no me había creado para enfermera. Así que éramos eso..., enamorados.

—Me doy cuenta —Nigel se sonrió gravemente—. Por favor, no se ofenda ahora; yo creo todo lo que nos ha dicho usted, pero eso está casi en contradicción con el testimonio de *miss* Thrale y, bueno, los procedimientos corrientes, y todas esas cosas...

—Esto es condenadamente difícil —dijo Georgia estrujando las manos y apretándolas contra su regazo—. Vea usted, es algo así. Ella había sido la querida de Fergus. Es una buena pieza, después de todo. Pero cuando Fergus y yo, bueno, sentimos debilidad uno por el otro, él la dejó de querer. Resulta condenadamente raro, pero es así: en realidad la trajo aquí para arreglar su ruptura con ella, siempre el caballero, ustedes saben, y todo lo demás. Aparentemente ella no advertía por completo lo que él intentaba. Me refiero a esas baratijas de luto oficial que lleva ahora; no, en esto soy un mal bicho, ella lo quería. ¿Por qué no había de quererlo? ¡Oh condenación!

Georgia recayó en confusiones, y Bleakley, con tacto, la despidió pidiéndole que enviara después a su hermano. Tan pronto como se cerró la puerta echó una mirada elocuente a Nigel.

—Esto pone a *miss* Thrale en una fea posición. ¿No es verdad, señor?

—Todavía no sabemos con certeza que O'Brien le hubiera pagado oficialmente su despido —replicó Nigel, pero la declaración de Georgia, indudablemente, había dado una dirección definitiva al caso.

Entró Edward Cavendish con el mismo porte extraviado y el mismo aspecto de fatiga que tenía desde que Nigel y él encontraron el cuerpo en la barraca. Se sentó pesadamente en la silla que le ofrecieron; aparentaba más años de los cincuenta y tres que tenía. El superintendente lo interrogó sobre su dirección y ocupaciones, luego le preguntó si podía o no, como antiguo amigo de O'Brien, facilitarle algunos indicios sobre el motivo del asesinato.

—Está usted mal informado acerca de esto, superintendente —dijo—, no soy antiguo amigo de O'Brien; trabé conocimiento con él este año, mi hermana nos presentó.

—Bien, señor; permítanos entonces decir «amigo», ya que, según puedo deducir, había llegado a conocerlo bastante bien.

—No. Él solía pedirme consejos de vez en cuando sobre inversiones; tenía un capital considerable; pero éramos tipos opuestos y teníamos intereses muy diferentes.

—Un amigo por motivos de interés, según Aristóteles —murmuró Nigel contemplando a través de los párpados casi cerrados la gran cara redonda de Cavendish, pálida y bien afeitada, sus ojos tras los cristales sin cerquillo, ojos en los que la reticencia profesional del gran hombre de negocios no podía ocultar alguna perturbación profunda, las líneas de ansiedad de la frente y el ralo cabello con fijador. Su boca sugería sensualidad y aun crueldad; sin embargo, había algo infantil en el conjunto de su expresión, que resultaba extraño, algo que sin duda excitaba el instinto maternal de su hermana.

Bleakley le preguntaba ahora por sus movimientos desde el almuerzo.

—Estuve jugando al billar con Knott-Sloman hasta cerca de las tres en punto. Luego salí a dar un paseo por el parque.

—¿Encontró a alguien en su paseo, señor?

—No, no puedo decir que encontré a nadie. Una coartada muy pobre —añadió con un intento de sonrisa fantasmal—. Volví entre las cuatro y las cuatro y cuarto, y un agente me dijo que acababan de descubrir a Bellamy.

—¿Estuvo con usted Knott-Sloman en la sala de billar durante todo el tiempo?

—Sí. No —ahora recuerdo—, salió para mirar la hora, fue cerca de diez minutos antes de suspender el juego.

—¿No hizo más que entrar y salir en el vestíbulo, señor?

—Bueno, yo no diría que fue así exactamente. Debíó de haber estado afuera por lo menos cinco minutos.

El superintendente apenas pudo reprimir un salto de sorpresa, y el lápiz de Bolter quedó suspendido en el aire.

—¿Está usted seguro de eso, señor? —preguntó Bleakley con el menor énfasis posible.

—Sí. ¿Por qué no? —Cavendish lo miró perplejo. Luego cambió por completo su expresión. Pareció ponerse nervioso por alguna ocurrencia decisiva. Se humedeció los labios y dijo—: Vea, superintendente. ¿Está usted seguro de que eso fue un asesinato? Quiero decir, ¿no puede haber sido suicidio? Maldición, yo no puedo creer que nadie aquí...

—Lo siento, señor; pero no cabe duda sobre el asunto, porque las pruebas que tenemos nos llevan demasiado lejos. —Y Cavendish miró otra vez a Bleakley y a Nigel como si pesara algo en su imaginación. Cerraba y abría los puños.

—Las pruebas —musitó—; pero suponiendo que yo... Si pensaba hacer alguna revelación, no llegó a formularla, porque en ese momento entró el sargento con el portentoso aspecto de un mensajero de tragedia griega, y colocó un pedazo de papel ante su superior.

—Se encontró en el dormitorio de *Mr. O'Brien* —le susurró a Bleakley—; estaba plegado, y se utilizaba como cuña en la ventana.

Bleakley echó una mirada al papel: se le desorbitaron los ojos, y los enhiestos bigotes parecían temblar como alambres. Apuntó al papel y dijo a Cavendish:

—¿Reconoce esta letra, señor?

—Sí. Es de *miss Thrale*, pero...

—Traiga a *miss Thrale*, George.

Mientras el sargento iba a buscar a Lucille, Nigel se inclinó por encima de la mesa y miró el papel. En él, escrito con una letra larga que parecía hecha muy de prisa, decía:

«Debo verte esta noche. No podemos olvidar lo que ha sucedido desde... Búscame en la cabaña después que los otros se hayan ido a la cama. Por favor, querido, te lo ruego. —Lucille».

Lucille Thrale entró como una soberana, e hizo una pausa durante un momento en el umbral como si esperara los aplausos para moverse. Bleakley se puso de pie, y mostrándole la nota le preguntó a boca de jarro:

—¿Escribió usted esto, *miss Thrale*?

Con gesto rápido se llevó ella una mano a la garganta. Un profundo rubor subió a su rostro.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No, no!

—Pero *Mr. Cavendish* atestigua que ésta es su letra.

Se volvió ella a Cavendish inclinándose hacia delante, con los dedos encorvados como garras. Su voz fría y áspera se elevó convirtiéndose en un grito agudo, de demente:

—¿De manera que tú atestiguaste, verdad? Tú querías quitarme de en medio, ¿no es cierto? Estabas celoso porque te dejé por un hombre mejor. ¡Celoso! Tú, cara lavada, traidor, zorro, tratas de parecer respetable, y mientes así. Tú odiabas a Fergus.

¡Fuiste tú quien lo mató! ¡Yo sé que tú lo hiciste! Yo...

—Repórtese, *miss Thrale*, ya tenemos bastante con esto. ¿Escribió usted esta carta?

—¡Sí, sí, sí! Yo la escribí. Yo lo amaba. Pero no fui a la cabaña, no fui, le digo a usted. Él no quería dejarme...

Miró las caras frías e incrédulas que tenía a su alrededor.

—Tú lo has tramado —gritó a Cavendish—. Tú intentas echarme esto encima. — Se volvió a Bleakley apuntando ferozmente a Cavendish—. ¿No lo oye usted? Me lo está echando encima. Lo puso él en mi habitación esta tarde. Yo lo vi.

—La nota no se encontró en su habitación, *miss Thrale*. Si sus otras afirmaciones son tan falsas como ésta, se va a encontrar usted en una situación muy enojosa.

—Sólo un minuto, Bleakley —interrumpió Nigel—. Cavendish, ¿estuvo usted en el cuarto de *miss Thrale* esta tarde? No dijo usted nada de esto en su declaración.

Las mejillas de Cavendish echaban lumbre, como si Lucille le hubiera abofeteado las orejas. La dignidad y el temor parecían luchar por la supremacía en su continente. La imagen del sacristán acusado de robar en el cepillo se presentó por sí sola en la imaginación de Nigel. Había dignidad ultrajada y la ansiedad del justo en la voz del hombre cuando habló:

—Entonces, muy bien. Como *miss Thrale* ha decidido hacer esas acusaciones ridículas, no puede esperar de mí que guarde delicadezas con su reputación. Estuve en su habitación esta tarde, y le diré a usted por qué.

—No, Edward, ¡por favor!, estaba trastornada, loca, al decir lo que dije. Tú sabes que no era eso lo que quería significar.

La voz de Lucille era entrecortada y suplicante, pero Cavendish ni siquiera la miró.

—Cuando Knott-Sloman volvió a entrar en la sala de billar, esta tarde, me dijo que Lucille, *miss Thrale*, quería verme en su cuarto. Terminamos nuestra partida, y subí. *Miss Thrale* me hizo una proposición. O yo le pagaba 10.000 libras o haría saber a la policía que había sido mi querida. Ella tiene cartas mías. Dijo que si se revelaban nuestras relaciones, la publicidad me causaría grandes perjuicios. También dijo que la policía trataría de descubrir los motivos del asesinato de O'Brien, y el hecho de que O'Brien me la hubiera quitado..., según ella expuso..., les parecería un motivo muy suficiente para que lo hubiera asesinado yo. Le dije que no estaba acostumbrado a dejarme intimidar por los chantajistas. Entonces ella juró que también le diría a la policía que yo tenía dificultades en las finanzas en este momento, y que había matado a O'Brien para beneficiarme con su testamento y librarme de esas dificultades, al mismo tiempo que por motivos de venganza. Le repliqué que si O'Brien había sido asesinado, la policía investigaría la posición de todos los invitados, y el estado de mis finanzas se descubriría muy pronto. Naturalmente traté de guardar silencio sobre todo esto. Por eso dije que salí a dar un paseo esta tarde, cuando, en realidad, estuve en la habitación de *miss Thrale* casi todo el tiempo. Después salí un momento a pasear.

Pero ahora que *miss* Thrale ha decidido hacer esas acusaciones en público, no veo motivo para llevar más adelante el disimulo. Yo no tengo deseo de desquitarme, pero como las cosas ya han llegado demasiado lejos, superintendente, le sugiero que pregunte a Knott-Sloman cuál era la parte que iba a corresponderle de las 10.000 libras procedentes del chantaje.

Capítulo VIII

UNA HISTORIA DOLOROSA

CUANDO Nigel iba aquella tarde en automóvil con Bleakley hacia Taviston, el sol, que había derretido la nieve de la noche última, arrastraba la niebla en forma de espesos vellones de lana hacia las faldas de las colinas. O al menos así los describía él sin romanticismo alguno. La carretera, que bordeaba esas colinas, cambiaba subiendo, bajando y rodeándolas; así que tan pronto viajaban atravesando un aire claro, y contemplaban desde lo alto una especie de lago de vapor, como al bajar se sumergían en un jirón del mismo, y no podían ver nada más allá de la tapa del radiador. El agente que conducía se lanzaba con abandono dentro de esos jirones, y cuando emergía en la orilla opuesta sin salirse de la carretera se felicitaba a sí mismo en voz alta. Bleakley tenía que conducir de regreso, esa misma noche, con Nigel, porque le parecía imprescindible estar presente en el lugar. Eso si se las arreglaba para pasar a través de la niebla, que estaría mucho peor después de la comida. Pero Nigel no pensaba en la niebla; ni siquiera el vapor denso y universal que cubría la tierra en el principio, cuando suspensa en el espacio se iba enfriando, podría competir con la espesísima y caliginosa bruma de su cerebro.

La serie de revelaciones que acababan de oír, como fogonazos de magnesio en un cuarto oscuro, sólo servían para cegar la vista. Cada nueva pista parecía conducir en una dirección diferente, para estallar luego en la mano antes de que los hubiera llevado a ninguna parte. Por quinta vez se impuso Nigel el revisar con calma la trama de las contradicciones. Lucille Thrale negaba las acusaciones de Cavendish: admitía que había estado en su habitación después del almuerzo, pero juraba que sólo habían tenido una conversación amistosa. Un lugar extraño para charlas ligeras — reflexionaba Nigel—, pero nada se puede saber con certeza. Lucille solemnemente negaba haber estado en la barraca la noche última, y sus negativas alcanzaron finalmente un diapasón de histeria tal, que Bleakley tuvo que mandársela otra vez a Georgia Cavendish, y salvar su conciencia oficial destacando un hombre para vigilada y evitar que intentara escaparse. Knott-Sloman, encarado con el cargo que le hacía Cavendish de complicidad en el chantaje, primero se había enfurecido intentando varias clases de acción, desde el asalto físico a la reparación legal; luego se fue enfriando, y declaraba, magnánimo, que lo olvidaría todo, porque el pobre

Edward había recibido una impresión muy fuerte y no era responsable.

El pobre Edward, sin embargo, persistía en su declaración, aunque no pudo dar razones satisfactorias respecto a la conexión entre Knott-Sloman y Lucille sobre el chantaje alegado. Knott-Sloman y él continuaban también contradiciéndose mutuamente en cuanto a la extensión del tiempo que el primero había estado fuera de la sala de billar.

Esto retrotrajo el pensamiento de Nigel, penosamente sobrecargado de trabajo, al problema del asaltante de Bellamy. Todos los de la casa, excepto Philip Starling, habían tenido oportunidad de hacerlo. Lucille pudo realizarlo entre las dos y cuarenta y cinco, cuando Georgia la dejó en el vestíbulo, y el momento en que Cavendish subió a su cuarto; con excepción de aquel minuto (¿o fueron cinco minutos?) en que Knott-Sloman estuvo en el vestíbulo; o pudieron haberlo hecho él y ella juntos entonces, Knott-Sloman blandiendo el instrumento y Lucille guardando la *cueva*. Georgia no poseía testigos de sus movimientos desde alrededor de las tres hasta que se descubrió el cuerpo. Su hermano pudo deslizarse fuera de la sala de billar detrás de Knott-Sloman, aunque no era probable, porque no podía saber cuánto tiempo iba a tardar su compañero; pero Cavendish también pudo haber realizado el atentado después que dejó la habitación de Lucille. El mismo Knott-Sloman, aparte de una posible complicidad con Lucille, pudo haber atacado a Bellamy después de que Georgia abandonó el estudio y antes de salir a echar sus cartas al correo. En conjunto parecía más propio que el asalto hubiera sido hecho por un hombre. La posición de la herida sugería a alguien de talla alta detrás del atizador, pero no lo implicaba. Ni era imposible que una mujer tuviera fuerza para arrastrarlo por los talones hasta dentro de la despensa. Casi todos podían haberlo hecho, incluso *Mrs. Grant*. Demasiados para la oportunidad. ¿El conocimiento del terreno? O'Brien había alquilado la Dower House hacía pocos meses, y ninguno de los invitados presentes había estado antes allí. Excepto *Mrs. Grant*, por lo tanto, todos ellos anduvieron a tientas. En conjunto parecía más indicada una mujer para aprender la distribución de las dependencias de la cocina y las costumbres de *Mrs. Grant* y saber dónde debían hallarse el atizador y el incinerador. Pero como el trabajo probablemente había sido premeditado, nada impedía que un hombre supiera los detalles de antemano. Quedaba, además, la cuestión del momento del asalto. Nigel imaginaba que el asaltante debió espiar el momento en que Bellamy atravesaba la mampara de las dependencias de la cocina y, corriendo a la misma, agarró el atizador y se ocultó detrás de la mampara a tiempo de coger a Bellamy de vuelta. Lo único que parecía no ofrecer duda era que el atizador había sido el arma utilizada. Bleakley interrogó a Nellie cuando regresó de la aldea, la que juraba, primero indignada y después llorosa, que nunca ponía los atizadores dentro de los incineradores, y que *Mrs. Grant*, la gata vieja, era tan exigente que la habría desollado si le llegaba a tocar el atizador. A Nigel le parecía que *Mrs. Grant* lógicamente debía ser la sospechosa principal, aunque por qué lo habría hecho no podía imaginárselo. Cocinera calvinista aplasta el cráneo de un veterano de la guerra.

Se espera que una calvinista desaprobe a todos los demás por principio, pero no se concibe que lleve su desaprobación al extremo de trabajar con el atizador.

Esto lo llevó de nuevo a la cuestión del motivo. En conjunto era razonable suponer que Bellamy fuera atacado porque sabía algo sobre el testamento que alguno deseaba ocultar. Era significativo que el ataque hubiera tenido lugar inmediatamente después que el superintendente comenzó a demostrar cierta curiosidad embarazosa acerca del testamento. Si Bellamy era peligroso para el asesino por cualquier otra razón, sería de esperar que lo hubiera despachado en la misma noche que mató a O'Brien, sin aguardar más o menos quince horas, dándole tiempo de sobra para hacer cualquier revelación; y atacarle en pleno día era mucho más expuesto. Sin embargo, esto no era bastante concluyente. Bellamy pudo haber encontrado algo esa mañana que lo convirtió en una amenaza para el asesino: algo acerca de los planos de los aviones, por ejemplo, o sobre el enredo erótico que estaba convirtiendo su búsqueda de un motivo en algo tan complicado. Tampoco era posible concebir que el ataque a Bellamy no tuviera relación con el asesinato de O'Brien. Al pensamiento de que pudiera haber dos pistas que seguir, Nigel gimió en voz alta.

—Es molesto, señor, ¿verdad? —Dijo Bleakley—, pero todavía no llevamos doce horas en la tarea. Hay tiempo de sobra.

—¿Sabe usted —dijo Nigel— que cada vez estoy más convencido de que no llegaremos al fondo del asunto hasta que hayamos descubierto bastante más acerca de O'Brien? Es él, y no el asesino el verdadero hombre misterioso. Trataré de concentrarme sobre esto. No sabemos nada acerca de sus padres, por ejemplo, o de lo que hacía antes de la guerra, o de dónde sacó su dinero.

—Ya lo aclararemos, señor. Lento pero seguro. Enviaré requisitorias tan pronto llegue al cuartel: sobre todo respecto a quién es su apoderado, si es que tenía uno para todo. Lo que me aburre más, *Mr. Strangeways*, es que en realidad, a pesar de todo, no tenemos un buen caso de asesinato. Usted y yo sabemos que lo fue. Pero la fiscalía para proceder debe tener algo más que teorías y acertijos. Las huellas de la nieve, por ejemplo. ¿Qué jurado va a creer que las hizo alguien andando hacia atrás? Dirán que hemos leído demasiadas historias truculentas. Si no conseguimos la prueba de que O'Brien estaba en la cabaña cuando comenzó a caer la nieve, no tendremos en modo alguno un caso para llevar a los tribunales.

Cuando llegaron al cuartel el superintendente se ocupó de algunos informes que habían llegado poco antes. Primero: la autopsia no había hecho más que confirmar las primeras conclusiones del doctor: la muerte había sido causada por una bala que se alojó en el corazón, y los expertos de la policía confirmaron que el tiro fue disparado por el revólver que se halló en la cabaña. La autopsia también confirmó que O'Brien sufría una enfermedad que hubiera terminado con él en un par de años. El doctor no estaba capacitado para determinar con exactitud el momento en que mataron a O'Brien, aunque no le preocupaba aventurar extra oficialmente la opinión de que ello probablemente había ocurrido entre la medianoche y las dos de la madrugada. Por

otra parte, admitía que su primera explicación de los rasguños de la muñeca no era satisfactoria, y añadía que muy bien pudieron producirse en una lucha por el revólver. Las huellas de su culata coincidían con las de O'Brien y las demás que se encontraron en la cabaña se había demostrado que pertenecían respectivamente a Bellamy, Nigel y Cavendish.

El hombre a quien enviaron para hacer averiguaciones en la aldea informó que un vagabundo fue recogido en la rectoría la Nochebuena: le dieron alguna comida, pero, cosa bastante rara, no pidió para dormir en ninguna parte. Se le vio salir de la villa hacia las once de la noche por el camino de Taviston, que le conduciría más allá de las puertas del parque de Chatcombe. El rector declaró que el vagabundo no parecía estar completamente bien de la cabeza: después que dio cuenta de una buena cantidad de vino oporto estuvo hablando vaguedades acerca de que sabía cómo poner sus manos en algo que valía una gran cantidad de dinero. Bleakley prestó atención al llegar a ese punto, y dio órdenes de que le llevaran al hombre para interrogarlo tan pronto como se le hallara. Ninguno de los habitantes de la aldea, hasta donde pudo averiguar el agente, estuvo cerca del parque la noche última. Sin embargo descubrió en el correo que un hombre, que respondía a la descripción de Knott-Sloman, entró muy apresurado aquella tarde a comprar sellos. La empleada del correo, que en una aldea inglesa ejerce la misma función de pregonero que el *tantán* en la selva, le había notado algo abultado en el bolsillo de su abrigo, y, por último, cuando ella iba a salir del correo, entró un sobre grande y abultado dirigido con una letra que le era desconocida. Con esa inteligencia, iniciativa y espíritu de ciudadanía, que recientemente ha elevado tanto al servicio postal en la estima del público, hasta se había fijado en el destino de este paquete: iba dirigido a Cyril Knott-Sloman. Esq., *Club Bullicio y Alegría*, Nr. Kingsten, y marcado: «No debe ser reexpedido».

El mismo pensamiento movió a Bleakley y a Nigel simultáneamente. Bleakley alcanzó el teléfono e hizo una llamada a larga distancia para New Scotland Yard. Pidió que se examinara ese sobre antes de remitirlo a su dirección en la mañana siguiente, y que se retuviera si contenía algo parecido a planos o fórmulas.

—Él sabía que haríamos un registro formal tan pronto como sospecháramos asesinato, señor Strangeways, así que es natural que haya querido librarse de ellos tan pronto como pudo.

—Podemos avanzar un paso más. Knott-Sloman fue a la villa para echar al correo este paquete, antes de que se le hubiera sugerido que ni siquiera sospechábamos el asesinato. ¿Por qué, a no ser que él supiera que el asesinato se había cometido, y podía iniciarse una pesquisa en cualquier momento, tendría tanta prisa en librarse de él? ¿Y cómo pudo saber que fue asesinado, a menos que...?

—Caramba, señor, eso es razonar bien. Pero ¿no es correr un serio riesgo el enviarlos por correo?

—No sabemos lo que hay en el sobre. Puede ser una mañanita bordada para el canario de su tía Amelia. Pero debo recordar a usted que él no tenía motivos para

suponer, cuando envió el paquete, que nosotros sabíamos algo sobre los inventos de O'Brien o de un posible atentado contra ellos; por lo tanto no estaríamos dispuestos a examinar nada de lo que él enviara por correo.

—Pero si el asesino fue él, él mismo debió ser quien envió aquellas cartas amenazadoras, y debía suponer que O'Brien podía mostrárselas a la policía, y que la policía estaría obligada a preguntarle qué razones podía tener cualquiera para querer librarse de él: el hecho de que O'Brien estaba trabajando en esos planos saldría a relucir entonces.

—Yo no creo que si él andaba detrás de los planos haya escrito esas cartas. Hubiera sido tonto poner a O'Brien en guardia, aun de manera tan indirecta, y yo no creo que si su objeto era robar los planos hubiera premeditado el asesinato. Queda la posibilidad, sin embargo, de que O'Brien lo cogiera robándolos, y lo amenazara con su revólver; de algún modo logró Knott-Sloman acercarse a él y lo mató en la lucha consiguiente.

—Sí, ése puede haber sido el camino del asunto —dijo Bleakley—. Bueno, me debo al comisario durante cinco minutos. ¿Quiere usted venir?

El comisario les recibió con amabilidad, envuelto en una nube de humo de cigarros. Era un hombre largo y desaliñado, un tipo con aspecto de cazador; tenía cierto aire de aldea visible en toda su persona: el espeso bigote blanco manchado de nicotina y los dedos, que podían estar más limpios: pero había en él una especie de competencia paternal y fácil que confortaba. Era muy popular entre sus subordinados porque nunca molestaba con cosas sin importancia a los oficiales superiores, ni miraba ceñudo a los de filas. Pronto tuvo a sus visitantes acomodados con cigarros en la boca y bebidas para empinar el codo.

—Es una amabilidad de su parte y del superintendente dejarme intervenir en este asunto —dijo Nigel.

—Nada de eso, Strangeways, en realidad ya estaba usted metido bajo cuerda, como suele decirse. Nosotros no habríamos llegado tan lejos sin usted. Aunque debo decirle que telefoneé al ayudante del comisario sólo para cerciorarme de que era usted el sobrino de su tío, y *compos mentis* y libre de pies y manos, y cosas por el estilo, ¿eh? —El mayor Stanley se rió con ganas, y tomó un prodigioso trago de *whisky* con soda—. Bien, Bleakley, ahora, como un buen compañero, dígame usted dónde estamos.

El superintendente se retorció el bigote. (Me imagino que lo guardará en un molde plástico por las noches —cavilaba Nigel, soñador). Y se embarcó en una descripción detallada del caso. Se ceñía sobre todo a los hechos, trayendo a colación las teorías sólo cuando eran necesarias para la explicación de alguna de sus acciones. Era fácil ver, sin embargo, por su manera de tratar los hechos, hacia dónde tendían sus sospechas.

—¡Hum! —dijo el mayor Stanley cuando el superintendente hubo terminado—. Supongo que deseará usted resolver este acertijo de palabras cruzadas, ¿eh Bleakley?

A pesar de todo me parece que lo han hecho ustedes muy bien. No se me ocurren otras vías ulteriores que debamos abrir al presente. Las cosas irán saliendo gradualmente por sí mismas. Según veo, *miss Thrale* y —¿cómo es su nombre?— Knott-Sloman son los más sospechosos, con Edward Cavendish bien encuadrado en el fondo. El inconveniente es que todavía no hemos conseguido pruebas suficientes de que O'Brien fue asesinado. Bleakley me dijo por teléfono su opinión en contra del suicidio, Strangeways, y es diabólicamente inteligente, también. Comprenda usted, yo creo que está en lo cierto; pero su teoría es demasiado inteligente para que un jurado de tipo medio se la trague. No pueden seguir más que el rastro hediondo del zorro. Acaban de dar un voto a todos los abaceros y especieros que roban al peso en el... Sin embargo —carraspeó—. ¿Dónde iba? Ah, sí. Aparte del hecho de que el asesinato no ha sido suficientemente probado, no creo que podamos tomar todavía ninguna determinación. Esa nota que escribió *miss Thrale* la condena muy claramente a primera vista —parece que tienen ustedes alojados en la Dower House una colección de fulleros—, pero el abogado defensor va a decir: «Una mujer que se propone asesinar a un individuo ¿escribiría una nota como ésa, que la perdería completamente a menos que la destruyeran, cuando podía concertar la cita exactamente igual de palabra?».

—Respecto a la nota me parece que hay dos posibilidades —Nigel trataba de exprimir su memoria mientras se alisaba el cabello color arena—. O la recibió antes de la comida, y la conversación que oí entre ella y O'Brien era su respuesta a la misma —recuerde usted que él le dijo: «Esta noche, no»—; en cuyo caso pudo doblada distraídamente y ajustarla como cuña en la ventana. No acabo de creer esto: podía haberla encontrado cualquiera, y O'Brien no era un tipo de hombre para exponer a una mujer en semejante forma. O de otro modo, él se la metió en el bolsillo, el asesino la descubrió y después la ocultó a medias allí, esperando que, si había sospechas de asesinato, al encontrarla recayeran sobre Lucille. ¡Puf! ¡Qué bocado! Me deja la boca seca como jengibre. Disculpe que lo haya interrumpido, Stanley.

—No se preocupe. Me parece que esta segunda teoría es muy acertada, Strangeways, y, aunque resultara errónea, es evidente que sería prematuro tomar cualquier medida por ahora contra *miss Thrale*. ¿Conviene usted en ello, Bleakley?

—Sí, señor.

—Luego tenemos un dato bastante bueno contra Edward Cavendish en cuanto a los motivos, pero ni la menor prueba. De paso, ¿qué tamaño de calzado usa? —añadió perezosamente el comisario, la cara casi invisible envuelta en el humo del cigarro.

—El mismo que *Mr. O'Brien*. Knott-Sloman hasta un número más pequeño; Starling, número y medio; y las señoras, desde luego, más pequeño todavía —replicó Bleakley no sin complacencia—. El señor O'Brien tenía pies y manos grandes para su estatura.

—Ajá —dijo el mayor Stanley jovialmente—, no puedo pescarlos desprevenidos. Así que cualquiera de ellos pudo haberse puesto sus zapatos y marcar esas huellas. Tengo que concentrarme y pensar en esto mientras procuro encontrar quién puede haberlos devuelto a la cabaña la mañana siguiente, y todo lo demás. Parece poco claro que el sujeto llevara a cuestas un par de zapatos. Es indudable que las huellas pueden no haber sido marcadas con los zapatos de O'Brien. Si no lo fueron, Cavendish debe ser nuestro hombre. Después queda este Knott-Sloman: parece un tipo repugnante; quizá lo encontró O'Brien llevándose los planos, o, si hay algo en lo que dijo Cavendish acerca del chantaje, puede que *miss* Thrale y él hayan hecho un intento con O'Brien: éste determina acabar con él o darle un gran susto; lo amenaza con un revólver, pero Knott-Sloman lo agarra y la cosa ocurre. Sin embargo no quiero sugerirles ideas. Lo cierto es que —tome otro vaso, Bleakley— la mayor parte de la gente en este caso no es de la localidad, y deberíamos hacer intervenir a la Yard. No es que ponga en duda su habilidad, pero creo que es un bocado demasiado grande para roerlo nosotros, y los diarios van a armar un alboroto infernal sobre el asunto: es su última oportunidad para sacar dinero de la leyenda de O'Brien. ¿Qué opina usted de esto, Bleakley?

El superintendente parecía más aliviado que ofendido por la sugerencia, y quedó arreglado que el mayor Stanley telefonaría al ayudante del comisario en seguida. Bleakley y Nigel se retiraron después. Bleakley quiso llegar hasta su casa a recoger algunas cosas para la noche. Mientras estaba haciéndolo, *Mrs.* Bleakley entabló conversación con Nigel. Era una señora cuya figura a nada recordaba tanto como a una sucesión de áreas superpuestas. Llevó una tetera también voluminosa y le obsequió con un torrente de estadísticas sombrías de accidentes en el camino ocasionados por la niebla. Cuando el superintendente bajó con una bolsa que le daba aspecto de sumo sacerdote mahometano, le dijo ella con poderosa voz de pecho:

—Bleakley, eres un loco en salir con semejante noche. Acabo de contarle al señor... lo que ocurrió sobre la acera en Follisham Corner no hace más que un mes; y fue con una niebla exactamente igual a ésta. Yo le llamo a esto tentar a la Providencia, y mientras tanto acabo de comprarte dos cortes de franela para hacerte camiones nuevos. Me lo traerá usted de vuelta, señor... ¿no es cierto?

—Está bien, mujer, está bien. No te preocupes. Conozco el camino como la palma de la mano —interpuso Bleakley. Le dio a su mujer un beso resonante, y salió a la carretera para tomar el coche. Al agente que los había conducido lo dejaron en la estación, porque Bleakley se proponía conducir él al regreso. La niebla era, en verdad, mucho más espesa, aunque después de dejar la ciudad encontraron algunos sectores del camino donde la visibilidad era relativamente buena. Nigel iba recostado, en una especie de trance; contemplaba los árboles y los cercos, que parecían clavarse con garras en la nada, como espíritus creados por encantamientos de magia. Los rayos de luz de los faros penetraban débilmente en la niebla, fluctuando y retirándose, lo mismo que fuentes luminosas que actuasen a media presión. Ahora aquí y después

allá un ligero tinte amarillo serpeaba en el espeso gris circundante, y Bleakley se arrimaba a la orilla para dejar paso al otro automóvil. Al poco rato dejaron la carretera principal y comenzaron la ascensión. El aire allí estaba más claro y podían ir a mayor velocidad, aunque parecía que Bleakley tomaba las curvas más por intuición que por cálculo. Nigel no era conductor y, por lo tanto, podía cerrar los ojos sin cuidarse de los riesgos que pudieran ocurrir. Se sentía muerto de cansancio, pero no iba a echar ningún sueño por el momento. Un sordo juramento del superintendente y el terrible frenazo lo hicieron despertar por completo. En el haz de luz de los faros, que apartó la nebulosidad, se pudo ver un cuerpo tendido mitad en la cuneta y mitad en la carretera.

—¡Oh Señor! —Imploró Nigel—; no más cadáveres, esto ya es demasiado.

Su ruego, a juzgar por lo que sucedió, debió ser oído. Tan pronto Bleakley saltó del coche y se inclinó sobre el cuerpo, éste se levantó por sí mismo con todas sus fuerzas reunidas, y se convirtió en un vagabundo. Se tambaleó un poco, parpadeó, y exclamó ronco, pero con el más caballeresco de los acentos:

—¡Gran Dios! ¡La aurora boreal!

Entonces se frotó los ojos, y, percibiendo de donde brotaba la iluminación, dijo:

—Perdonen, señores, me imaginé por un momento de vuelta otra vez allá entre mis brumas del Norte helado. Permítame que me presente; Albert Blenkinsop es mi nombre. Lamento que me encuentren ustedes en una posición un poco desventajosa. *Non sum qualis eram*, según dice el bardo. —Barrió el suelo haciendo una exagerada reverencia con el ala de su sombrero, cortesía no disminuida del todo por el hecho de que el ala se le escapó de la mano mientras la copa quedaba en su lugar.

Bleakley estaba mirándolo como si tuviera el premio mayor en la mano. Nigel agarró a Bleakley por el brazo rápidamente, y murmuró:

—¡Déjeme esto a mí! —Se volvió hacia el vagabundo y dijo—: ¿Quiere subir y que lo llevemos a algún lado? No sé si seguimos el mismo camino que usted.

—Cualquier camino que lleven ustedes me servirá admirablemente, hijo mío —replicó Albert Blenkinsop, con un gesto mezcla de consumada finura y magnanimidad.

Nigel siguió a la indescriptible figura andrajosa con su lío hasta la parte posterior del coche. Albert Blenkinsop se recostó, sacó una colilla de cigarro de algún escondite entre sus harapos, y la encendió. Luego, suspirando con satisfacción mientras accionaba airosamente con su brazo, comenzó a charlar.

—Como iba diciendo, yo he tenido días mejores. Soy uno de aquéllos a quienes ha burlado la Fortuna. En otro tiempo la vida me ha dado a sorber su copa colmada en abundancia, sólo para apartarla de mis labios después. Le parecerán amargas mis palabras, pero están ampliamente justificadas. Usted me ve ahora en circunstancias algo precarias. Le sorprenderá oír, quizá, que yo soy un hombre rico. Si yo pudiera, lo llevaría a usted en este instante a un Banco en Moscú donde están guardados cien mil rublos míos. Casualmente estaba allí cuando estalló la revolución. Tuve la

oportunidad de ayudar a escapar a cierto Gran Duque, cuyo nombre no debo decir; los cien mil rublos fueron la prueba de su gratitud (la vieja aristocracia era muy derrochadora, aunque bárbara, de acuerdo a nuestro *standard* de civilización). Desgraciadamente los bolcheviques tuvieron soplo de la parte que yo había jugado en el negocio, y si no fuera por el hecho de que me avisó una encantadora damisela, una del cuerpo de bailarinas de un *ballet* que estaba completamente encaprichada por mí, no habría salido con vida. Así fue como dejé el país con sólo unos rublos, un pasaporte falso y una fotografía del zar firmada, que logré ocultar en la suela de los zapatos. No lo aburriré con los recuerdos de un viejo. No es más que un ejemplo de la forma en que he sido, desde el principio hasta el fin, juguete de la fortuna.

El vagabundo suspiró y recayó en su ensueño.

—Son unos asuntos que parten el corazón los suyos —dijo Nigel con gravedad. Albert Blenkinsop se volvió bruscamente hacia él y le dio un golpecito con el dedo en el botón superior del abrigo.

—Bien puede usted creerlo. Pero ¿qué es el dinero?

—Bueno —respondió Nigel con cautela—, el dinero no lo es todo. —Evidentemente debió de haber dado la respuesta requerida. Albert Blenkinsop se recostó otra vez y gesticulaba expansivo.

—Es una verdad profunda —dijo—. Tan pronto como lo vi a usted esta noche me dije: yo no sé quién es este joven, y no me importa. Puede ser un exalumno de Eton o un descuartizador. Esto no es la incumbencia de Albert Blenkinsop. Pero lo que yo sé es que es simpático. Una cabeza vieja sobre los hombros jóvenes —me dije—, y soy un buen juzgador de fisonomías. Sí, más de una vez en mi azarosa vida me he planteado este interrogante: ¿qué es el dinero, después de todo? Y siempre he respondido, como tan bien acaba de exponer usted: «El dinero no lo es todo». ¿Y quiere usted que le diga cuál es la cosa más importante en la vida?

—Sí, me interesaría muchísimo.

—El amor. La vida sin romanticismo es como Hamlet sin el Príncipe de Dinamarca... Le contaré algunas experiencias propias para ilustrar esta verdad. Hace cinco años yo andaba en el mundillo teatral. Una muchacha joven vino a mí con motivo de una representación. No había estado dos minutos en mi cuarto cuando me dije: «Esta muchacha llegará lejos». Gasté hasta el último penique que tenía en costearle su carrera; era una criatura divina; llevaba el teatro en la sangre —dice el bardo—. Nos enamoramos locamente, aunque casi era innecesario decirlo; unos cuantos meses de paraíso, y después la perdí de vista. El otro día estaba paseando casualmente por la Avenida Shaftesbury; allí estaba su nombre en letras luminosas de seis pies de largo. Le envié mi tarjeta, recordándole nuestra vieja amistad. La respuesta fue: «La señorita x lamenta no haber conocido nunca al señor Blenkinsop». Usted le puede llamar ingratitud. Los jóvenes son duros en sus juicios. Para mí todo el asunto es diferente. Para mí aquellas letras luminosas en la Avenida Shaftesbury deletrean una palabra única: Amor.

El superintendente se iba irritando cada vez más visiblemente, así que Nigel pensó que sería mejor arrastrar a Albert Blenkinsop de vuelta al presente.

—¿Y qué planes tiene usted ahora?

Blenkinsop se inclinó hacia él de un modo impresionante.

—Bueno, no tengo inconveniente en decirle que tengo casi en la mano una suma de dinero muy considerable, solamente con que...

Bleakley emitió un sonido con la garganta, que parecía el prelude de algún pronunciamiento oficial. El vagabundo, sin embargo, con varios movimientos significativos de cabeza y guiñas en su dirección, observó a Nigel con su susurro de comedia:

—Lo siento, hijito, pero su compañero ¿es digno de confianza?

—En general, sí. Aunque no respondería de él cuando está bebido.

—Bueno, se trata de esto. Un amigo mío, un hombre elevado en el mundo de la ciencia —por razones comprensibles yo no puedo revelar su nombre en esta escena—, ha descubierto (la voz de Blenkinsop bajó de tono hasta convertirse en un susurro tembloroso) mineral de hierro en Berkshire. Imagino que debe sorprenderle a usted, también me sorprendió a mí. Desde luego el asunto es una mina de oro, querido compañero, una verdadera mina de oro. Desea que yo la explote con él. En efecto, ahora voy en camino para allí. Desgraciadamente, estoy mal de fondos. Necesito capital. Por cierto, si por casualidad tiene usted 100 libras ahorradas sería una inversión verdaderamente formidable.

La espalda de Bleakley indicaba un gran abatimiento.

—Lamento no tenerlas. ¡Si diez chelines sirvieran para algo!

Albert Blenkinsop no se descompuso lo más mínimo. Aceptó el billete con una agradable mezcla de gratitud e independencia.

—Supongo que no habrá disfrutado usted mucho de la Navidad —dijo Nigel.

—No puedo lamentarme. He comido con el rector de una aldehuela que hay cerca de aquí; es un compañero encantador, aunque no me parece muy seguro en la herejía de los maniqueos. Un viejo amigo mío, Lord Marlinworth, tiene una propiedad en los alrededores de la aldea.

—Sí, es mi tío... Nosotros estamos en la Dower House.

—¿De veras? Bien, bien. ¡Qué pequeño es el mundo! Yo había pensado caer por casa de su señoría la noche última, pero después de andar por un camino del parque oí sonar la medianoche, y me pareció un poco tarde para hacer una visita social.

—Qué lástima que no estuviera usted cerca de la Dower House, ¿no es cierto, Bleakley?; mi amigo y yo tenemos una apuesta... —Nigel explicó:—... todo consiste en saber si alguien estuvo en la cabaña del jardín antes de las doce y treinta o no. Ahora bien, si estuvo, y usted nos proporciona la prueba, no tendré más remedio que darle un porcentaje de mis ganancias.

Bleakley pegó un respingo ante esta flagrante manera de llevar a un testigo de la mano.

—Casualmente —dijo Blenkinsop—, yo creo que puedo serle útil sobre este punto. Me encontraba cerca de una especie de cabaña la noche pasada no mucho después de la medianoche. Estaba justamente comenzando a nevar, recuerdo, y yo pensé: «cualquier puerto sirve en una tormenta». Por desgracia ya había alguien dentro.

—¿De veras? —dijo Nigel con negligencia estudiada—. Me pregunto si será ése nuestro hombre.

—Un tipo de buen tamaño, delgaducho. Yo diría que es un militar, por el corte de su foque. Los ojos azules y la cara amarga y dura. Parecía estar buscando algo, como si anduviera a la caza del tesoro. Sí, eso debía ser. Porque pocos minutos más tarde se escurrió afuera, y justamente después entró otro hombre: un tipo pequeño de cara blanca y barba negra. Pensé que era el momento de largarme de allí. Mi presencia podía ser mal interpretada. Felizmente encontré un granero no lejos de las puertas del parque. Nosotros los caminantes veteranos estamos acostumbrados a la vida dura, pero yo tuve bastante experiencia en el círculo ártico para conocer los peligros de dormir en la nieve.

—Este individuo primero, ¿volvió a la casa?

—No podría decirlo. Yo miraba hacia adentro por una ventana de la parte de atrás de la cabaña. Él salió por la derecha y se lo tragó la obscuridad.

—Bien, gané mi apuesta, y aquí está su parte.

Nigel le entregó otro billete, y luego confió a Albert Blenkinsop a las manos menos tiernas de Bleakley, quien, durante ese tiempo, a juzgar por el color de su nuca, había llegado al punto de ebullición y estallaría sin remedio si no se le facilitaba una salida de escape.

Capítulo IX

UNA HISTORIA MUTILADA

NIGEL Strangeways se fue a la cama esa noche tan exhausto, que sentía vértigos. La tensión y la actividad del día culminaron en su viaje en coche, a través de la niebla, con el fantástico episodio de Albert Blenkinsop, y le habían producido ese estado de amortiguamiento de los sentidos en que parece que todas las cosas le suceden a uno a través de una especie de anestesia local. Como si fuera un santo al final de un largo ayuno, las gentes y las cosas se le aparecían infinitamente más remotas y menos importantes que en tiempos normales. La luz eléctrica, que resplandecía en el *hall* cuando entraron, le produjo la sensación de que la tuviera dentro de su cabeza. Vio a Georgia y a Lucille, a Philip Starling, Cavendish y Knott-Sloman como a través del espeso vidrio de un acuario, moviéndose con la lentitud poco natural de los peces. La única ventaja de esto —reflexionaba al tumbarse pesadamente en la cama— es que lo deshumaniza a uno. Si yo no hubiera tenido que hacer toda esta cantidad de trabajo, andaría deambulando abatido, recordando qué gran tipo era O'Brien y atormentándome por la forma abyecta en que le fallé. Como la pobre Georgia. ¡Cuánto debe haber sufrido! Sin embargo es dura para el dolor. Es de aquéllas a quienes les cicatrizan con limpieza las heridas. ¿O estoy en un error? ¿No es la gente superficial, como Lucille Thrane, la que se recobra por completo y con mayor rapidez, simplemente porque no pueden recibir más que heridas superficiales? El asesino también debe sentirse bastante abatido con la certeza de haber preparado un simulacro de suicidio verdaderamente impermeable, se dará cuenta de que hace agua por todas las juntas antes de haber transcurrido algunas horas. Se ha visto arrastrado ya al expediente desesperado de intentar un segundo asesinato para cubrir el primero. Sí; debía sentirse mal. Y quizá haya aquí algún otro que está corriendo un peligro tan grande como el de Bellamy. Es posible que ahora esté sentado en la cama, barajando en su cabeza una docena de proyectos, planeando daños, al saber que otro debe morir para que él viva.

Este pensamiento obligó a Nigel a sentarse en la cama y encender un cigarrillo. Sentía ahora la cabeza extraordinariamente clara y ligera. El sueño podía esperar un poco: aún había trabajo que hacer antes de merecerlo. El asesino. Bleakley y el hombre de Scotland Yard atenderán a los hechos materiales con mucha mayor

eficiencia de lo que puedo hacerla yo, pensó. Mi ángulo debe ser el personal. Muy bien, salgamos por completo de la ortodoxia y comencemos ya con la pregunta: ¿Cuál de las personas que están aquí es más capaz de un asesinato de esta clase? Las pruebas van a demostrar que hubo lucha. Se sigue que este asesinato fue impremeditado; a nadie que planeara matar a O'Brien le hubiera dejado él llegar bastante cerca del arma para arrebatársela. De cualquier modo que fuera, el arma era la suya. Esto nos hace pensar que x entró con algún otro propósito que el asesinato, que O'Brien lo paró con un revólver o porque x estaba haciendo algo que no debería hacer, o porque O'Brien sospechaba que fuera él el autor de las cartas amenazadoras, y luego fue dominado por x en la lucha. La primera de estas versiones conviene a Knott-Sloman; implicaría que no encontró lo que, según el vagabundo, entró a buscar, y se había vuelto, creyendo que O'Brien estaba dormido. Hay la alternativa de que Knott-Sloman tal vez intentó algún chantaje con O'Brien. Maldita locura la de escoger a un hombre como O'Brien para semejante cosa. Ninguna de las alternativas me parece más atrayente. ¿Lucille? Pudo haber ido para intentar por última vez que O'Brien no la despachara: sus nervios no pudieron soportar más; ve todo rojo; recoge su arma o se la saca del bolsillo, etc, etc. Esto está de acuerdo con la nota que le escribió. Es una teoría mucho más atractiva. Solamente tropieza con un obstáculo insospechado: ¿tendría ella la fuerza suficiente para vencer a O'Brien en una lucha y hacerle esos rasguños? Y ¿qué pensar de Cavendish? Él pudo ir a la cabaña (a) para aclarar con O'Brien el asunto de Lucille, o (b) para pedirle dinero con que mantenerse a flote en la crisis. Una hora muy rara la escogida para semejante discusión. Por otra parte, si O'Brien se negó a traspasarle a Lucille algunos fondos, Cavendish pudo, con el espolazo del momento, dejarse arrebatar hasta hacer algo desesperado. La segunda idea serían los fondos, porque las pruebas van a demostrar que O'Brien quería librarse de Lucille. Una teoría sana, completamente sana, respaldada por el estado nervioso de Cavendish.

¿Qué otros? Philip y Georgia. Philip está exento porque no hubo posibilidad de que realizara el ataque a Bellamy. Y Georgia no tenía un motivo concebible. Ella amaba a O'Brien. Pero..., un minuto. También quería a su hermano desesperadamente. ¿Hay alguna otra posibilidad? Sí, si sabía que Edward o ella heredarían por medio del testamento, era posible que pudiera matar a O'Brien para salvar a su hermano de la ruina. Parece demasiado melodramático. Seguramente O'Brien le hubiera dado el dinero, si se lo hubiera pedido. De cualquier manera esto sugiere asesinato premeditado, y es evidente que éste no lo fue. El gemelo pudo saltar cuando O'Brien cayó; y también se concibe que lo hubiese roto en alguna forma que nada tenga que ver con el caso. ¿Los rasguños? De seguro que esto es insuperable. Ese día O'Brien no luchó antes de esa hora. ¡Oh Señor! Sin embargo, después de la comida se hicieron diversas locuras y chanzas pesadas. Él y Knott-Sloman intentaron aquella demostración de fuerza con un cuchillo. Sloman entonces le agarró la muñeca durante un momento. Debía estar atolondrado al no recordarlo antes. Pero todavía no

podemos zafarnos del arma. Nadie que planeara matarlo pudo calcular hacerla con su propia arma. Apostaría cualquier cosa. ¡Pero alto! Si X proyectaba el asesinato, es de presumir que planeara también el simulacro de suicidio, ergo, debe de haber arreglado algo para apoderarse del arma de O'Brien. ¿Cómo pudo conseguirlo estando O'Brien en guardia? Únicamente tratándose de una persona en quien O'Brien creyera sin reservas, y que se mantuviera por encima de toda sospecha. En otras palabras...

Nigel retrocedió asustado ante el resultado de esta acusación. x Georgia Cavendish. Él no quería de ninguna manera que fuese Georgia. Sin embargo, había aquellas cartas anónimas. Con seguridad es demasiada coincidencia que x amenazara matar a O'Brien en la fiesta de San Esteban, y que luego resultara muerto al parecer por accidente en el mismo día por un hipotético Y. Podía haber sucedido. Podía haber hecho x el trabajo para él. Pero eso es muy difícil de tragar. Supongamos, entonces, que el asesinato fue premeditado y cometido por el autor de las cartas amenazadoras. ¿Cuál de mi galería de sospechosos encaja mejor en el marco? Cavendish tiene cerebro para planearlo, pero es seguro que carece del temple para llevarlo a cabo. Además hay cierta indiferencia al peligro y algo extravagante en torno a esas cartas que no encuadran en la personalidad del tipo grave —aunque de hecho algo discutible— del hombre de la *city*. Knott-Sloman tiene coraje para haberlo ejecutado —es bastante—, pero, por otra parte, es dudoso que posea inteligencia suficiente para planearlo, y el horrendo humorismo de las cartas es de una clase muy diferente al de sus chistes. No veo ninguna razón para que deseara ver a O'Brien muerto; sobre todo si esperaba hacerle un chantaje. El toque melodramático de las cartas le iría a Lucille admirablemente bien; ella es capaz del crimen *passionel*, pero seguramente no tiene el coraje ni el cerebro para una cosa premeditada. ¿Georgia? Ella tiene el valor y tiene la inteligencia; y lo que es más, es capaz de la extravagancia y sangre fría humorística de las cartas. El crimen coincide con ella en todos los puntos. Excepto el motivo. Un escalofrío espantoso serpeó por Nigel. Supongamos que ella realmente odiara a O'Brien; supongamos que, como Clitemnestra, se hubiera acercado a él sólo para hacerle abandonar la guardia. Melodramático; pero O'Brien había vivido en un mundo de melodrama. Nigel no tuvo más remedio que reconocer que aquí se destacaba Georgia otra vez como la sospechosa más adecuada.

En todo caso él había abierto un sendero en la selva. Como una bestia que diera vueltas una y otra vez entre las altas hierbas para hacer su cubil, así su cerebro se enroscó y cayó dormido en el pequeño claro que había hecho. Cuando despertó estaba muy avanzado el día, a juzgar por la luz, y su reloj marcaba las once y media. Bajó las escaleras con la bata puesta y comió algunos embutidos fríos. *Lady Marlinworth* había enviado a una de sus sirvientas para reemplazar a Arthur Bellamy, de manera que la casa marchaba otra vez como sobre ruedas.

Cuando estaba comiendo, Bleakley asomó de repente la cabeza para decirle que Arthur todavía estaba sin conocimiento, pero que aunque su vida pendía de un hilo,

parecía volver a ella, y que Albert Blenkinsop había jurado que Knott-Sloman era el primero de los dos hombres que había visto entrar en la cabaña. Bleakley le propuso no tomar ninguna medida hasta la llegada del detective inspector Blount de la Scotland Yard, a quien se esperaba al mediodía. Nigel subió otra vez las escaleras y trasladó al papel los argumentos que había elaborado la noche anterior antes de dormirse. Todavía parecían condenadamente convincentes. Se sintió intranquilo. Georgia, su apostura galana y su diabólica sonrisa de mono; su cacatúa y su sabueso; las excentricidades que llevaba con tanta naturalidad como el hombre de negocios suburbano lleva su sombrero hongo, el paraguas y el diario bajo el brazo. ¿Cómo había descrito Philip su expresión? El espíritu del mono de un organillero. Seguramente una asesina no podría simular esa expresión de extremo desamparo, de abandono, de soledad y de pena. No podría tener ese aspecto si hubiera odiado a O'Brien. —¡Ah, sí! —Murmuró la voz implacable—, pero suponiendo que ella lo amara realmente: suponiendo que tuviera que escoger entre su vida —la vida de un hombre moribundo— y la ruina de su hermano, ¿no podría haberlo hecho en ese caso? Y semejante acontecimiento ¿no le daría esa apariencia de muerta en vida? ¿La apariencia de quien no puede cruzar la Estigia extendiendo los brazos hacia la orilla opuesta?

Nigel se sacudió con impaciencia. Estaba volviéndose morbosos. Lo que necesitaba era un poco de compañía. Encontró a los otros huéspedes de mal humor, sentados en el vestíbulo. En cuanto entró, todos los ojos se volvieron hacia él con la expresión de los que esperan contra toda esperanza. Podían ser los sobrevivientes de un naufragio, encallados en una isla apartada de las rutas del tránsito, y él, el único que bajara del observatorio situado en la colina.

Hubo un momento de silencio forzado y luego dijo Edward Cavendish:

—¿Tiene algunas noticias?

Nigel negó con la cabeza. Verdaderamente Cavendish parecía estar mal, tenía profundas ojeras, y su expresión de agonizante desvarío parecía haberse agudizado desde la víspera. Se asemejaba extraordinariamente a un escolar que hubiera perdido los libros y, sin tener preparados sus deberes, esperase una cita penosa con el director antes del almuerzo.

—Tenemos que saber las noticias por los diarios —gruñó Knott-Sloman, que, sentado cerca del fuego, partía nueces con los dientes—. La policía no sabe más que usted o yo del asunto.

—Realmente es una molestia infernal —continuó Cavendish con tono fastidiado y petulante—. Yo debía regresar a la ciudad mañana, pero se nos ha dicho que tenemos que permanecer aquí para la investigación, y Dios sabe cuánto tiempo nos harán quedar todavía.

—No te preocupes, Edward. Días más o menos significan poca diferencia en un sentido u otro. —La voz de Georgia era tierna, maternal, y sin embargo segura y dueña de la situación.

—Es escandaloso —exclamó Knott-Sloman—. Nadie respetaba y admiraba a O'Brien más que yo, y al mismo tiempo...

—Usted quiere volver a su *Bullicio y Alegría* —dijo Philip con aspereza y sin levantar la vista del *Times*, que lo aislaba del mirar airado de Sloman. Lucille, tendida en el sofá en actitud de odalisca, comentó arrastrando las palabras:

—No cabe duda de que todo este asunto es un fracaso fastidioso. Pero la policía es tan estúpida que no encontrará al criminal hasta que todos aparezcamos asesinados en nuestras camas. A eso llaman ellos el proceso de eliminación.

—Todos excepto *uno*, Lucy —dijo Starling cortésmente.

—Me parece una observación innecesaria y una condenada falta de tacto —dijo Knott-Sloman—. Es como acusar a uno de nosotros de ser el asesino. No dudo de que usted se siente completamente seguro después del éxito que ha tenido por adular a la policía, aunque yo podría decirles una o dos cosas que quizá alterasen su actitud hacia usted. —Philip Starling dejó su *Times* con negligencia y, fijando en Knott-Sloman su mirada llena de irritación dijo:

—Eso es precisamente lo malo que tienen ustedes los militares retirados. No contentos con habernos hecho perder, prácticamente, nuestro imperio con su consumada incapacidad, se juntan en Cheltenham o en cualquier bajo club nocturno, y pasan el resto de sus vidas en chismorreos maledicientes como un coro de viejas. ¡Puf!

Knott-Sloman se levantó lleno de furia.

—¡Dios, maldita sanguijuela! ¿Qué diablos quiere decir usted con eso? Es un insulto al ejército. Usted, usted... —se recogió para lanzar una expresión que coronara la invectiva— es un sinvergüenza infame.

—Sí, sí. Precisamente es lo que yo pensaba. Un cobarde moral —dijo Starling vigorosamente, acercándose a Knott-Sloman—. Menguado tipo. No se atreve a atacarme si no es en público. Muy típico. —De repente se abalanzó, agarró con rapidez la corbata de Knott-Sloman, se la sacó fuera del chaleco y salió cojeando de la habitación antes de que su atónito adversario pudiera recobrar la respiración. De repente Lucille prorrumpió en una risotada.

—¡Oh querido! —exclamó—. ¡Ah, qué asombroso! ¡Qué alborotador! ¡Pobre Cyril! Te pudieron, ¿no es cierto? Ahora ponte la corbata en su sitio, deja esa apariencia de asesinado segundo. —Knott-Sloman salió recogiendo la corbata, pero todavía tenía toda la traza del asesinado segundo. Nigel se dio cuenta de que Lucille abandonaba su aire de viuda distinguida, quizá por razones prácticas, y reasumía los modales de muchacha descarriada.

Permaneció algunos minutos hablando con Georgia Cavendish. Lucille parecía sentir un gran deseo de consolarse con Edward. Entonces le llegó el mensaje de que Bleakley quería verlo en la sala pequeña. El superintendente, con toda la apariencia de un gallo de corral, lo presentó al detective inspector Blount. Blount era un hombre de estatura media y rostro dulce y juvenil, aunque casi enteramente calvo. Tenía unas

maneras secas y precisas, que no excluían la cortesía; lentes de cerquillo de carey y ojos algo impersonales. Podría confundírsele en cualquier parte con un gerente de banco. Bleakley apenas pudo contenerse hasta que se terminaron las cortesías preliminares.

—El inspector trae algunas noticias buenas para nosotros, *Mr. Strangeways*:

—Me alegro. Las necesitamos.

Blount le dio un sobre a Nigel.

—Ésos son los datos que usted le pidió al ayudante del comisario; todos los que pudimos conseguir en tan poco tiempo. ¿Le digo las otras cosas, señor? —le preguntó a Bleakley.

—No corra tanto.

—Primero examinaremos el paquete dirigido a Cyril Knott-Sloman al club *Bullicio y Alegría*.

Contenía unas cartas escritas por Edward Cavendish a *miss Thrale*; cartas de carácter comprometedor. Blount miró a Nigel por encima del cerquillo de sus lentes para ver cómo lo tomaba, y añadió con una inflexión de seco humorismo:

—No hay planos ni fórmulas, lo siento, señor.

—Lamento que el superintendente le haya descubierto el proceso romántico de mi pensamiento.

—Sin embargo, el paquete contenía también una nota de Knott-Sloman para el difunto. Esta nota sugiere que si O'Brien fuera un caballero, otorgaría alguna recompensa a *miss Thrale* por haber jugado con sus afectos; y que si no lo hacía habría que tomar ciertas medidas.

—Así que es eso lo que él andaba buscando —murmuró Nigel—. Es raro que no lo destruyera en seguida.

—También hemos descubierto a los apoderados de O'Brien, y nos pusimos en contacto con ellos. No tienen conocimiento de que el finado haya hecho testamento alguno. Pero tienen en su poder un sobre sellado que les fue confiado en octubre último por O'Brien, con instrucciones estrictas de que no debería ser abierto hasta un año después de su fallecimiento. No es improbable que pueda contener un testamento.

—Esto es raro. Él me dijo que lo guardaba en la caja de caudales. Aun así, no podemos esperar que se resuelva todo de una vez. Usted nos ha dado todo cuanto podemos digerir por el momento —dijo Nigel.

El superintendente, que tenía cierta apariencia de sobrecargado cuerno de la abundancia reventando con tantas cosas buenas, no se pudo contener por más tiempo.

—Ah, señor Strangeways, pero esto no es todo. El inspector ha reservado el broche de oro, como era de esperar, para el final. —Rápidamente recogió el remanente de su dignidad oficial, se retorció el bigote y le hizo una grave inclinación a Blount.

—Por favor, continúe, inspector.

—Muy bien, señor —la boca de Blount se traicionaba por una ligerísima expresión divertida, aguda y picante. En seguida continuó en tono bien modulado, pero impersonal, propio de un presidente de junta leyendo el informe anual—. Después que descubrimos el contenido del paquete enviado por Knott-Sloman, el ayudante del comisario indicó que se debería hacer una investigación extraoficial en el club *Bullicio y Alegría*. Yo me llegué hasta allí la noche pasada. Trabajé en una forma que también me sugirió el ayudante del comisario, simulando un avanzado estado de embriaguez, y anduve deambulando por sus dependencias. En el curso de estas averiguaciones me encontré —los ojos de Blount parpadearon de un modo vago — en la oficina privada de Knott-Sloman. Allí descubrí una máquina de escribir, con la cual me las arreglé para escribir unas cuantas líneas antes de que me... echaran. Al regresar a la Yard le entregué este escrito a un experto, quien declaró que se hizo con la misma máquina en que fueron escritas las cartas amenazadoras enviadas a O'Brien.

—¡Oh, magnífico! —Dijo Nigel, despacio, con una cómica mezcla en su cara de sorpresa y alivio—; parece redondearse todo el asunto en forma decisiva —Blount lo contemplaba, los ojos agudizados de repente como si fueran de acero.

—¿No coincide con sus teorías, señor?

—¿No podríamos suprimir el «señor»? Me da la impresión de que soy un maestro de escuela. No, no coincide. Pero son mis teorías las que tienen que alterarse, precisamente para acomodarse a esto. —Quedó pensativo durante un minuto. Y luego dijo con voz algo forzada—: Vamos a ver. ¿Quiere usted leer esto? Son pensamientos oscuros nacidos en la más negra medianoche. Me gusta sacarlos de mi conciencia.

Le entregó a Blount las páginas sueltas en que había vertido sus razonamientos de la noche anterior. Mientras Blount y Bleakley juntaban sus cabezas sobre ellas, Nigel estudió los informes que había enviado su tío. Poco añadían a lo que el omnisapiente Philip Starling le había dicho ya. Eran la confirmación de que Edward Cavendish estaba metido en un callejón sin salida, pero esto ya lo había confesado él mismo. Knott-Sloman era evidente que tenía mala reputación, su club ya había estado bajo observación de la policía una o dos veces. Pero era bastante inteligente para evitar cualquier cargo serio. También habían recogido rumores de chantaje relacionados con él, pero, naturalmente, no eran más que rumores. No vio nada significativo que lo iluminara sobre Starling, Lucille o Georgia. Sir John Strangeways también había remitido una buena dosis acerca de O'Brien. Nigel se lanzó sobre esto. Lo más notable de todo era precisamente lo que no decían de él. Parecía como si O'Brien no hubiera vivido en absoluto hasta que se incorporó en Londres, en 1915, declarando 20 años de edad. Después que se volvió famoso, varios diarios le instaron a que diera su nombre a las historias de su vida escritas por ellos, pero nunca consiguieron trazarla retro trayéndola más allá de 1915. «Y lo que la prensa no pudo rastrear —reflexionó Nigel— debe estar oculto en la reina de todas las madrigueras». La Scotland Yard se había puesto en contacto con la rama especial de Dublín; pero ellos no sabían nada de los primeros años de O'Brien, y como el nombre bajo el que se había enganchado con

seguridad era supuesto, no parecía probable que tuvieran mucho éxito en su búsqueda.

—Bien, señor Strangeways —dijo Blount—, esto es muy interesante. No estoy seguro de que esto nos haga modificar nuestra actitud respecto a Knott-Sloman; después de todo, más que nada son teorías. —Insinuó un gesto delicado de disculpa—. Por lo que veo todos los hechos indican que Knott-Sloman es el asesino, probablemente en inteligencia con *miss Thrale*. Casi está probado que él escribió las cartas amenazadoras. Sabemos que anduvo vagando alrededor de la cabaña después de medianoche, cuando O'Brien salió de la casa. Ahora mi teoría es ésta: Sloman escribió las cartas amenazadoras...

—¿Por qué? —Interrumpió Nigel—; seguramente los que van a cometer un asesinato no advierten sus intenciones.

—Porque planeaba hacer pasar el asesinato por suicidio. Para hacerla tenía que usar el arma de O'Brien. O'Brien no llevaría su revólver a menos que estuviera en guardia contra alguna amenaza. Por este motivo tuvo que amenazar.

Bleakley, radiante de orgullo, pasaba la mirada de Blount a Nigel como si mostrara un niño prodigio.

—A nosotros no se nos ocurrió eso, señor Strangeways —dijo.

—Entonces Sloman consiguió que *miss Thrale* escribiera esa nota. Necesitaba llevar a O'Brien a la cabaña donde el asesinato y simulacro de suicidio se podían hacer sin interrupciones —continuó el inspector.

—¿Por qué, entonces, no destruyó la nota?

—Yo sugiero que O'Brien la plegó y la puso como cuña en la ventana distraídamente, o que Sloman la encontró en su cadáver y la guardó mientras se representaba el simulacro de suicidio y luego la colocó allí para cargar todas las sospechas sobre *miss Thrale*. Según lo que he oído de él, es muy capaz de jugar a dos cartas. Me imagino que debió estar hablando con O'Brien por lo menos durante un cuarto de hora, posiblemente maniobrando para colocarse cerca del revólver. Esto nos haría situar el asesinato alrededor de las doce y treinta. Simular el suicidio, cosa que hizo con bastante limpieza, pudo llevarle diez minutos largos. Luego miró hacia fuera y se encontró cogido en una trampa por la nieve que se espesaba sobre la tierra. No se atreve a salir, temiendo que la nevada parase antes de llenar sus huellas. Así que se sienta y lo piensa, y por fin le ilumina la idea de ponerse los zapatos de O'Brien y andar hacia atrás.

—¡Hum! —Dijo Nigel—. Le debió haber llevado mucho tiempo pensarlo. La nieve estaba cediendo a las dos menos cuarto, lo que indica que las huellas debieron hacerse más o menos alrededor de la una y treinta, de otra manera estarían mucho más borrosas. Pasó cerca de una hora antes de que la brillante idea se le ocurriese. Bien, siempre me pareció un ladrillo, a pesar de que estuvo en la plana mayor durante la guerra. Lo admirable es que haya podido pensar todo el resto de la caja de sorpresas.

—Tuvo que llevar los zapatos de vuelta a la cabaña —prosiguió el inspector—. Sin duda lo hizo cuando *Mr. Strangeways* dio allí su recepción a la mañana siguiente. —La voz de Blount era de lo más seca, pero la mirada extravagante de soslayo que echó a Nigel por encima de los lentes quitaba lo que de hiriente tenían sus palabras—. ¿Notó usted si Knott-Sloman llevaba un par de zapatos de más?

—Puedo afirmar en absoluto que no —replicó Nigel con igual serenidad—, pero llevaba un abrigo, y con facilidad podía tenerlos escondidos debajo.

—Bueno. Esto nos conduce al ataque de Bellamy. Estuve examinando el lugar donde se hizo, y creo que sería difícil para cualquier persona sincronizarlo con éxito. Tendremos que hacer algunos experimentos antes de pronunciarnos definitivamente sobre este punto. Pero el método más fácil, si puedo exponerlo así, sería que alguno estuviera espiando entre el pasillo y la escalera principal después que Bellamy salió del pasadizo de la cocina, mientras su cómplice entraba apresuradamente en ésta, tomaba el atizador y se ocultaba detrás de la mampara. Un buen lugar para quedarse espiando sería tras la puerta del vestíbulo. Knott-Sloman y *miss Thrale* estuvieron juntos durante cinco minutos, declaró Cavendish, en medio de la partida de billar. Éste sería un tiempo suficiente. Colijo que su principal objeción a semejante teoría, *Mr. Strangeways*, es la falta de motivo para el asesinato premeditado por parte de Knott-Sloman. Ahora bien, usted conoce las penas establecidas para el chantaje. Supóngase que O'Brien hubiera dicho a Sloman que pensaba denunciarlo como chantajista. ¿No sería suficiente *motivo* para que Sloman quisiera acabar con él? Antes preferiría correr el riesgo de que lo colgaran por un carnero, que la certeza de ir a la cárcel por una ovejita.

—Sí —dijo Nigel—, lo presenta de manera muy convincente. ¿De qué modo va a actuar usted?

—El superintendente está conforme en que debemos esperar a ver si podemos conseguir más pruebas. En cualquier caso se debe consultar primero al comisario jefe. Pero no puede perjudicar el interrogar a Sloman, y que nos explique algunos de los puntos en discusión de las pruebas. ¿No le parece, señor?

—Eso está muy bien —dijo Bleakley—, yo lo iré a buscar. —Knott-Sloman entró con las manos en los bolsillos y una mirada audaz en los ojos azul pálido. El inspector se presentó, y luego dijo:

—Hay ciertos puntos, señor, en los que sus pruebas están en contradicción con... otras pruebas que hemos recibido. Nos agradecería que usted pudiera ayudarnos. Al mismo tiempo debo decirle que no está usted obligado a responder a nuestras preguntas, y puede consultar primero a un abogado.

Knott-Sloman, que andaba dando vueltas agitado, se sentó de repente, y permaneció más quieto que una piedra. Fue como si alguien hubiera comenzado a disparar desde un tejado próximo.

—Bien, oigamos primero sus preguntas —dijo.

—¿Usted probó, según creo, que poco después de medianoche, la noche del

crimen, dejó de jugar al billar y se fue directamente a la cama? —dijo la palabra «directamente» con cierta reticencia.

—Sí, desde luego. —Knott-Sloman miraba a Blount con cautela—. No, ¡soy un condenado estúpido! Lo olvidaba completamente. Salí primero a respirar un poco de aire.

—¿Por la nieve, señor? No creo que estuviera fuera mucho tiempo.

—No, sólo eché una mirada desde la puerta y entré otra vez.

La voz del inspector se volvió suave, paternal, pero con un dejo de censura en ella como la de un gerente bancario hablando a un cliente de un descubierto de poca monta.

—Se lo estoy preguntando porque precisamente tenemos la prueba de que estuvo usted en la barraca alrededor de las doce y cincuenta.

Knott-Sloman saltó de la silla y golpeó la mesa con el puño.

—¡Esto es una maldita impostura! —gritó—. No soportaré ni una palabra más de semejante insinuación.

—Como usted quiera, señor —dijo Blount suavemente. Luego su voz se volvió dura como el granito—. Pero no se trata de ninguna insinuación. Tenemos un testigo digno de crédito —Nigel parpadeó ante la frase—, que testifica haber visto a un hombre en la cabaña a esa hora, y lo ha identificado a usted como ese hombre.

La mirada audaz de Knott-Sloman desafió al inspector por unos cuantos segundos. Después, amilanado, hizo un débil intento de sonreír en forma conciliatoria.

—¡Oh!, entonces no hay nada que hacer. Parece, camaradas, que ustedes lo saben todo. Sí, precisamente, eché una mirada dentro de la barraca.

—¿Puedo preguntarle con qué propósito, señor?

—No, no puede de ningún modo —exclamó Knott-Sloman con un breve retorno a la agresividad. Blount inesperadamente cambió de terreno con habilidad.

—Un paquete, dirigido por usted a sí mismo al club *Bullicio y Alegría*, ha caído en nuestro poder —dijo— casualmente contenía ciertas cartas escritas a *miss Thrale* por Edward Cavendish. En vista de los cargos de chantaje hechos por Cavendish contra *miss Thrale* y contra usted, quizá considere conveniente dar algunas explicaciones de cómo esas cartas llegaron a sus manos.

Los ojos de Knott-Sloman iban de Blount al superintendente.

—Bueno, hay que ser un poco cínico —dijo con una sonrisa de disculpa—. No me gusta dejar mal a una mujer, pero... es algo así: Lucille, *miss Thrale*, me dio un paquete. Me dijo que quería que lo pusiera en algún lugar seguro. Entonces me pareció algo inquieta, pero desde luego yo no sabía lo que había en él. Ahora me doy cuenta de que ella no quería esas cartas aquí cuando iba a haber un registro. Pero es ridículo hablar de chantaje. Temo que las contrariedades financieras del pobre Cavendish lo hayan desequilibrado un poco. No hay nada criminal en que una mujer guarde sus antiguas cartas de amor, ¿o lo hay? Quizá la policía no va a permitir hoy

en día hacer eso siquiera.

—Ya veo —replicó el inspector en tono cortés, pero de una incredulidad devastadora.

—Sin duda entonces, podrá usted darnos una explicación... tan satisfactoria de por qué en una de esas cartas había también una nota escrita por usted a O'Brien sugiriéndole que debería dar alguna reparación pecuniaria a *miss* Thrale.

—¿Cómo diablos? Pero yo no pude encontrarla...

—Así que es eso lo que andaba usted buscando en la cabaña.

La resistencia de Knott-Sloman se desmoronó como una casa que se desploma. Su expresión era una vergonzosa mezcla de pánico y de ira contenida.

—¡Así que la perrita me jugó sucio! Ella debía tener la nota y la puso entre las cartas. Supongo que les dijo a ustedes también que las examinaran. ¡Dios mío, y después de que la escribí en beneficio suyo!

—¿Admite, entonces, que la escribió?

—Claro que sí, pero si hubiera sabido que Lucille iba a hacerme semejante porquería, me hubiera cortado la mano derecha antes... Será mejor que lo explique. Yo lo sentía por ella. O'Brien la había tratado de mala manera, y, francamente, creí que debía pagarlo. Quizá el método fue poco adecuado, pero no quise verlo arrastrado a un proceso por ruptura de compromiso.

—Su motivo parece de lo más laudable, señor, pero yo creo que la ley puede usar una palabra más dura que poco adecuados para sus procedimientos.

—Sólo un minuto —interrumpió Nigel—. ¿*Miss* Thrale le pidió que mostrara usted esa carta a O'Brien? ¿Cuándo le dio usted la nota a él?

—Sí, me lo pidió. Yo se la di a él después del té, el día de Nochebuena —dijo Knott-Sloman atontado.

—¿Por qué lo hizo por escrito? ¿Por qué no le habló del asunto?

Knott-Sloman se revolvió en la silla.

—Bueno, vea, desde luego, yo pensaba hablarle más tarde. Pero él tenía un temperamento un poco arrebatado como ustedes saben, y yo pensé..., bueno..., que la nota le daría tiempo para pensar las cosas y enfriarse.

—¿Iba usted a hablar con él en la barraca esa noche? ¿O iba a ir *miss* Thrale? ¿Fue para eso por lo que ella le escribió una nota dándole una cita allí?

—¡No, maldita sea, yo no fui! —Gritó Knott-Sloman espoleado más allá de los límites de la paciencia—, y ni sé ni me importa lo que iba a hacer Lucille.

—Si usted no iba a la cabaña para hablar con O'Brien, ¿con qué propósito iba? —prosiguió Blount.

—Bien, ya que tiene usted que saberlo: yo quería recuperar esa nota mía, caso de que él no la hubiera destruido. Luego se me ocurrió, pensándolo mejor, que la nota podría ser mal interpretada si la encontraba cualquier otro.

—Precisamente. Entiendo yo entonces que usted fue a la cabaña, pero no consiguió encontrar la nota. ¿Cómo se explica usted que estuviera entre las cartas que

remitió al día siguiente?

—¡Sólo Dios lo sabe! Es de suponer que Lucille la obtuvo de algún modo.

—Lo que indica que ella también fue a la cabaña, antes o después que usted... ¿Sabía usted que ella había concertado una entrevista allí con O'Brien, por escrito?

—No.

—Cuando usted fracasó en su intento de encontrar la nota en la cabaña, ¿volvió directamente a la casa, o esperó hasta la salida de O'Brien?

—Yo, no. ¿Intenta usted cargarme este asesinato? —La voz de Knott-Sloman se elevó quebrándose luego. Casi gimoteaba. Luego, con gran esfuerzo logró dominarse y dijo—: Cuando yo estaba en la cabaña creí sentir un ruido cerca de la casa. Salí rápidamente y me oculté entre unos arbustos que hay a la derecha de la misma, y vi a O'Brien cruzar el césped y entrar en ella. Eso es todo lo que vi. Después volví directamente a la casa y me fui a la cama. Tómelo o déjelo. Es la verdad. No sacaré usted nada más de mí.

Con sorpresa de todos, Blount le tomó la palabra y le dijo que podía irse. El objeto de esta maniobra se hizo patente en seguida porque Blount pidió al superintendente que buscara a Lucille Thrale antes de que pudiera tener alguna conversación con el último testigo.

—Ahora, *miss* Thrale —comenzó el inspector sin preámbulos—, ¿dice usted que no fue a la cabaña en la noche del crimen?

—Claro que no. Yo estaba en la cama.

—¿A pesar de haber concertado una cita allí con O'Brien?

—¿Cuántas veces más tengo que repetirlo? Yo no sé por qué Fergus me dijo que no me quería ver allí.

—Exactamente. Usted le dio un paquete con sus cartas ayer al señor Knott-Sloman, pidiéndole que las pusiera en un lugar seguro. ¿Fue sugerencia suya que él las dirigiera a su club? —El brusco cambio de dirección de Blount desequilibró a Lucille.

—No, no, yo... no sabía lo que él iba a hacer con ellas. ¡Oh Dios! ¿Las ha leído usted? —dijo con voz entrecortada al abrumarla la comprobación. El resto fue como una seda. Lucille, estruendosamente, pero de un modo no muy convincente, negó haber guardado las cartas con propósitos de chantaje, y dijo que las mandó fuera porque se temía un registro general. Se las había entregado a Knott-Sloman después del almuerzo. Al mostrarle la nota que Knott-Sloman escribiera a O'Brien, negó furiosamente que lo hubiera hecho por sugestión suya, le llamó mal caballero y bastantes cosas peores por haberlo hecho, y negó en absoluto saber cómo había llegado a estar entre las cartas de Edward Cavendish. El inspector le dijo que Knott-Sloman la acusaba de haberla puesto allí, y por lo tanto era de suponer que la había obtenido de O'Brien de algún modo. Al llegar aquí su indignación subió a un grado febril, y Blount creyó conveniente dejarla marchar.

—Ella no dirá más que un montón de embustes para vengarse de Knott-Sloman: y

ya hemos oído suficientes mentiras en este caso para volvernos locos —explicó Blount.

—Por cierto que usted introdujo una cuña de buen tamaño entre esta pareja —dijo Nigel.

—Sí. Pronto obtendremos algo de ellos. Ambos están completamente aturdidos; así es como el criminal se siente empujado a realizar alguna acción. Y es cuando comienza a cometer equivocaciones.

La acción que siguió fue, indudablemente, bastante rápida, aunque no se trataba de la que el inspector había concertado. Alrededor de las seis y treinta, la doncella, Lily Watkins, a quien *lady* Marlinworth enviara para reemplazar a Bellamy, entró en la habitación de Knott-Sloman con una vasija de agua caliente. Iba pensando en su novio y canturreaba entre dientes. Pero cuando vio lo que había tirado en el suelo detrás de la cama, su canturía cesó bruscamente. Soltó la vasija de agua, dio un chillido y salió precipitadamente por la puerta gritando.

Capítulo X

DICHO EN UN...

NIGEL Y el inspector Blount se hallaban sentados en el estudio. Estuvieron reconsiderando algunos puntos salientes del caso, pero la conversación de una manera o de otra recayó en el *cricket* y ahora discutían una regla nueva de ese juego. En esa disputa académica los gritos provenientes del piso superior cayeron como una bomba.

De un salto se pusieron de pie y se precipitaron escaleras arriba; Bolter, que estaba de guardia en la puerta del frente, subió pisándoles los talones. En el piso encontraron a Lily Watkins. Sollozaba convulsivamente, y apenas pudo apuntar a la puerta del dormitorio de Knott-Sloman. Blount ordenó de prisa a Bolter que contuviera a todos abajo, y corrió dentro de la habitación. Lo primero que percibieron fue un olor a almendras amargas en el aire: lo siguiente fue el desarreglo de la cama; el edredón y la manta de encima parecían haber sido arrastrados hacia un lado. Luego vieron el cuerpo. Estaba echado sobre la espalda, agarrando convulsivamente con una mano las ropas de la cama. Tenía las mandíbulas apretadas con fuerza, y había espuma en las comisuras de la boca. Pero fue sobre todo la mirada atroz, fija, de aquellos ojos azul pálido enteramente abiertos, la causa de la precipitada salida de Lily de la habitación, dando gritos. Cyril Knott-Sloman estaba muerto, sin ningún género de duda ni posibilidad de remediarlo.

Blount le dirigió una mirada ligera, se arrodilló para escuchar el corazón, y le dijo a Nigel bruscamente:

—Envenenamiento con cianuro. Llegamos demasiado tarde. Telefonee al doctor.

El de la localidad, como suele suceder, estaba afuera atendiendo a un cliente, de manera que Nigel se puso en contacto con el doctor de la policía de Taviston, el que prometió ir en seguida; al mismo tiempo cambió unas palabras con Bleakley, que había vuelto a Taviston aquella tarde para poner al día algún trabajo rutinario atrasado.

—Así que se largó por su propia voluntad (llegaba la voz de Bleakley por el teléfono). Bien, esto parece ser el final de este caso, señor. Es una lástima que le hayamos dejado escurrirse así de entre nuestros dedos. Si pronto hizo el daño, más pronto lo remedió. Iré con el doctor Wills y llevaré al fotógrafo.

Cuando Nigel volvió a la habitación de Knott-Sloman, encontró a Blount mirando de un lado a otro de una manera enigmática.

—¿Algo anda mal?

—Estoy buscando alguna cosa en la que haya podido beber la droga.

Había abundancia de señales de comida en la habitación. Era evidente que el vicio de Knott-Sloman de comer nueces no se limitaba a hacerla en público. Había un plato de ellas colocado en la mesilla de noche, y otro plato en el tocador que contenía cáscaras rotas. Además algunos pedazos por el suelo. Pero excepto el vaso sobre la garrafa parecía no haber receptáculo posible para el veneno. Blount ya había sacado este vaso, usando su pañuelo para asirlo, pero no tenía olor ni marcas visibles de haber sido usado recientemente.

—Este tipo de veneno generalmente se toma en solución. Sería natural encontrar un frasquito, aunque fuera en pedazos —dijo, y empezó por segunda vez a recorrer toda la habitación. No había rastro de lo que él buscaba. Nigel, que no trataba de dominar su propensión a meter la nariz en todo, introdujo la cabeza con ímpetu y a la ventura dentro del guardarropa, y comenzó a rebuscar por los bolsillos de las ropas de Knott-Sloman. Sacó un frasco de uno. Estaba casi lleno de aguardiente.

—¿Pudo poner el veneno en éste? —preguntó.

—Pudo —replicó Blount secamente—, pero dudo que pudiera volver a ponerlo en el bolsillo. Los venenos de cianuro, cuando se ha tomado una dosis letal, por regla general actúan como el rayo. Producen la pérdida casi inmediata del poder muscular.

—¿Entonces no podría haber tragado algo?

—Yo creo que hubo casos de personas que tragaron cianuro potásico. Pero no lo llevaría suelto en el bolsillo, y yo no puedo encontrar nada aquí en donde pueda haberlo guardado. El olor lo traicionaría, si hubiera tal receptáculo.

—Bien, tomó la droga y lo tiró todo. Debe haber pruebas en alguna parte. Los suicidas no entierran los frasquitos cuidadosamente en el fondo del jardín, para evitar que se haga la luz.

Los ojos del inspector resplandecieron.

—Exactamente, *Mr. Strangeways*. Y por esto es por lo que ahora voy a cerrar con llave esta puerta y examinar las otras habitaciones. Por regla general no estoy en favor de los asesinos —añadió misteriosamente—, pero su tío me daría una buena si se prueba que he dejado que se me escurriera de entre las manos un sospechoso de asesinato. Ahora necesito que vaya usted abajo y acorrale a esa gente en alguna parte. Dígale a Bolter que me envíe al sargento; él anda por ahí; y luego llame a una matrona de la policía. Tenemos que registrar a esas mujeres. El sargento puede hacerla con los hombres. Hasta entonces a ver si consigue usted tenerlos entretenidos. Entérese de cuándo vieron a Knott-Sloman por última vez, y todas esas cosas. Pero no exteriorice la menor duda acerca de que es suicidio. Si puede usted averiguar con tacto dónde estuvieron los habitantes de esta casa desde la hora del té en adelante, sería lo mejor. Pero para esto habrá más tarde tiempo de sobra.

La serena autoridad del inspector fue un sedante para Nigel. Sentía su cerebro atrofiado y sin iniciativa. Habían sucedido demasiadas cosas y con excesiva rapidez en los dos últimos días. Bajó las escaleras y despachó a Bolter con sus mensajes. Los invitados estaban reunidos en el salón: Lucille, Georgia, Edward Cavendish y Philip. Involuntariamente Nigel los contó con los dedos. Cuatro niños negritos. Lily Watkins, la muchacha de la cocina, Nell y la señora de Grant también estaban allí sentadas aparte, y tiasas como husos, en unas sillas duras. El cuadro en conjunto tenía una curiosa semejanza con el de una familia victoriana reunida para la oración matinal. *Mrs. Grant*, al menos, tenía la expresión precisa; las manos y los labios plegados con rigidez. Contemplaba con severidad la lejanía manifiestamente dissociada de los representantes de la moderna Babilonia que tenía a su mano derecha y los domésticos de más baja categoría de su izquierda. Nigel refrenó un impulso de decirles que se arrodillaran; aunque si las sospechas del inspector resultaban justificadas, debía estar en la habitación una persona que necesitaría de todas sus oraciones.

—Supongo que Lily les ha contado a ustedes lo de Knott-Sloman —dijo. Seis cabezas asintieron—. Temo que esté muerto. Tomó veneno.

Todos se agitaron. Nigel, los nervios tensos hasta la más extrema sensibilidad, pudo sentir deslizarse una ola de alivio por la sala, la sintió casi físicamente como la lluvia fresca después de un día abrasador de verano. ¿Era precisamente el alivio de la incertidumbre en que vivían todos, la comprobación de que Knott-Sloman había hecho una confesión tácita de su culpabilidad? ¿O había mezclado con esto el alivio más apasionado de alguien, porque esta vez, al menos, no había dudas respecto al suicidio? Sólo Georgia Cavendish parecía insensible a la emoción general. Sentada al lado de su hermano, su boca burlona se arrugaba con algún presentimiento y perplejidad impenetrables, en sus ojos todavía había reservas cuando todos los demás mostraban alivio.

—El inspector me ha pedido que averigüe cuándo fue visto por última vez Knott-Sloman —dijo Nigel. Eso no duró mucho. Había tomado el té con los demás en el salón. Entonces les pareció silencioso y preocupado de un modo poco usual. Cuando se terminó el té le pidió a Lucille que saliera a dar un corto paseo. Ella ni siquiera se había dignado responderle. Era evidente que la cuña del inspector todavía estaba firme en su sitio. Luego él salió. Eso fue a las cinco menos cinco. Alrededor de diez minutos más tarde Lily Watkins lo vio abrir la puerta de atrás tranquilamente, y salir. Estaba oscuro ya, pero no tanto como para que la figura del agente, situado en el patio, no fuera visible. Knott-Sloman murmuró algo para sí mismo y se dio vuelta. No se le vio más. Contestaron a las preguntas de Nigel sin ninguna apariencia de duda o emoción. Cyril Knott-Sloman había amenazado por lo menos a uno de la partida y causado molestias al resto; y el oropel estúpido, el falso brillo y la excitación eternamente muerta del club *Bullicio y Alegría* tendrían que servir como entretenimientos de su velatorio.

—¿Nadie oyó ruido alguno en su habitación? —Preguntó Nigel—. Debió haber caído al suelo de golpe...

—Yo, no, por cierto —dijo Cavendish—, ya que estuve en la sala pequeña después del té, y ésta no queda debajo de su habitación.

Hubo una pausa corta. Luego Georgia pareció recordar algo.

—Ah, sí, oímos un golpe precisamente encima de nuestras cabezas, alrededor de las cinco y media; ¿no fue así, Lucille?

—No lo recuerdo —dijo Lucille con indiferencia.

—Estuve trabajando en mi cuarto después del té durante una hora —dijo Starling—. Está contiguo al suyo. Le oí entrar, supongo que debió haber sido alrededor de las cinco y diez, pero después de esto nada. Sin embargo, como yo estaba luchando con un condenado artículo de Watson sobre el imperativo aoristo, de la *Clásica* de este mes, no estaba en condiciones de oír nada.

—El aoristo en un cuarto y la muerte en otro —dijo Georgia, y Mrs. Grant interrumpió con dureza—: «La recompensa del pecado es la muerte».

Nell dejó escapar una risa convulsiva irreprimible, y se tapó la boca con la mano. Claro que era imposible continuar ningún interrogatorio, ni siquiera con tacto, después de esto. Poco más tarde vio Nigel al automóvil de la policía que subía por el camino. Se oyeron movimientos en la habitación de arriba. Sabiendo lo que sucedía, se alegró de no estar allí. Pasaron algunos minutos más. Entonces apareció Bolter haciéndole señas con la cabeza para que saliera. El inspector quería verlo. Al subir encontró al sargento en las escaleras.

—Ahora no los entretendremos mucho más. Sólo esperamos a la matrona de la policía.

El doctor Wills estaba de pie junto al lavabo, con su aire poco sociable de costumbre, secándose las manos con una toalla. El inspector parecía todo lo excitado que podría llegar a estar un director de banco. La expresión de Knott-Sloman, afortunadamente, no se podía ver, porque ahora estaba cubierto con una sábana.

—Ácido cianhídrico —dijo el inspector a Nigel—. Es el veneno de acción más rápida. El doctor Wills dice que no pudo haber tomado toda la dosis que intentaba —había algunas gotas derramadas en sus ropas—; también la espumilla de la boca indica claramente que la muerte no fue instantánea.

—Yo no puedo decirles mucho más —dijo el doctor Wills— mientras no sepamos la cantidad y en qué forma la tomó. Supongo que Bleakley verá al *coroner* para tratar de la autopsia.

Cuando se fue el doctor, Nigel pasó a Blount la escasa información que había recogido abajo. Blount había registrado tres de las habitaciones de arriba, y Bleakley estaba ocupado ahora con el resto. No se había encontrado nada por el momento.

—Yo creo —dijo Blount— que el asesino pudo ocultar las pruebas en alguna otra parte de la casa. Tal vez afuera. El sargento va a hacer ahora una búsqueda en el piso bajo. El hecho de que no podamos hallar en la habitación el receptáculo para el

veneno indica que no fue suicidio. Por otra parte, es de suponer que el asesino quería que pareciera suicidio. Y, en ese caso, ¿por qué molestarse en sacar el receptáculo?

—Todavía no veo cómo se lo pudo hacer tomar. Es de presumir que no iba a ir junto a Knott-Sloman y decirle: «Beba esto, tiene un olor muy raro, pero es verdaderamente muy sano».

—No, no es concebible. Debió poner la droga en alguna cosa que Knott-Sloman tuviera necesidad de beber tarde o temprano, y la sacó después de que Knott-Sloman la tomó.

—Lo que implica que tuvo que andar entrando y saliendo en esta habitación para ver si Knott-Sloman había tomado ya la medicina. Esto sería un poco inquietante para Knott-Sloman.

—Bien —dijo el inspector un poco irritado—, quizá se le ocurra a usted una explicación mejor. —Nigel se movía sin reposo por la habitación, cogiendo cosas y volviéndolas a dejar otra vez.

—Y pudo entrar casualmente con un par de vasos, frascos o algo por el estilo e invitar a Knott-Sloman a que tomara un trago con él.

—Traería consigo una rama de durazno en flor para explicar el olor extraño de una de las bebidas —replicó Blount.

—¡Por Júpiter! —Exclamó Nigel excitado, andando a zancadas por la habitación—. Ya lo tengo. Un *cocktail*. Se supone que un *cocktail* puede oler a cualquier cosa. ¡Malditas cáscaras! No hay más remedio que pisarlas. —Las recogió y las echó en el cesto de los papeles.

—Sí —dijo Blount—, sí, puede haber sido eso. Pero no es tan fácil disponer de un par de vasos de *cocktail*. Si él los lavó y los volvió a colocar en el aparador, cualquiera de los sirvientes podía verlo perfectamente bien. Tengo que seguir con esto.

Al llegar a este punto entró el sargento para anunciar que había llegado la ambulancia, y con ella la matrona de la policía. Blount bajó las escaleras con él para comunicar a las personas de la casa que tenían que ser registradas. Entraron unos hombres en la habitación y trasladaron los restos de Knott-Sloman sin llantos, honores, ni cánticos. Entonces dejaron solo a Nigel. Encendió un cigarrillo, y al hacerlo se dio cuenta de que el olor de almendras amargas, que ya casi se había ido completamente de la habitación, de repente fue otra vez mucho más fuerte. Miró vagamente alrededor. Nada parecía allí ocasionado. Puso el cigarrillo otra vez en los labios, y en seguida sintió un ligero ahogo en la garganta. El olor estaba en el cigarrillo... Y ahora también en sus dedos. ¿Le habrían envenenado su cigarrillo? Realmente esto era demasiado honor para él. No, la droga debió tocar primero a sus dedos. ¿Qué había tocado últimamente? El cuerpo no, desde luego. Era enloquecedor. Él debía de haber tenido el instrumento de muerte entre sus dedos hacía unos instantes. Intentó recordar qué había tocado. Entonces sus ojos tropezaron casualmente con el cesto de los papeles. Se inclinó y recogió los trozos de cáscara.

¡Sí! ¡Fue eso! Tenían el aspecto de nueces, pero olían lo mismo que almendras amargas.

El júbilo de Nigel murió casi al instante. Era fantástico. Lo mismo se podría decir que Knott-Sloman había sido muerto por una mamba o una hamadriada que por una nuez. Echó los pedazos cuidadosamente en el pañuelo, como si fueran de un rompecabezas, los fue juntando y así pudo resolver el acertijo. Una cosa le chocó en seguida; la cáscara, para ser de nuez, era demasiado delgada. Eso era evidente a simple vista, aparte del desusado número de pedazos en que había estallado. Luego se dio cuenta de otra cosa extraña. Los bordes más finos de alguno de los fragmentos eran rectos; atraían la atención como el borde de las piezas de un rompecabezas. Uniendo esos fragmentos con sus lentes de aumento, Nigel observó que los bordes rectos estaban untados con alguna sustancia. Con una buena dosis de paciencia se dedicó a reconstruir un segmento de la nuez, y hecho esto se evidenció completamente que la nuez había sido serrada antes por el medio y unidas sus mitades de nuevo con algún aglutinante. Todavía hizo un descubrimiento más. Habían taladrado un agujerito en la nuez y al final lo taparon con masilla.

La mitad del problema estaba resuelto ahora. El asesino había serrado la nuez en dos, es de presumir que para quitarle el meollo y lijar la superficie interna, de manera que la nuez fuera casi tan delgada en algunos sitios como la cáscara de un huevo. ¿Por qué había hecho esto? Posiblemente para hacerla más ligera; su peso, con el líquido venenoso dentro, podía, de otra manera, haber despertado sospechas de Knott-Sloman. El asesino, después de limpiar el interior de la nuez, encoló las mitades y las juntó de nuevo, luego taladró un agujero en la cáscara, inyectó el veneno con una jeringa, y lo tapó otra vez. Hasta ahora iba bien. Pero de repente Nigel se encontró con dos obstáculos como montañas. ¿Cómo podía el asesino tener la certeza de que esta nuez especial envenenaría a Knott-Sloman y no a algún otro? ¿Y cómo de todas maneras pudo envenenarlo a él? Al romper la nuez es de suponer que el líquido se derramaría por los dedos; a no ser que hubiera una herida en ellos, no podía hacer daño alguno. Los gases de ácido prúsico seguramente serían peligrosos, pero no mortales en tan pequeña cantidad. Nigel pensaba y pensaba, pero no podía desentrañar el problema. Estaba a punto de abandonarlo, cuando de repente y sin buscarlo surgió un cuadro ante su imaginación. En el vestíbulo, antes del almuerzo, Knott-Sloman, con la cabeza un poco echada hacia atrás, hacía estallar nueces con los dientes. ¡Eureka! Todos los demás puntos comenzaban a esclarecerse ahora. Recordó que aunque Knott-Sloman algunas veces usaba rompenueces en la comida, siempre utilizaba los dientes en las ocasiones que podríamos llamar no formales. El asesino sabía esto, y estaba seguro de que ningún otro intentaría romper una nuez en semejante forma, así que, si la nuez envenenada llegaba a ir a parar a otra persona, no habría daño. Es de suponer que él puso esta nuez especial en el plato de la mesilla de noche de Knott-Sloman. Después era sólo cuestión de tiempo. Había otra razón, también, para hacer la cáscara lo más delgada posible: si no era muy

delgada, la nuez estaría expuesta a partirse por sus mitades encoladas, y esto podía llamar después la atención sobre ella. También si hubiera sido de espesor normal no se habría hecho pedazos de una sola dentellada, y el gusto amargo del líquido obligaría a Knott-Sloman a escupirlo instantáneamente. Tal como estaba, sus fuertes mandíbulas partirían la débil cáscara en fragmentos. Su sorpresa ante la falta de resistencia lo dejaría incapaz de expulsar el líquido instantáneamente, y por la inclinación hacia atrás de su cabeza se le deslizaría la mayor parte de él garganta abajo. Sólo escupiría entonces muy poco líquido y los pedazos de cáscara. Pero sería ya demasiado tarde.

Cuando el inspector Blount volvió al cuarto, encontró a Nigel fumando un cigarrillo y jugando idiotamente con los fragmentos de una nuez. Por un terrible momento Blount pensó que la tragedia había trastornado su cerebro. Pero Nigel dijo, entonces, sin ningún síntoma de insanía:

—No necesita usted proseguir la búsqueda, inspector. Ya encontré la respuesta al enigma.

—¿Le ayudó el diablo?

—Sí. Es una de esas historias que están escritas en la cáscara de una nuez.

Nigel contó la historia. El inspector parecía cortés, incrédulo, absorto, triunfante y francamente horrorizado, por turnos.

—¡Gran Dios, *Mr. Strangeways*; éste es un hermoso trabajo suyo! Pero no me gusta; no me gusta nada en absoluto. Hay una especie de —cómo se le puede llamar— fría precisión implacable en torno a este crimen. Cuanto más pronto podamos echarle la mano al tipo mejor será.

—No queda mucho donde elegir ahora —dijo Nigel lentamente.

—No. Y felizmente no dispondrá de mucho tiempo. Estoy deseando que Bellamy vuelva en sí. Probablemente él tiene la clave de todo. El doctor dice que ahora hay bastante esperanza, pero que puede continuar sin conocimiento todavía durante varios días, y siempre hay el peligro de la pérdida de la memoria después de un golpe así. Tendremos que proseguir sin él. Yo enviaré a los químicos descripciones de todo lo que hay aquí. No se puede comprar ácido prúsico como manteca, pero aun en el caso de que el asesino se las haya arreglado para firmar con un nombre falso en el registro, lo que no es muy probable, con un poco de suerte conseguiremos identificarlo. Mis compañeros proseguirán la investigación; pero me imagino que sea quien fuere el que pegó esta nuez, no lo hizo aquí. Ahora, *Mr. Strangeways*, si está usted libre durante una hora más o menos, me agradecería aclarar mis ideas sobre...

—No, no —interrumpió Nigel con firmeza—. Ustedes, los profesionales, son capaces de continuar sin aliento durante días; pero ya hace mucho que ha pasado mi hora de comer, y estoy dispuesto a darle una buena arremetida a la despensa. Lo mejor que puede hacer usted es unirse a mí. Conseguiré que Lily nos lleve todas las existencias que haya en la casa a la salita.

Nigel comió velozmente cerca de una libra de carne fría, diez patatas, media

hogaza de pan y gran parte de un pastel de manzanas, negándose a dar respuesta alguna a las artimañas profesionales del inspector. Al fin separó seriamente la cabeza de un jarro de cerveza vacío, secóse la boca y dijo:

—Continúe, soy todo oídos.

—Lo primero, me parece que ahora ya no hay dudas respecto al suicidio. Knott-Sloman no se iba a tomar todas estas molestias con la nuez en beneficio propio.

—Es una verdad resplandeciente, si puedo expresarme así, y muy bien expuesta.

Nigel se hallaba en ese estado de espíritu expansivo, sin amarras y ligeramente impulsivo, que surge después de ingerir tres jarros de cerveza.

—A nada conduce que vayamos a rebuscar en las casas de ellos esta tarde, desde el momento en que la nuez puede haber sido colocada allí en cualquier momento durante los últimos días. La señora de Grant dice que el plato de al lado de la cama de Knott-Sloman se conservó bien abastecido desde el principio de su permanencia. Ahora: o este envenenamiento está relacionado con los dos crímenes anteriores o no lo está.

—Un pequeño dato, pero digno de hacerse constar —murmuró Nigel.

—Si no lo está, tendríamos que admitir dos asesinos separados en esta casa...

—Dos cabezas con un solo pensamiento. Perdón. Continúe.

—Podemos estar bien seguros de que hay conexión. Entonces, muy bien. Lo evidente es que Knott-Sloman sabía alguna cosa que significaba un peligro vital para el asesino. ¿Qué podría ser ello? Conocimiento del asesino de O'Brien, me arriesgaría a decir.

Nigel echó las piernas por encima del brazo de su sillón, prendió un cigarrillo y alborotó su cabello a la manera de Stan Laurel.

—Es la misma conclusión que saco yo. Sabemos que Knott-Sloman estaba cerca de la cabaña poco antes del asesinato de O'Brien. Supóngase que vio entrar a alguno en la cabaña detrás de O'Brien. Al día siguiente sabe que se ha cometido un asesinato. La reacción natural en este tipo sería no denunciar a ese otro a la policía, sino convertir en dinero su conocimiento. Lo asesinaron porque hizo chantaje al asesino de O'Brien.

—¿Y por qué no antes? ¿Por qué el asesino esperó dos días?

—¡Ah!, esto es muy significativo a mi juicio. No fue hasta esta tarde cuando Knott-Sloman supo que era sospechoso. El único camino que tenía para librarse de estas sospechas era declarar que había visto a x entrar en la cabaña detrás de O'Brien. Dudó en hacer eso, porque ello significaba matar la gallina de los huevos de oro; también, quizá, porque nosotros no daríamos mucho crédito a semejante afirmación. Yo creo que Sloman reservaba esta declaración como la última carta, hasta saber con certeza si era o no excesiva la confianza que tenía en sí mismo. Esta tarde el asesino descubre, o porque Knott-Sloman se lo dijo, o deduciéndolo de su actitud, que se sospechaba de Sloman. Temiendo que sus nervios se quiebren y diga a la policía lo que sabe, el asesino le prepara inmediatamente la trampa envenenada.

—Eso, hasta cierto punto, parece muy razonable. Pero implica algún trabajo demasiado rápido en la preparación de la nuez, ¿no es cierto? Todavía tendremos que llegar a la conclusión de que el asesino trajo la nuez consigo. Pudo haber sido un método alternativo para matar a O'Brien, o quizá sólo un método seguro de guardar el veneno para un caso de necesidad.

—O hay esta tercera teoría: X quizá necesitaba librarse de Knott-Sloman porque lo amenazaba con un chantaje, no por el asesinato de O'Brien, sino por cualquier otra cosa. Trajo la nuez mortífera, como dirían nuestros primos los americanos, por si acaso. Al darse cuenta de que se sospechaba que Sloman fuera el asesino, plantó la nuez en espera de que floreciese en un suicidio perfectamente natural. Note la belleza de esta metáfora.

—Sí, parece una alternativa muy razonable, *Mr. Strangeways*. Su teoría apunta a Cavendish. Él insinuó que Knott-Sloman le hacía chantaje, aparte de que hemos conseguido prueba de ello. —Luego añadió—: Puede ser él también perfectamente el asesino de O'Brien. Según la forma en que lo he visto, su proceder resulta sospechosísimo. Tiene el aspecto nervioso y atormentado, y parece que todos han admitido, tal vez demasiado rápidamente, que esto se debe a sus dificultades financieras.

—El proceder de Cavendish es la cosa más rara de este caso tan *outré* —murmuró Nigel. El inspector se quitó sus lentes de carey con deliberación y dándoles vueltas en la mano derecha, se dirigió a Nigel:

—Vamos a ver, señor, ¿qué quiere decir usted con eso exactamente? A usted le anda algo por la cabeza.

—Lo siento. No se lo puedo decir... simplemente porque no lo sé. Estuve vigilando a Cavendish atentamente durante dos días, y su proceder es muy parecido al de un asesino a punto de perder su temple; es más de lo que se creería posible. Precisamente parece demasiado culpable para serlo de verdad. Esto me abate.

Blount retrocedió un poco molesto.

—Yo creo que es usted demasiado sutil. Mi experiencia es que el asesino —el de tipo educado, quiero decir, no el común— se denuncia generalmente por descuido o tontería, y se descubre por su proceder. El canalla de cara patibularia es un producto de ficción.

—Bien, deseo que esté usted en lo cierto.

Blount observaba a Nigel con agudeza. Éste contemplaba con expresión hipnótica y vidriosa, al parecer, la cima de la cabeza calva del inspector.

—Es raro —dijo Nigel—, no lo había advertido antes. ¿No es ése un Picasso? —Se levantó e inspeccionó un pequeño dibujo que había en la pared, detrás del inspector.

—Decía usted, *Mr. Strangeways* —siguió Blount presionando inexorable—, que desea que yo esté en lo cierto. ¿Quiere decir esto que sospecha de algún otro?

Volvióse Nigel y se desplomó pesadamente en la silla.

—Siendo justos con Edward Cavendish —dijo—; se debe admitir que hay otras posibilidades. Por ejemplo, hoy, antes de almorzar, hubo un pequeño lío entre Knott-Sloman y Philip Starling como protagonistas. En el curso del mismo Sloman soltó que sabía una o dos cosas de Starling, que alterarían la actitud de la policía hacia él. Imagínese usted, yo conozco a Philip bien. Por lo que se refiere a este asesinato, se lo achacaría en un ciento por ciento. Y...

—El nudo respecto a él —interrumpió Blount— está en que no pudo atacar a Bellamy. Sin embargo, no es inconcebible que el ataque lo hubiera hecho otro y no el asesino. Yo tendría que ver a *Mrs. Grant*, sin embargo, para cerciorarme de que Bellamy anduvo realmente rondando por allí hasta las dos y treinta de la tarde.

—No tome mis sugerencias demasiado en serio. Las hice sólo para demostrar que Cavendish no es el único guijarro en la orilla del mar Rojo. Ahí está Lucille, por ejemplo. Acaba de reñir con Knott-Sloman; y cuando los bribones riñen...; se dice que el veneno es un arma de mujer. Knott-Sloman pudo haber matado a O'Brien con su complicidad; luego ella ve que él está a punto de perder su temple, y le desliza el veneno para protegerse. O ahí tiene a *Mrs. Grant*. Una mujer, es de suponer, aunque presenta pocas pruebas de ello, y, por lo tanto, una envenenadora en potencia. Supóngase que en su juventud lo hubiera sacrificado todo por el amor, y siguiera el mal camino. La dejan con un hijo sin padre, ¡uf!, y pasa el resto de su vida trabajando hasta romperse los huesos para tenerlo en un colegio. Knott-Sloman descubre el secreto y le hace chantaje. «Yo no tengo más que un deseo: hacer de él un caballero» —solloza la cocinera abandonada. ¿No? ¿Se burla usted de la idea? Bueno, yo no estoy conforme con usted. Puedo ver perfectamente a la señora de Grant en el papel de pobre muchacha descarriada. ¿Y qué me dice entonces del jardinero? Se llama Jeremiah Pegrum; y un nombre como éste conduciría a uno a los peores excesos. Pasa la mayor parte del tiempo meditando por fuera de la casa. Pero no tiene usted más que leer las crónicas de Powys para descubrir que el asesinato es el principal deporte de invierno de los rústicos ingleses. «Están llegando las largas tardes de invierno. Compre un juego de nuestras hachitas garantizadas de filo permanente. Aseguran la diversión de viejos y jóvenes. Empaquetadas en cajas de fantasía, con instrucciones, 7 chelines y 6 peniques, neto. Paquetes surtidos de cicuta, arsénico, beleño y belladona mortífera, por seis peniques más».

El inspector Blount se levantó despacio. Hacía alarde de ese vago relajamiento de los músculos faciales que indica en un escocés que una broma ha sido un triunfo resonante. Con el más grave tono oficial, dijo:

—Tendré en cuenta sus valiosas sugerencias, *Mr. Strangeways* —dijo y se retiró.

Nigel se fue a la cama bastante pronto. A pesar de las apariencias, no sentía ninguna hilaridad. Apenas había dejado caer la cabeza sobre la almohada cuando se vio sumido en una pesadilla en la que Georgia Cavendish con su cacatúa verde al hombro le sonreía con aire de reproche, y luego el loro convertido en un altavoz gritaba repetidas veces: «¡El veneno es un arma de mujer!... ¡El veneno es un arma

de mujer!...».

Capítulo XI

LA HISTORIA DE LA EXPEDICIÓN

MÁS TARDE, en las raras ocasiones en que se podía inducir a Nigel a que hablase sobre el caso paradójico y fantástico de «Las matanzas de Chatcombe», como una vez lo denominaron los diarios, solía decir que había sido resuelto por un profesor de griego y un dramaturgo del siglo XVII. Sea cual fuere la verdad de semejante aserto, quienquiera que persevere en la lectura de este libro hasta el final se inclinará a conceder a Nigel Strangeways una buena dosis de crédito, proporcionando un enrevesado comienzo a esta narración del más enrevesado de todos sus casos.

Cuando Nigel se levantó, en la mañana del 28 de diciembre, no había indicios de que el final del asunto estuviera a la vista. Era una de aquellas mañanas en que el mundo parece llorar de desesperanza por la primer caída del hombre, y el mismo hombre, contemplándose con aire desmayado y cara de vergüenza en el espejo de afeitarse, se preguntaba si un buen golpe en la arteria carótida izquierda no sería en realidad lo mejor que podría hacer.

Sobre el parque de Chatcombe un cielo gris pesaba como la cabeza de un participante de una orgía olímpica. La niebla oscurecía las colinas circundantes. En el jardín los goterones desprendidos de los árboles aplastaban las hojas de las siemprevivas, como teclas dactilográficas bajo dedos invisibles e inexpertos.

Jeremiah Pegrum sentía sin duda que el tiempo estaba bastante peor de lo normal, y se justificaba, entonces, un cambio en su costumbre de permanecer fuera de la casa; refunfuñaba alrededor de las camas, con una chaqueta sobre los hombros y una expresión que acreditaba su patronímico hebreo.

Mientras Nigel se afeitaba, los acontecimientos de los tres días últimos danzaban de un modo perezoso y desordenado en su imaginación. Legó a la convicción, con más fuerza que nunca, de que jamás resolvería el acertijo, a no ser que llegara a esclarecer la posición de la figura central. O'Brien era la clave, y hasta que supiera más cosas de O'Brien continuaría andando a tientas, como el que intenta cerrar una puerta extraña en la más profunda oscuridad. Georgia era la persona que seguramente le podía decir algo más. Si quería. El conflicto estaba en que si se tocaba cada faceta de los crímenes por separado, se lo podía relacionar más fácilmente con algún aspecto de Georgia Cavendish, y sin embargo considerando a Georgia en conjunto,

por decir así, no ajustaba con el total de los crímenes. «No sé por qué curioso contrasentido —se decía Nigel— me gusta tanto Georgia, que prefiero andar volando a caza de todas las probabilidades, antes de seguir un caso contra ella. De cualquier manera, lo primero del programa debería ser una conversación confidencial con Georgia. Si ella es inocente, me contará muchas cosas acerca de O'Brien, si no lo es, se verá obligada a incurrir en vacilaciones y contradicciones que la envolverán en las peores sospechas».

No había nadie más que Philip Starling en el comedor. Estaba examinando un trozo de tostada con la expresión de ligera animosidad que solía dedicar a las composiciones de los estudiantes sin talento.

—Esta tostada —declaró blandiéndola en la cara de Nigel— es un escándalo. Estas cosas pueden ocurrir en el colegio, todos mis colegas están tan enredados en la más elevada crítica, Buchmanismo, o cualquier otra forma miserable de suicidio intelectual, que son completamente ciegos en cuanto a la importancia de la comodidad de las criaturas. Pero en los casos particulares, y mucho más en donde la cocinera disfruta una posición muy aceptable, es de esperar que las tostadas estén crujientes.

—Es posible que los contratiempos recientes hayan trastornado al personal de la cocina —indicó Nigel.

—¿Te refieres a los asesinatos? ¿Debo adivinar cierto reproche bajo tus palabras? Debemos conservar nuestro sentido de la proporción, mi querido Nigel. Tu conciencia no conformista te conduce a sobreestimar la importancia del otro mundo a expensas de éste. Yo sostengo la posición contraria. Creo que la vida es más importante que la muerte; y, desde luego, el asesinato no es una excusa para las tostadas blanduchas. Además, aparte de esto, ¿por qué el fallecimiento de Knott-Sloman iba a conmover a nadie? No puedo concebirlo: debía haber puesto al personal de la casa del mejor humor. Mientras tanto, hijo mío, hablando de asesinatos: ¿no es tiempo ya de que resolváis esto? Las cosas están llegando al colmo. Ayer me registró un sargento de policía, cosa bastante desagradable porque se da el caso de que tengo muchas cosquillas. No puedo salir de puertas afuera sin que me siga un agente, como si fuera a cometer una agresión en Hyde Park. Mi nombre estará lleno de lodo en el *claustró* cuando sepan que estuve en Chatcombe de vacaciones, y mi estómago sufre con las irregularidades en la hora de comer.

—Comida —dijo Nigel reflexivamente—; comida. Esto me hace vibrar una cuerda. ¿No hubo algo que yo quise preguntar? ¿Qué diablos era? Sí, ya lo recuerdo, ibas a contarme algo que O'Brien había dicho o hecho en la comida de la Nochebuena. Decías: «¿Supongo que se dio cuenta...?», y entonces nos interrumpió aquel alboroto por lo de Arthur Bellamy.

Philip Starling parecía perplejo. Al fin se despejó su frente.

—¡Ah!, fue el pasaje que recitó él: «El gusano de seda derrocha sus hebras amarillas». Nos dio a entender que era de Webster. Pero se sabe que es de una de las

comedias de Tourneur. Yo no me di cuenta en el momento. Se me ocurrió más tarde. Es raro porque parecía un hombre que había leído.

Nigel se sintió molesto. Esperaba alguna revelación más sabrosa. Una hora más tarde entró en el salón pequeño y encontró a Georgia Cavendish escribiendo cartas. Tenía un abrigo de cuero de Suecia, una falda de color rojo vivo y el loro posado en su hombro.

—¿Quiere usted salir a dar un paseo? —dijo él—. Necesito hablarle.

El loro le guiñó un ojo con malicia y pronunció brillantemente:

—¡Perverso, malvado!

Georgia se rió.

—Le ruego —indicó luego— que disculpe a Néstor. Tiene una educación náutica. Sí, quiero, con mucho gusto. Espere tan sólo a que haya terminado esto. Y ponga a Néstor en la jaula; no le gusta la lluvia.

Pocos minutos más tarde Georgia bajó las escaleras envuelta en un inmenso abrigo, especie de impermeable, pero sin sombrero.

—¿No se le humedecerá mucho el pelo? —dijo Nigel encasquetándose su fieltro informe, un objeto tan arcaico que el pájaro de menos sentido crítico lo pensaría dos veces antes de anidar en él.

—Me gusta que me caiga la lluvia en la cabeza, si a usted no le preocupa que parezca Medusa. ¡Qué conveniente sería para un detective llevar una capa que lo hiciera invisible!

—La llevo, mi sombrero es una especie de oscuridad hecha fieltro.

Georgia se rió encantada.

—Estoy muy contenta de encontrar a alguien que todavía haga retruécanos; son señal de un carácter sencillo e infantil. Veo a Charles Lamb y a los salvajes muchas veces.

—Temo que su creencia en mi naturaleza sencilla e infantil se haga pronto añicos. Mi cerebro, en realidad, es un sumidero tortuoso de bajas sospechas.

—Bien, valdría la pena sufrir una desilusión, aunque no fuera más que para ver cómo es ese sumidero tortuoso.

—Es lo que los pedagogos llaman un epíteto transportado. Pero en serio. La he arrastrado fuera de casa para sacarle informaciones.

Georgia Cavendish no hizo comentarios. Nigel no pudo ver los puñitos dentro de los grandes bolsillos de su impermeable apretados convulsivamente. Sin duda alguna estaba dando a Georgia una magnífica ocasión para contener el deseo de decir: «Ya me parecía que no me quería usted por mis bellos ojos». Tentación que pocas mujeres podrían resistir. Había algo que intimidaba un poco en el silencio nada prometedor de ella, ahora que había pasado su floreo verbal preliminar. Respiró él hondo, y dijo:

—Yo quiero que usted me diga todo lo que pueda acerca de O'Brien.

Georgia guardó silencio un momento, después dijo:

—¿Me está interrogando usted con carácter oficial?

—Yo no tengo aquí ninguna posición oficial. Por otra parte estoy obligado a facilitar a la policía cualquier información que me parezca que tiene alguna relación con los crímenes.

—Bien, en todo caso eso es sincero —dijo ella, mirando al suelo con expresión perpleja.

Nigel prosiguió impulsivamente:

—Sobre el papel he conseguido demostrar que es usted la persona más a propósito para haber cometido ambos asesinatos. Y sin embargo estoy completamente convencido de que no los cometió usted —dijo, y se interrumpió sorprendido al ver que se había quedado sin aliento. Esta acusación académica bajo la sombra y los goterones de los robles chorreantes era un principio extraordinario para unas relaciones imposibles de prever por parte de ninguno de los dos. Georgia hizo un alto, enterrando los pies en una masa de hojas húmedas. Al fin miró a Nigel con una sonrisita ligera, y dijo:

—Muy bien. Yo le contaré. ¿Qué quiere saber?

Nigel no olvidaría nunca aquel paseo por el parque melancólico y la historia que se desarrollaba ante él. No era tanto el contraste entre los lluviosos y afligidos cielos bajo los que paseaban y las deslumbradoras vistas africanas que su historia le ponía de manifiesto. Lo que recordaba más vivamente era a la misma Georgia —la pequeña figura compacta con el inmenso impermeable—, su aspecto cabizbajo y, sin embargo, con algo vital y característico en su paso; la lluvia corriendo, chorreando por su delgada cara morena y las maneras resueltas como el mascarón de proa de un barco y vivaces como el mar en un temporal de verano.

—Yo necesito que me diga usted cómo conoció a O'Brien, dónde lo vio por vez primera y todo lo que sucedió después. Cualquier cosa que él le dijera a usted en cualquier época acerca de esta gente. Es en realidad muy importante, si no yo no se lo preguntaría. Quizá sea bueno para usted no guardarlo embotellado por más tiempo —añadió con una llamarada de simpatía intuitiva.

—Fue el año pasado. Yo iba en una expedición al desierto de Libia. El teniente Galton, un joven primo mío, Henry Lewis, y yo. Era la primera expedición de Henry; era muy nervioso, pero un buen muchacho dispuesto a hacer lo que fuera. Tratábamos de encontrar el lugar de Zerzura, el oasis perdido. Hubo quien lo intentó antes y proseguirán intentándolo. Nadie lo ha encontrado aún. Es una de esas leyendas seductoras como la de Atlántida. Nosotros llevamos dos Ford de cuatro cilindros, propios para el trabajo del desierto. Teníamos alimentos para dos meses y bastante gasolina y agua para hacer del asunto un viaje de placer, al menos así lo pensamos. Bueno, yo no quiero aburrirlo con una lección de geografía; además, todas esas partes del desierto parecen semejantes; arena bien dura hasta donde alcanza la vista y muy poco más que mirar como no sea el sol y algún oasis ocasional, hasta que se alcanza el Wadi Hawa en el Sur. Maldita locura ir a esa clase de lugares en automóvil, pensará la mayoría de la gente. Yo también lo pensé así poco después. A los doce

días, creo que fue, tuvimos una tormenta infernal de arena. Son completamente inofensivas, pero capaces de trastornar los nervios si no se está acostumbrado a ellas. Henry no lo estaba. Lo trastornó completamente, y después de ello le dio una insolación, y comenzó a hablar disparates diciendo que quería escapar de aquella caldera infernal. Es como para poner los nervios a prueba si no se está acostumbrado al asunto. La culpa fue mía por llevado. Fuera como fuera, una mañana Galton y yo estábamos más o menos a veinte metros de los automóviles haciendo observaciones —su magnetismo afecta las brújulas, sabe usted, cuando están bastante cerca— cuando oímos salir uno de los coches: Henry había enloquecido; trataba de irse para casa. Galton corrió delante, alcanzó el auto y paró la máquina. Entonces Henry le disparó en el vientre. Después comenzó a dar alaridos de risa y a disparar con su revólver a la gasolina y a los depósitos de agua del otro coche. Agujereó cinco de ellos, yo no podía hacer otra cosa. Tenía que dispararle. Lo hice y le atravesé el corazón. Tuvo suerte —añadió Georgia sin entonación—, Galton vivió tres días más.

Nigel sintió esa sensación irremediable de vacío en el estómago que produce a los sedentarios habitantes de la ciudad el oír de primera mano el relato de acciones desesperadas como ésta. Abrió la boca, pero ningún comentario parecía adecuado a la situación, así que encendió un cigarrillo, que se apagó casi al momento por la lluvia y se desintegró despacio en su boca. Georgia continuó:

—Cuando sucedió eso estábamos entre Uweinat y el Wadi Hawa, a más de ciento cincuenta millas de distancia del último. Yo tenía que elegir entre retroceder al lugar del encuentro donde nos esperaba provisión de agua fresca y gasolina, transportada por los camellos desde Selima, o apresurarme a atravesar el Wadi Hawa para Kutum y Fasher. No esperábamos los camellos en varios días, y en todo caso la única esperanza para Galton sería conseguir llegar con él a Kutum, desde donde se le llevaría volando hasta Khartum.

»De manera que lo coloqué lo más cómodo que pude en el interior de uno de los automóviles, amontoné en él los pocos depósitos que Henry nos había dejado, y partimos. No era mucha el agua que quedaba; de todas maneras, Galton necesitaba una gran cantidad, y no podíamos viajar muy de prisa, porque su dolor era intolerable. Sin embargo conseguimos atravesar el Wadi Hawa al caer la noche, y yo ya pensaba que había cambiado mi estrella. No fue así. Al día siguiente alcanzamos el subdesierto, que es casi el camino más infernal del mundo para automóviles: montículos de tierra endurecida, macizos de hierba e innumerables arroyuelos secos. Reduje la velocidad a siete millas por hora, pero aún así era demasiado para Galton. De manera que paré. Galton quería que yo lo abandonara y siguiera, pero me parecía que todo lo que había sucedido era por mi culpa, y él estaba demasiado débil para hacer muchas protestas. Al día siguiente se murió. Me las arreglé como pude para enterrarlo. Era lo último que podía hacer por él, aunque me imaginaba que no sería muy útil; la tierra estaba demasiado dura para poder meterlo bastante profundo, y hay jaurías de perros salvajes por las cercanías —yo los había visto en Wadi Hawa—, y

también una especie de leones.

»Bien, después de esto proseguí mi camino un corto trecho, porque con una cosa y otra sólo había quedado medio depósito de agua y uno de gasolina. También las ballestas seguían rompiéndose. Supongo que no lo estaré aburriendo con todo esto. Lamento que sean cosas fuera de lugar para su propósito».

Nigel desembarazó su reseca garganta, y le aseguró que no le parecía tediosa la historia.

—Tal vez yo estaba un poco impaciente por la poca agua; sea como fuere debí conducir demasiado de prisa, porque el eje de la rueda trasera se rompió. Pese a lo que se diga acerca de los Fords, sus ejes no se rompen a no ser que se los maltrate mucho. Estaba casi a cien millas de Kutum, pero hay sendas entre caseríos más cercanos, así que bebí a grandes tragos el resto del agua y comencé a caminar. Le aseguro que no se puede culpar a nadie de caminar como un pájaro por el desierto. Yo debo caminar como una especie de grajo, porque no había avanzado más de media milla cuando pisé uno de aquellos malditos montículos y me torcí un tobillo. Conseguí arrastrarme hasta el automóvil. De haber alguien por allí cerca sería más fácil establecer la situación de un automóvil que la de una persona. Se puede resistir mucho tiempo con un buen hartazgo de agua si se está acostumbrado; pero después de tres días y medio comencé a sentir que ya había ido bastante lejos. Yo no sé si usted ha visto morir a alguien de sed. Es un espectáculo nada agradable, y yo no tenía intención de llegar tan lejos. Siempre llevo una dosis de veneno conmigo cuando voy de viaje: ácido prúsico. Es de una rapidez estupenda. Estaba jugando con eso cuando oí el motor de un aeroplano. Por supuesto que al principio no lo creí. Cosas de éstas generalmente son uno de los pocos espectáculos que la Providencia hace surgir de repente para divertir a la gente en sus últimos momentos. Pero después de un rato me las compuse para mirar a lo alto y con bastante seguridad... era un aeroplano de veras.

»Agité algo, supongo que bastante débilmente, y el piloto respondió a las señas con el aeroplano. Calculaba que necesitaría cerca de diez horas para volver volando y hacer que un automóvil llegara hasta mí, y pensé que podría arreglármelas para sostenerme ese tiempo. Pero el piloto no dio la vuelta. Hizo círculos a unos diez pies de altura, como si estuviera buscando un lugar de aterrizaje; me pareció una maldita y estúpida pérdida de tiempo. Un arcángel no podría aterrizar en semejante país. Yo agitaba las manos intentando hacerle entender que se volviera, pero estaba demasiado debilitada para hacer una protesta muy fuerte. Y entonces el avión aterrizó. Era precisamente una de esas locuras suicidas propias de Fergus. Cuando vi que realmente tenía la intención de bajar, logré sostenerme incorporada venciendo la dificultad que oponían mis ojos desvanecidos. No se podría pedir mejor entretenimiento para la última hora, y si el loco estaba dispuesto a romperse la cabeza y hacerme perder a mí la última oportunidad, no había razón alguna para no contemplar el espectáculo.

»Levantó la cola del avión y se lanzó hacia abajo. No veré cosa semejante aunque llegue a vivir noventa años. Manejaba aquel aeroplano como si fuera un juguete. Se estrelló justamente en el último instante, pero debía marchar lo menos a cincuenta cuando tocó tierra. El aeroplano botaba sobre los montículos de tierra como un canguro y paró como a veinte metros de distancia de mi auto, con el tren de aterrizaje que parecía un salón después de una noche de baile y borrachera.

»Entonces el piloto saltó afuera, se acercó a mí con un gesto infernal y dijo: “¿Miss Cavendish?”.

»Créame, yo estaba bastante más agitada que él, y es decir bastante. En efecto, según recuerdo rompí a llorar, y me asombraba un poco al darme cuenta de que no me podía contener. Fergus se portó muy bien, buscó agua en su aeroplano y me la hizo beber, mezclada con aguardiente, por cucharaditas de café, mientras me contaba una historia interminable y de lo más impropia acerca de una viuda en una gira. Después me eché a dormir; cuando desperté era de mañana, y Fergus estaba echándole remiendos a su aeroplano. Hizo el desayuno y me dijo quién era y cómo me había encontrado. El transporte de camellos llegó al punto de cita y nos esperó bastante tiempo. Luego se volvieron a Selima y dieron la alarma. Salieron aeroplanos, pero nos buscaron demasiado al Norte. Poco después encontraron el otro automóvil y los restos de Henry Lewis. Alcanzaron a ver las huellas de nuestro automóvil que iban en dirección al Sur, y se volvieron, imaginando que al presente estaríamos perfectamente. Fergus estaba en Khartum cuando volvieron, y se le ocurrió salir en busca nuestra rodeando el Wadi Hawa, para estar seguro de que no nos pasaba nada malo. Así fue como me encontré.

»Bueno, yo todavía estuve muy débil aquel día, así que me quedé echada observando cómo Fergus intentaba recomponer el tren de aterrizaje. Le pregunté, mientras tanto, cómo era un burro tan ciego para intentar aterrizar en semejante superficie. Me respondió, según su modo característico, que en la mitra de un obispo era en la única cosa en la que no había aterrizado hasta entonces, y que quería ver si le era posible. Dijo que por el momento dejaría la mitra del obispo hasta que estuviera cansado de la vida y que lo intentaría entonces, seguro de morir en olor de santidad. Le dije que probablemente no necesitaba molestarse en reparar su aparato, porque pronto enviarían una expedición detrás de él, que yo ahora estaba ya perfectamente bien, y que de todos modos él nunca conseguiría levantar el “ómnibus” en el aire. Él dijo: (a) que le gustaba reparar aeroplanos, (b) que nunca lo habían rescatado aún, y no iban a comenzar ahora, (c) que yo no estaba perfectamente bien, y que cuanto más pronto estuviera de vuelta, internada en un sanatorio, y comenzara una cura de reposo, mejor sería, (d) que no tenía bastante agua consigo para que durase hasta que algún oficioso chupatintas de Khartum se hubiera repuesto de su última comida oficial, y condescendiera a enviar una expedición de rescate y (e) que si un cesto con loza pudiera bajar en esa región lo podría levantar y sacar otra vez. Eso era todo.

»Cuando suspendía el trabajo venía y se sentaba bajo la tienda que yo había hecho apoyada contra el costado del coche, y me hacía toda clase de preguntas personales. Quería distraer mi imaginación de los acontecimientos recientes; y además se interesaba por todo —esto era una parte de su grandeza. Aquel día a la caída de la tarde supo toda la historia de mi vida. Yo no me había dado cuenta antes de lo interesante que había sido mi vida. Él era esa clase de persona que nos hace sentirnos interesantísimos ante nosotros mismos. Sólo nuestro amado o un gran hombre puede conseguir eso, y él no era mi amado todavía, ni había señales de eso. Bueno, después que se agotó el tema de mi persona, prosiguió con mi familia. Le conté todo acerca de mis padres y de Edward. Nuestros padres murieron siendo yo muy joven, y quedamos solos Edward y yo, así que siempre fui un poco blanduja con él. Fergus se dio cuenta de esto en seguida. Tenía una intuición extraordinariamente fina, y me hizo que le contara toda la vida de Edward también. Edward solía ir a Irlanda todos los veranos antes de la guerra. Teníamos amigos allí, así que hice la observación habitual sobre si Fergus lo había conocido, como si Irlanda fuese un villorrio o una conferencia educativa o algo por el estilo. Fergus me preguntó dónde se alojaba él, y yo le dije que en la casa Meynart, en el Condado de Wexford, y él me dijo que conocía muy bien esa parte del país.

»Entonces habló de lo sola que me sentiría si se casaba mi hermano, y de que yo debía casarme de todos modos. Yo le conté que Edward por el momento era un solterón incorregible y que yo creía que se había enamorado en Irlanda de alguna muchacha, y que ella lo había dejado. Fergus se interesó en esto, pero yo no le pude contar mucho, porque era la única cosa en que Edward no se había franqueado conmigo. Él dijo que le gustaría conocer a Edward, y yo le dije que de seguro lo conocería si lográbamos salir de aquel condenado desierto. Entonces yo le pregunté cosas suyas. Él me contó varias de una especie de historias de Münchhausen sobre sus aventuras en la guerra y después de la guerra; al menos habrían sido puro Münchhausen si cualquier otro las hubiera dicho, pero yo había oído bastantes cosas de él para darme cuenta de que probablemente eran verdaderas, al menos fundadas en hechos ciertos. Usted sabe de qué manera adornan los irlandeses una historia verdadera con unas cuantas falsedades pintorescas para hacerla más apetecible; Fergus era un verdadero artista en eso. Le pregunté acerca de su vida antes de la guerra, pero él corrió un velo sobre eso. Sin embargo dijo que nunca había sabido quiénes eran sus padres y que solía trabajar en la tierra. Y esto es todo lo que pude extraer sobre el O'Brien anterior a la guerra. Al día siguiente Fergus bajó al tren de aterrizaje otra vez. Nos las compusimos para recomponer el aeroplano un poco, él utilizó piezas del automóvil y Dios sabe qué, y por fin aparejó un monstruoso aparato, con el cual, dijo, levantaríamos vuelo sin dificultades. Era un perfecto genio con las manos. Le indiqué que aquello se haría pedazos tan pronto como tropezara con un montículo, lo que ocurriría antes de que hubiera andado cinco metros, pero él contestó que íbamos a hacer una pista. Así que el día siguiente y la mayor parte del

otro lo pasamos —yo estaba entonces perfectamente bien de estado físico— nivelando con azadones un centenar de metros de aquellos montículos abandonados por Dios, y amontonando la tierra en los arroyos secos. Salimos de la tierra, pero golpeamos contra algo duro al final, y eso debió debilitar el tren de aterrizaje del que se había sacado el mejor partido posible, porque cuando aterrizamos en El Cairo —Fergus insistió en ir allí en lugar de a Khartum, porque decía que los sanatorios eran mejores— tuvimos un accidente. Fergus salió literalmente lanzado y yo me di cuenta de que tendría que guardar cama una semana; así que al final ambos fuimos a un sanatorio. ¡Oh!, me olvidaba decirle que antes de salir Fergus clavó en el automóvil un cartel con la frase *Per ardua, ad astra*, en un lado, y un mensaje de lo más ofensivo para las autoridades de Khartum en el otro. La expedición de socorro lo encontró al día siguiente. Causó alguna agitación en los círculos oficiales, según oí más tarde».

—Bueno..., se lo agradezco mucho —dijo Nigel tras una larga pausa. Cualquier comentario sería tan adecuado como otro.

—No hay por qué. Fue un placer —replicó Georgia con visible banalidad. Luego:

—No, pero lo fue, en realidad. Debe ser usted muy simpático. No, nunca le he contado a nadie todo esto. Es el momento más feliz que he tenido desde que mataron a Fergus. —Dijo la frase en un contenido tono patético, cuidadoso y tentador, como un convaleciente que diera su primer paseo. Nigel, mirando al frente, no veía un grupo de hojas húmedas, sino una joven en el desierto disparando contra su compañero enloquecido sin más ni menos compunción que si hubiera tirado a un perro rabioso: era su vida o la de él. ¿Habría sido ésa también en alguna forma misteriosa una cuestión entre su vida y la de O'Brien? Veía a la misma joven jugando con su dosis de ácido prúsico... «de una rapidez estupenda».

—Jocoso, delicioso, encantador. Es el alma de los salones. —Hablaba con una aspereza poco natural que sobresaltó completamente a Georgia—. ¿Dijo usted ácido prúsico?

—¿Cuándo? Oh, sí. ¿Por qué?

—No es más que una coincidencia —respondió Nigel sintiéndose desdichado—, con eso fue envenenado Knott-Sloman.

La alegría tan duramente cosechada de la hora última se desvaneció de golpe en la cara de Georgia. Nigel sintió como si la hubieran golpeado en una herida a punto de cicatrizar. Sin embargo, tenía que ir adelante.

—¿Qué hace usted con el veneno cuando no está de viaje?

—Lo tengo guardado en casa. Algunas veces lo tiro.

—¿Habría alguno ahora en su casa?

Georgia vaciló. Suspiró luego como si dudara.

—Sí, habrá.

—Le aseguro que detesto tener que preguntarle todo esto. Pero como usted sabe, un veneno de esa clase sólo se puede obtener legalmente por medio de un médico.

Doy por sentado que usted lo obtuvo legalmente, y por lo tanto, no es más que un asunto de tiempo antes de que se averigüe que usted lo poseía. La policía está obligada a interrogarla dentro de poco; y se simplificarían las cosas para usted y para alguno más si se lo dijera usted en seguida, y les diera permiso para buscar el veneno donde lo guarda, precisamente para probar que no está usado.

—¡No, no!, no puedo..., no me atrevo a eso —exclamó ella.

—¿No se atreve?

—No; vea usted —explicó apresuradamente—, la última vez lo conseguí de un químico, un gran amigo mío. Lo había olvidado hasta el último momento. Él me lo dio sin receta de médico. Le acarrearía un trastorno terrible.

—¿Cuánta gente sabe que usted tiene... tiene el veneno?

—La mayoría de mis amigos, supongo. Pero está usted perdiendo el tiempo. Nadie en el mundo sabe dónde lo guardo en casa. —Era intolerable para Nigel ver a Georgia haciendo esfuerzos excesivos y observar cómo empalidecía. No pudo representar el papel de inquisidor por más tiempo.

—Por favor, créame —dijo—, sé que usted es capaz de disparar contra un hombre y que guarda la misma clase de veneno con que fue asesinado Knott-Sloman. Pero todavía creo menos que antes que los haya matado usted a él o a O'Brien.

Georgia le dirigió una sonrisa de gratitud, pero sus ojos aún estaban preocupados con algún problema fuera del alcance de la galantería de cualquier detective aficionado. Nigel sintió un espasmo de amargura y disgusto. Se había apartado de la pista como descubridor de este crimen por creer irracionalmente todo cuanto Georgia le había dicho; y sin embargo su fe parecía carecer por completo de utilidad para ella. Ella lo adivinó y puso su mano en el brazo de él.

—Hay una diferencia infernal en que sea usted tan bondadoso conmigo. Pero hay cosas en las que yo no puedo pedirle que me ayude. Ahora, dígame, ¿qué más quiere saber?

—¿Cuándo comenzó lo de O'Brien con Lucille?

—Después que él volvió a Inglaterra del Cairo, a principios de este año, según mis noticias. La conoció en nuestra casa. Era la pasión de Edward entonces.

—¿Por qué cree que se enredó él con ella, en realidad? De seguro que no era su tipo.

—Bueno, él era un hombre, y Lucille es decididamente una mujer. Pero yo presiento que él sólo se divertía con ella. Era evidente que no sentía ternura. Él era raro con las mujeres, sin embargo. Algunas veces —añadió en voz baja— sentía que ni siquiera me quería a mí, al menos de todo corazón quiero decir. Siempre había una parte de él en otro lado; eso lo hacía parecer un poco inhumano aun conmigo. Un demonio de amante. Parece fantástico, pero estaba poseído algunas veces. Algo más profundo de lo que yo podía alcanzar parecía arrastrarlo. Los griegos creerían que lo perseguían las Euménides.

—¿Cómo entró en escena Knott-Sloman? Se diría la última persona que podría

ser útil a O'Brien.

—Bueno, Lucille era una especie de atracción de alta clase en su comercio. Ella llevó a Edward allí una porción de veces, y una vez se lo mencionó a Fergus. Le contó que Knott-Sloman lo regentaba. Fergus le dijo que le gustaría ir y tener una visión de esas últimas pústulas de la cara de la civilización. Fueron allí una o dos veces este verano. Pero, en verdad, me sorprendió un poco encontrar aquí a Knott-Sloman.

—¿Por casualidad no sabe usted de dónde sacó O'Brien su dinero? Él me dijo que era rico.

—Esto es extraño, yo se lo pregunté una vez. Me dijo que lo había conseguido haciendo chantaje a un maharajá de la India. Supuse que era una de sus historias habituales con mucho de verdad en el fondo. Él estuvo en la India después de la guerra, y seguramente hizo algún servicio a un potentado. Ellos están forrados de oro y no lo pensarían dos veces para dar a Fergus unas cuantas arcas. Además era cuidadoso con el dinero: tan cuidadoso con él como descuidado con su propia vida. Un rasgo raro.

—Ahora sólo quiero preguntarle otra cosa. ¿Cree usted que su hermano sabía que O'Brien pensaba dejar a Lucille? —Nigel recogió un destello en la expresión de Georgia y añadió apresurado—: Muy bien. Retiro la pregunta.

—¿No le importa que volvamos ahora a casa? —La voz de Georgia era débil y un poco conmovida—. Yo..., mis pies se están humedeciendo muchísimo.

Nigel la tomó del brazo.

—Muy bien, querida mía, usted sabe que yo no creo que sea tan dura como parece.

Georgia se mordió el labio tembloroso. Intentó decir algo. Entonces Nigel se la encontró sollozando en sus brazos, y susurró sobre su cabello mojado por la lluvia:

—Me parece que este caso escapa completamente a mi dominio.

Capítulo XII

HISTORIAS DEL PASADO

«ESO NO ERA la verdad absoluta —se decía Nigel más tarde, reviviendo los acontecimientos recientes en la atmósfera más tranquila de su habitación—. No es tanto que el caso se escape a mi dominio, como que he cambiado de papel en él. Ahora supongo que soy lo que se llama una parte interesada. El derrumbamiento de Georgia no significa mucho en lo que a ella se refiere. Lo fastidioso es que me va a traer muchas complicaciones infernales. ¡Caramba! ¡Qué detective imposible soy! Ir a enamorarme de la persona más sospechosa. ¿O es que me he enamorado? Es una pregunta plena de interés humano; pero lo más urgente es sacar a Georgia de las garras de Blount. Es divertido, antes no lo había notado, pero no creo que Blount me preocupe realmente. Debe ser su cabeza calva. Pero no se trata sólo de Georgia, está ese maldito hermano suyo. A ella se le rompería el corazón si le sucediera algo, y si algo hay claro en este caso, es que tiene terror que sea él quien cometió los asesinatos; está trastornada con esta idea desde el principio. La forma en que lo miró en la cabaña aquella primera mañana; el pretender que oyeron un golpazo sobre sus cabezas por la tarde, cuando Edward había dicho que él estaba en la sala pequeña, para procurarle una coartada en lo de Knott-Sloman; el hacernos saber en seguida que esperaba beneficiarse con el testamento para apartar las sospechas de su hermano, echándolas sobre sí misma... ¿Es que sabe algo o lo sospecha?

»Bueno, éste es un punto académico. Tengo que purificar a su hermano también. Pero así sólo queda Lucille, y no puedo colgarle todo a ella sólo porque no quiero que dañen a Georgia. Y no es que no haya un buen testimonio contra Lucille. Sin embargo, no quiero tomar parte en un sálvese quien pueda general. Ahora que lo pienso no es muy exacto decir que Georgia tiene la cara de mono; en todo caso es un mono diabólicamente atractivo. No, no se parece a un mono. ¡Al diablo con los monos! Ellos no tienen lindas naricillas respingonas, ni ojos que...». Las rapsodias no profesionales de Nigel se interrumpieron con la entrada del inspector Blount. Le brillaban vivamente los ojos tras los lentes de cerquillo de carey, y hasta su cabeza calva parecía lanzar un resplandor de complacencia. «El sabueso rojo...» —pensó Nigel con injusticia manifiesta.

—Lo vi salir a dar un paseo con mis Cavendish. ¿Consiguió sonsacarle algo que

nos sirva de ayuda? —dijo el inspector Blount.

—Nada —respondió Nigel fríamente—. Estuvimos hablando de O'Brien casi todo el tiempo.

Blount le lanzó una mirada inquisitiva —a los ojos de Nigel manifiestamente ofensiva— por encima de los cerquillos de carey.

—Yo estuve otra vez con *Mrs. Grant*. Ella jura y perjura que Bellamy anduvo por allí hasta las dos y treinta el día del ataque, así que *Mr. Starling* queda excluido.

—Lo excluye del incidente de Bellamy —dijo Nigel malhumorado.

—También he tenido una charla muy interesante con Cavendish. Le hice ver claro que estaba en una posición muy delicada, y que sería conveniente para él explicar ciertas cosas lo más pronto posible. Le insinué los motivos que podía tener él para cometer ambos crímenes, y todo lo demás. Bravuconeó un momento, pero luego se amilanó. Dijo, de muy mala gana, que la razón de haber estado tan trastornado y nervioso últimamente era porque temía que su hermana supiera más de los crímenes de lo que a él le gustaría reconocer.

—¡Oh!, ¿dijo eso, de veras? —exclamó Nigel en son de guerra.

—Contó algo sobre un incidente que se había guardado secreto: la señorita Cavendish disparó contra un amigo suyo allá en África en defensa propia, según ella. También dijo que él se había preocupado muy seriamente por todo esto cuando oyó que Knott-Sloman fue envenenado, porque sabía que su hermana tenía algún veneno en su poder. Yo le pregunté qué clase de veneno era, y dijo que ácido prúsico. Le pregunté qué motivos podía tener su hermana para matar a un hombre a quien amaba y a otro que era casi un extraño para ella. Al llegar a este punto él volvió a mantenerse firme. Dijo que nunca había tratado de insinuar que su hermana hubiera cometido los asesinatos, pero que sentía temor de que al descubrir la policía ciertos hechos relacionados con ella tratara de relacionarla también con los crímenes. En cuanto al motivo, dijo, de un modo poco convincente, que era completamente ridículo suponer que ella tuviera alguna razón para matar a O'Brien y a Knott-Sloman; y ya que la policía era tan gentil al sugerir motivos posibles para él, sin duda podrían encontrar otros tantos para Georgia Cavendish sin su ayuda.

Si Edward Cavendish hubiera visto a Nigel en aquel momento, con seguridad se habría arrepentido de la forma en que había alarmado al inspector. El pelo color estopa le caía sobre el ojo derecho; la cólera ponía una brasa en sus pómulos altos, y en sus ojos había un ansia feroz y despiadada. La vileza de Edward le hizo perder los estribos. No tenía más razón para salvaguardarlo que la felicidad de Georgia; pero ahora el caso había llegado a ser cuestión de salvar la vida de Georgia, con hermano o sin hermano. De repente se le presentó a Nigel una clara visión de Edward corriendo delante de él hacia la cabaña. Había algo en aquello que necesitaba una explicación. ¡Sí! ¡Por los cielos! Fue eso. Y pensar que antes no se había dado cuenta de un punto tan evidente.

El inspector seguía diciendo:

—Después de esa charlita con Cavendish eché otra ojeada a esas notas que hizo usted sobre el caso. A la luz de lo que nos había dicho Cavendish, el caso de usted contra su hermana es muy convincente, *Mr. Strangeways*. El punto que estableció — que ella era la única persona que tenía bastante intimidad con O'Brien para que él no desconfiara cuando estaba esperando un ataque— es, sin duda alguna, muy luminoso.

—Yo creo que lo mismo puede aplicarse a Lucille Thrale, también ella tenía bastante intimidad con él. Y a propósito, *miss Cavendish* me habló sobre ese veneno esta mañana. Lo lleva consigo en sus expediciones, para el caso de que suceda lo peor. Fue completamente explícita.

Blount se rascó la mejilla y miró a Nigel solapadamente.

—Parece haber cambiado usted de idea hace poco. Bien, no hay ninguna ley en contra, pero yo tengo que conversar seriamente con *miss Cavendish*. Quizá me contará a mí algo más de lo que le dijo a usted —añadió con ironía deliberada, que apenas advirtió Nigel, cuya mente estaba ocupada en reunir retazos de pruebas alrededor de aquella rápida visión increíble de Cavendish cuando corría delante de él hacia la barraca. Ahora más que nunca era necesario desenterrar algunos datos más sobre O'Brien. Recordó al oficial retirado, Jimmy Hope, de quien Knott-Sloman le había hablado. ¿Dónde vivía? ¡Ah!, sí, en Staynton, cerca de Bridgewest.

—Necesito que me presten ese automóvil de O'Brien —dijo—. ¿Marchará bien?

—Sí, por cierto; ¿qué es lo que le anda a usted por la cabeza?

—Espero poderle contar una buena historia como para desmayarse, cuando vuelva; conténgase usted hasta entonces. Y por Dios no vaya a detener a Georgia Cavendish. No serviría más que para hacerle parecer a usted tonto cuando tenga que soltarla de nuevo.

Una hora más tarde Nigel estaba sentado en el desaliñado *living* de un hotelito. Jimmy Hope hervía agua en un calentador e insistía hospitalariamente en que siempre hacía té a las cuatro en punto si alguien de las tropas llegaba de repente. Jimmy Hope era un hombre alto y bronceado, activo, pero de movimientos nerviosos, y un poco exaltado. Llevaba una camisa sin cuello, *jersey*, un par de manchados pantalones caqui de montar y calcetines de lana gruesa. Le dio a Nigel el té con algunos *scones* rancios, sirviéndose un *whisky* para él.

—¡Estómago podrido! —dijo sardónicamente—. Al poco tiempo de estar en la guerra teníamos que tomarlo para escapar de la realidad, y ahora hemos adquirido el hábito. Lo extraordinario del pobre viejo Slip-Slop era que él no parecía necesitarlo nunca. Bien, dígame ahora. ¿Qué es lo que quiere saber usted? Quienquiera que haya hecho el daño merece todo lo que le venga y mucho más. Era uno de esos compañeros a quien uno no se puede imaginar muerto. Aunque tenía un aspecto bien decaído cuando lo vi por última vez.

—¡Oh!, lo vio usted hace poco, ¿verdad?

—Relativamente. Él me llamó en agosto último, precisamente después que se instaló en Chatcombe; me hizo el efecto de un muerto, pero estaba muy animado. Me

dijo que estaba haciendo el testamento y que iba a dejar la mitad de su dinero para la fundación de un fondo destinado a la extinción sin pena de la clase de oficiales, y me pidió que fuera testigo.

—¿Llegó a serlo usted de veras?; nos da bastante que hacer ese testamento; ¿entonces los testigos fueron Bellamy y usted?

—No, no fue Bellamy, fue una mujer mal encarada que creo era su cocinera.

Nigel digería en silencio este bocado duro de roer. Le eliminaba la razón evidente del ataque a Bellamy: ellos deberían haber comprobado mucho antes, sin duda, que, casi con certeza, O'Brien le dejaba a él un legado, y por lo tanto no podía ser testigo del testamento. Entonces, el asesinato de O'Brien, muy probablemente, no tenía nada que ver con el testamento. Además, había un hecho singular: aunque es de presumir que Bleakley se lo hubiera preguntado, *Mrs. Grant* no había mencionado que ella había sido uno de los testigos.

—Supongo que O'Brien no le diría a usted lo que iba a hacer con el testamento. ¿Lo remitiría a sus apoderados o qué?

—No, no lo envió. ¿Cómo marchan sus compañeros? ¿Han encontrado alguna pista, o no se debe preguntar eso?

—Bueno. Hicimos algunos progresos... La complicación por el momento es que no podemos descubrir nada sobre O'Brien anterior a su incorporación.

—Tendrán suerte si llegan a conseguirlo. Nosotros no lo pudimos lograr nunca. Él y un joven camarada llamado Fear fueron destinados a la escuadrilla de aviación en que estaba yo al final del 15, si no recuerdo mal. Eran como David y Jonatán. Sospecho que se incorporaron antes de tener la edad. Fear era irlandés, venía de Wexford, era de buena familia, y todas esas cosas. Solía hablarnos de sus padres y de la casa grande y demás. De lo único que no quería decir una palabra era acerca de O'Brien. Le preguntábamos con bastante frecuencia, porque O'Brien nunca se mostró propicio, pero no quería decir nada. Al final dejamos de intentar saber más. Alguno hizo correr el rumor vulgar de que O'Brien tuvo que dejar el país apresuradamente porque jugó a tirar al blanco contra un tipo que no le gustaba, por detrás de un vallado, según la vieja manera irlandesa, y dejamos la cosa así. No me sorprendería que fuera verdad, a juzgar por la forma en que solía tumbar a los hunos. Era un terror sagrado; no le importaba un pito lo que pudiera sucederle con tal de echar a su hombre abajo.

—¿Fue así desde el principio? —preguntó Nigel.

—Es raro que pregunte usted eso. No, no era así. Fíjese usted, era un genio en el aire desde el comienzo, pero completamente razonable y cuidadoso al principio. Luego, después de haber estado fuera alrededor de una semana, de repente pidió la baja. Nunca se vio a otro en tal estado de agitación nerviosa. Movié cielo y tierra para conseguirlo, pero no le salió bien. Precisamente entonces Fritz era muy superior a nosotros en el aire, y se habían suspendido todos los permisos. O'Brien anduvo como un alma perdida durante una quincena. Entonces, una mañana, al ir a tomar el rancho,

vi al joven Fear y a él leyendo una carta. Ambos parecían como si hubieran chocado contra la ladera de una montaña. Fue después de esto cuando O'Brien se volvió loco. Atacaba todo. Intentaba matarse, ninguno de nosotros tenía la menor duda acerca de ello. Pero era un sanguinario tan admirable con un aeroplano que no podía conseguirlo. Era el enemigo el que caía siempre. Francamente, llegamos a tenerle un poco de miedo. Andaba con una mirada en los ojos como un espíritu salido del infierno.

—¿Qué le sucedió a Fear?

—También era un buen aviador el condenado, pero no habría sobrevivido tanto sin O'Brien. O'Brien en el aire solía cuidarlo como una madre; a Fear a veces le fastidiaba muchísimo semejante cuidado y le decía que podía cuidar de sí mismo. Pero cuando se separaron lo mataron bien pronto.

—¿Cómo fue eso?

—Los dos consiguieron escuadrillas. Yo había venido a casa entonces a causa de una quemadura, y sólo más tarde oí algo del asunto. A Fear lo abatieron a tiros cuando mandaba su escuadrilla en una refriega a ras de tierra, creo que fue al final del 17. O'Brien perdió su escuadrilla entera la misma semana, en el mismo sector, me parece. Fue un suceso sangriento. Le diré que después que Fear se fue al otro barrio, O'Brien pasaba todo su tiempo libre saltando de las nubes sobre los desventurados hunos. Se cree que estaba poseído por todos los diablos.

—Bueno. Debo irme, le agradezco infinito la información —dijo Nigel.

—Lamento que no le haya sido muy útil. Una vez que me encapricho no puedo parar. Tome un traguito antes de marchar. ¿No? Bueno, hasta pronto. Venga a verme alguna vez cuando haya dado con la pista. Uno se encuentra muy solo sin poder conversar más que con las gallinas.

Nigel conducía muy de prisa al volver a Chatcombe. La entrevista con Jimmy Rope había arrojado poca luz nueva sobre O'Brien, pero esclarecía la mayor parte de las complicaciones respecto al testamento. Nigel intentaba acoplar este descubrimiento con la estructura del caso que iba tomando cuerpo lentamente en su imaginación. Sí, se ajustaba admirablemente. Apretó triunfal el acelerador y dispersó a una manada de gansos. Entonces la palabra Wexford se hizo camino en su cerebro. O'Brien se había incorporado en compañía de un joven de Wexford, un joven cuyos padres vivían en una casa grande. Edward Cavendish visitaba alguna casa grande en Wexford todos los veranos antes de la guerra, según dijo Georgia. Ella pensaba que él se había enamorado de una muchacha de allí. Entonces allí había una conexión entre el O'Brien de antes de la guerra y el Cavendish anterior a la guerra. ¿Era puramente geográfica? Ni Cavendish ni O'Brien admitían que se hubieran conocido antes de ser presentados por Georgia. Debía ir por aquel lugar —¿cómo se llamaba?—, Meynart House, en seguida. Si se probaba que Cavendish y O'Brien no se habían conocido allí, sería una cacería descabellada, pero si por el contrario se habían..., podía llegar a las raíces del motivo del asesinato de O'Brien, y, aunque no lo consiguiera, el solo

hecho de que Cavendish pretendiera no haber conocido antes a O'Brien sería bastante sospechoso.

Al llegar de vuelta a Chatcombe, se encontró con el inspector Blount y con un mensaje telefónico esperándole. El último decía que a *lady* Marlinworth le gustaría que pasara por las Torres tan pronto lo considerara conveniente, porque tenía noticias importantes para él. El inspector le dijo que el informe de la autopsia había llegado: la muerte de Knott-Sloman se había producido por la ingestión de seis gramos de ácido cianhídrico. Probablemente la muerte sucedió en diez o quince minutos, pero ahora ese dato ya no probaba nada. Quizá era un poco extraño que un asesino tan pulcro y metódico —decía Blount horrorizado— no hubiera hecho intento aparente de sacar los pedazos de la nuez envenenada. Sin embargo, el riesgo no era digno de dedicarle tiempo. Nigel contó a Blount lo que había descubierto acerca del testamento. Bleakley acababa de tener una conferencia con el inspector, de manera que lo asediaron para preguntarle si *Mrs. Grant* había sido interrogada al respecto.

—Lo fue —dijo él—, y respondió que no sabía absolutamente nada del testamento.

Blount salió en seguida para refrescarle la memoria. Nigel dijo que iba a ir a casa de su tío, y Bleakley le preguntó si podía ir con él. Estaba ligeramente fastidiado porque Blount insinuó que debía haber interrogado más a lord y *lady* Marlinworth, considerando que estuvieron en la comida con O'Brien pocas horas antes de ser asesinado. El superintendente tomó esta censura no tanto como una insinuación contra su competencia, sino como una falta de respeto —que llegaba casi hasta la blasfemia— hacia el distinguido hacendado.

Cuando salían, Nigel vio a Georgia en el vestíbulo y se detuvo un momento para preguntarle cómo se había desenvuelto con el inspector Blount. Pero antes de tener tiempo para abrir la boca, ella le dijo con un tono que partía el corazón doblemente, porque no contenía traza alguna de reproche o de compasión por sí misma:

—Yo no creía que tuviera usted que contarles lo del veneno.

Se lo dijo con voz débil, trivial, pero con leve acentuación justa en el *usted* para revolver la cuchilla dentro de la herida. Frecuentemente Nigel repasaba en su fantasía una situación como ésa. Con cuánta frecuencia no se había acibarado su paciencia con libros, dramas y películas en las que el héroe y la heroína prolongan un equívoco idiota durante capítulos o actos o largas tiradas de acartonada impasibilidad, sólo por la falta de algunas palabras de explicación franca al principio. Si alguna vez se encontrara en semejante situación teatral, se había dicho a sí mismo docenas de veces, lo que Dios no permita, aclararía el equívoco en seguida, como cualquier persona de sensibilidad normal. Por lo tanto, era doblemente grave el darse cuenta ahora de que su lengua no podía formular las palabras necesarias. «Sigue, sigue —le susurraba su yo luminoso—, dile que no la traicionaste en lo del veneno. No conduce a nada ser altivo y caballeroso, en todo caso... ella se dará cuenta de la verdad bastante pronto». Pero alguna fuerza irreprimible se levantaba en su interior,

arguyendo con terca obstinación. «Yo no quiero ser la persona que le diga que fue su hermano quien la delató. No es bueno, yo no quiero hacerlo». Furioso contra ese obstinado saboteador, Nigel se encontró otra vez fuera del salón sin haber dicho una palabra. «Otro triunfo del salvajismo sobre la razón civilizada» —se dijo amargamente.

Había oscurecido por entonces, y él y Bleakley permanecían a la puerta principal de Chatcombe Towers. El mayordomo los dejó pasar, graduando escrupulosamente su acogida según sus respectivas posiciones sociales, concediendo a Nigel la tibia afabilidad debida a un caballero, mientras que a Bleakley, que sólo era una persona, lo recibió con una fría bienvenida. Entonces los introdujo en el salón, donde lord y lady Marlinworth se hallaban sentados. Este salón era una verdadera selva de buenos muebles heredados y un admirable marco para lady Marlinworth, quien, a pesar de su edad, no había perdido nada de su habilidad para trepar y descender por los árboles de la familia. Allí todas las evoluciones del gusto aristocrático podían verse tan claras como estratos en un corte geológico. Piezas del siglo dieciocho se desmayaban elegantemente frente a un trasto victoriano de cobre que saltaba a la vista; ringleras de parientes arrogantes en marcos de oro dignificados con felpilla hacían un recomendable intento de ocultar por completo el papel eduardiano de la pared cuyos trazos escarlata, púrpura y naranja, sorprenderían hasta a un veterano de *delirium tremens*. El visitante que, enervado por la contemplación inhumana de un plantel de antecesores enmedallados, quisiera escapar a otra parte del salón, se encontraría cercado por archipiélagos de mesitas abarrotadas con el mixto botín que esos mismos caballeros militares habían traído de sus servicios en el extranjero. Lady Marlinworth estaba muy orgullosa de su salón. Su marido, con larga práctica, había aprendido a abrirse un camino a través de sus laberintos. Estaba impregnado del más desvaído perfume de madera de sándalo y espliego; también, quizá, por ese espíritu de generaciones de domésticos, cuyas vidas se acortaron de modo apreciable quitándole el polvo.

Lady Marlinworth recibió a Nigel con placer y compostura. Al superintendente Bleakley, a quien instantáneamente catalogó como una persona de categoría más baja, pero perfectamente respetable, se dirigió con halagadora condescendencia. Su marido observaba a Bleakley; su mirada cortés, pero distraída, le daba un marcado parecido con su bisabuelo, el ganador del Derby, aquél que estaba colgado en la pared a su espalda, rodeado por un escudo de armas pintado, una pesada pintura al óleo, que originariamente representaba *La liberación de Lucknow*, pero que ahora sugería un cuadrado de *toffees* hechos en casa, un silbato, y una fotografía de cierta joven jugando al *croquet* —en apariencia— a medianoche en el atrio de una iglesia.

—Según entiendo —dijo lord Marlinworth repiqueteando en una mesa desvencijada que se estremecía gozosa bajo sus dedos—. Según entiendo, ha ocurrido otra fatalidad en la Dower-House.

—Hay que terminar con estas cosas, Mr. Bleakley —dijo lady Marlinworth—.

Están produciendo un escándalo en la comarca, no recuerdo nada que haya ocasionado semejante trastorno desde que aquella infortunada muchacha de Lenthay se fugó con el ayudante de un químico.

—No era precisamente el ayudante de un químico, querida mía. El joven estaba empeñado en un descubrimiento científico, si me ayuda mi memoria. Gozaba de gran reputación. Era estudiante de Cambridge. Yo estoy profundamente disgustado, sin embargo, por el triste fin de Knott-Sloman. Era un diamante en bruto, quizá, pero a quien ha servido a su país tan bien en el campo de batalla, se le pueden perdonar muchas cosas.

—Disparates, Herbert —dijo la anciana con entereza—, ese sentimentalismo me agota la paciencia. Era una persona de lo más desagradable. Una buena carrera militar no es una excusa para que un hombre se convierta en propietario de un burdel.

Bleakley se sobresaltó convulsivamente, y lord Marlinworth se sonó en forma implorante.

—Bueno, bueno, Elizabeth. No era..., ¡caramba! Era un mesón, creo que ése es el término. Sin duda la gente joven de hoy se permite placeres que pueden parecer un poco extraños a nuestra generación. El petróleo ha traído grandes cambios. Pero no debemos juzgarlos tan duramente. Después de todo, nosotros fuimos jóvenes alguna vez. *Et ego*, superintendente, en Arcadia *vixi*... ¿qué?

—Eso puede ser así, señor mío —dijo Bleakley cautamente. Pero a lo que yo he venido es a ver si puede usted concederme algunos minutos para conversar sobre uno o dos puntos del caso, mi señoría, ¿eh..., su señoría?

—Sin duda, mi querido amigo, sin duda —se plegó lord Madinworth—. Mi mujer nos excusará si nosotros nos remitimos a mi pequeño *sanctum*, una pobre cosa, pero sólo mía, como dice el bardo.

Guió al atontado superintendente a través del intrincado salón, y la puerta se cerró tras ellos.

—Ahora, tía Elizabeth —dijo Nigel—, tú tienes algunas noticias para mí.

—Tú me pediste que intentara recordar cuándo había visto yo a *Mr.* O'Brien antes...

—¡Gran Dios! ¿Lo has conseguido? —interrumpió Nigel.

—Espera, no me atosigues, mi querido Nigel —respondió *lady* Marlinworth, extendiendo sus dedos delgados sobre un álbum de fotografías que tenía frente a ella—. Recuerda que soy una vieja, y no se me puede apresurar. Por casualidad esta mañana volví a mirar unas fotografías viejas, tomadas cuando yo era mucho más joven que ahora. Tomé este volumen con reliquias de una excursión por Irlanda justamente antes de la guerra. ¡Qué país encantador! ¡Qué pena que haya caído en las manos de una banda de desesperados! Bueno, un primo de mi madre, el vizconde de Ferns, tenía un lugar en el condado de Wexford. Supongo que ahora estará quemado, como todas aquellas hermosas casas viejas. Durante el año de que te estoy hablando, tu tío y yo nos quedamos allí una semana. La hospitalidad era demasiado embarazosa.

Yo recuerdo que tu tío decía que si invitaran a nuestros políticos ingleses durante una quincena a una de aquellas casas de campo, la «cuestión irlandesa» dejaría de existir. Un día decidimos pagar una visita a nuestros vecinos más próximos —unas gentes llamadas Fear—, en la Meynart House, a siete millas de distancia. Fuimos en automóvil hasta allí. Eran una pareja encantadora. Y su hija, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Judith. Una muchacha deliciosa, un marimacho, ¿sabes?, pero una chiquilla de belleza seductora. Tenían un hijo también, creo, pero entonces estaba fuera de casa. Nos dijeron que debíamos hacer una excursión a las montañas Blackstairs, que quedaban detrás de la casa. De manera que nos pusimos todos en camino. Las señoras se acomodaron en burros, asnos los llaman allí —cosas del viejo mundo, pensé yo siempre—. No es conveniente demostrar impaciencia, Nigel, yo te contaré esta historia a mi manera. ¿Dónde iba? ¡Ah!, en el burro. Bien, el señor Fear, que era un hombre bondadosísima, vio que yo no estaba acostumbrada a semejante animal. Siempre hemos relacionado a los burros con la gente baja, en las arenas de Margate; pero, desde luego, en Irlanda era completamente distinto. Sea como quiera, él le dijo a uno de sus hombres que me cuidara. Tengo idea de que era un ayudante del jardinero, pero en realidad se trataba de un joven de lo más respetable y con muy buena conversación. Todo un talento además. Él y yo marchábamos juntos admirablemente bien. Recuerdo que después de la expedición, Herbert se me unió poniéndose a mi disposición, y yo le dije que había perdido el corazón por el joven. El señor Fear nos hizo una fotografía juntos. Seguramente te interesará verla.

La anciana señora le pasó el álbum. Nigel miró la fotografía que le indicaba. Su tía aparecía envuelta en kilómetros de encajes que caían a oleadas sobre un muy sufrido burro. Sujetando al burro, con una especie de cabestro de cuerda, estaba un hombre con pantalón de montar, chaqueta de Norfolk y un sombrero dado vuelta. El hombre no tenía barba ni cicatriz en la cara, pero las facciones movedizas y vulgares, la expresión burlona que parecía a punto de descomponerse en cualquier momento con algún gesto insultante, los ojos profundos..., era Fergus O'Brien.

—Efectivamente... —exclamó Nigel—. Has estado brillante, tía Elizabeth. Debes tener una memoria maravillosa para las fisonomías.

—Herbert siempre dice que sólo es inferior a la de nuestra querida Familia Real. Yo no relacioné al señor O'Brien con el joven de la casa Meynart, sin embargo, hasta que llegué a esta fotografía. Estoy segura que su nombre no era O'Brien en aquellos días.

—¿Tú sabes qué ha sido de la familia? Me gustaría ir por allí y conversar con alguno, si es que todavía viven en el distrito.

Lady Marlinworth suspiró.

—Es una historia muy trágica. Mi primo, el vizconde de Ferns, me contó algo cuando vino a Inglaterra en 1918. El hijo murió en la guerra. Éste fue el golpe final. Destrozó el corazón de sus padres. Ambos murieron poco después. Me dijo que era un muchacho muy prometedor.

—¿El golpe final?

—Oh, sí. La hija se había ahogado. Debió haber sido sólo un año después de haberla conocido yo, su pobre padre la encontró una mañana en el lago que hay en la finca. ¡Qué trágico! Una muchacha tan adorable, dulce y linda de verdad.

—Supongo que no tendrás fotografías de ninguno más de la partida.

—No, lo siento. Herbert iba a tomar una de Judith Fear; lo había cautivado. Pero era vergonzosa y testaruda. Se escapó riendo, con sus piernas largas.

La frase hizo surgir en la imaginación de Nigel la imagen de la muchacha, tan clara que casi resultaba intolerable. Sintió como si la hubiera conocido y su muerte fuera una pérdida personal.

—Bien, infinitas gracias. Ahora tengo que ir a Irlanda. ¿Puedo llevarme esta fotografía?

Nigel se apresuró a volver a Dower House, y consultó una guía. Si iba en coche hasta Bristol podía alcanzar el tren de las 8.55 y transbordar en New Port al correo irlandés para Fishguard. Subió las escaleras corriendo y echó volando algunas cosas en un maletín. ¿Qué otra cosa necesitaba ahora? Fotografías. Encontró al inspector Blount.

—Mire, Blount, por fin he conseguido dar con la existencia de O'Brien antes de la guerra. Me voy a Irlanda esta noche al sitio donde estuvo por última vez. Creo que estoy sobre la pista de algo grande. ¿Puede usted contenerse hasta mi regreso? Necesito fotografías de todos los de esta casa, vivos o muertos.

El inspector lo miró un momento en silencio. Luego dijo:

—Han enviado colecciones de fotos a Taviston, puede usted solicitarlas al pasar. Pero quiero algo más para decidir si pospongo una detención.

—¿La de Georgia Cavendish?

El inspector asintió con la cabeza.

—Todo la indica a ella. Es su propia obra, *Mr. Strangeways*, bien lo sabe; usted fue el que inició el caso contra ella.

Nigel gimió por dentro.

—Pero mire —dijo—. ¿Qué hay de *Mrs. Grant*? ¿Cómo se explica ella?

—Yo la puse sobre ascuas con lo del testamento, pero selló sus labios, y dijo que Bleakley le preguntó si sabía algo sobre el testamento de O'Brien y ella contestó que no, porque no lo sabía. Es decir, que ignoraba su contenido. Él no le preguntó si había sido testigo, por lo tanto ella no le dio más información. No se iba a mezclar en toda esta pecaminosa matanza más de lo inevitable. Es una mujer muy difícil. ¡Uf!

—Me parece un argumento muy falaz el suyo. Se puede ver más mezclada en el asunto de lo que desea, sin embargo. Ahora vea. Yo tengo que irme. Puedo alcanzar justamente el tren en Bristol si tomo el Lagonda de O'Brien. No ponga sus manos sobre Georgia hasta que yo vuelva. Creo que entonces le podré facilitar el caso. Hay aquí materia para proseguir. La mañana que encontramos el cuerpo de O'Brien había una sola fila de pisadas marcadas, que iban de la galería a la cabaña. Ahora bien, ni

Cavendish ni yo es de presumir que tuviéramos la más mínima idea de que había sido asesinado. No había por lo tanto razón para que no tomáramos la ruta directa hacia la cabaña, que corría sobre las huellas. Pero Cavendish, que iba delante de mí, se mantuvo deliberadamente apartado de ellas, y yo lo seguí acomodándome a él sin pensarlo. Ahora: ¿por qué Cavendish había de evitar tan cuidadosamente el pisotear aquellas huellas, a menos que quisiera preservarlas? *¿Y por qué quería preservarlas si no fuera él quien las hubiera hecho originalmente con los zapatos de O'Brien para ocultar el hecho de que O'Brien había sido asesinado?* Ríase lo que quiera. ¡Hasta luego! Nos veremos pasado mañana.

Nigel salió precipitadamente de la casa, dejando al inspector Blount rascándose la barbilla y forjando grandes pensamientos.

Capítulo XIII

LA HISTORIA DE LA ANTIGUA NIÑERA

A LAS SIETE Y treinta y nueve de la mañana siguiente se apeaba Nigel del tren en Enniscorthy. Entró en el garage de la estación donde esperaban dos viejos Ford, ocupados los estribos por dos jóvenes andrajosos con cierto aspecto montaraz. Nigel tuvo la sensación de ser un extranjero. Se aproximó al conductor del menos decrepito de los dos coches, y le preguntó si era de alquiler.

—¿Adónde quiere ir usted, señor?

—Ando buscando un lugar llamado Meynart House. Debe de ser cerca de las montañas Blackstairs. Yo no sé si hay allí alguna villa.

—Ése es un camino infernal de largo. ¿Por qué no va usted ahora a Vinegar Hill? —El joven movió con violencia la cabeza indicando una pequeña colina situada, sobre la ciudad, coronada por algo que a Nigel, que no había visto anteriormente torres redondas, le pareció una gran maceta invertida—. Se contempla una esplendida vista desde allí, de veras, señor. Le cobraré por ese viaje media corona. —El joven sonrió de una manera tan repentina y brillante que a Nigel le fue difícilísimo substraerse a su poder hipnótico; carraspeó y dijo con toda la firmeza que pudo recuperar:

—No, lo siento, pero tengo que ir a Meynart. Tengo negocios importantes allí.

El joven lo miró sorprendido e incrédulo. Entonces dijo:

—Bien, no importa, lo llevaré allí. ¿Cuánto me dará usted? ¿Es mucho cinco libras?

El otro conductor, espectador interesado de este coloquio, interrumpió secamente.

—No vaya en el coche de Flanagan, señor, no va usted a llegar allí. Yo lo llevaré por cuatro libras quince.

También él le dirigió a Nigel una sonrisa de brillantez hipnótica.

—No te metas en esto, Willie Noakes, o te daré un puñetazo. No le haga caso, señor. Es tan hablador, que los burros se cansan de escucharlo. Lo arreglaremos con cuatro libras y diez. —Nigel cerró trato con él rápidamente, temiendo que hubiera efusión de sangre. En seguida preguntó si podía desayunar algo antes de salir. Su conductor escupió y se volvió al otro competidor.

—¿Oíste esto, Willie? El caballero pregunta por el desayuno a las siete y media.

Vea, señor, todo el mundo está durmiendo todavía, lo declaro ante Dios Todopoderoso.

—Puedes ir y llamar en casa de Casev.

—Me desollarían la espalda si lo hago. Tengo miedo de ir.

Nigel insistió en que tenía que conseguir algo de comer. Flanagan pareció dudar y luego emitió un agudo chillido.

—¡Jimmie! ¡Jimmie Nolan! ¡Venga aquí!

Un hombre gordo, de cara colorada, emergió bostezando de la estación. Tenía gorra de jefe de estación, pero ningún otro signo oficial.

—Entre, que en seguida voy a decirle lo que quiere este caballero.

Flanagan gritaba a toda voz. Luego agregó:

—Acaba de llegar de Inglaterra sin probar bocado, y se está muriendo de hambre. ¿Quiere darle usted algo para desayunar ahora mismo, o se nos caerá muerto?

—¿Es por el desayuno? —Dijo jadeante el jefe de estación con amabilidad—. Entre, señor. ¿Comió usted alguna vez pan de soda? Le apuesto que no tienen ustedes esto en Inglaterra.

Condujo a Nigel, demasiado deslumbrado para protestar por toda esa falta de ortodoxia. Al entrar en la estación, Nigel se volvió y gritó al conductor, el gritar parecía contagioso allí:

—Volveré dentro de media hora.

—Hay tiempo bastante, señor, hay tiempo bastante —dijo Flanagan dando alaridos—. Llène bien la barriga. —Luego se recostó contra el fondo de su coche, extendió las piernas sobre el asiento fondero, y reanudó su sueño de la mañana.

Una buena hora más tarde, Nigel salía haciendo eses de casa del jefe de la estación. Lo había importunado tan continuamente con alimento y preguntas acerca de «la gran ciudad», que su cerebro y su estómago parecían estar congestionados por igual. Se metió en el auto, que arrancó, y subieron las calles más empinadas con el Ford hirviendo y temblequeando como un enfermo con fiebre alta. Hombres y mujeres salían a las puertas de las casas berreando para darles valor. Los chicuelos que jugaban en las cunetas eran los más hermosos, sucios y sanos que Nigel había visto jamás. Ahora marchaban en pleno campo, ondulado, rico, de vívido verdor, con las montañas azuleando en lontananza.

Nigel se sentía impaciente, sin aliento y un poco mareado, como si fuera a una cita de amor. A intervalos de tres millas el Ford se paraba bruscamente, salía Flanagan, se rascaba la cabeza, abría la cubierta y golpeaba delicadamente en el interior. Todas las veces el carruaje volvió a ponerse en marcha. El proceso era, como la Iglesia Católica Romana, una mezcla triunfal de ritual y de fe.

Hacia las diez y media llegaron a la villa de Meynart. Flanagan le había sonsacado a Nigel sin gran dificultad cuál era la naturaleza de sus negocios. A hombres más fuertes que Nigel les fue imposible resistir la imprudencia, el rudo encanto y la atmósfera vagamente siniestra de intimidación potencial con que los

tipos de la especie de Flanagan envuelven al extranjero. El joven se puso en situación con una gran cantidad de sugerencias y pantomima conspiratoria. Llegados a Meynart, se fue en derechura a una casa encalada, en la ventana de la cual había colocadas *pipas* de barro, cacharros de aspecto virulento, dulces y postales pintadas. Apenas estuvo dentro un par de minutos, pero cuando resurgió se convirtió en el centro de una multitud que más parecía haber materializado sacándola del fino aire, que haberla recogido. Un pequeño mitin tuvo lugar entonces, Flanagan en la tribuna, durante el curso del cual Nigel supo: a) que la Meynart House había sido quemada durante los disturbios, b) que el caballero del coche era un hombre decente y pacífico, y que su sobretodo debía costar una gran cantidad de dinero, c) que Patrick Creevy había visto saltar ayer una de sus vacas sobre un portillo y en consecuencia sabía que un extranjero llegaría a la villa en seguida, d) que él, Nigel Strangeways, era un abogado que llegaba de una gran ciudad para saber si vivía alguno de la familia Fear, porque un tío suyo millonario acababa de morir en América. Ésta era la contribución de Flanagan al debate, habiéndole asegurado a Nigel que le iría mal si se descubría que tenía alguna relación con la policía, y e) que si quería saber algo de los Fear lo mejor sería preguntar a la viuda de O'Brien.

El mitin se dirigió a una casucha encalada situada en el extremo más lejano del villorrio. El gentío elevó la voz y emplazó a la viuda a que saliera de ella y oyese lo que este caballero tenía que decirle después de hacer todo el camino desde América, Dios le ayude, con los bolsillos llenos de oro. A este punto Flanagan se volvió ferozmente hacia el gentío y lo dispersó como a una manada de gansos. Entonces agarró a Nigel del brazo y le susurró al oído, en un tono que lo hacía recomendable para un melodrama del Liceo:

—No le diga que es usted de la policía, si no esta vieja lo perseguirá con un hacha.

La viuda de O'Brien no mostraba, sin embargo, marcadas tendencias homicidas. Era una mujer baja y gruesa, con ojos de un azul desvaído, cara sinuosa y reblandecida como una nuez, y un pañuelo rojo en la cabeza. Saludó cortésmente a Nigel y se hizo a un lado para dejarlo entrar en su casucha. Estaba llena de humo, producido por un hogar de tierra, que no parecía tener mucha prisa en escapar por el agujero del tejado que servía de chimenea. Nigel se sentó en una banqueta de tres pies; pestañeaba y tosía intentando acostumar sus ojos a las tinieblas. Una gallina trató de acomodarse en su regazo y una cabra lo inspeccionaba sobre la media puerta de una manera despreciativa. Por alguna parte, en la oscuridad, se revolvía la viuda de O'Brien. Luego sacó a la luz una tetera y llenó dos tazas.

—Una taza de té, señor, le vendría bien después del viaje —dijo con exquisita cortesía—. Es un té fuerte, muy bueno, de veras. Se puede hacer trotar un ratón por encima de él.

Nigel sintió el deseo malsano de poder sacar un ratón vivo del bolsillo de su pecho con la alegría inmortal de Boy Scout de Harpo Marx. En lugar de eso tomó un

trago de té e inició la conversación. Era difícil en aquellos lugares sentir ninguna prisa, aun cuando la paz espiritual de Georgia estaba en juego.

—He venido para hacer averiguaciones acerca de una familia llamada Fear, que vivió en la Meynart House. Me dicen que es usted la persona más indicada para pedirle informes.

—¿De los Fear? —dijo *Mrs.* O'Brien recostando cómodamente la espalda en su mecedora—. Desde luego, yo puedo contarle a usted algo de ellos. ¿No he vivido, acaso, en la casa Grande desde el día en que mi marido murió en mis brazos, Dios lo bendiga, hasta que la quemaron esos pillos, los Tan? Eran gente de calidad el señor Fear y su mujer. No encontraría usted otros semejantes aunque fuera con los pies descalzos de aquí a Dublín.

—Supongo que usted sería el ama de llaves, *Mrs.* O'Brien.

—No, no lo era —replicó la vieja muy halagada—; yo fui a la Casa Grande como niñera de *miss* Judith cuando era un crío. ¡Ah!, qué amorcito era, y su hermano Dermont lo mismo; era todo un caballero, además. ¡Pero qué intrépido! —*Mrs.* O'Brien levantaba las manos y volvía los ojos hacia el cielo—. Muchas veces lo he tenido montado en mis rodillas lo mismo que a *miss* Judith y los azotaba con una zapatilla. Eran un dechado de diabluras, hacían picardías en competencia, amargando la vida a todo bicho viviente. Pero era imposible enojarse con ellos mucho tiempo, señor. Venían, lo miraban a uno a la cara y sonreían como dos ángeles, y eso lo hacían cuando acababan de tirar piedras al invernadero, o de pintar al caballo de azul o cualquier barrabasada por el estilo.

—Debe haber sido muy bueno para ellos correr libres en un lugar como éste. Supongo que fueron su orgullo cuando crecieron, *Mrs.* O'Brien.

La antigua niñera suspiró.

—Lo fueron mientras se conservaron. *Mr.* Dermont era un joven recto. De seguro que todas las jóvenes en Wexford y Wieldow corrían detrás de él. Era un gran jinete; por serlo ganaba todas las carreras en el campo, en el Sudoeste, y obtuvo una copa en la exposición de caballos de Dublín. Pero era una criatura inquieta y salvaje, y no pudo reposar tranquilo hasta que hizo el disparate de irse a luchar por el inglés, él y aquel joven vástago de Satán, Jade Lambert; se marcharon un día sin decir una palabra a nadie; llegó una carta de él dos días después —y se mesaba el cabello de dolor—, diciendo que él y Jack se habían unido al ejército inglés, y que le iban a traer un precioso regalo de Berlín a su madre.

—¿Quién era Jack Lambert?

—Era un ayudante del jardinero de la casa. El vizconde de Ferns se lo recomendó a *Mr.* Fear, y era bastante trabajador —tengo que decir esto en su favor—, excepto cuando él y *Mr.* Dermont andaban haciendo extravagancias metidos en una salvajada o en otra. Pero no llevaba aquí más de un año cuando a *Mr.* Dermont y a él se les metió en sus cabezas locas que debían ir a unirse al inglés, como si no pudieran conseguir aquí toda la excitación que necesitaban. Lo que les sucedió después yo no

lo sé por completo. *Mr.* Dermont fue muerto en Francia el año de la Rebelión de Pascua. Su padre no pudo sobrellevarlo. Era un hombre fuerte y duro, Dios lo haya perdonado, pero esto acabó con él. Murió al año siguiente y la pobre *Mrs.* Fear no vivió mucho más. Ella era la última de los Fear; me parece que le será difícil arreglárselas para encontrar una familia más desgraciada.

—¿*Miss* Judith también murió?

—Sí, antes que su hermano, queridita mía. Fue como si me hubieran quitado a mi propia hija. Lo que me parte el corazón es que la pobrecita fuera tan desgraciada cuando murió. Se mató ella misma, vea usted, y no hacía un año estaba tan alegre todo el día como un rayo de sol, así que no era de creer que la noche traería algo para hacerle daño.

La anciana niñera se quedó silenciosa. Nigel sintió que algo le picaba en los ojos que no era humo de turba. Era ridículo sentir de esta manera por una muchacha en la que jamás había puesto los ojos. ¿O no era así? La luz empezó a inundar su cerebro y dos imágenes tomaron contacto.

—Espere hasta que prepare otra tetera —seguía diciendo *Mrs.* O'Brien—, y le contaré la historia completa.

Se movía como una bruja de aquí para allá, frente al fuego. Nigel se levantó para estirarse, pero chocó con un costillar de cerdo que colgaba de las vigas y se sentó otra vez, apresurado.

—*Miss* Judith se desarrollaba y prometía ser una encantadora muchacha; era la niña de los ojos de su papá. Todos la querían; hasta los caballos y las vacas venían galopando cuando ella los llamaba; y tenía un corazón tan tierno que era capaz de dar la ropa de su cuerpo a un pordiosero. Era una verdadera chiflada, también como su hermano. Pero dulce e inocente como la Madre de Dios. Demasiado inocente, me parece para este mundo. Bueno, había un pariente del amo, *Mr.* Cavendish, que solía pasar en la casa todos los veranos. Vino primero cuando *miss* Judith era una muchachita nada más que de trece años. Acostumbraba a jugar con ella, y ella le llamaba tío Edward. Era un hombre fino y de elevada posición, con ricos trajes, y un automóvil y todo; ella había visto pocos parecidos por allí, donde las gentes superiores eran tan pobres, que aun en aquellos días las personas de distinción se mordían las uñas de hambre. Pocos años después la cosa tomó un camino tal que *miss* Judith pensó que estaba en amores con él, y eso que era tan viejo que podía ser su padre, como dicen los libros de historias. Comprenda usted, yo no digo nada contra él; era un caballero, aunque para nosotros, las gentes irlandesas, resultaba de maneras un poco estiradas. *Miss* Judith lo hacía rabiarse en grande, él lo tomaba con mucha calma. Sea como quiera se enamoró de ella. Nadie que la hubiese visto se extrañaría, era una belleza que deslucía a todas las muchachas del condado de Wexford, y, tal como se lo digo, ella creía que estaba enamorada de él. Pero su papá era un hombre severo y tenía un genio de Satanás, de manera que ella, aunque tenía más valor que cuatro juntos, le tenía un poco de miedo. Sabía que se pondría hecho una furia si se

daba cuenta de lo que había entre ella y este *Mr. Cavendish*; como era tan joven su papá pensaba que todavía acababa de salir de la cuna. Además se pasaba la vida leyendo libros, y tenía ideas románticas respecto a la voluntad de las jóvenes. Así que no podía hacer otra cosa sino guardar en secreto ese preciso asunto de amor. Le escribía cartas a *Mr. Cavendish* y me hacía sacarlas de contrabando de la casa para echarlas al correo. Yo creo que su papá algo sospechaba del asunto. Ella siempre conseguía hacer de mí un ovillo cuando de veras se le antojaba algo. Y *Mr. Cavendish* solía enviar sus cartas a una muchacha amiga de Judith para que se las remitiera a ella, de forma que su papá no pudiera descubrirlo por la letra. Era una estupenda locura y yo con bastante frecuencia le decía a *miss Judith* que nada bueno iba a salir de allí, pero sólo conseguía ponerla más loca. Esto no fue nada al lado de lo que sucedió después, cuando llegó este Jack Lambert de quien le hablé a usted.

—¿En qué fecha ocurrió esto, *Mrs. O'Brien*?

—El joven Lambert entró al servicio de *Mr. Fear* en 1913. Recuerdo que vino el otoño después que *Mr. Cavendish* se marchó. Y no habían pasado muchos meses antes de que hechizara por completo a *miss Judith*. ¡Ah!, él era un diablillo muy audaz. Tenía una lengua capaz de haber obligado a San Pedro a entregarle las llaves en un instante, y lo miraba a uno con aquellos ojos suyos azul oscuro de brujo de tal manera que había que buscar una pila de agua bendita para defenderse. Bien recuerdo el día —fue en la primavera siguiente—, y la primavera es un tiempo terrible para las doncellas. *Miss Judith* vino junto a mí, medio riendo y medio sollozando.

»¡Oh!, ama —dijo—, soy muy feliz. Lo quiero. Yo no sé qué hacer, no sé qué hacer.

»Ten paciencia, querida mía —le dije—, seguramente volverá este verano, y entonces ya tendrás 18, puede ser que tu papá permita que te comprometas.

»¡Ah!, no es eso, no es eso. Es a Jack Lambert a quien amo», decía ella, tan orgullosa y arrogante como una emperatriz, y medio horrorizada, al mismo tiempo, como una niña que acabase de encontrar una bolsa de dinero en un *boreen*.

«¡Alabado sea el Señor! —Dije yo—; no será ese joven *Spalpeen*. No es más que el jardinero de papá». Pero ni el diablo podía con ella, por más que se le hablase. Jardinero o no jardinero, lo amaba y quería casarse con él. Temía, además, que *Mr. Cavendish* descubriera todo el asunto cuando viniera en el verano, y era su corazón tan tierno que no quería herirlo. Después de todo *Mr. Cavendish* no llegó a venir, porque en aquella época estalló la guerra. Pero continuó escribiéndole, y ella también le escribía, aunque no con tanta frecuencia, pero no se atrevía a romper abiertamente con él, diciéndole que no le quería más. Y a cada momento se escapaba a hurtadillas junto a Jack Lambert o cabalgaba con él por toda la comarca, después de conseguir que su padre lo convirtiera en su caballero. Y cuando no estaba con él, con él soñaba, de manera que cualquiera, excepto un gran estúpido como su papá, podía ver lo impropio del caso. Así transcurrió el resto de aquel año. Pero al final la señorita Judith se enamoró a tal extremo, que juró que se casaría con él, o que se fugaría si su

padre no la dejaba. Yo sabía muy bien que no iba a dejarla, porque era un hombre tan austero y orgulloso que antes hubiera preferido verla casada con un artesano. Así que me pareció lo mejor escribir a *Mr. Cavendish* y pedirle que viniera para ver si podía reconquistar a *miss Judith* y quitarle esa locura. El día que le escribí ella vino junto a mí y me dijo en secreto que *Mr. Dermont* y *Jack* iban a incorporarse al ejército inglés y que ya todo marcharía perfectamente, porque él llegaría a ser oficial y volvería con un gran renombre; después de ello su padre no podría negársela.

«Casi fue la última vez que la vi con aspecto feliz». Sería quizá que realmente no podía vivir sin *Jack*. Estuvo bastante animada al principio, pero pasaban las semanas, y cada vez se volvía más pálida y silenciosa sin encontrar placer en nada. Su pobre madre creía que tenía anemia, pero yo sabía mejor lo que pasaba. *Miss Judith* solía pasear sola, como un espíritu. Muchas veces la vi contemplando el fondo del lago, muda como un árbol. Estaba tan pálida, silenciosa y triste, señor, que era difícil saber cuál era ella y cuál su reflejo. *Mr. Cavendish* le había escrito una vez o dos por aquel entonces, pero esto no pareció hacerle ningún bien. Una noche la encontré llorando con una carta suya. La escondió apresuradamente, pero no consiguió engañarme. «¡Oh, ama! —dijo—. ¿Qué voy a hacer?; no fue culpa mía. ¿Qué le hice a él para que sea tan cruel? Si papá lo descubre...». «¡Virgen Santa! —dije yo—. ¿Quiere decir que va a tener un niño, *miss Judith*?».

«Al decir esto ella me interrumpió como una loca medio riendo y medio llorando. “¡Oh amiguita, déjate de bromas! No, te aseguro que no es eso. Casi lo desearía, sin embargo”. Y ella nunca dijo una mentira, Dios la bendiga. Entonces se volvió, muy calmada y tranquila, al ver la forma en que yo me había horrorizado, hasta ponerme fuera de mí, y abandonó sus agudezas.

»Yo nunca reniego. Le escribiré a *Jack*. Él sabrá lo que tiene que hacer. Le pediré que vuelva. Debe volver. ¿No soy su amada? —Dijo en forma grave, seria y novelesca, tan propia de su carácter—. Así que se levantó y le escribió, y durante unos cuantos días volvió a ser la misma, esperando a cada momento que llegara navegando por el agua. Pero él no volvió nunca, el diablillo sin corazón. Una semana después de esto la sacaron del lago. Sus lindas mejillas estaban tan mojadas que parecían llorar aún, y puede ser que ya llevara siete horas muerta».

Hubo un largo silencio en la casucha; la vieja niñera enjugaba sus ojos con la manga, y *Nigel* trataba de dominar el nudo que tenía en la garganta. No podía ver más que a una muchacha reflejándose en un lago, tan triste, silenciosa y pálida que podía confundirse con su propio reflejo. Poco después le preguntó a la niñera si tenía alguna fotografía de *Judith Fear*. La señora de *O'Brien* se levantó y revolvió en el cajoncito de su mesa. Luego le entregó a *Nigel* una fotografía. La sacó a la puerta para verla con más claridad, aunque sólo sirvió para confirmarle lo que ya era una certeza en su mente. En la desvaída postal aparecía una muchacha de cabello oscuro con una tímida sonrisa conmovedora en los labios, y en sus ojos se entreveía una tristeza; una cara delgada, fantástica, prometedora de belleza, generosidad y peligro.

Era la misma muchacha, sin sombra de duda, cuya fotografía había visto en el vestíbulo de O'Brien el día de su llegada a la Dower House. Después de esto parecía casi superfluo sacar la instantánea de su tía sobre el burro. La anciana niñera en seguida identificó al joven con Jack Lambert. El círculo estaba completo; un lazo corredizo para alguno. Mrs. O'Brien se quedó asombrada al oír que el gato salvaje, el joven bribón Jack Lambert, había tomado prestado su propio nombre y llegó a ser el gran aviador Fergus O'Brien. Sus facciones se le habían alterado con bastante rapidez por las heridas, y todo lo que tenía de demonio insaciable fue lo que lo impulsó; así que cuando su fotografía comenzó a aparecer en la prensa nadie en esta remota parte del mundo lo habría reconocido, en el caso de que lo hubieran visto. Era extraño, sin embargo, y Nigel se lo hizo notar a la anciana que no se le ocurriera a nadie relacionar a Fergus O'Brien con los días de su juventud en Irlanda. ¿Carecía en absoluto de parientes? ¿Ni compañeros de escuela? ¿Qué es lo que había hecho antes de llegar a la Meynart House?

La niñera asumió aquella expresión de escandalizado paladeo con que las señoras ancianas anticipan un buen bocado de escándalo.

—No puede haber daño alguno en que yo se lo cuente, siendo usted un amigo de la familia, y ahora que ya todos están en sus tumbas. Se dice por aquí que Jack Lambert era hijo natural del vizconde de Ferns. Una muchacha de Macmines, hija de un labrador, se fue repentinamente a Dublín. Hubo rumores acerca del asunto, porque el hombre era colono del vizconde de Ferns, y él visitaba con frecuencia aquella parte. De la muchacha no se volvió a oír nada, y su padre nada deseaba tanto como dejar la lengua quieta si se la nombraban. Pero cuando Jack Lambert llegó, y su señoría trató de emplear su influencia con el señor Fear para que lo tomara en la Casa Grande, la gente dio en hablar sobre eso y en decir entre ellos que Jack era el vivo retrato del vizconde. Señor, yo no sé si era verdad; pero su señoría era un viejo solitario sin hijos legítimos, de manera que podía querer tener al joven cerca de sí, aunque fuera un bastardo. Dios le ayude. Un pobre viejecito tímido era su señoría al final. Después que los Tan quemaron la Meynart House me tomó a su servicio. Era un gran entendido en jardinería, aunque le gustaba llamar a todas las flores por nombres paganos que nunca se oyeron otros semejantes. Recuerdo que *antirrhinums* eran sus favoritas. De todos los alrededores venían a buscarlas. Una vez, durante la guerra civil, cuando su señoría estaba en Inglaterra, los *Staters* y los republicanos tuvieron una batalla en el jardín, una verdadera batalla. Después que la batalla terminó, James Clancy —era el jardinero principal entonces— llevó a ambos ejércitos por el jardín para mostrárselo y me dijo que admiraron sobre todo los *antirrhinums* de su señoría.

Nigel dejó a la anciana de mala gana prometiéndole que le enviaría una libra del mejor té de Londres a su regreso. Extrajo a Flanagan de entre un montón de hombres que contemplaban sobre un muro, en homenaje silencioso, a una enorme marrana negra, y regresó a Emniscorthy sin desgracia. En el momento de llegar el tren estuvo a punto de ocurrir alguna, debido a una conmoción terrible que se produjo en el

andén. Un carro tirado por un asno, abarrotado con sacas del correo, entró de repente por la puerta principal. Iba conducido por un cartero que, absorto, tocaba una campana de bronce y saludaba a gritos a cada uno desde el pescante. El tren ya aparecía saliendo del túnel, a un centenar de metros por la vía, cuando el carro se lanzó rampa abajo atravesó los carriles y subió la ladera opuesta. Cuando el asno trotaba por el andén, todos los que tenían cartas que echar las tiraban dentro del carro dando gritos para animar a su conductor. Alcanzó el último extremo del andén un cuello más allá del furgón del correo, y todos se felicitaban por la puntualidad del cartero irlandés. Nigel tuvo la sensación de que el país le hacía una buena despedida.

Mientras el barco se balanceaba sobre las enormes olas hirvientes del canal, su imaginación estaba ocupada reajustando el esquema del caso para encajar estas nuevas revelaciones de capital importancia. Nigel tenía la fortuna de poseer una memoria verbal casi perfecta. Se instaló en el cerrado confinamiento de su camarote, para recordar todo lo que se había dicho desde el primer momento de su arribo a Chatcombe. Dondequiera que llegaba a una observación que parecía tener significación, la dejaba sentada en su cuaderno de notas. De manera que pronto rellenó el esquema del caso. La luz se filtraba, como el alba por las puertas de su camarote, en lugares que parecieron oscuros sin remedio. Al fin todos, excepto uno, se iluminaron. No cabía duda de que Edward Cavendish había matado a O'Brien. Todo coincidía en confirmado. Pero los motivos de los asesinatos hubo que alterados y dilatados hasta que quedaron casi imposibles de reconocer desde el punto de vista de sus primeros tanteos a oscuras. Sólo quedaba un punto fuera de las líneas de enlace que había trazado entre todos los demás: un punto contumaz y obstinado que le irritaba de manera desproporcionada, en parte porque no parecía esencial para el conjunto del diseño y en parte porque podía haberse esclarecido tan fácilmente. No se puede esperar que forme parte de las vituallas de un paquebote irlandés un ejemplar de la obra de un comediógrafo casi oscuro del siglo XVII. Pero fue la falta de esto, Nigel lo comprobó más tarde, lo que al impedirle realizar una explicación completa del caso, condujo a la vertiginosa y melodramática tragedia con que al fin terminó.

Capítulo XIV

CÓMO SE CUENTA UN CUENTO

MIENTRAS Nigel Strangeways iba cabeceando adormilado por el sur de Gales, los ocupantes de la Dower House despertaban para que el inspector les informase que probablemente sería aquél su último día de permanencia en ella. Había un sentimiento de alivio e irresponsabilidad en el aire como en una escuela la última mañana del curso. Aunque no pudieran todavía considerarse libres, se alegraban de dejar la Dower House, que se había convertido en una prisión; y hay cierto alivio en salir de una prisión, aunque se entre en ella sólo como visitante, y quizá hasta si se sale de ella directamente para el cadalso.

No turbaban semejantes especulaciones la linda cabeza de Lily Watkins cuando ponía la mesa para el desayuno. Pensaba en cierto constante joven, ayudante del granjero, en el tiempo primaveral y en su nuevo vestido dominguero. Calculaba también la cantidad de propinas que le darían las señoras y los caballeros, y el gran prestigio que conservaría siempre por ser la descubridora del cuerpo de Knott-Sloman. Lo que *Mrs.* Grant estaba pensando era, como de costumbre, poco claro para todos, excepto para su Ángel de la guarda. Se encorvaba sobre sus torreznos fritos, si de persona tal puede decirse que se encorva, y los contemplaba con los labios contraídos y con la misma mirada complacida que echaría a un grupo de pecadores que chisporrotearan en el infierno. Lucille Thrale bostezaba desperezando su cuerpo magnífico con una languidez estudiada, perfeccionada con la práctica, aun medio dormida como estaba. Luego se despertó por completo. Sus músculos adquirieron mayor tensión y los ojos se pusieron en guardia. Sólo pocas horas más tendría que mantenerse en ese estado. Philip Starling andaba cojeando por su habitación, con los faldones de la camisa colgando por fuera de los pantalones, la cara resplandeciente de animación al paladear frases que por fin demolerían a ese charlatán editor de Píndaro. Cuando las hubo pulido a su satisfacción, murmuró:

—Bueno, no se puede decir que no entiendo la vida.

Edward Cavendish intentaba afeitarse, pero la navaja temblaba en su mano sin poderla dominar, y la mirada de sus ojos inyectados en sangre habría descompuesto seriamente a unos cuantos compañeros de alojamiento si hubieran estado allí para verlo. La mirada de los ojos de su hermana era mucho menos fácil de leer.

Indignación, amargura, temor e indecisión pasaban por ellos en una revolución desesperada, y se suavizó después, hermoseándose, convirtiéndose en una expresión completamente distinta, como si una mano amante hubiera pasado sobre su rostro.

Georgia Cavendish fue la primera persona, sin contar al policía de la puerta, a quien encontró Nigel cuando entró en la casa antes del almuerzo.

—Dígame —dijo ella—, ¿es Edward el?... —no pudo decir más.

—Me parece que no cabe duda de que fue él quien mató a O'Brien —dijo Nigel despacio, como si escogiera las palabras para atenuar el golpe—. Está en una situación penosa. Yo...

—No, no diga nada más, Nigel. El inspector me habló del..., del veneno, y de que Edward le dijo que yo lo tenía. Yo se lo pregunté. En realidad no podía creer que usted se lo hubiera dicho. Fue usted demasiado...

Tomó la mano de Nigel y, con gesto rápido, frotó sus labios contra ella. Lo miró de nuevo irresoluta durante un segundo, la boca le temblaba. En seguida exclamó:

—¡Oh infierno y condenación! —Y girando como una peonza huyó de la habitación. Nigel contemplaba como un estúpido el dorso de su mano, sonriendo vagamente. Después de un rato volvió en sí y fue a buscar al inspector Blount. Éste estaba reunido con Bleakley en la parte de atrás de la casa. Los tres se dirigieron a la sala pequeña, y Nigel los enteró de todo lo importante que supo en Irlanda. Los ojos de Bleakley se le salían con la excitación, y sus bigotes se estremecían como una antena. Blount tomaba las noticias con más calma, pero sus ojos, detrás de los lentes con armazón de carey, registraban cada detalle con la inteligencia alerta.

—Bien, *Mr. Strangeways* —dijo cuándo Nigel hubo terminado—, esto acaba de remachar el asunto. Me alegro de haber contenido mi mano, aunque después del punto que señaló usted acerca de Edward Cavendish y las huellas, era evidente que las sospechas principales debían recaer sobre él, y no sobre su hermana. Fue un trabajito muy bueno el suyo.

Nigel miraba modestamente al suelo. Sacó un paquete de *Players* y lo pasó alrededor. Después dijo:

—Antes de que comencemos a relacionar este nuevo material con el resto del caso, quiero saber, si no les molesta, si ajusta con todos los demás indicios que conectan a Edward Cavendish con los crímenes. Introduje algunos difíciles de recordar la noche pasada en el barco, y tengo completamente arreglada una imponente explicación. No quiero que parezca que trato de influir en este pequeño cónclave —añadió—, pero hay varias cosas que yo conozco y ustedes no, únicamente porque dio la casualidad de que yo ya estaba en el lugar cuando ustedes no habían llegado. Antes no vi su importancia, de manera que no las mencioné.

—Siga adelante, *Mrs. Strangeways* —dijo Blount.

—Bien, entonces, partiremos del lugar más indicado, del principio. La mañana en que descubrimos a O'Brien. Es significativo que cuando yo bajé las escaleras me encontrara a Cavendish en la galería. Un empecinado hombre de negocios respirando

un poco de aire fresco del campo. Todo esto es propio y lógico. Pero una mentalidad sórdida, una persona suspicaz, podría decir que estaba esperando allí a que saliese alguno, de manera que él, con tacto, pudiera mantener a quienquiera que fuese apartado de las huellas de la nieve. Item más, cuando dije yo, que iba a la cabaña para ver si O'Brien no estaba despierto todavía, Cavendish se descuidó de mala manera y falló por completo. No presentó la reacción correcta; en efecto, no mostró reacción alguna.

Bleakley parecía intrigado. Entonces también el inspector se dio, de repente, una manotada en la calva cabeza, con excitación:

—¿Quiere usted decir que él no tenía por qué saber que O'Brien iba a dormir en la cabaña?

—Exactamente. Debía haber manifestado sorpresa.

Él debía suponer que O'Brien estaba en su dormitorio, en la casa. El hecho es que nos indicó con ello que ya sabía que O'Brien estaba en la cabaña..., y ¿cómo podía saber eso a no ser que lo hubiera visto allí esa noche? Punto número dos: no solamente me mantuvo apartado de las huellas, sino que también, cuando el resto de los invitados apareció en la galería, ¿no estaba Cavendish manifiestamente inquieto temiendo que cualquiera de ellos pisara las huellas?

«Singular presencia de ánimo en un lego que todavía estaba anonadado por el espectáculo del cadáver de su huésped. Luego hubo el asunto de los zapatos. Cavendish llevaba un abrigo y por lo tanto le fue posible meterlos debajo y volver a ponerlos en la cabaña. Además tuvo mucho más tiempo que los demás para colocarlos allí. Enjugaba su frente con un pañuelo que sin duda usó para manejar los zapatos sin dejar impresiones digitales. Me imagino que querría dejarlos en seguida, pero no pudo encontrar un momento favorable: estoy bien seguro de que no estaban en su sitio cuando eché un vistazo por allí. Pero entonces entraron los otros y mi atención se concentró en ellos para ver cómo tomaban el asunto y tener la seguridad de que no tocaban nada. Pudo fácilmente soltar los zapatos entonces, probablemente cuando Lucille representó la comedia del desmayo. Ésta es toda mi contribución por el momento».

Hubo un corto silencio. Entonces el superintendente se dio una palmada en la rodilla.

—Caramba, señor, precisamente estaba yo pensando en otra cosa. Cuando hablaba usted de Cavendish se me vino a la imaginación. ¿Recuerda usted cómo contó Bellamy que se quedó dormido aquella mañana? Ahora bien, ¿qué fue lo que declaró *miss* Cavendish? —Mojó el índice y volvió las páginas de una libreta de notas—. «Entré en el cuarto de mi hermano —recitó con monotonía oficial—, y le pedí una bebida narcótica que había guardado en su equipaje. Estaba despierto y se levantó para buscarla». Ahora, caballeros —se reclinó con aire de triunfo—, ¿qué deducciones sacan de esto?

—Me parece que puedo exponer ésta —replicó Blount secamente—: que

Cavendish le dio a Bellamy un poco de narcótico con objeto de que no pudiera haber interferencias para lo que se proponía hacer en la cabaña.

—Debió haberme dado a mí algo también. Yo me proponía quedar de guardia, pero no pude remediarlo y me desperté bastante tarde. Pudieron ponerlo en mi taza de café, cuando las sirvieron después de la comida —dijo Nigel.

—Lo que significa que de algún modo tuvo que saber que usted estaba aquí a instancias de O'Brien para investigar —dijo el inspector—; ¿quiere prestarme esa libreta, señor? —Bleakley se la entregó.

—Veo que antes de esta afirmación de *miss* Cavendish, su hermano depuso que él se fue a la cama poco después de las doce, pero que no podía conciliar el sueño. Todavía estaba despierto cuando *miss* Cavendish entró en su habitación, uno o dos cuartos de hora más tarde. Un hombre no lleva consigo narcóticos de adorno. Si no era capaz de dormirse, ¿por qué no lo tomaba? Esto indica que no hacía mucho que había vuelto a su habitación cuando entró su hermana.

Los tres se inclinaron como por consenso común. La primera parte de la acusación contra Edward Cavendish parecía quedar satisfactoriamente establecida. El inspector Blount encendió otro cigarrillo y reanudó la historia.

—Esos puntos suyos son de mucho valor para nosotros, *Mr.* Strangeways, pero aportarían poco ante una corte de justicia. Volvamos a la cuestión del motivo. Me parece que, a la luz de las flamantes y frescas pruebas que nos ha proporcionado usted, tendremos que descartar el testamento de *Mr.* O'Brien como factor de importancia primordial en el crimen. No sabemos si Cavendish era un beneficiario del mismo. Si él sabía que lo era, y cometió el asesinato para conseguir el dinero, no le sería de utilidad pretender ignorancia de su contenido, porque, cuando saliera a la luz, el hecho de haber alegado ignorancia haría recaer en seguida la sospecha sobre él. Por otra parte, es seguro que no destruiría nunca el testamento si hubiera cometido un asesinato para beneficiarse con él. Desde luego puede ser que, sabiendo que su hermana era una legataria y que ella le daría de su participación todo el dinero que necesitase, planeara matar a O'Brien. Pero aunque puede haberlo proyectado, creo que todos convendremos en que sería un motivo subsidiario, en caso de ser un motivo.

«Está claro que el principal motivo de Cavendish fue la venganza. Esto concuerda tanto con el tono de las cartas amenazadoras como con lo que sabemos ahora acerca de su juventud en Irlanda. Se enamora de esa muchacha, Judith Fear. La fuerza de su pasión está probada por la forma en que él, un hombre de seso y reputación, consiente en el expediente casi infantil y poco digno de enviarle las cartas por medio de una muchacha amiga de ella».

—Su hermana me dijo también —expuso Nigel— que le parecía que había sido herido muy cruelmente por un asunto de amor, en Irlanda, y que por eso no se casó nunca.

El inspector miró a Nigel con una especie de severidad paternal.

—Ésta es una confirmación ulterior —dijo secamente—. A su debido tiempo Cavendish nota que las cartas de *miss* Fear se vuelven cada vez menos afectuosas, y al final llegan unas letras de su antigua niñera diciéndole que la chica se ha enamorado de un jardinero. Debió ser un rudo golpe, tanto para su afecto como para su orgullo. La niñera implora que vaya a Irlanda y enderece las cosas, pero él no puede ir y tiene que contentarse con escribir a Judith Fear apremiándola, sin duda, para que cese en su locura y vuelva a su viejo amor. Le ruega y la presiona duramente, porque Judith le llama cruel. El peso de sus ruegos añadido al estado en que ella se encuentra es demasiado para una muchacha joven y sin experiencia.

—¿A qué estado se refiere usted? —preguntó Nigel interrumpiendo el florido discurso del inspector.

—Bueno, no cabe duda de que ella iba a tener un hijo. Su palidez, el cambio de maneras y lo que hizo al final, todo lo indica. Puede ser que le dijera a la niñera que no era cierto, pero una muchacha sensitiva como ésa muy bien puede temer hasta el confesarlo a su vieja niñera.

»En todo caso, la siguiente cosa que oye Cavendish es que ella se ha ahogado voluntariamente. Es de imaginar su estado de ánimo. Este pícaro no sólo deja a la muchacha, sino que la abandona cuando más lo necesita, al extremo de matarla. Cavendish no puede hacer nada. Jade Lambert ha desaparecido, y no hay relación alguna entre él y Fergus O'Brien. Pero el deseo de venganza no se extinguió durante veinte años. Un día Georgia Cavendish lleva a O'Brien a su casa. De una forma o de otra Cavendish se da cuenta de que él es Jack Lambert. Tendremos que establecer este punto antes de llevar a la corte de justicia un caso de verdadera resonancia, y puede ser muy difícil, a no ser que atrapemos a Cavendish de manera tal que se venda a sí mismo. Es muy posible que cuando oyera por primera vez lo del suicidio de Judith, pidiera una descripción detallada de Jack Lambert y que fuera capaz de reconocerlo a pesar de los cambios producidos por el tiempo en sus facciones.

»Luego viene la provocación final. El hombre que le ha quitado a Judith Fear hace veinte años, le roba ahora de nuevo a Lucille Thrale. Su querida lo deja por O'Brien. Entonces se determina, si es que ya no lo estaba antes, a matar a O'Brien y le escribe las cartas amenazadoras. Es muy melodramático, sin duda, pero todo este caso es melodramático y el hombre está medio loco de odio hacia O'Brien. Visitaba con frecuencia el mesón de Knott-Sloman, y escribió las notas en aquella máquina, así no sería posible que se las atribuyeran a él. Su oportunidad se le presenta cuando lo invitan a pasar aquí las Navidades. Envía la tercera carta y hace los preparativos. Sabe que su hermana tiene algún veneno, y arregla la nuez como segunda línea de ataque. La primera línea es disparar contra O'Brien y preparar la escena del suicidio; en parte es con vistas a esta finalidad por lo que escribe las cartas amenazadoras para asegurarse de que O'Brien andaría armado.

»Cuando llega a Chatcombe se da cuenta de que la cabaña es el lugar ideal para un asesinato: lejos de la casa y a prueba de sonidos. Lo inmediato es llevar a O'Brien

allí. Sin duda lo habría hecho ir a la cabaña con cualquier otro pretexto, pero no fue necesario porque O'Brien ya había planeado dormir allí. Quizá Cavendish adivinó que lo haría así para mayor seguridad. Adormece a Bellamy y a usted para estar seguro de que no habrá obstáculos esa noche en caso de que se presentara una oportunidad. Entonces espía».

—¿Desde dónde? —interrumpió Nigel.

—Desde la galería, parece lo más probable.

—¿Con la esperanza de que O'Brien se levantara de la cama para hacer una excursión a la cabaña? ¡Demasiado decidido para ser Cavendish!

—Bueno —dijo el inspector un poco picado—, Cavendish podía tener una cita con O'Brien en la cabaña: o haber descubierto que *miss Thrale* le pidió una entrevista allí. Yo podré comprobar esto cuando le preguntemos a *miss Thrale* unas cuantas cosas sobre uno de los otros extremos del caso. El asunto es que O'Brien fue a la cabaña, y ustedes casi han probado que Cavendish también fue. ¿Seguramente no se ha vuelto usted atrás en esto, verdad, señor Strangeways?

—No, no, por cierto. Perdona la interrupción.

—Cavendish pudo dar a O'Brien alguna razón muy plausible para entrar en la cabaña, pues yo no creo que O'Brien hubiera estado en guardia desde el principio. Charlaron durante un rato, y luego Cavendish le echó la garra y hubo lucha, en el curso de la cual Cavendish vuelve el revólver contra O'Brien y le dispara. La lucha fue el primer punto en que sus planes salieron errados, porque dejó pruebas —las rozaduras en la muñeca y el gemelo roto— que despertarían sospechas sobre la apariencia del suicidio. Cavendish contaría con apaciguar la irritación de O'Brien al extremo de poder apoderarse de su arma sin lucha. Falló en esto, pero tuvo un poco de suerte al encontrar en el bolsillo de O'Brien, o sobre la mesa, la nota escrita por *miss Thrale* pidiéndole a O'Brien que la viera en la cabaña. La guarda para usos futuros para hacer recaer las sospechas sobre la señorita Thrale si se descubre la simulación del suicidio. Arregla el desorden, y se dispone a salir. Entonces se da cuenta, con horror, de que la tierra está cubierta de espesa nieve. Se sienta para encontrar un camino que lo saque de la trampa. Finalmente se pone los zapatos de O'Brien, marcha de espaldas hacia la casa y aparentemente todo está perfecto.

—Pero Knott-Sloman lo ha visto entrar en la cabaña —apuntó el superintendente.

—¡Ajá! Y pudo haber visto unas cuantas cosas más. Sea como quiera, a la mañana siguiente Cavendish vuelve a poner los zapatos en la cabaña y cree que ya está todo bien arreglado. Pronto se desilusiona. La policía sospecha que se trata de un asesinato. Pone la nota de Lucille Thrale en el cuarto de O'Brien para que la encuentre la policía. Pero lo peor está para venir. Knott-Sloman le dice que él lo ha visto en la cabaña la noche última, y exige una gran suma por su silencio. Cavendish se desespera, su hacienda está en un estado precario y el comprar a Knott-Sloman lo arruinaría. Contemporiza, pero está determinado a hacer desaparecer a Knott-Sloman. Así es que coloca la nuez envenenada entre las del platillo que hay al lado de la cama

de Sloman. Su ansiedad y distraído aspecto eran debidos a la incertidumbre de si Knott-Sloman iría o no a la policía con su historia antes de llegar a la nuez fatal. Para colmo Lucille lo amenazaba con otro chantaje. Ella podía descubrir a la policía los motivos que tenía Cavendish para asesinar a O'Brien, a no ser que le comprase su silencio. Debió haber sido después de esto cuando Cavendish colocó su notita en el cuarto de O'Brien. De cualquier manera, está muy comprometido, y de un modo muy inteligente aprovecha la primera oportunidad para batir a Lucille con sus propias armas, admitiendo ante la policía los motivos que tenía para matar a O'Brien.

—¿Y qué dice usted de la otra nota —preguntó Nigel—, la que escribió Knott-Sloman amenazando con actuar, si O'Brien no recompensaba a Lucille al dejarla?

—Yo diría que a pesar de su negativa Sloman la encontró en la cabaña y la envió en el paquete de las cartas para librarse de ella.

—¿Pero por qué no la quemaría en seguida? No era de valor potencial, como las cartas de Cavendish. Supongan que Bellamy la hubiera encontrado.

La suposición de Nigel hizo que ambos oficiales de policía levantaran la cabeza con sorpresa.

Continuó:

—Poco después de que descubrí el cuerpo de O'Brien le pedí a Arthur que mirase por la cabaña para ver si se había perdido algo. Podía encontrar esa nota fácilmente. Ahora bien, él era de una devoción absoluta hacia su amo y muy capaz de tomarse justicia por su mano. Encuentra la nota y se le despiertan vagas sospechas. En la misma mañana, un poco más tarde, se la echa en cara a Knott-Sloman. Sloman ve el peligro de que esta nota llegue a manos de la policía y trata de ganar tiempo. Planea con Lucille quitar de en medio a Bellamy y recobrar la nota. Después del almuerzo, Lucille, sentada en el vestíbulo, toca la campanilla. Bellamy acude. Mientras tanto Sloman coge el atizador, se oculta detrás de la mampara y golpea a Bellamy cuando vuelve a la cocina, coge la nota y oculta el cuerpo y el atizador.

—Pero su argumento permanece en pie: ¿por qué no quemó la nota?

—Todo tuvo que hacerse muy rápidamente. Se supone que salió de la sala de billar para llegar con el tiempo justo. Deslizó la nota dentro de su bolsillo. Ahora bien, Lucille nos dijo que ella entregó las cartas de Cavendish a Sloman aquel día después del almuerzo. Es muy presumible que las llevara en el bolsillo. Seguramente no será demasiada imaginación suponer que la nota que había quitado a Bellamy se deslizara dentro de uno de los sobres al meterla en el bolsillo. No bien terminó la partida de billar con Cavendish en el salón pequeño, hizo un paquete con esas cartas y se fue corriendo a la villa para echarlas al correo. Más tarde se dio cuenta de que había perdido su nota. Mal trago para el viejo Sloman.

—Sí, sí —dijo el inspector meditabundo—, muy bien pudo haber sido así. Pero va a ser difícil probarlo.

—No se preocupe —Nigel se estaba poniendo muy torvo—. Bleakley, ¿quiere usted pedir a *miss* Thrale que se moleste en llegar hasta aquí? La única ventaja que

tenemos los aficionados sobre ustedes, compañeros, es que no hay reglas que nos obliguen a suprimir los golpes bajo el cinturón. —Y añadió dirigiéndose a Blount—: Será mejor que usted diga después que no ha oído nada de lo que vaya hacer si no quiere sudar.

Lucille Thrale entró cimbreada, zalamera, bella como una pantera. Nigel cogió un trozo de papel que tenía ante sí.

—Antes de que nos arrebataran a Knott-Sloman en una forma tan desgraciada —dijo—, hizo una confesión. Entre otras cosas dijo que fue usted quien inventó el plan para atacar a Arthur Bellamy. ¿Es esto...?

No tuvo necesidad de continuar. La cara encantadora de Lucille se enrojeció hasta ponerse oscura. Su labio superior se elevó produciendo un gruñido.

—¡Cochino! —Exclamó en tono agudo—. Fue suya la idea desde el principio para... —Se detuvo de repente y se dio una palmada en la boca. Pero ya era demasiado tarde. Blount se abalanzó contra la brecha abierta por Nigel y Lucille tuvo que capitular por completo. Poco después consiguieron hacerle firmar una declaración. Su parte en el asalto de Bellamy había sido muy parecida a lo que Nigel había conjeturado. Knott-Sloman le aseguró, según dijo, que ambos corrían peligro mientras Bellamy estuviera en posesión de la nota, porque la policía supondría lo que ya Bellamy le había insinuado a él ese mismo día: que ellos habían conspirado para matar a O'Brien por temor de que él denunciara su chantaje. Bellamy —le dijo— Knott-Sloman lo había amenazado de muy mala manera diciéndole lo que haría con él si conseguía probar sus sospechas. Pero Knott-Sloman le aseguró a ella que sólo iba a golpear a Bellamy para quitarle la nota. Después de todo no era más que la palabra de él contra la suya. Ella se horrorizó al oír que el hombre estaba casi muerto. Nigel y el inspector, sin embargo, llegaron independientemente a la conclusión de que Knott-Sloman se había alarmado tanto por las amenazas violentas de Bellamy que tomó la determinación de que el primer golpe fuera decisivo. En lo que Lucille se mantuvo firme fue en que ella no tenía noción de que el asesino de O'Brien hubiera sido objeto de chantaje por Knott-Sloman.

Después que despidieron a Lucille, Blount se volvió hacia Nigel meneando solemnemente la cabeza y su párpado izquierdo cayó unos milímetros.

—Sus métodos son terriblemente anticonvencionales, *Mr. Strangeways* —dijo—. Bien, es una buena cosa que tengamos aclarado el asunto de Bellamy. No puede haber duda de que Cavendish mató a Knott-Sloman porque él lo amenazaba con decirnos que lo había visto en la cabaña. Me extraña que Sloman no dejara entrar a Lucille en esto; quizá no querría compartir el precio de su silencio con nadie más. Sí, ahora está todo bien. Tenemos contra Cavendish motivos y oportunidad para ambos crímenes, aunque, desde luego, el motivo para el segundo depende de que haya cometido el primero. Necesitaremos hacer bastantes interrogatorios e investigaciones más, especialmente en casa de Cavendish, en Londres. Pero creo que hemos conseguido bastantes pruebas contra él para pedir una orden de prisión. ¿Qué piensa usted, señor

Strangeways?

Nigel se sobresaltó un poco, y dijo soñoliento:

—¡Perdón!, estaba abstraído admirando su poder narrativo.

—Vamos, *Mr. Strangeways*, ¿quiere adularme?

—¡No lo permita el Cielo! No. Yo creo que ha expuesto usted su caso admirablemente. Pero me parece que le puedo facilitar en seguida ciertas pruebas que harán innecesaria cualquier investigación ulterior. —Strangeways añadió tras una pausa—: De paso le diré que están en un libro. Supongo que O'Brien debe tener un ejemplar en la cabaña; si me deja usted la llave iré a buscarlo. No se sorprenderán ustedes de oír que el nombre del libro es *La tragedia del vengador*.

Nigel se puso de pie. Estaba cogiendo la llave de manos del inspector cuando sonó un grito, luego otro y después sintieron algo que caía dando tumbos por las escaleras.

El primero que salió a la puerta fue Nigel. Era la voz de Georgia la que había oído. Una angustia, una desesperación extrema le desgarró el corazón. Los tres llegaron al pie de la escalera en un montón. El agente que estaba de guardia en la puerta del frente también había llegado allí ya y se inclinaba sobre el cuerpo de Georgia. Nigel lo apartó de un empujón y se arrodilló a su lado.

—¡Georgia! ¡Querida! ¡Por Dios! ¿Estás bien? ¿Qué ha sucedido?

El párpado que él podía ver aleteó con un movimiento absurdo parecido a un guiño. Luego se cerró. Entonces volvió la cabeza, los ojos parpadearon y se abrieron.

—¡Oh querido! —Dijo Georgia ofuscada—, por poco me voy al infierno del golpe.

En este momento fue cuando oyeron por la puerta abierta del *hall* el rugido de un poderoso auto que salía disparado. Blount y Bleakley se precipitaron afuera y vieron la parte de atrás del Lagonda de O'Brien que torcía bajando la curva carretera. Lo conducía Edward Cavendish. Bleakley sopló su silbato como loco. Un automóvil de la policía rechinó en el patio posterior.

—¡Telefonee! —Dijo a Blount bruscamente el superintendente—, échele la red. Usted conoce el número del auto.

Georgia le dio un apretón de mano a Nigel.

—Vete —le dijo—. Haz lo que puedas. Yo estoy perfectamente. Tenía que darle una oportunidad.

Nigel se inclinó con dulzura y la besó. Pellizcó la suave mejilla bronceada y salió corriendo de la casa, dejando a Georgia sentada al pie de la escalera con las piernas extendidas en forma impropia de una dama, pero sonriendo con cierto contento.

Nigel tuvo el tiempo justo para saltar a la trasera del coche de la policía en el momento en que salía precipitadamente. Blount se inclinó hacia él desde el asiento frontero.

—Qué coincidencia diabólica que su hermana cayera por las escaleras precisamente en este momento. ¡Maldita sea!

—Sí —dijo Nigel bajando la mirada—, supongo que estaría casualmente en el lavabo próximo a la puerta principal y aprovechó la ocasión en que el policía dejó su puesto para escurrirse y echar un sueñecito. Una brillante oportunidad para Edward.

Blount lo miró irritado:

—Bueno, le queda una mínima probabilidad de escaparse. Ésta no es más que una confesión de culpabilidad.

Los frenos chirriaron. Se hallaban al final del camino y las puertas estaban cerradas. Blount saltó fuera del coche y las sacudió. También los cerrojos estaban echados. El chófer hacía sonar aires wagnerianos en la bocina. Emergió el guardián con movimientos muy lentos.

—¡Abra las puertas! ¡Muévase! ¡La policía!

—El caballero me dijo que su señoría había dado órdenes de que se cerraran las puertas —balbuceó el hombre con incertidumbre.

—Si no abre usted esas... puertas al instante lo meteré en la cárcel por obstrucción. Así es mejor. ¿Por qué camino fue?

El guardián se lo indicó y salieron disparados de nuevo. Se había perdido un minuto. Esto significa una milla, cuando se va a la caza de un Lagonda. Los altos vallados estrechos, desgarrados al pasar, le hicieron sentir a Nigel la impresión de salir por la boca de un cañón. No, era algo peor que un cañón lo que sintió de repente cuando al doblar una curva salió despedido, cayendo en el otro rincón del asiento posterior. Realmente no era un cañón, sino algo más tortuoso. Uno de aquellos instrumentos de bronce arrollados que deleitaban a Thomas Hardy: ¡Una serpentina!

Hay un lugar preparado en el infierno
para sentarse sobre una curva espiral,

cantaba dolorosamente, pero una rama que le azotó como una toalla húmeda le impuso silencio. Todo se volvió oscuro, ruidoso y desintegrador: podía haber sido un sueño del que acababa de despertar, solamente que aún estaba dentro del sueño. ¿Qué hacían cazando a un respetable financiero por una callejuela de Somerset? ¡Qué cosa tan salvaje, propia del Oeste! ¿Por qué esa prisa? Si él no puede escapar. Lo único que podemos hacer es obligarlo a realizar algo desesperado, y eso sería un error fatal. Nigel se dio cuenta de que le rechinaban los dientes, tan apretados los tenía, y de que le temblaban las rodillas. Estaba excitado, gozando con la cacería. Deportes sangrientos en Somerset. ¡Puf!

Se pararon en una bifurcación. Blount salió para escudriñar la superficie del camino en busca de las huellas de los neumáticos. Encontró lo que quería en un poco de fango que había unos cuantos metros más abajo, en el camino de la izquierda. Partieron otra vez precipitadamente.

—Siga por la calle —gritó Blount—. Parece como si fuera hacia Bridgewest.

Salieron zumbando como un enjambre de avispas, y subieron una larga pendiente.

En la cima el camino descendía abruptamente. Bajaron volando el otro lado de la colina, perdidos durante tres millas. En lontananza distinguieron los postes telegráficos de una carretera principal. Cavendish podía dar vueltas y virar por las callejuelas, pero una vez que estuviera en la carretera principal tenía que marchar en línea recta durante un buen espacio y las patrullas de la policía ya habrían salido. Tomaron una curva a cincuenta. La carretera general distaba sólo unos cien metros. Desgraciadamente había allí una vaca cuando sólo faltaban veinte metros. El chófer pisó el freno con fuerza, pero todavía iban a treinta cuando chocaron con la vaca. Fue como golpear a un hombre en el estómago con el puño. Cargaron con la vaca encima del coche y luego cayó a un lado. Saltaron afuera. Había cristales por todas partes, los faros estaban torcidos hacia un lado. El chófer abrió la tapa. Una de las paletas de la hélice del ventilador se había roto.

Blount echó a correr hacia la carretera principal, con Nigel a la zaga. Lo alcanzaron. Casi enfrente a ellos, arrimado a un lado de la carretera, estaba el Lagonda. Pero no había señales de Edward Cavendish. Entonces vieron el cartel del vallado de una extensa pradera que había a su izquierda.

VUELOS EN AEROPLANO CINCO CHELINES, CINCO MINUTOS.

Corrieron dentro de la pradera. Allí no parecía haber más que una cabaña, una manga de viento y un hombrecillo de rostro moreno con traje de mecánico. Era tan lacónico como el anuncio. Cuando Blount le preguntó si había visto a un hombre salir del Lagonda que estaba allí, apuntó su índice al cielo. Alto y lejano, vio Blount un pequeño punto en el aire.

—La policía —dijo jadeante—; hemos venido detrás de él para capturarlo. ¿Tiene usted otros aeroplanos? ¿O un teléfono?

—No hay teléfono —dijo el hombre moreno, mascando inexpresivo un pedazo de goma—. Aquí está Bert, sin embargo.

Otro aeroplano giraba silencioso sobre sus cabezas, besó más allá la tierra, y corría campo abajo. Ellos corrieron a toda velocidad detrás de él. Blount disparaba órdenes como una ametralladora. Descendieron dos pasajeros del aeroplano. Envió al mecánico a telefonar al depósito más próximo de la R. A. F., de la cabina A. A., para que les diera el número del primer aeroplano.

—¿Tiene bastante combustible? —preguntó Blount.

El piloto movió la cabeza. Se volcaron todos ellos dentro de la carlinga. El aeroplano los llevó al otro extremo del campo, luego cambió el viento y se lanzó hacia el horizonte con un *crescendo* gigante de la máquina. Nigel pensó que no se elevarían nunca, y al mirar hacia abajo halló la tierra que ya saltaba y corría lejos en una sucesión veloz de verdes. Subían casi verticalmente, con el lento gesto encantador de la mano de un danzarín. El punto en el cielo había desaparecido, pero

era un día sin nubes y podían volver a divisarlo dentro de poco. ¿Qué estaba sucediendo fuera del alcance de su vista? ¿Qué haría Cavendish cuando se terminara lo que valía cinco chelines? ¿O es que había fletado al piloto para un viaje más largo? El cielo que los contemplaba a sus espaldas estaba en blanco. En todo caso, la respuesta no era muy importante.

Después de diez minutos el punto estaba a la vista otra vez. Iban volando sobre el mar. Quizá Cavendish esperaba escapar a Francia o a España.

Si para ir a Francia o llegar a España,
hay que cruzar el gran charco,
por ver su faz de nuevo los mares desafío,

cantaba Nigel roncamente. La máquina tragó su voz y el veloz viento la desgarró en jirones. Blount bramó en el oído del piloto:

—¿Vamos progresando?

El piloto asintió, taciturno, con la cabeza. Blount estaba colérico y agitado. La inmensidad de los cielos parecía extenderse entre ellos y aquel punto negro en el Sur. Miró hacia abajo; apenas si se movían un poco, la tierra, llena de remiendos, pasaba arrastrándose allá abajo de mala gana. Contempló la lejanía otra vez. ¡Por Dios! Estaban alcanzándolo. La mancha era ahora un insecto con dos alas. Imperceptible e implacablemente, como la manecilla de los minutos persigue a la de las horas, iban arrastrándose como dentro del vidrio sobre la blanca concavidad de la faz del cielo. Se volvió y le hizo gestos a Nigel. Maldiciendo su cortedad de vista éste se inclinó hacia afuera desde el resguardo del aparato. El viento batía sus párpados locamente, y retiró la cabeza con rapidez antes de que se los arrancara de un soplo. El piloto, volviéndose, gritó:

—¡Fred nos ha visto! ¡Está deteniéndose!

Sí, ahora se movían con rapidez, iban a pasar sobre el otro aeroplano, a su derecha. Pero cuando estuvieron a una distancia de un cuarto de milla, el vidrio pareció dilatarse; andaban a zancadas de nuevo. Pronto supieron por qué. El piloto bajó la nariz y enfiló hacia el otro aeroplano, con todos los cables chillando. Ahora estaban bastante cerca para poder ver dos figuras en el otro avión. Ahora más cerca; tan cerca que Blount podía ver el revólver que Cavendish apretaba contra la espalda de su piloto. En una picada el piloto puso las ruedas a cincuenta pies sobre la cabeza de Cavendish. Él miró hacia arriba. Nigel no olvidaría durante toda su vida aquella mirada ni aquella cara. Entonces Nigel gritó de repente palabras que el viento se llevó en un remolino antes de que Blount pudiera atraparlas, y tremoló un pañuelo a modo de bandera de tregua. Porque Cavendish, todavía apuntando con el revólver al piloto, estaba encaramándose desesperadamente fuera del asiento. Permaneció un instante quieto, se inclinó, quedó colgado toda una eternidad, y luego cayó. Cayó bregando con los brazos y las piernas como un pelele. Abajo y abajo y abajo. Pareció estar

cayendo durante años. Lo habían perdido de vista por completo pocos segundos antes de que apareciese en la superficie del mar un pequeño chapoteo blanco, como si alguien hubiera tirado un guijarro muy pequeño...

Capítulo XV

SE VUELVE A CONTAR LA HISTORIA

—Así que al fin ella fue vengada —dijo Nigel.

Había pasado una semana desde que Edward Cavendish fletara al piloto para aquel largo viaje. Un viaje más largo de lo que suponía. Estaban él, su tío y Philip Starling sentados en el piso que Nigel tenía en la ciudad. Bebían jerez como aperitivo para la historia que Nigel prometiera contarles. Philip no sabía nada de los acontecimientos recientes. *Mr. John Strangeways* había recibido los documentos y un esbozo del caso presentado por el inspector Blount, pero esperaba que esa tarde su sobrino le aclarase unos cuantos detalles. Blount había recibido también una invitación, pero alegó una acumulación de trabajo y Nigel no insistió, lo que no era corriente en persona de naturaleza tan hospitalaria. Philip Starling contemplaba con satisfacción el interior de su copa de jerez. La empinó y dijo frunciendo la boca:

—¡Ah!, es un licor muy aceptable. Al menos Oxford te enseñó algo, hijito. —*Sir John* se parecía más a un *terrier* de pelo duro que nunca. Tenía la extraordinaria facultad de sentarse en un sillón profundo y producir, no obstante, la sensación de estar alerta. Uno esperaba a cada minuto verlo saltar y salir trotando atareadísimo, con las orejas tiesas y la nariz respingona. Mientras hablaba Nigel, *Sir John*, que llevaba un vaso a sus labios, lo detuvo en el aire, enderezó la cabeza y dijo:

—¿Vengada al fin?, si hace una quincena que O'Brien fue asesinado.

—Sí, tuvo que esperar bastante tiempo, casi veinte años. Me parece que el «por fin» está bien aplicado —replicó Nigel con tono desgarrador. Su tío le echó una larga mirada escudriñadora.

—No —dijo al fin—. No te vas a escapar así. Tú estás preparándonos para una de esas exhibicionistas revelaciones dramáticas tuyas. Te conozco. No te des tanta importancia. ¡Bah! Bueno, adelante. No es mal jerez este.

—No —dijo Nigel—, no es malo para gargarismos. En fin, creo que lo mejor será empezar. Vosotros conocéis los hechos; yo le he contado a Philip unas cuantas cosas, y él es perfectamente capaz de reconstruir el resto, especialmente si continúa bebiendo jerez de esa manera. Además él me dio la solución. Así es que ambos salís nivelados del punto de partida.

—¿Te di la solución? ¿Qué diablos quieres decir? ¿Te refieres a aquel punto

elemental sobre Hércules y Caco..., una historia que cualquier?...

—¿Escolar podría contar? —Interrumpió Nigel—. No, no es a eso. ¿Qué piensas tú de las afirmaciones de Blount en este caso, tío John? —preguntó con incoherencia aparente.

—¿Yo? Un poco fantasiosas en algunos lugares, pero es que hay algunas brechas grandes en las pruebas. Parece ser la mejor explicación posible de todos los hechos. De todos modos el vuelo de Cavendish las confirma y lo mismo el hallazgo posterior de Blount de que el veneno había desaparecido del lugar donde su hermana lo tenía oculto. ¿Por qué lo preguntas?

—Sólo porque, académicamente hablando, desde luego, yo creo que la interpretación de Blount es horrorosa —dijo Nigel mirando adormilado hacia el techo. *Sir John* dio un salto en su silla y exclamó:

—Pero señor mío, yo creí que tú estabas conforme con él. Ya me has hecho derramar el jerez. Todo por este exhibicionismo infernal.

—Yo coincido con él en unos cuantos puntos; en todos los esenciales, en efecto. Pero en la estructura principal, la sangre y los huesos del caso, estoy muy lejos de ello. Precisamente iba a establecer mi propia concepción de su anatomía, por decirlo así, cuando Edward Cavendish realizó su mal aconsejada treta para escapar.

—Pero maldito sea —dijo *Sir John* irritado—, Blount me dijo que tú coincidías con él en que Cavendish había matado a O'Brien.

—Desde luego, y todavía lo pienso.

—Supongo —dijo su tío con estudiado sarcasmo— que no me vas a decir que Cavendish mató a O'Brien, pero que no fue el asesino.

—Estás entrando muy bien —declaró Nigel alentador—; esto es precisamente lo que voy a decirte.

Philip Starling gruñó:

—¡Oh Dios! Acertijos. Lo mismo que nuestro capellán después de un festejo. Me voy.

Se recostó y escanció otro vaso de jerez. *Sir John* contemplaba a Nigel con penosa intensidad, como si su sobrino ante sus propios ojos estuviera convirtiéndose en una serpiente marina.

—Acabo de recorrer los puntos débiles del caso de Blount —dijo Nigel—. Desde luego, nunca dudé de que Cavendish fue a la cabaña aquella noche y marcó las huellas de las pisadas para justificar el suicidio que él había simulado; después de todo, ésa era idea mía. Todavía estoy bien dispuesto a creer que Knott-Sloman lo vio entrar en la cabaña, y que más tarde hizo chantaje, aunque falten en absoluto pruebas efectivas de esto. Pero que Cavendish sea un asesino, o más bien, capaz de esta clase particular de asesinato..., no, eso no puedo aceptarlo.

—¿Quieres decir que Cavendish encontró a O'Brien ya muerto cuando entró en la cabaña? —preguntó *Sir John*.

—En cierto sentido —replicó Nigel saliéndose por la tangente—. Blount juzga, a

mi parecer, con absoluta corrección, que el testamento de O'Brien fue en todo caso un motivo secundario. La venganza —decidió— debió ser el principal incentivo de Cavendish, lo que concuerda con el tono de las cartas amenazadoras. Éste fue su primer error; un error cardinal. Philip, tú conocías a Cavendish. Un hombre de negocios capaz, convencional, pomposo y más bien malhumorado. ¿Puedes imaginártelo ni por un momento componiendo esas cartas?

Nigel se las entregó y rondaba sin descanso por la habitación, en tanto Philip Starling las leía.

—No son del estilo del pobre Edward. No concibo que pudiera arreglar todo este melodrama. Y ese sarcasmo de que O'Brien desapareciera en la fiesta de San Esteban, como el rey Wenceslao, está por completo fuera de las facultades de aquel niño viejo. En conciencia, estoy de acuerdo en que Cavendish no pudo haber escrito eso.

—¿Lo oyes, tío? —Dijo Nigel con aire de triunfo—; y Philip es una autoridad en materia de estilo. Pero si Cavendish no las escribió, no pudo haber planeado el asesinato. Sería demasiada coincidencia que dos personas por separado hubieran planeado matar a O'Brien en el mismo día. Ahora veamos las posibilidades psicológicas. La teoría de Blount era que Cavendish puso a O'Brien en guardia de antemano por medio de las cartas amenazadoras. Luego lo siguió a la barraca después de medianoche, sabiendo que O'Brien estaría armado y que era completamente apto para hacer un buen blanco en cualquier intruso. Entonces se puso a charlar trivialidades con O'Brien hasta que vio una ocasión para echársele encima y volver el revólver contra él durante la lucha. Ahora yo os pregunto a vosotros: ¿qué persona en el mundo, conociendo la reputación de O'Brien como luchador, cometería la locura de intentar una cosa como ésa? Y todavía Blount tiene el valor de sugerir que eso podía hacerla Cavendish. ¡Cavendish! Un hombre que temblaba de aprensión desde el momento en que fue descubierto el cuerpo de O'Brien; un hombre cuyos nervios se alteraban tanto que, de pánico, comenzó a hacer insinuaciones criminales contra su hermana tan pronto como Blount lo presionó un poco; un hombre que escapó antes de haber sido acusado. Y el inspector tuvo el valor de proclamar que un hombre de gelatina pondría su cabeza dentro de la boca de un león, que eso es justamente lo que habría hecho, de haber llevado a cabo un plan de asesinato tal como el reconstruido por Blount. En verdad me sentí defraudado del viejo Blount en esto.

—Pero el inspector creía que Cavendish llevó a O'Brien a la cabaña con cualquier pretexto inocente en apariencia y calmó sus sospechas de algún modo —objetó *Sir John*.

—Concertar una entrevista con un hombre después de medianoche en una cabaña solitaria es una forma curiosa de mitigar sus sospechas. Después de semejantes cartas, O'Brien estaba obligado a dar el «quién vive» a cualquiera, y si Cavendish las escribió, bien lo sabía. De todos modos, si vosotros creéis realmente que Cavendish fue capaz de un plan cuya piedra angular fuera arrebatar el revólver cargado de un

hombre peligroso, entonces me rindo.

—No me gusta tu metáfora, pero creo que has llevado tu caso bastante lejos, Nigel.

—Bueno. Entonces todavía queda el asunto del narcótico. Blount está en lo justo al deducir que Cavendish debió llegar a su dormitorio poco antes de que Georgia entrara para pedírselo, y en indicar que eso refuerza la teoría de que él estuvo en la cabaña. Se puede comprender que narcotizara a Bellamy. Pero ¿por qué a mí? ¿Cómo pudo saber que yo representaba un peligro para él? Yo nunca permití que mi nombre saliera en los diarios mezclado con los casos en que he trabajado. Sólo mis amigos íntimos saben que tengo que ver en estos asuntos.

—Sin embargo él pudo haberlo descubierto —dijo Philip—. Es difícil tocar la sangre y no mancharse con cierta notoriedad vulgar.

—Bueno, bueno, Philip, no te pongas truculento. Bien, pasemos esto por alto y volvamos a una nuez que es mucho más dura de partir, aunque para Knott-Sloman no le resultó así. La idea de Blount es que Cavendish trajo con él la nuez envenenada como alternativa por si le fallaba su primer plan. Pero O'Brien no rompía las nueces con los dientes. Y si Cavendish usaba la nuez simplemente como un receptáculo, ¿por qué molestarse tanto en lijarla tan delgada, que lo más probable sería que se le rompiera en el bolsillo?

«En seguida vi claro que la nuez no pudo ser preparada para O'Brien. ¿Para Knott-Sloman, entonces? Si Cavendish quería librarse de él porque lo amenazaba con un chantaje por el asesinato de O'Brien, no envenenaría una nuez varios días antes de hacer el asesinato meramente para el caso de que alguien pudiera toparse con él cuando iba a comérselo y aprovecharse más tarde. Esto significará que él llevaba el veneno consigo y arregló la nuez después que Sloman lo amenazó con denunciarlo a la policía. Y Blount y yo tuvimos que convenir en que sería difícil hacerla en la Dower House con la policía patrullando continuamente por dentro y por fuera. Además, si él intentaba matar a Knott-Sloman para evitar que lo denunciara a la policía, ¿por qué adoptar semejante método de acción tan dilatada y casual? No era posible que tuviera la certeza de que Knott-Sloman comería esa nuez particular a tiempo de evitar que diera su información a las autoridades. La única solución posible sería que Cavendish se propusiera despachar a Sloman porque le hacía chantaje en el asunto de Lucille. Teóricamente esto es posible. Pero ya he demostrado que Cavendish era, psicológicamente, incapaz de asesinar a O'Brien. Lo que implica que había dos asesinos en nuestro alegre grupito —tú en tu rincón y yo en el mío, como dice el himno—, completamente separados y sin conexión. Bueno, yo no puedo tragar esto. Me es imposible».

—Un lúcido y convincente raciocinio —declaró Philip Starling.

—El placer es mío —dijo Nigel—. Hay, además, otras objeciones menores. Por ejemplo: la teoría de Blount necesita que Cavendish hubiera reconocido a O'Brien, aunque nunca había puesto los ojos en él antes, sólo con una descripción de Jack

Lambert de veinte años atrás. Demasiada agudeza la suya. También en una larga charla que yo sostuve con Georgia Cavendish ella no hizo mención de que su hermano mostrara interés particular por O'Brien. Claro que ella no lo diría, porque tenía un miedo horrible de que fuera su hermano el que lo mató, y no quería perderlo. Pero la impresión que yo saqué fue que en cambio era O'Brien quien estaba interesado en conocer a su hermano; y es evidente que O'Brien no querría conocerlo si le hubiera quitado a Judith en el pasado para abandonarla luego. Judith le debió hablar a él de Cavendish después que se enamoraron, y Georgia le contó que su hermano solía parar en la Meynart House; de ese modo debió identificar al primer amor de Judith con el hermano de Georgia. Siendo esto así, si O'Brien hubiera agraviado a Judith y a Cavendish en el pasado, es seguro que estaría en guardia contra Edward.

Sir John Strangeways frunció el entrecejo.

—Comprendo. ¿Pero vas a declarar que el asunto de Judith Fear no tiene en absoluto nada que ver con el asesinato?

—Seguro que no. Todo se relaciona con él. Permíteme tocar este punto después. La teoría de Blount era que Jack Lambert, O'Brien, le quitó Judith a Cavendish, hizo una canallada con ella, le dio un hijo, la dejó, y al negarse a volver cuando ella le escribió pidiéndole ayuda, la impulsó al suicidio. Esto proporcionaba un motivo muy bueno para Cavendish. Pero los hechos son susceptibles de una interpretación enteramente distinta. En primer lugar nosotros conocimos a O'Brien; conociéndolo, se puede tener la seguridad de que no trataría a una muchacha en semejante forma; era un bárbaro bastante galante en su juventud, sin duda, pero nunca lo que los folletines llaman un villano. Además hay pruebas de que amaba profundamente a la muchacha.

—La niñera no parecía creerlo así —dijo Sir John.

—Porque estaba mal dispuesta. Es una encantadora anciana *snob*. Cavendish era persona de «calidad» y Jack Lambert no lo era. Pero ella parte de la misma falsa interpretación de los sucesos que el inspector Blount. Y todavía ella creyó a Judith cuando le dijo que no iba a tener un hijo. Jack Lambert no abandonó a la muchacha; se fue para llegar a ser un oficial, con objeto de poder presentarse ante su padre con mejor derecho para pedirle su mano. La niñera dijo que Judith estaba «bastante alegre» al principio, aun después que él la dejó. Luego se volvió pálida, silenciosa y distraída. No porque fuera a tener un hijo: según la vieja niñera ella nunca dijo una mentira, y yo la creo —conocía mejor a Judith Fear que Blount: no fue porque Lambert la hubiera dejado... Él no la dejó. ¿Qué es lo que sucedió entre la marcha de él y la muerte de ella? Judith recibía cartas de Cavendish. La niñera la encontró llorando sobre una. «¿Qué voy hacer? —Decía—, no es mía la culpa, ¿qué le hice para que sea tan cruel? Si papá lo descubre...». La niñera creyó que hablaba de O'Brien. Yo estoy seguro de que estaba hablando de Cavendish. La niñera le había escrito a Cavendish contándole lo que sucedía. Yo deduzco que él le escribió a Judith

y le dijo que si no dejaba a Jack Lambert y volvía con él, denunciaría el asunto de Lambert a su padre. Mi parecer es que esa acción concuerda enteramente con lo que sabemos del carácter de Cavendish, y que explica perfectamente la explosión de Judith con la niñera. Su padre era un hombre muy severo, y ella le temía un poco, aun en los mejores tiempos. No es extraño que gritara. «Si papá lo descubre...» y todavía iré un poco más lejos. Sabemos que Judith escribía cartas a Cavendish cuando creía que estaba enamorada de él. Era entonces una colegiala inocente, una locuela sin experiencia y de un romanticismo salvaje. No me extrañaría que Edward Cavendish la hubiera amenazado por añadidura con que le enviaría aquellas cartas a su padre si no dejaba a Jack Lambert.

—Sí —dijo *Sir John* despacio—, me parece que esto sería bastante. Pero todavía no has probado que O'Brien amaba a esta muchacha. ¿Por qué no acudió en su ayuda cuando ella le escribió?

—Porque no pudo. Recordad la declaración de Jimmy Rope, que estaba en la escuadrilla a que O'Brien fue asignado. Una semana después de la llegada de O'Brien a Francia, pidió permiso de repente para regresar; movió cielo y tierra para conseguirlo... Rope dice que estaba completamente desesperado. No pudo conseguirlo; todos los permisos habían sido suspendidos. Es evidente que había recibido el S. O. S. de Judith y estaba haciendo todo lo posible para regresar y ayudarla. Una quincena más tarde el hermano de Judith recibe una carta en que le anuncian que la muchacha se ha suicidado. Fue después de esto cuando O'Brien se volvió loco en el aire. Arriesgaba su vida a cada momento, sólo que la inescrutable Providencia no quiso aceptarlo. Y él persistió en el intento de matarse durante años. ¿Y todavía dice usted que no la amaba? ¿Hasta cuándo continuó así?

Sir John atormentaba su espeso mostacho color arena.

—¿Hasta cuándo? Yo no lo sé. Supongo que hasta que abandonó la aviación. Eso fue...

—Sí —interrumpió Nigel—. «O'Brien persistió en el intento de matarse hasta que encontró a Georgia Cavendish».

—Bien, ¿y entonces qué? Se enamoró de ella. Le proporcionó un nuevo interés; algo a qué dedicar la vida. No comprendo que tenga mucho que ver con el caso.

—Sí. Ciertamente le proporcionó un nuevo interés por la vida —dijo Nigel con una dureza que sobresaltó a los otros dos—, pero él no se enamoró de Georgia. Le gustaba. Estuvieron enamorados algún tiempo. Pero no fue lo mismo que con Judith Fear. Georgia me dijo a mí aquella vez: «Yo sentía que a él ni siquiera yo le importaba, al menos no de todo corazón. Siempre había una parte suya en otro lado».

—Nigel se calló un momento—. Prosigue, Philip, tú eres aficionado a los acertijos. ¿Por qué el encuentro con Georgia Cavendish alteró toda la manera de vivir de O'Brien?

—Que me registren —replicó el pequeño dómine—; quizá ella es un miembro del grupo de Oxford.

Sir John Strangeways seguía sentado, silencioso como una piedra, los labios se le movían como los de un niño que intentara formar alguna nueva palabra formidable, era casi cómica su expresión al pasar el asombro, la incredulidad y la estupefacción por su cara. Nigel lo miró y se salió ligeramente por la tangente.

—Bien, Philip. Como tus excesos con mi jerez parece que han ofuscado tu inteligencia, de ordinario brillante, te preguntaré algo más simple. En la Dower House el 25 de diciembre había nueve personas. O'Brien, Arthur Bellamy, la señora de Grant, Lucille, Georgia, Edward Cavendish, Knott-Sloman, Philip Starling y Nigel Strangeways. Ahora dime, ¿cuál de ellos se ajusta mejor a la receta siguiente para los asesinatos de O'Brien y Sloman? Una persona de valor acerado y terrorífica ingenuidad, poseedora del tipo de humor que produjo aquellas cartas amenazadoras y con osadía suficiente para llevar adelante la amenaza; bastante ingenioso para planear el asesinato de la nuez y con tiempo suficiente para esperar sin mostrar impaciencia alguna hasta que la nuez surtiera efecto; una persona con una memoria muy grande, que tuviera acceso al veneno de Georgia y a la máquina de escribir de Knott-Sloman; una persona de suficientes conocimientos literarios para serle familiar *La tragedia del vengador*, de Tourneur.

Philip Starling bebió un trago de jerez. Su cara infantil, orgullosa, suplicante, en la que brillaba la inteligencia, tenía una desacostumbrada expresión de indecisión y asombro. Por fin dijo:

—Bien, hijito, yo diría que tus condiciones se ajustan puntualmente a mí mismo.

Nigel se movió con ligereza hacia la chimenea y comió un puñado de almendras saladas. Se produjo un corto silencio. Entonces *Sir John Strangeways*, articulando con la elaborada y antinatural cautela de un motorista borracho ante un doctor de la policía, dijo:

—Me parece que estoy soñando. Pero no hay sombra de duda que tu descripción, Nigel, se aplica a uno y sólo a uno de esos nueve. Presumo que te has vuelto loco. Pero la única persona que responde puntualmente a esa descripción en todos los detalles es Fergus O'Brien.

—Lento pero seguro —enunció Nigel torpemente a través de una barrera de almendras saladas—. Me preguntaba sorprendido cuándo lo pescarías.

Sir John habló con tono humorístico y sosegado:

—¿Tu sugerencia es, según entiendo, que O'Brien se asesinó a sí mismo?

—No es una sugerencia. Son los hechos.

—¿Que al mismo tiempo que se asesinaba a sí mismo fue muerto por Edward Cavendish?

—Ajá, para imitar al inspector Blount.

—¿Y que, después de que simultáneamente se asesinó a sí mismo y fue muerto por Edward Cavendish, envenenó a Knott-Sloman?

—Laboriosamente expresado, pero cierto.

Sir John echó una mirada de conmiseración a su sobrino, y dijo a Starling:

—Telefóneee a Colefax, por favor. Creo que es el mejor alienista de Londres. Mejor será que envíe dos enfermeros y también una ambulancia.

—Admito —continuó Nigel imperturbable— que tardé algún tiempo en acostumbrarme yo mismo a la idea. Es paradójico, pero como todas las paradojas, se basa en la simplicidad. Os contaré, pues, las etapas por las que llegué a esta conclusión. Primero fue el proceder de Cavendish. Desde el momento en que se encontró el cuerpo de O'Brien me di cuenta de que su aspecto no era meramente nervioso, sino que estaba intrigado, asombrado, batido en toda la línea. Ahora bien, cuando uno acaba de matar a un hombre, pura y simplemente, no aparece intrigado; no hay enigmas en ello, sólo hay un cadáver. Traté de llamar la atención de Blount hacia el comportamiento de Cavendish, pero no dio en el quid. Yo no podía entender por qué parecía tan intrigado hasta aquella conversación que tuve con Georgia. La única cosa que surgió clara de todo aquello fue que O'Brien desde el principio parecía estar especialmente interesado por su hermano. Allí estaba ella, extenuada, acabada de salvar por él de una muerte segura en el desierto, y comienza por sonsacarle haciéndole preguntas sobre todo lo que puede de sí misma y su familia. Más tarde se sale de su camino para cultivar la amistad de Edward aunque Edward era la persona menos a propósito para despertar el interés de un hombre como él.

»Entonces fui a Irlanda. Y en seguida vi claro que la misma razón que tenía Edward para desear la sangre de O'Brien podía ser recíproca. Cavendish casi había forzado a Judith Fear al suicidio al amenazarla con denunciar sus asuntos de amor a su padre. Y ella le contó esto a O'Brien en su última carta. Conociendo a O'Brien, ese temperamento irlandés que puede recordar las ofensas durante centurias —tú mismo, tío, dijiste que te parecía que tendría una gran memoria—; conociendo su crueldad, su humor torvo y su apasionado amor por Judith Fear, me di cuenta de repente, sin ningún género de duda, de que era capaz de estar esperando años la venganza y luego realizarla.

»Una vez que vi esto claro comencé a fijarme si los hechos del caso encajaban en la teoría de O'Brien vengador. Es evidente que de alguna manera tenía que haber llevado a Cavendish a un extremo en el que éste no tuviera más remedio que matarlo y que después no pudiera librarse de las mallas de la red. Él quería torturar a Cavendish con las mismas agonías de Judith, las agonías del animal cogido en la trampa.

»Su propia vida no le importaba dos cominos. Los doctores le habían dicho que de todas maneras era un moribundo. Había un problema casi insoluble: el lado mecánico del asunto. Intenté imaginarme a mí mismo en la posición de O'Brien; y comencé con el punto más simple. ¿Cómo hizo para llevar a Cavendish a la cabaña? De repente recordé la nota de Lucille escrita para O'Brien. “Debo verte esta noche —decía— no puedo olvidar lo que ha sucedido desde... Te espero en la cabaña después que los demás se hayan ido a la cama”, etc. Supóngase ahora que O'Brien, después de recibirla, la deslizara en el tocador de Cavendish o en cualquier otro lado. Lucille

había sido la querida de Cavendish, de manera que la segunda sentencia tenía para él un significado perfectamente aceptable. El nombre de O'Brien no figuraba en ninguna parte de la nota, así que Cavendish no tendría razón alguna para imaginar que no era dirigida a él. Ésta fue mi brecha inicial. Ved entonces, era un camino posible por donde O'Brien pudo llevar a Cavendish a la cabaña con la seguridad de que no diría a nadie que iba.

»Bueno, ya están Cavendish y O'Brien en la cabaña. En momento oportuno, O'Brien lo amenaza de repente con el revólver y actúa como si se hubiera vuelto un loco homicida. Se mueve amenazador hacia Cavendish. Pero su intención no es matarlo, sería dejarlo marchar demasiado fácilmente. Se acerca lo suficiente para dejar que Cavendish le arrebatase el arma, lucha en forma convincente y aprieta el dedo de Cavendish contra el gatillo cuando el revólver está apuntándole, y éste fue el fin de Fergus O'Brien, y el comienzo de su venganza. Desde luego corría un riesgo. El riesgo de que Cavendish se volviera simplemente a casa y dijera a todos exactamente lo que había sucedido. Él especulaba contando con el trastorno psicológico de Cavendish, lo había estado estudiando durante meses con toda la terrible penetración del odio. Confiaba en que Cavendish no tendría el valor de decir la verdad, y ganó. Desde luego, él había tomado ya sus medidas para hacer que a Cavendish le resultara muy dificultoso decir la verdad. Deliberadamente construyó dos razones para que Cavendish deseara asesinado. Le quitó a Lucille y le dejaba a Georgia una buena cantidad de dinero, sabiendo que Edward estaba en apuros económicos. Ésos fueron los dos motivos en efecto que nos hicieron sospechar primero de Edward. M; imagino que el asunto de Judith Fear no quería removerlo; al menos no dejó rastros de él; es irónico que fuera precisamente este asunto lo que al fin convenció a la policía de que Cavendish era el asesino.

»Y voy más lejos aún en mi reconstrucción imaginaria. No hay nada entre los hechos conocidos que esté en conflicto con esta teoría de que O'Brien atrajo a Cavendish a la cabaña y lo atrapó con un asesinato aparente. Además la nieve ayudó a O'Brien en una forma con la que no contaba. Pero en este punto el viejo Edward luchó mejor de lo que O'Brien hubiera imaginado. No podía decidirse a contar lo que acababa de suceder, parecería fantástico y sólo serviría para llamar la atención sobre las buenas razones que él tenía para matar a O'Brien. Así que decidió simular un suicidio. Excepto el gemelo roto y los rasguños en la muñeca de O'Brien no dejó indicio alguno tras sí. La huella en la nieve fue una improvisación de gran brillantez. Es muy doloroso, si uno se pone a pensar en ello, este duelo entre un hombre vivo y otro muerto».

Los dos auditores en verdad estaban condolidos. Philip Starling iba siguiendo cada punto con inteligencia crítica y despierta. La expresión de *Sir John* había pasado de la irritada incredulidad, a través del escepticismo, a una cauta y restringida aprobación. Nigel prosiguió:

—Hasta aquí todo iba bien para Edward Cavendish. Pero él no tenía más remedio

que persistir. Si Knott-Sloman lo vio realmente entrar en la cabaña y trató de hacerle chantaje, no lo sabremos nunca. De cualquier modo, la moral de Cavendish —como O'Brien habría supuesto— comenzó a derrumbarse: su apariencia empezó a ser exacta a la de un culpable. Pero con una diferencia muy importante. Parecía estar tan intrigado como nervioso. Desde luego se notaba que estaba intrigado y el hecho de parecerlo remacha mi extraña teoría. Pasó todo el tiempo intentando descifrar por qué O'Brien lo había puesto a él en tan precaria posición. No tenía motivo para relacionarlo con Jack Lambert. En efecto, ninguna otra teoría, sino la mía —hasta donde alcanzo a ver—, explicaría el porqué de que Cavendish pareciese al mismo tiempo intrigado y temeroso.

—Un minuto, Nigel. Seguramente si O'Brien planeó todo en forma tan calculada, ¿habría supuesto también que Cavendish simularía un suicidio? —preguntó *Sir John*.

—Esto fue lo que se me ocurrió en seguida. Y me proporcionó una explicación razonable para cuatro puntos que no me parecía posible encajar en ninguna otra teoría. Primero: ¿por qué O'Brien había escrito aquellas cartas amenazadoras y nos las enseñó a nosotros luego, si no fuera para hacernos entrar en sospechas de que el suicidio era aparente cuando llegara la ocasión? Cometió una equivocación, sin embargo, en dar salida a su torvo humorismo sarcástico en aquellas cartas. Pero le era imposible privarse del gusto de una buena burla. En efecto, me dijo a mí aquella primera noche durante la comida: «Si yo fuera a matar a alguien tengo el presentimiento de que le escribiría precisamente en esa forma». No podía resistir a un chasco. Debía haberlas escrito a tono con el carácter de Edward Cavendish. Segundo: los indicios que dejó escapar sobre la existencia de alguien que andaba tratando de robarle los planos de los aviones. Estuve intrigado casi desde el principio pensando por qué me cargaría a mí con una historia truculenta de a chelín sobre agentes secretos y un siniestro poder extranjero y cosas por el estilo; era precisamente su chispeante imaginación irlandesa que lo arrastraba otra vez. Tercero: el testamento. Él me dijo que lo guardaba en la caja de caudales de la cabaña. Naturalmente, al encontrar su cuerpo, miramos dentro de aquella caja, y el hecho de que estuviera vacía parecía probar que alguien lo había asesinado para hacerse con el testamento. Desde luego lo había sacado él mismo de la caja —si se admite que alguna vez estuvo allí— y lo envió en aquel sobre sellado a sus apoderados mucho antes. Pero este trabajo lo hizo de un modo un poco chabacano. Esto me chocó en seguida, pareciéndome raro que un asesino fuera capaz de abrir la caja aquélla. ¿Cómo podía saber la combinación? Un amigo íntimo podría saberla, pero es seguro que no sería Cavendish. La cuarta precaución que tomó para que su muerte no pasara por suicidio fue llevarme a mí allí. Esperaba que sería bastante inteligente, con la ayuda de los indicios que me facilitó, para suponer un suicidio ficticio; pero estaba convencido de que yo no sería lo bastante inteligente para ver clara la verdad a través de los hechos reales.

«Cuando conseguí llegar hasta aquí tuve la certeza de tener la verdadera

explicación de la muerte de O'Brien. De ninguna otra forma podría yo explicarme lo que constituía el tropiezo más grande: la cuestión de cómo O'Brien había permitido que lo mataran. Desde el comienzo no pude realmente creerlo; ¿comprendéis ahora que un hombre como O'Brien, avisado y armado de antemano como estaba contra un ataque, permitiera que lo engañasen, lo asaltaran y lo mataran luego disparándole con su propio revólver? Era fantástico. Luego miré en torno para ver si otras cosas extrañas que había yo notado encajaban en mi teoría. Había lo de la fotografía de Judith Fear en la cabaña. ¿Por qué diablos la había quitado y destruido antes de que llegaran los otros huéspedes? La única respuesta de sentido era que alguien la pudiera ver y reconocerla, ya que tal reconocimiento sería fatal para sus planes. Pero el único de los huéspedes que podía reconocer a Judith Fear era Cavendish. La destruyó para no poner a Cavendish en guardia. Además todo el tiempo que me estuvo hablando privadamente presentí que había oscuras corrientes subterráneas debajo de lo que me estaba diciendo. Después que llegaron los demás huéspedes los estuve acechando como un armiño. Recuerdo que el día de Navidad pensé que las amenazas contra O'Brien debían de ser una broma porque ninguno parecía proceder con menos naturalidad hacia O'Brien que los demás, y yo no creo que se pueda planear el asesinato de un hombre y actuar sin embargo respecto a él de un modo perfectamente normal pocas horas antes de la señalada. Se puede sonreír y ser un villano, pero después, no antes. Y al pensar en esto otra vez me di cuenta de que O'Brien era allí la única persona que no se conducía de manera normal. Estaba en el momento preciso de poner en movimiento los acontecimientos que iban, lentamente, pero con seguridad, a asesinar a Edward Cavendish. O'Brien quería proporcionarle algunas semanas en el infierno, y un nudo corredizo como final. Ni aun él pudo imaginar nunca la poética justicia que se hizo Cavendish arrojándose desde un aeroplano. Es extraño, le dije a Bleakley mucho antes de empezar a sospechar que podía imaginarme a O'Brien matando a un hombre por venganza».

Nigel hizo una pausa. Los otros dos estaban inmóviles. Entonces, como por consentimiento tácito, elevaron los vasos hasta los labios. Podía ser un brindis por Nigel; o quizá por el espíritu demoníaco y sin conciencia de Fergus O'Brien. *Sir John* dijo:

—Me parece que podemos aplazar la visita del alienista. Es un caso resonante y muy bueno el que has expuesto, y me parece que estás en lo cierto. Pero ¿cómo explicas lo de Knott-Sloman? ¿Cómo y por qué lo mató O'Brien?

—¡Oh!, comparado con lo demás esto es muy simple. El método señala, sin error posible a O'Brien. Cavendish no habría matado a Knott-Sloman en esa forma, porque si deseaba librarse de él, sería en seguida, antes de que pudiera hablar a la policía. Si lo hubiera hecho cuando lo hizo, estaría bien, a condición de que fuera realizado rápidamente. Pero O'Brien no tenía prisa. Él tenía la eternidad para esperar, así que unos cuantos días no significaban nada. La nuez era una bomba de acción retardada y contenía la médula del problema.

Sir John gruñó.

—¿No les enseñaron a ustedes en Oxford que las metáforas combinadas no son caballerosas, Starling?

—Por el contrario —dijo Nigel—, son signo de una imaginación brillante y profética. Prosigo. Si O'Brien quería matar a Knott-Sloman después de su propia muerte, era ésa la única forma en que podía hacerla. Acción retardada. La mano vengadora hiriendo desde el Más Allá, O'Brien sabía que Georgia tenía algún veneno y no le había sido muy difícil averiguar dónde lo guardaba. Eligió esta forma *post-mortem* de matar a Sloman, en parte, creo yo, para acumular sospechas adicionales sobre Cavendish. Pudo haber supuesto que si Sloman lo amenazaba con chantaje, y desde luego Cavendish era la persona indicada para utilizar el veneno de su hermana. O'Brien probablemente escribió las cartas amenazadoras en la máquina de Knott-Sloman sin otro motivo que el que tiene un muchacho travieso para tirar una piedra contra una iglesia: puede darle a una ventana o no. Las cartas amenazadoras podían darle a Cavendish, un frecuentador del club, o a Sloman, su propietario, o no darles. Resulta que dieron. Como quiera que fuera, O'Brien tomó el veneno, preparó la nuez y la colocó en el fondo del platillo de la mesa de noche de Knott-Sloman. Había un extraño rasgo femenino en él que le hacía gustar de los arreglos domésticos. Descubrí que fue él mismo quien puso flores en mi dormitorio y llenó la cajita de bizcochos. Él conocía la costumbre de Knott-Sloman de romper las nueces con los dientes, y sabía que era una de esas personas voraces que gustan de consumir sus golosinas en privado y es poco probable que las ofrezcan a nadie. Pero se aseguró en la comida de que ninguno de nosotros rompía las nueces con los dientes, y por lo tanto no sería apto para hacerla en el curso ordinario de los acontecimientos. Era correr un riesgo, desde luego. Pero O'Brien tenía escaso respeto por la vida humana, y la probabilidad infinitesimal de que la nuez pudiera entrar en la boca de otra persona no le preocuparía demasiado. Un riesgo mayor era que se sospechara de Georgia como asesina. Pero supongo que no imaginaba que se le pudiera atribuir ningún motivo, y no pensó ni por un momento que nadie pudiera sospechar que ella lo matase a él. Todo el mundo sabía que lo amaba.

»Pero la principal razón por la que si Sloman tenía que ser envenenado después de que el mismo O'Brien muriera era que, de otra manera, sería muy fácil que se sospechara de él.

»Ved así como había un hilo evidente entre él y Knott-Sloman, y no había más que tirar de él con fuerza para descubrir el motivo real.

—Me acordaré de usar un hilo la próxima vez que vaya de pesca —dijo Sir John ásperamente—, ¿pero cuál era el motivo real? ¿Chantaje?

—No, algo mucho más pintoresco que eso. El hilo era que ambos estuvieron en la R. A. F. durante la guerra. Sloman llamaba a O'Brien Slip-Slop —un apodo que ninguno de nosotros usaba excepto Jimmy Hope, el camarada de la cuadrilla de O'Brien que vive cerca de Bridgewest—. No era uno de esos apodos con los que nos

ha familiarizado la prensa. Me sorprendió muchísimo cuando lo oí por primera vez. Así que parece una deducción razonable la de que Knott-Sloman había servido en la misma unidad que O'Brien. Una de las cosas que más me chocaron de los invitados de Chatcombe fue que realmente parecía un grupo rarísimo. Ya era raro que una persona como O'Brien, que ostensiblemente quería llevar la vida de un recluso, tuviese cualquier clase de reuniones. Pero era más raro todavía que invitara por lo menos a tres personas que no podían congeniar con un hombre de su tipo: Cavendish, Lucille y Knott-Sloman. Él me dio la explicación de que entre los invitados estaban los que él sospechaba como posibles autores de las cartas anónimas y que quería tenerlos a la vista. Pero esta explicación está pidiendo otra pregunta: ¿por qué se relacionó él con un hombre como Knott-Sloman? Georgia me dijo que fue una idea de O'Brien el ir a visitar la hostería de Sloman. Sin embargo, se debería pensar que O'Brien era una persona que evitaría las hosterías como una plaga.

—Yo debo decir que me sorprendió, y me pregunté qué podía hacer allí un perdido insoportable como Sloman —dijo Philip Starling.

—Exactamente. Recuerda, tío, que tú me dijiste que cuando O'Brien había llegado a comandante de aviación, algún B. F. en el cuartel general ordenó a su escuadrilla que hiciera unos ejercicios a ras de tierra en imposibles condiciones atmosféricas, y echaron abajo a toda la escuadrilla con excepción de él, y que después de esto se volvió aún más desesperadamente audaz que antes. Ahora Jimmy Hope me dijo también que, en la misma semana y en el mismo sector, al final de 1917, el hermano de Judith había sido echado abajo haciendo esa misma clase de trabajo. También me dijo que O'Brien y el joven Fear eran como David y Jonatán; cómo O'Brien lo cuidaba en el aire, y cosas por el estilo. Se ve claramente que algo de su amor por Judith se transfirió al joven Fear: O'Brien trataba de conservar la imagen de ella en su hermano. Ahora volvamos a un trozo de las declaraciones de Knott-Sloman. Dijo que había sido piloto de la R. A. F., y que entonces tuvo una ocupación en la plana mayor, y tenía el mando en el sector de O'Brien desde el verano de 1917. Aún no había comenzado yo a ver claramente la luz cuando tuve aquella conversación con Jimmy Hope. Pero después del día que pasé en Irlanda me di cuenta de que O'Brien pudo muy bien haber entrado en el asunto de Knott-Sloman, porque Sloman había sido el B. F. de un oficial de la plana mayor que envió al joven Fear a la muerte. Él tenía un mando en las Fuerzas Aéreas de aquel sector en aquella fecha. El último martes me las arreglé para sonsacarle a alguien que estuvo en el cuartel general con Knott-Sloman, y me confirmó que Sloman fue quien dio la orden. Le hizo sufrir a Cavendish la lenta agonía mental de Judith y a Knott-Sloman el rápido aniquilamiento del hermano de Judith. Justicia poética; poética en más de un sentido —añadió Nigel reflexivamente.

—¿Es eso, por casualidad, una alusión a *La tragedia del vengador*? —preguntó Philip Starling.

—Estás despertando. Sí, lo es. Y eso es lo que yo quería significar al decir que tú

me habías dado la solución del problema. Tú fuiste la persona que me llamó la atención sobre la curiosa equivocación que cometió O'Brien en la comida cuando citó algunas líneas de la comedia y las atribuyó a Webster. Fue una especie de prueba, para ver si alguno conocía la obra lo bastante bien para reconocer el error. Y no creo que él pensara alterar sus planes aunque alguien la hubiera conocido. Pero el hecho es que ambos asesinatos y sus motivos tenían la más asombrosa similitud con esa comedia de Tourneur, como sin duda compruebas ahora, Philip.

—¿Quieres terminar con esa charla literaria, y decirme adónde vas a parar? —exclamó Sir John Strangeways.

—Si tú leyeras de vez en cuando algo de más calidad que novelas policíacas baratas y catálogos de jardinería —replicó Nigel, en tono ofensivo—, no sólo mejoraría tu cultura, sino que además sería innecesario darte lecciones elementales de literatura inglesa. *La tragedia del vengador*, de Tourneur, 1607, más o menos. Una pieza de carnicería isabelina verdaderamente jugosa, entremezclada con algunos divinos trozos de poesía. Comienza de un modo muy agradable. Un joven llamado Vendice entra en escena con una calavera en la mano. Entonces aparece un duque, a quien Vendice se dirige con vigor, pero es de suponer que *sotto voce*: «¡Duque! ¡Libertino de la realeza! ¡Vejeate adúltero!». Entonces se acalora y le llama al duque una porción de cosas tales como condenado, seco y lujurioso. Se sobreentiende ahora que la calavera que sostiene Vendice es la de su amada muerta, a quien el duque ha envenenado porque no quiso, según las palabras que admirablemente profiere Vendice, «consentir en su apática lujuria». Cavendish era un hombre viejo comparado con Judith, y ella murió porque no quiso doblegarse a él.

»O'Brien debió leer la comedia cuando estaba meditando su venganza, porque la situación y la acción de Vendice corresponden en un realmente misterioso camino con las de O'Brien. En el drama, Vendice destruye al duque convirtiéndose en su alcahuete y conduciéndole por la noche a un pabellón con la promesa de una mozuela nueva. Arma un monigote detrás de una cortina, rematado con la calavera de su amada, cuyos labios embadurna con veneno corrosivo. El duque se abalanza sobre esta figura, besa la calavera antes de darse cuenta de que alguien ha hecho una farsa terrible, y muere presa de agudos tormentos. Ahora comparad la versión de la Dower House. O'Brien es Vendice, y Cavendish, el duque. O'Brien atrae a Cavendish al pabellón por la noche, conociendo su debilidad, o sea Lucille. Fue realmente una coincidencia asombrosa que Lucille hubiera enviado a O'Brien aquella nota precisamente entonces. Al pasársela a Cavendish quedaba puntualmente restablecida la forma en que Ven dice condujo al duque a su condena. Murió por el instrumento de su propio apetito. Pasó lo mismo con Knott-Sloman. Era excesivamente voraz con las nueces, y éste también fue un asesinato simple, puro, llameante y retórico, venganza isabelina. Herbert Marlinworth decía mayor verdad de la que suponía cuando llamó a O'Brien “el último de los isabelinos”.

«O'Brien sabía el drama al dedillo. Tú recuerdas, Philip, las estrofas que recitó en

la comida: *¿El gusano de seda derrocha sus hebras amarillas? ¿Por ti se deshace? Si tan sólo hubiera recordado yo las tres líneas que vienen inmediatamente antes de ese pasaje, habría tenido en mi mano la solución de todo. Escuchadlas...».*

Nigel recitó las estrofas, su voz era baja y un poco áspera como siempre, pero tenía la pasión de alguna emoción profunda. Judith Fear, aquella locuela dulce e inocente a quien no había conocido nunca, era tan real para él en ese momento como los amigos que estaban en su habitación:

... y ahora me parece que ya no puedo reprocharme el chochear por su belleza, aunque su muerte será vengada tras acción no común.

—Sí, la muerte de Judith Fear fue vengada tras acción no común —prosiguió Nigel después de un largo silencio—. O'Brien tenía esas estrofas en los labios en el momento en que iba a vengarla mediante su propia muerte. Los discursos del insensible Vendice, con el corazón destrozado, debieron andarle en la cabeza durante meses. Porque las primeras palabras que me dijo a mí fueron una frase de Vendice; y si yo hubiera sido sólo un poco más rápido en captarlo me habría dado cuenta de que él me dio el primer indicio de todo el tortuoso asunto.

»Estaba yo curioseando por la cabaña, y él me encontró mirando aquella fotografía de Judith Fear, surgió detrás de mí y dijo:

»—“El ornamento de mi estudio”. Recuerdo que pensé vagamente que era una observación algo rara. El día que Cavendish se mató leí *La tragedia del vengador* y en la segunda página encontré esto; Vendice está hablando con la calavera y le dice:

El ornamento de mi estudio; ¡oh envoltura de la muerte! Una vez la faz resplandeciente de mi esposa prometida.

»¡Oh envoltura de la muerte! Una envoltura contenía la venganza de O'Brien contra Knott-Sloman. Y la muerte de O'Brien fue como una envoltura que mantuviese en secreto la respuesta a las muertes de sus dos enemigos. Es una historia lamentable. Uno no puede dejar de querer a O'Brien. Pero para él el amor quedó enterrado en la tumba de Judith. Después de que ella murió, desde el momento en que él echó abajo el primer aeroplano enemigo hasta el momento en que cebó con su propio cuerpo la trampa para Cavendish, la vida para él fue una tragedia de vengador, una envoltura de la muerte».

Hubo un silencio largo, muy largo, en el cuarto. El ruido del tráfico latía y menguaba abajo, en las calles. Entonces Philip Starling se puso de pie y exclamó calurosamente:

—Bien, Nigel, hijito, eres un crédito para mi pedagogía. El único rasgo redentor que puedo encontrar en este caso es la muerte de Knott-Sloman. ¡Qué individuo más mezquino!

—¡Oh!, yo no diría lo mismo —dijo Nigel dulcemente—: no es el único rasgo

redentor.

El rostro encantador, triste y aduendado de Judith Fear se desvanecía en su imaginación, y la cara de Georgia Cavendish parecía sonreírle surgiendo entre las sombras del futuro.

FIN



Nicholas Blake es seudónimo de Cecil Day-Lewis o Day Lewis. Nació en el Condado de Laois, Irlanda el 27 de abril de 1904 y falleció el 22 de mayo de 1972. Descendiente, por línea materna, de Oliver Goldsmith y padre del conocido actor Daniel Day-Lewis y de la chef Tamasin Day-Lewis.

Fue poeta británico y autor de novelas policíacas. Comenzó escribiendo prosa radical de izquierdas, de acuerdo con el compromiso con el grupo de escritores marxistas reunidos en Oxford, donde estudió, en torno a Wystan Hugh Auden y Stephen Spender. Tras la Segunda Guerra Mundial se alejó de la ideología marxista y centró su poesía en temas de la vida privada.

Entre 1951 y 1956 fue profesor de poesía en la Universidad de Oxford.

En 1968, la Corona británica le nombró «Poeta Laureado», cargo que obliga a quien lo ostenta a escribir poemas con ocasión de las festividades de la corte o del Estado.

Notas

[1] Hace referencia a la novela del mismo autor titulada *A question of proof*. (*Cuestión de pruebas*). <<